

GOLONDRINA DE INVIERNO



NOVELA CHILENA

—POR—

—VICTOR DOMINGO SILVA—

SANTIAGO DE CHILE

1912

VICTOR DOMINGO SILVA

Golondrina de Invierno

PRIMER PREMIO DE NOVELA
EN EL CERTAMEN DEL
CONSEJO SUPERIOR DE
BELLAS LETRAS Y MÚSICA



SANTIAGO DE CHILE
1912



Carta-Dedicatoria

Querido Gustavo:

No habrás olvidado que este libro debió llevar nuestras dos firmas. Yo te envié de Buenos Aires los borradores, confiado en que tú tendrías tiempo—ya que la voluntad es una de tus grandes virtudes—para completar la obra. Era como si te hubiese enviado el mármol a medio desbastar, la creación en germen, para que con el vigoroso cincel de tu estilo le dieras forma y vida bella. No pudo ser; pero como tampoco puedo conformarme con el fracaso total de ese propósito fraterno, estampo tu nombre en la primera página de esta *Golondrina de Invierno* que—ironía de las ironías—se echa a volar desde mi alero de Ñuñoa en pleno reinado de la Primavera.

¿Recuerdas cuando soñábamos ambos nuestra primera novela? Las playas amadas de ese lugarejo coquimbano, las brisas salobres que en las tardes de paz oreaban nuestros cabellos de muchachos soñadores, mientras en voz alta leíamos o recitábamos nuestros autores favoritos, no conservan ya las huellas de nuestros pasos ni el eco de nuestras voces infantiles; pero ¿algún recuerdo nuestro no irá a golpear de cuando en cuando la puerta y la memoria de aquellos viejos pescadores a quienes veíamos tejer sus redes bajo el sol amoroso, junto al quiltro familiar que nos adulaba, y entre el color radioso de pelargonias y geranios?

¡Ah! los años han pasado y no en vano. Nuestros proyectos de colaboración, incensablemente renovados, duermen, no el sueño de la pereza y el olvido, sino el de la tregua. El hogar paterno se deshizo. La emigración—el primer paso de la lucha—nos empujó lejos del caserón desolado. La peste blanca ha diezmado la alegre parvada que partió una buena mañana, rumbo a lo desconocido del porvenir, confiada en el vigor de sus alas. El piano familiar ha callado. A veces un acorde de organillo, oído al pasar, nos pone tristes, porque nos reproduce instantáneamente la escena de esos interiores apacibles del hogar provinciano: desde el piano, Verdi, Mendelssohn o Schubert, por la ventana la luna interesada en nuestros juegos, jarrones llenos de flores, libros a medio leer, y un nombre adorado entre los labios serrados...

La risa ha huido de nuestro lado; preocupaciones graves han ensombrecido el gesto, otrora diáfano, de nuestro semblante; el hogar, el terruño natal, son imágenes lejanas que se nos vuelven borrosas al traves del trágado de la lucha cotidiana. La tierra piadosa guarda los despojos de muchos de los seres que nos fueron mas queridos; padres, maestros, viejos amigos de quienes conservamos con mayor fidelidad la fisonomía que el nombre, ya no existen; solo existe la vida, la vida incomprensible y omnipotente a la cual nos hemos entregado con un ansia infinita de vencerla... y con la absoluta certeza de que acabará por vencernos.

Una oleada de esa vida que dispene de nosotros es la que ha desviado nuestras rutas. Sólo la comunión espiritual persiste. Tú, que en los tiempos difíciles, has sabido siempre ser la Mamá Jacobo de este Petit-Chose, no me negarás el derecho de referirme en público a todo ese pasado dulce y dramático que ya no nos pertenece. Al dedicarte esta novela que, como tantas otras aun en gestación, debimos escribir juntos, la palabra deber me suena a seco, a poco fraternal. Después de todo, aunque no hayas trazado una sola de las frases de este libro, *Golondrina de Invierno* tiene mucho de ti: sus páginas son de amor, de ternura, de emoción sencilla, de poesía, y—tú no lo ignores—no de otra cosa estaba hecha esa vida que he venido recordando, como quien hojea un álbum de familia...

Publicada primero en folletines, esta novela ha tenido la suerte de ir penetrando día a día en muchos hogares y en muchos corazones. Algo me dice que de ninguna parte han de proseribiria. Nunca viene mal un rayo de sol, el canto de un pájaro o el perfume de una flor que se abre. Pero mi mayor orgullo sería que ocupara perpetua-

mente un lugarcito en tu biblioteca de hombre estudioso para que te sirva hoy de descanso en medio de tus laboriosas especulaciones, y mañana llegue a ser la preferida de tus hijas, a las que he visto emocionado en la gloria de su primera infancia y para las cuales no deseo otra herencia que la de tu bondad inmarcesible.

VÍCTOR DOMINGO

Noviembre 30 de 1912





Golondrina de Invierno.

PRIMERA PARTE

DE VERANEO

1

En la vieja casa de campo, refaccionada cada año y embellecida por el cariño de su dueño, había un gran silencio. Era un poco más de medio día. Acababa de terminarse el almuerzo, con la apacible familiaridad de costumbre, y los dos hermanos habían salido a tomar el fresco al corredor que daba al patio. Ya no cantaban las chicharras, y el viento era tan suave, que las hojas de los árboles, al moverse, apenas hacían ruido. En su jaula de caña, dos jilgueros dejaban oír, muy de tarde en tarde, sus gorgeos agudos y vibrantes. Dardo, el galgo zorrero, dormitaba, totalmente echado sobre el piso, levantando a menudo la cabeza para espantar las moscas y volver en seguida a su inmovilidad. El sol, un sol radiante de febrero, caía como una gloria sobre el paisaje. Entre los pámpanos del parrón entrecido, veíase brillar, en apretados racimos, las uvas ya maduras. Del rosal traía el viento un olor tan penetrante como cuando en un aposento se cerrama un pomo de perfumes. José Antonio hojeaba los diarios llegados por el último correo, y Anita, sentada cerca de él, una pierna sobre la otra y las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba fijamente a un punto lejano, en actitud meditativa.

—¿Sabes— dijo de pronto José Antonio— Joaquín tiene visitas.

—¿Dice algo el diario?— preguntó Anita, con ese tono de curiosidad inmediata que tienen todas las mujeres para inquirir asuntos de sociedad.

—Sí. ¿Quieres ver?

Y le pasó el diario. Anita leyó, en efecto, la noticia de vida social. Al vecino fundo de Painahuén, de propiedad de don Joaquín Paredes, había

llegado desde la capital, a pasar la temporada de verano, la familia del senador Ocampo.

—Trabajo para Rosario—dijo, pensando, como es natural suponerlo, en la dueña de casa.

Siguió un largo silencio. No se oía más que el crujido de los diarios, al pasar entre las manos de José Antonio, y, de cuando en cuando, los gorgeos de los pajarillos en su jaula. El calor se hacía empujante. Las enredaderas de los pilares parecían mustias de fiebre, y, en el suelo, se diría que hasta de los guijarros se escapaban chispas. Anita había vuelto a su ensimismamiento soñador. Sus ojos se clavaban en una lejanía indecisa y plegábanse sus labios como en un recogimiento de oración. Su hermosa cabeza rubia se inclinaba hacia adelante, dejando ver la nuca de un blanco mate limitado por el negro severo de la blusa de luto.

—Me voy— dijo José Antonio.— A esos no se les puede dejar solos mucho rato.

—No vaya a hacerte mal el calor,— objetó Anita.

—¿A mí? Parece que no me conocieras... Días peores he resistido...

Se puso de pié y golpeó las manos. Como obedeciendo a una consigna, Dardo se había incorporado también y miraba a su amo, bostezando largamente. Anita había corrido a traer el sombrero de anchas alas y la manta de colores que usaba José Antonio en sus faenas de campo, mientras él se acercaba a una silla en que se veían las espuelas. Por un lado del corredor apareció un guaso, haciendo, con sus pasos torpes, campanear las rodajas, y se llevó la mano a la altura del guapón.

—Ya está listo el manco, patrón.

Anita volvía también, y José Antonio terminaba de calzarse las espuelas y las polainas.

—¡Iasta luego, fiata—dijo, tendiendo a su hermana las manos gruesas y ásperas, que ella estrechó en las suyas, de una delicadeza de lirios.

—Hasta luego, y vuelve cuanto antes.

—¿Te sientes mal?

—No. Es que voy a aburrirme de lo lindo.

Salieron ambos por el pasadizo, hacia el lado de la carretera, a donde daba el frente de la casa. Allí esperaba el Mulato, atado al poste, rabeando y pateando, molesto por las moscas, que el calor hacía más hostigosas. José Antonio montó y partió al galope, seguido de Dardo, y Anita volvió al interior, después de verlo perderse entre la polvareda, en un recodo del camino.

Tenía ella veinte años y era cinco menor que su hermano. No había conocido a su madre, que perdió al nacer, y su vida había sido siempre un poco melancólica. Transcurrieron sus primeros años en casa de unas tías viudas y regañonas, en la capital de la provincia; y, apenas cumplidos los diez, pústeronla interna en el colegio del convento. Allí había permanecido siete años, los mejores de su vida, sin ir a la hacienda sino durante dos o tres meses del período de vacaciones, que le bastaban para reponerse, en su libre contacto con la naturaleza, de las asperezas de la vida claustral. Quiso siempre mucho a su padre y a su hermano; en ellos, que la idolatraban a su vez, puso todo el cariño de su infancia y de su adolescencia. No era fuerte; pero tampoco tenía mala salud. Era sencillamente delicada, como lo fué siempre su madre, de quien había heredado la fina complexión y la pureza correcta, aristocrática de las líneas.

Dos años antes, cuando, por fin, habían decidido dejarla a vivir en el fundo, murió su padre, ya anciano, aunque en la plenitud de su vigor. Una apoplejía violenta se lo llevó en un cuarto de hora. Fué ese el primer dolor de su vida, que hasta entonces había sido algo monótona en su misera regularidad. Lloró mucho, lloró desesperadamente. Tuvo pensamientos de enclaustrarse para siempre, de profesar. José Antonio, con su tino de hombre práctico, se lo impidió, consintiendo solamente, como compensación, en que llevase luto por tiempo indefinido. Ahora, aquel gran dolor se había amortiguado. Quedábale sólo una secreta melancolía, que en ocasiones llegaba hasta inquietar a José Antonio. Aceptábanla crisis de llanto inmotivado, y su hermano, que la explayaba con cariñoso interés, la sorprendía a menudo rezando o besando, entre lágrimas, estampas benditas, traídas del convento.

José Antonio comprendía demasiado bien que aquella soledad y aquel retiro no eran lo más apropiado para com-

batir semejante estado de ánimo. Pero ¿qué podía hacer? De buena gana la hubiera llevado a la ciudad, mas, se lo impedía la atención necesaria de sus trabajos agrícolas. Ella no quería tampoco moverse, ni mucho menos ir a vivir con sus tías, de las cuales conservaba un recuerdo muy poco agradable.

Donde le gustaba más pasar, de cuando en cuando, algunas horas, era en Palmahuén; y José Antonio, que lo sabía, la acompañaba a menudo allí. Joaquín y Rosario eran dos excelentes amigos, y hacía tiempo que ésta venía instando a los hermanos a que fuesen a pasar una temporada con ellos.

Sola ya, Anita se dirigió al salón y abrió el piano, mudo desde el terrible día en que el padre cerrara los ojos para siempre. Sus dedos torpes insinuaron los primeros compases del Ave María de Gounod. Poco a poco, el encanto grave de aquella música, en la silenciosa soledad del salón, entre los cuadros y los muebles familiares, le fué sobrecogiendo. Durante todo aquel día había estado más soñadora que nunca. Varias veces, en el curso del almuerzo, José Antonio había tenido que llamarle la atención para que no dejara enfriarse los bocados. La poderosa virtud evocativa de los sonidos obró en su espíritu, y en un minuto pasaron por su imaginación, en vertiginoso desfile, todas las horas de su vida, hasta el momento fatal en que quedara huérfana. Y de pronto, reclinando la frente en el piano, dejó de tocar y rompió en un sollozo inacabable.

II

José Antonio volvió la cabeza, con ese instinto del hombre de campo que parece adivinar la presencia de ruidos extraños. Acababa de sentir, hacia la derecha, algo como la sombra de un rumor.

—Es alguien de a caballo—pensó.

En efecto, minutos después desembocaba en la carretera, surgiendo de entre los cercos de zarzamora, una ruidosa cabalgata: tres, cuatro, seis mujeres que, con la guasca en alto, estimulaban a las bestias en sus briosos galopes, sin cuidarse del viento que les hacía flamear las faldas y el sombrero, ni de los torbellinos de polvo que se levantaban a su paso.

—Veraneantes—dedujo el joven.

Y siguió interesado en la faena que hacía ya buen rato le tenía en mitad del potrero, sobre su caballo marchador. En torno oleaba el alfalfal, de un verde alegre y vivaz, barnizado por el tornasol de la siesta. Un grupo de jinetes no era cosa que le obligase a distraerse...

Hijo y nieto de hacendados, José An-

tonio trabajaba la tierra desde hacía unos cuatro años, con éxito creciente. Resuelto a hacerse un agricultor a la moderna, estudió en el Instituto hasta obtener su título de ingeniero agrónomo; pero, no contento con esto, hizo también su curso de dos años en la Escuela Práctica de Agricultura. Sólo y libre al frente de sus vastas propiedades se consagró desde luego a innovar un poco en los anticuados sistemas de explotación agrícola hasta entonces empleados en ellas. De los viejos campesinos, sus abuelos, tenía el entusiasmo tenaz para el trabajo, ese empuje decidido que hacía a nuestros antiguos patronos de campo apearse del caballo y ayudar personalmente—poniendo el hombro si era necesario—a los carreteros perplejos delante del vehículo atollado. Y de él, propio suyo, contaba con la ciencia práctica con que le habían favorecido las aulas, su aspiración al progreso en materia de industrias, su apego a las novedades útiles, a las que siempre resistieran sus antepasados.

Como el ruido le había antes preocupado, ahora el súbito silencio le llamó la atención. Tendió la vista hacia la carretera, y vio que la cabalgata se había detenido. Las nubadas de polvo se desvanecían, doradas por el sol. Las mujeres, a las que desde esa distancia veía hermosas y atrayentes, parecían deliberar. El comprendió luego de qué se trataba. Habían encontrado el camino obstruido por una puerta de potrero, de grandes varas sin labrar, y no sabían si franquear el obstáculo o volverse para tomar otro camino. Tal vez habrían optado por lo último, si José Antonio no se hubiese apresurado a dirigirse hacia ellas, para preguntarles, sin gran ceremonia, pero con cortesía, si deseaban pasar.

—Sí—contestó una de las jóvenes, que parecía la más resuelta.—No sospechábamos dar con este inconveniente...

—Es fácil allanarlo—observó él, acercándose más.

Se bajó, corrió los palos, y la puerta quedó libre. Impetuosamente se introdujo por allí el grupo. La que había hablado, juzgó oportuno mostrarse agradecida, y adelantó sola al paso de su cabalgadura.

—No está prohibido el paso por aquí?—preguntó.

—Oh, nó! De ningún modo...

—Entonces, debo darle las gracias. Pero ¿a quién? Al señor administrador?

Por un sentimiento de coquetería que no supo explicarse, José Antonio ocultó su verdadera personalidad.

—Sí, señorita,—dijo,—para servirle... El administrador.

Ella le envió una sonrisa que le permitió lucir su dentadura, volvió bridas, y de un violento galope alcanzó a sus compañeras. El joven hacendado la siguió con la vista como a una sombra. Cerró de nuevo la puerta, montó, y echó a andar pasito a pasito por el potrero verdequeante. Había tal silencio, que se alcanzaba a percibir distintamente el crujir de la montura y el tintineo de las enormes rodajas campesinas.

De temperamento apacible, aunque de inteligencia despejada y naturalmente despierta, José Antonio no había sabido jamás lo que es estar enamorado. Era un buen muchacho cuya única ambición, hasta entonces, había sido aprender muy bien lo que le enseñaban los profesores. Fuerte y ágil, se conquistó entre sus camaradas la fama de un pequeño atleta que fué, durante algún tiempo, su único orgullo. Arrastrado por algunos de ellos, había frecuentado en la capital los teatros de tandas; pero se podía jurar que nunca le había entusiasmado más la primera tiple que el tenor cómico. A menudo, con su excelente voz de barítono, salía tarareando los aires menos vulgares de la música zarzuelera. No sabía lo que son enredos amorosos; su juventud se había deslizado como el caudal de una vertiente desconocida, sin que la menor inquietud pasional la perturbara jamás. Los amigos de las haciendas vecinas, entre ellos Joaquín Paredes, decían de él que era madera de solterón, y él mismo había llegado a convencerse de eso. El problema del matrimonio, que se nos presenta fatalmente, antes o después de los veinticinco años, le tenía sin cuidado.

Aquella tarde, por la primera vez en su vida, se le ocurrió a José Antonio pensar en que sus afanes carecían de objetivo.

—Tengo veinticinco años, casi veintiséis, pensaba.—Mis campos prosperan, la suerte responde a mi trabajo, voy en camino de ser un hombre de fortuna. ¿Y para qué? Para quién? Anita? Anita, de un día a otro se casará...

El caballo, su noble y dócil Mulato, iba a la marcha, potrero arriba. El cerraba los ojos, y veía en su imaginación pasar una cabalgata adorable, dos ojos grandes se fijaban en él, una voz de timbre grato y vibrador le halagaba el oído, volvía él a encantarse ante una sonrisa de suavidad desconocida y dos flas de dientes bonitísimos.

Turbado, más que por aquellas diva-

gaciones, por la perplejidad en que le sumía el no poder atinar con su origen, puso su caballo al galope y se entregó a pensamientos más positivos. Recordó que, días atrás, había quedado de tratar la venta de su cosecha de pasto con un comerciante de las cercanías y tomó al punto la dirección conveniente, hundido en uno de esos cálculos que hacen siempre sonreír al hombre de negocios.

Estuvo de vuelta casi al caer la tarde y encontró muy triste a Anita. Esto le decidió a mostrarse alegre y vivaracho, y a gastar una locuacidad poco habitual en él. Anita le desconoció. Y él, siguiendo la broma, le dijo:

—¿Cómo no he de estar contento con el encuentro que he tenido?

—¿Sí?

—Dicen que es de buen agüero toparse en el camino con un curcuncho; pero yo creo que es mejor encontrarse con un puñado de buenas mozas.

Y a instancias de Anita, a quien, por fin, se le había despertado la curiosidad, contó las incidencias del día.

—¿Serán las visitas de Joaquín?—inquirió Anita.

—Probablemente.

—Entonces las conoceremos.

A José Antonio, sin saber él mismo por qué, le latió violentamente el corazón. Recordó la pregunta que le dirigiera la hermosa desconocida, respecto a su empleo en el fundo, e hizo hincapié en la naturalidad con que había disimulado la verdad.

—Sin duda me ha encontrado demasiado joven para propietario,—se dijo.—Y además... además, la indumentaria que llevo está lejos de corresponder a lo que realmente soy.

En efecto, sus gustos modestos le hacían preferir las ropas menos llamativas. Desde su definitivo alejamiento de la capital, vestía a la usanza del campo, manta de colores, chaqueta corta, pantalones de borlón, y grandes polainas con correones que le cubrían hasta más arriba de las rodillas. ¿Por qué, pues, al día siguiente, cuidó de vestir su traje de los días festivos, que se encontraba flamante, y por qué se alegró cuando Marcos, el viejo mayordomo, le dijo que las señoritas, a las que había abierto la puerta del potrero en la tarde de la víspera, se hallaban veraneando en el fundo de su vecino?

III

Dos días después acababa de visitar José Antonio las instalaciones para la próxima primera trilla, y marchaba al trote de su Mulato por el ca-

mino real, cuando le alcanzó un jinete, que hizo rematar su caballo junto a él. Volvió la cabeza, y, reconociendo i recién llegado:

—¡Hola! Fermín,—le dijo.

—Perdone su mercé,—respondió Fermín, llevándose respetuosamente la mano al sombrero.—El patrón me mandaba a dejarle una carta a su mercé...

—¿Sí?—preguntó José Antonio, sin poder dominar un ímpetu de secreta alegría.

Fermín era el mozo de su vecino.

—¿Te dijo que esperarás la respuesta?—prosiguió mientras rompía el sobre.

—No, señor.

—Entonces, le vas a decir a Joaquín que luego irá la respuesta.

El mozo torció bridas, y José Antonio, caminando al paso, leyó la carta, en la que su amigo, junto con comunicarle la noticia de hallarse favorecido con la presencia de numerosos huéspedes santiaguinos, le anunciaba un "malón" de un día para otro. "No es que yo quiera abusar,—terminaba la carta,—sino que tu fundo es de lo poco que hay que ver por estos lados".

José Antonio dobló el papel con aire preocupado, y se lo guardó. No era hombre que pusiera mal cariz a una recepción en sus dominios. La hospitalidad es una virtud tradicional en los campos de Chile. Lo que le llevaba como distraído era la redacción de la respuesta que acababa de prometer, y se arrepintió,—hombre poco ducho en letras,—de no haber contestado verbalmente, por intermedio de Fermín. Celebrando íntimamente la oportunidad que se le ofrecía de conocer y servir a la bella desconocida de la otra tarde, no tardó media hora en despachar a un sirviente con una esquila breve, pero expresiva. El domingo próximo se trillaría el trigo, una parte con yeguas y la otra a máquina. La ocasión no podía, pues, ser más favorable. Le rogaba, sí, a su amigo Joaquín, que no ponderara mucho los adelantos de la propiedad que iban a visitar, a fin de evitar posibles desengaños.

—Valiente compromiso,—dijo Anita, sonriendo, cuando se impuso del contenido de la carta.

—Hay que salir airoso,—agregó José Antonio.

Era jueves aún, y el joven hacendado, a quien el tiempo se hacía interminable, como a todos los que esperan, acortó los días, empleándolos febrilmente en preparar su fundo para recibir dignamente a las visitas. La casa entera fué revuelta y sacudi-

da. Francisca, la vieja cocinera, tan activa aún que bastaba ella sola para el servicio de la casa, tuvo que admitir el auxilio de dos mujeres que el patrón hizo venir del pueblo. El estanco, los lagares, el molino, las segadoras, todas las maquinarias fueron recorridas y aseadas, lo mismo que las bodegas en donde reposaban nob'emente, en anchos toneles, los vinos de auténtica cepa francesa.

Anita resplandecía en sus tareas directivas. Por primera vez iba a recibir, en su calidad de dueña de casa, a personas desconocidas y de la capital. Nada se le ocultaba de la importancia de este acto, y experimentaba las mismas sensaciones de miedo y de placer que la invadieran, años atrás, en las vísperas de su primera comunión. ¡Tener de visitas a santiaguinos! A cada rato, cuando menos se lo esperaba, una angustia, a que le costaba sobreponerse, la hacía palidecer. Comprendiendo que no le iba a ser posible negarse a tocar el piano, se ejercitó dos horas todas las tardes. Los detalles de cocina casi no la inquietaban, porque Francisca era una admirable artista en culinaria criolla, y ella, por su parte, había aprendido con las monjas a preparar manjares exquisitos, que constituyeron, durante algunos años, la gran debilidad del papá. Por lo demás, el luto, que no le permitía salirse de cierta severa sencillez, prestaba singular realce a su persona, y ella podía estar segura de resistir victoriosamente a las comparaciones....

José Antonio, asimismo, se dispuso bien. Escarbó el baul, hizo blanquear su sombrero, bruñir sus espuelas, rasquetear cuidadosamente cada mañana sus caballos de montar. Desde la víspera se oía a fiesta en el fundo. Joaquín había vuelto a enviar recado, por el que se supo que se hallaría allí con su comitiva en las primeras horas de la mañana.

—Está bien. Saldré a esperarles—respondió José Antonio.

Anita se quedó, atareadísima siempre, ultimando los preparativos. Por todas partes no se veían más que flores, muchas flores... Los rosales, como si hubieran sabido el papel simpático que habría de tocarles desempeñar amanecieron cuajados.

La polvareda de la cabalgata les anunció desde lejos.

—¡Allí vienen!—gritó el joven hacendado, sin poder contenerse.

Al alba se había levantado y hecho ensillar su Mulato. Hacía ya una hora larga que les esperaba, a la sombra de

unos álamos, en mitad del camino. La mañana estaba hermosa, una verdadera mañana de estío, que es la fiesta de la naturaleza. Bandadas de torcos golosos pasaban hacia las chacras doradas por los primeros rayos. La tierra, apenas humedecida de rocío, enviaba a la atmósfera su generoso vaho de verdura. José Antonio, firme en su montura, con la manta terciada sobre el hombro, sentía que jamás habían estado tan de acuerdo su corazón y el campo.

—¡Es ella!—murmuró, sintiendo un estremecimiento interior, que no pudo reprimir.

Sí, era "ella", al frente de un grupo de jinetes, como un general en jefe. El viento le hacía olear el sombrero de anchas alas, anudado a la cara con un lazo de gasa blanca, cuyos extremos flotaban también como dos banderolas. El comprendió que le había reconocido. Se sonrojó, pues, cuando la oyó gritar, a unos cuantos pasos ya:

—¡Siempre galante el señor administrador! Vamos a saludarlo...

La cabalgata hizo alto, y "ella" los presentó a todos, sobre la marcha, contando al punto, en voz alta, las atenciones que días atrás habían recibido de parte del señor administrador.

—¡Iremos al paso,—dijo en seguida,—para que nos alcancen los rezagados...

—¿Y Joaquín?—preguntó José Antonio, extrañado de no ver en el grupo a su vecino.

—¡Pero sí él es el jefe de la retaguardia!

—Estamos muy lejos aún?—preguntó uno de los jóvenes de la comitiva.—El sol pica...

—Cuestión de unas cuantas cuerdas,—respondió José Antonio.—Pero ya habrá algo para pasar el calor...

La retaguardia, entre tanto, ganaba terreno. Apenas la divisaron, surgió entre todos la idea de ir a su encuentro. Resonó el camino, bajo el tumulto de la cabalgata que daba una brusca media vuelta, y momentos después se confundían vanguardia y retaguardia en un sólo pelotón.

—¡Mi querido José Antonio!

—¡Hola, Joaquín!...

Los dos amigos cambiaron un rápido y efusivo apretón de manos, y José Antonio se adelantó a saludar al "Estado Mayor", que ocupaba un carruaje.

Los niños de Joaquín, que venían en otro, le gritaron:

—¡Viva José Antonio!...

—Pero no pasa un día sobre uste-

des.—dijo el joven, por decir algo, refiriéndose a su vecino y a la esposa de su vecino, que, en realidad, se presentaba llena aún de juventud y de viveza, a pesar de su naciente obesidad, fruto, al parecer, de una maternidad regular e infatigable.

—No vengas con galanterías,—replicó Joaquín.—Tú sí que eres joven... Y a propósito, ¿qué haces aquí? Tu terreno está allá, ¿lo ves? adelante, con la gente joven!

Y dirigiéndose al grupo de los de a caballo, gritó:

—Pero, ¿qué significa esto? ¿Han olvidado ustedes las leyes de la cortesía? Aquí tienen ustedes al dueño de casa, a nuestro huésped, con los viejos...

“Ella” se destacó entonces del grupo y se acercó a los carruajes del Estado Mayor...

—¿Es usted?—preguntó, no sin cierta malicia.—No le perdonaré nunca la broma que nos ha jugado... ;Figúrese usted, Joaquín, que ha venido haciéndose pasar por el administrador de su hacienda!

Joaquín rió de muy buena gana.

—Y en realidad, señorita,—insistió José Antonio,—yo soy el administrador... Eso lo sabe todo el mundo. ¿No es verdad, Joaquín?

—Sí,—respondió el interpelado,—es la verdad. Desde que no hay nadie que administre el fundo sino tú...

—José Antonio,—dijo Rosario,—¿y por qué no vino usted con Anita? ¿No está bien acaso?

—Nó; está mejor que nunca. Es que le ha dado todo su carácter a su papel de dueña de casa, y ha preferido esperarnos allá.

—Al plé del cañón,—observó gravemente un caballero de atildada figura que venía sentado junto a Rosario.

Trafá entre las manos un bastón con puño de oro, y su fisonomía, encuadrada en hermosa barba de un gris casi blanco, era de un atractivo indiscutible. Sus ojos azules, vivos todavía, hablaban de una larga historia de aventuras donjuanescas. Había sido militar, luego diplomático, y era en la actualidad político de fila. Representaba en el Senado a una de las provincias del extremo sur, la única que, casualmente, no había siquiera visitado.

—Papá, nosotros vamos a galopar,—le gritó “ella”.— Los vamos a dejar atrás.

—Como quieras, hija, con tal que no te ocurra nada...

—Qué me va a ocurrir. En todo caso, vamos con José Antonio... Dispénseme que le trate así,—agregó en voz más baja, dirigiéndose a su acom-

pañante.—Yo trato de ganarme su confianza, porque creo que vamos a ser buenos amigos...

—Y yo no sólo se lo dispenso, sino que se lo agradezco.—repuso él.

—¿Galopemos?

Y sin esperar respuesta, azotó a su caballo, y adelantó al galope. José Antonio, clavando las espuelas, le dió alcance. Un minuto después, toda la banda se había lanzado casi a escape y atronaba el camino con el estruendo de los cascos. La atmósfera se llenaba de gritos. Aquella cabalgata ciudadana era un mensaje de la ciudad a los campos, una reconciliación entre los artificios mundanos y la libre vida de la naturaleza. Los caballos espumajaban. De los ranchos próximos salía uno que otro perro flaco a ladrar rabiósamente a la comitiva, y de ambos lados del camino se escapaban volando, desparovidas, bandadas de diucas y chincolas. La tierra entera parecía participar de aquel júbilo vibrante. Algo como una inmensa risa retozaba en los aires...

Sin saber cómo, José Antonio y “ella” formaron pareja y fueron adelantándose al grupo general. Cuando vieron que los separaba una distancia demasiado grande, pusieron los caballos al paso, y conversaron, según la frase de “ella”, como buenos amigos. Lo curioso era que él no conocía su nombre ni hablaba, tampoco, la manera de averiguarlo.

—Creo recordar que la otra tarde andaba usted con más compañía.—había dicho José Antonio.

—Sí; eran unas amigas de Santiago que veranean cerca de Painhuén... Nos gustó tanto su fundo. ¿Cómo se llama? Los Rosales, ¿no? que estuvimos tentadas de cometer una ligereza.

—¿Una ligereza?

—Sí; con el agregado de que fui yo la de la ocurrencia. ¡Casi nos detuvimos a la puerta de su casa, a presentarnos solas!

—¿Y por qué no lo hicieron!

—No habría sido propio... Ahora lo veo bien. Pero le entusiasma a una tanto el campo, que cualquier locura es de explicarse...

Ella hablaba del campo con esa efusión admirativa propia de la gente que se ha habituado a la vida artificial de las ciudades, y para quien la tierra, la vida rural, no es admisible más que por los meses de verano.

—Es cierto,—decía él, feliz de que tocara un tema que lo permitiese hablar con menos vacilación.

Porque, aunque inteligente, se cortaba a menudo delante de las mujeres. La falta de todo roce mundano le quitaba desenvoltura a su lenguaje. lo que le hacía interrumpirse a sí mismo, no dando nunca con la frase apropiada, temiendo siempre salir con algo

inoportuno. Y delante de esa mujer, cuya sola presencia le turbaba, hacía vanos esfuerzos por hablar, sin que se le notara el temblor de la voz.

De pronto, un ruido de galope les hizo volverse. Un jinete de los del grupo venía hacia ellos, un joven montado perfectamente a la inglesa, de cara rapada y diminuto jipi-japa echado atrás.

—Se ha adelantado usted mucho, Chela,—dijo, cuando les alcanzó.

El tono de su voz revelaba indiferencia. Sin embargo, su actitud tenía algo de impertinente.

—¿Sí?—replicó ella.— Eso quiere decir que nos entendemos muy bien con este caballero....

José Antonio enrojeció. Todos callaron. Alguien, que no era Carlos ni Chela, repetía mentalmente este gracioso diminutivo: ¡Chela! Precioso nombre, ciertamente.

—¿Molesto?—preguntó el recién llegado.

—¿Por qué? De ningún modo, Carlos,—dijo ella.

José Antonio lo miró con fijeza. Pensó que aquél debía ser el novio, o, por lo menos, el "pololo" oficial de su pareja. El silencio habría llegado a hacerse embarazoso, si no se hubieran hallado a un paso de las casas del fundo.

—Ya estamos; pié a tierra,—dijo José Antonio.

Y se apresuró a ayudar a desmontarse a su compañera. Los mozos habían acudido y amarraron las cabalgaduras al poste.

—Los esperamos, ¿no le parece?—preguntó ella.

—Sin duda.

Anita, con la faz radiante, apareció en aquel momento en la puerta.

—¿Es su hermana?—preguntó Graciela, con viveza, acercándose a ella.

—Sí,—dijo José Antonio.

E iba a hacer las presentaciones de acuerdo con las fórmulas usuales, cuando Graciela la tomó de las manos y exclamó:

—¡Qué linda es! ¿Vamos a ser muy amigas, nó?

Los dos hermanos se vieron confusos ante aquel cordial arranque, tan hermoso en una mujer como Graciela, que llegaba allí con toda la terrible aureola de su mundanismo aristocrático.

—Amigas, sí,—dijo An'ta.—Me hacía mucha falta!...

—¿No es usted celosa, señor hermano?

—Eso, según...—respondió sonriendo el joven hacendado.

—Tiene razón para serlo,—agregó Chela,—porque Anita es una mona-

da. Le sobraba razón a Rosario para ponderarla tanto.

—Rosario es demasiado amable.

—Es justiciera,—rectificó Carlos adelantándose con galantería y tendiendo la mano a tiempo que decía:

—Carlos Larraeta, un servidor y amigo.

—Tanto gusto...

—Mi primo,—explicó Graciela.

Llegaba a la sazón el grueso de la cabalgata; luego se vió venir también a los carruajes, y se formó junto a la casa de Los Rosales, de ordinario tan quieta y silenciosa, el grato bullicio de una reunión que se iniciaba en la mayor armonía. Todos se hacían lenguas de la belleza de Anita, y Joaquín, gran bromista y casamentero a ultranza, pronosticó desde luego que más de alguno de los presentes habría de quedar engarzado en los hermosos ojos de la dueña de casa.

IV

—¡Adelante! ¡Adelante! gritó José Antonio.—Aquí hace mucho sol.

Entraron todos bulliciosamente, y él se quedó para dar las órdenes a Marcos, que apareció en esos momentos.

—Que desensillen y pongan los caballos a la sombra.

José Antonio entró a su vez, y los halló a todos cómodamente instalados en el corredor.

—¡Qué rico olor a rosas!—se oía decir.

Un vientecillo mañanero traía hasta ellos las fragancias del jardín y del huerto, y entre todas, como la nota dominante de una orquesta, las del rosal que circundaba el patio con una doble hilera de verde coronada de rojos pomposos infinitamente variados.

—¡Qué preciosidad!—dijo Graciela con un gesto acariciador.

Los hombres apuraban vasos de espumante cerveza y ellas, aleccionadas por Chela, mordían uvas, inclinándose para evitar que el zumo les manchara la pechera de la amazona. El joven hacendado encontró que era aquel un rasgo encantador. En realidad, él estaba contentísimo de que se hubiera salvado tan sin sentir esa distancia de frialdad y embarazo que suele producirse al comienzo de toda reunión social.

—Muy dije su casita, amigo mío,—opinó don Javier, que, como buen político, era diestro en el arte de conquistarse simpatías.

—Es muy vieja, señor, pero yo la quiero mucho, y la cuido como cuidaría a mi mujer... si alguna vez llegara a casarme.

—¡Bravo! Así me gustan los hombres,—exclamó Chela, que había alcanzado a oír la última frase.—La verdad, José Antonio, tiene usted cara de marido cariñoso...

—Defiéndeme, Joaquín,—dijo el joven, sin atinar decididamente con la réplica.

—¿Qué quieres que diga yo? Fuieste cariñoso como hijo, lo eres como hermano y como amigo: lo más probable es que lo seas también como marido.

—¡No volveré a buscarte otra vez para abogado!

Y encarándose con la situación, José Antonio agregó:

—En realidad, señorita, yo considero que no se puede tratar sino con cariño a la mujer que es nuestra compañera...

—Todos piensan lo mismo, mi amiguito,—repuso ella,—antes de las indispensables bendiciones.

—¡Pero otra cosa es con guitarra!—exclamó Carlos,—interviniendo desde lejos.

La conversación siguió así, animada, vivaz, llena de discretos, sin una sola de esas pausas desconcertantes que revelan la desazón de los ánimos. Habíanse formado, como era natural, diversos grupos y en todos ellos imperaba idéntico entusiasmo. El primo Carlos iba de uno en otro, tentando chistes y lanzando pullas intencionadas, y recibiendo a veces verdaderas granizadas de bromas que le hacían huir apabullado. Tenía Carlos la insolencia decorativa e inocente de un mozo que, poseyendo excelente natural, ha recibido de prestado una segunda modalidad. Sufría de la debilidad de querer ser malo. Cultivaba la ironía, aunque en el fondo era piadoso; y, como buen dandy, nada le llamaba aparentemente la atención. Don Javier seguía con Joaquín deshilvanando su eterna madeja de combinaciones políticas, y, al efecto, venía interesándose por saber qué fuerza electoral representaban Los Rosales y Painahuén. Quizás le conviniera, para el próximo período, aceptar la candidatura a senador por la provincia.... Don Javier era viudo, y, con sus cincuenta años, gozaba de excelente salud. Pertenecía a las filas del partido liberal histórico, de ese partido que ha dado tantos supremos magistrados a la República. La política constituía para él un nobilísimo deporte, un ejercicio que ponía en actividad todas sus facultades, aún en pleno vigor. Rosario y la señora Irene, mamá de Carlos, dignísima señora muy pagada de sus abolengos, conversaban asuntos propios de su edad y de su estado: enfermedades, fallecimien-

tos, matrimonios, viajes, todo el movimiento demográfico de la buena sociedad del país. Y más lejos, los jóvenes, los que habían sido la vanguardia de la caballería, se entregaban a la charla con una prodigalidad fácilmente explicable, si se observa que el mayor de ellos era José Antonio. Anita, encantada de Chela, no la abandonaba más que para preocuparse de ciertos pormenores domésticos. Los niños habían desaparecido y probablemente saqueaban la arboleda.

Destacábase en el grupo juvenil un muchacho de fisonomía un poco grave, de ojos grandes y oscuros, de cabello largo y ondulado, que hablaba poco y fumaba incesantemente, apartándose para ello hacia el lado del patio. Se llamaba Félix, y era estudiante de medicina.

—¿Cómo va esa memoria?—le preguntó Chela, aprovechando un segundo de relativo silencio.

—Algo adelanta, pero no tanto como yo quisiera,—contestó él.—El campo me pone perezoso.

Félix estaba por "recibirse", y preparaba a la sazón la memoria reglamentaria, la cual habría de versar sobre la degeneración entre los intelectuales. Tema tan vasto y complejo le traía verdaderamente preocupado. Como interno del Manicomio, había tenido ocasión de tratar personalmente a varios escritores y artistas atacados de diversas neurosis. Esto le había sugerido la idea de su tesis; pero ahora iba tomándole el peso...

—¿Quiere que le diga una cosa?—insistió Chela.—¿No se enoja?

—Es la primera condición del médico, Chela; no saber enojarse.

—Bueno, pues; iba a decirle que, en vez de tratar de la degeneración entre los intelectuales, podía usted ocuparse de un tema más entretenido.

—¿Por ejemplo?

—De la influencia del tabaco en los estudios superiores...

Todos rieron, comprendiendo el alcance de la alusión. Félix sonrió; pero, en conformidad a su carácter, no tomó la cosa en broma.

—¿Y sabe,—dijo,—que puede usted tener razón? Todos los estudiantes somos, en general, muy fumadores... La memoria podría titularse... "De las relaciones entre la nicotina y la Universidad"...

—Le veo un sólo inconveniente,—observó Carlos, que llegaba precisamente a tiempo para imponerse del asunto.

—¿Un inconveniente?

—Sí; y es que también fumamos mucho los que hemos dejado ya de ser estudiantes.

Y se fué satisfecho de su salida, que

nadie celebró. A José Antonio había llegado a molestarle un poco aquel mozo eternamente zumbón, aquel primo tan dueño de sí mismo que se metía en todos los grupos sin fomar parte de ninguno.

—Después de todo,—dijo Félix, como para terminar,—el abuso del tabaco no viene siendo más que una forma de degeneración. Será, pues, un capitulo de mi memoria.

—¿Usted no fuma, José Antonio?—preguntó Chela.

—Muy poco; pero el cigarro es necesario a veces...

—¿Cuándo?—inquirió el estudiante, interesado de veras.

—Cuando estoy triste, preocupado...

—¿Ven ustedes cómo tengo razón? Hay veces que, sin saber un por qué, parece que algo nos falta, sentimos una ansiedad inmotivada, y echamos mano al cigarrillo.

—¿Pero también tiene usted penas, señor hacendado? Creí que no las había por aquí...

—Pregúnteselo usted a Anita.

—Penas no le faltan a nadie,—dijo Anita;—pero nosotras no nos desahogamos con el humo.

—A propósito,—saltó Félix,—recuerdo un epigrama que dice...

Todos se dispusieron a escuchar. Y Félix recitó:

Dices que tus penas sanas
con el cigarro, y presumo
que son penas muy livianas
cuando se van con el humo.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Los poetas tienen fama de embusteros,—apuntó Chela,—pero éste ha dicho la verdad.

Francisca pareció en este momento en el patio, y Anita comprendió que había llegado la hora suprema del almuerzo. Tocó en el brazo a José Antonio, y se puso de pie. El joven se incorporó también y gritó con voz entera:

—¡Señores, a la mesa!

—¡Ya era tiempo, vecino!—exclamó alegremente Joaquín.

Los dueños de casa habían tenido la espléndida idea de disponer la mesa bajo el emparrado, armando al efecto una carpa que tenía por techo el frondoso follaje, de un verde magnífico, que dejaba asomar de trecho en trecho la mancha tentadora de los racimos. Anita hizo traer jofainas llenas de agua fresca, y todos cumplieron rápidamente con los deberes del tocador.

—¿Un aperitivo?—ofreció José Antonio.

—¿Qué aperitivo, amigo mío!—observó don Javier.—Eso queda para la ciudad, donde la anemia y los ne-

gocios acaban con el apetito. Pero aquí... aquí no hay mejor aperitivo que el sol y el aire libre.

Todos estuvieron, aparentemente, de acuerdo con esta doctrina. Pero Carlos dijo por lo bajo a José Antonio que él echaba de menos su combinación cotidiana de vermouth y bitter, y se hizo servir disimuladamente una copita.

—Me río yo del sol y el aire libre...

Miguel, un muchacho gordo y risueño, asintió con su opinión.

IV

¡Qué almuerzo campesino aquél, bajo el parrón vetusto! Se concedió a don Javier la presidencia de la mesa, como el más caracterizado, y después se fueron matizando los asientos, según la tradicional costumbre, a razón de un hombre por cada mujer. Para que se sirviesen más a sus anchas y no estorbasen a los grandes, se hizo a los niños ocupar la "mesa del pellejo", y se estaría con ellos Anita, a quien su condición de dueña de casa obligaba a menudo a dejar vacío su sitio. No faltó, ciertamente, señora que cuidase de contar si había trece alrededor de la mesa y suspirase con gran alivio al darse cuenta de que no...

Pero apenas empezaron las sirvientas a pasar los hermosos platos de cazuela de ave, don Javier exigió un poco de atención.

—¿Es posible,—dijo,—que dejemos sola, con los niños, en el pellejo, a nuestra gentil dueña de casa? Protesto, protesto enérgicamente; y si no hay ningún caballero bastante cortés para hacerle compañía, yo declino el honor de la presidencia y me voy allá...

—¡No, yo! gritó Joaquín.

—¡Yo!—exclamó Carlos.

Y se oyeron unos cuantos gritos más que reclamaban para sí tan agradable sacrificio. Pero Félix, sin decir palabra, tomó su plato y su cubierto y vino a hacerse un sitio entre los niños. Anita se había ruborizado, y, sonriendo, miraba a todos lados, sin at'nar con la frase que la salvara del apuro.

—¡Bravo! ¡Viva la medicina!...

—¡Bien por la gente lista!

—¿Por qué se ha molestado usted?

—preguntó Anita al estudiante.

—¿Molestia?—replicó él.—¿Cree usted realmente que será para mí una molestia?

Ella no contestó. En el fondo estaba encantada de aquella feliz e inesperada combinación del azar. Naturalmente, no tenía tampoco por qué

ser desagradable para Félix.

—Haremos cuenta,—dijo el estudiante, sin asomo de atrevimiento,—de que somos papá y mamá... A ver cómo hacemos entender a estas criaturas...

Anita celebró la ocurrencia, recordando que más de una vez, por la época de vacaciones, había jugado a papá y mamá con José Antonio, valiéndose de sus muñecas y de los chicos de la servidumbre.

—¡Muchachos! A estarse muy quietos,—gritó él al infantil concurso.—Tengo yo una mano...

Casualmente, José Antonio y Chela habían quedado juntos. Joaquín, mostrándoles con un gesto rápido e indicando también la bella pareja que hacían Anita y Félix, guiñaba a su mujer el ojo. Carlos se esforzaba en hacer chistes de dudoso resultado, y Rebeca, su hermana menor, una morenucha insignificante, clavaba sus ojos efusivos alternativamente en José Antonio, en Félix y en Miguel, cuyo papel se reducía a reír ruidosamente por todo lo que se dijera. Don Javier que en la ciudad andaba perpetuamente quejándose de dolencias graves al estómago, comía vorazmente, con verdadera golosina.

—Esto está delicioso,—repetía entre un bocado y otro.—Decididamente para comer la clásica cazuela hay que venir al campo...

—¡Hay que venir a Los Rosales!—rectificó Joaquín.

Anita no había alcanzado a oír el cumplido, y José Antonio le llamó la atención.

—Te alaban la cocina,—le dijo.

—¡Ah! Gracias... Le pasaremos el elogio a Francisca, porque no me gusta vestirme con plumas ajenas.

—Plumas ajenas serían las de las gallinas,—dijo Carlos,—puesto que se las han quitado...

Y esperó que celebraran la ocurrencia. Pero en aquel preciso instante, don Javier, fuera de sí ante el magnífico cuadril que veía en su plato, dió la voz de orden, con tanta majestad como años atrás lo hiciera talvez en las revistas militares de septiembre:

—Muchachos, sin temor, a puro dedo...

Y dió el ejemplo, con un empuje igual al que podría emplearse en atacar una trinchera a bayoneta calada.

—Papá...—le objetó Chela.

—¿Qué? ¿Acaso pretendes venir aquí con remilgos ciudadanos?

—No es eso, papá,—dijo ella,—sino que como te veo engullir tan sin cuidado, me acuerdo de tu dispepsia...

—¿Ha visto, Joaquín? ¿Ha visto qué p'acer el de amargarle a uno, a

lo mejor, el bocado? ¡Qué dispepsia ni qué nada!

—En todo caso, tenemos el doctor a la mano,—le replicó Joaquín.

Se refería, como se comprende, a Félix, que en estos instantes se hallaba atareado en la quirúrgica operación de trinchar el pavo asado.

—¿Usted aluden,—le dijo Anita.

—¿Qué dicen?

—Que hay aquí un doctor y que lo tenemos a la mano...

—Sí, médico-cirujano,—dijo él,—entonces; y buena prueba estoy dando de mis conocimientos anatómicos.

—Félix—apuntó Carlos—hace cuenta ahora de que se halla en clase y efectúa la disección de un cadáver.

Semejante observación no pudo menos de producir un escalofrío. Pero Carlos, lejos de comprender que había estado torpe, siguió sonriendo, sinceramente satisfecho de la impresión deplorable que lefa en todos los semblantes. Se hizo un breve silencio, y Anita lo interrumpió hábilmente, ordenando servir las empanadas, que, desde los azafates en que las traían las sirvientas, esparcían su suave y apetitoso olor.

—¡Bravo! ¡Admirable!—gritó don Javier, echando largas miradas de ansiedad a la rubicunda superficie de las empanadas, que ya creía sentir crujir entre sus dientes de viejo lobo político.

—¡Admirable!—repetieron todos.

Y se bebió una copa general por los dueños de casa. José Antonio chocó con la de su vecina de mesa, y se sorprendió él mismo ante el temblor de su mano, que arrancó al cristal un ruido entrecortado. Félix terminaba en ese momento el trinchado del pavo. Por fácil que hubiera parecido la tarea para él, no había dejado de fatigarle un poco. Estaba congestionado, y como hacía un gran calor, hasta sintió la frente humedecida.

—Tanto trabajo,—le dijo Anita.

—Nó, ninguno...

Después de la sabrosa ave de corral, que todos celebraron, vióse aparecer un plato que tuvo el honor de ser saludado con triples y estruendosos hurrah; la fuente de humitas. Don Javier agotó el vocabulario de sus diatribas, y se repitió la ración, declarando que aquéllas no podían sentarles mal ni a los ángeles del cielo, y que en su juventud él se había soplado, de una sentada, una docena. Realmente, las humitas estaban deliciosas. El fragante olor del maíz cocido y preparado con arte habilitoso por Francisca era como el vaho purificado de la tierra cariñosa que quería crecer a aquellos hijos de la ciudad, sus renegados, lo mejor de su seno.

Todos confesaron a una que no podrían servirse nada más y que aunque les trajeran sesos de ruiseñores no los probarían. Sin embar, a instancias de Anita y de José Antonio, que se mostraban confundidos de la pobreza del menú, no faltó quien aceptara alguna fruta y hasta un trozo de torta dulce. De repente, José Antonio se levantó y tomó de un rincón una botella. Sonó un estampido, y un tapón voló a perderse entre los pámpanos.

Joaquín dijo:

—¿Pero has destapado champaña, loco?

—No,—respondió el joven;—es chicha embotellada. Quiero festejarlos con un producto legítimo del fundo.

Y empezó a vaciar en las copas un líquido espumoso y transparente como el champaña. Los hombres la paladearon detenidamente y con fruición. Don Javier manifestó que era una cosa exquisita, que nada podía envidiar a los productos franceses; y hasta sugirió la idea de una fabricación en grande escala, con la protección, por supuesto, de los poderes públicos...

—Somos un país vinícola,—decía.

—Tenemos los vinos mejores de la América. Pues, estimulemos la producción, favorezcámosla. Usted hace bien, José Antonio, en practicar estos ensayos. ¡Es usted un pioneer!

Y le golpeaba amistosamente el hombro. Porque, superfluo parece decirlo, ya todos se habían puesto de pie, y el comedor se hallaba en ese perfido que, ausentes las mujeres, pertenece por completo a la charla de los hombres solos.

José Antonio les dejó un momento para dar algunas órdenes. Ya eran las dos de la tarde y se acercaba el momento de partir.

—¡Apurarse! ¡Apurarse!—dijo en medio del corredor, golpeando las manos.—No hay que perder el tiempo...

Del lado del parrón, llegaba el murmullo de la conversación de sobremesa, avivada seguramente por el dulce vapor de la chicha embotellada; y hacia el lado donde quedaban las habitaciones se percibían risas agudas y frases reticentes que envolvían acaso un comentario picaresco. Chela y Anita aparecieron en el pasadizo, enlazadas por los hombros, listas ya. Eran dos de las gracias clásicas: al verlas, José Antonio lo pensó, pero se guardó bien de decirlo. El contraste entre las dos bellezas le hizo observar una vez más cuán bonita y seductora era la gentil amazona de la otra tarde. Anita, rubia, de aspecto liliál, de aire sosegado y melancólico, completaba el encanto poderoso de su nueva amiga, que era más alta, más fuerte, de pelo

oscuro y rasgos acentuados. Chela era la mujer moderna, ágil de espíritu y de cuerpo, deportista, dueña siempre de sí misma, que se impone siempre sin hacerlo pesar demasiado, por el sólo prestigio de su juventud y de su sexo. En la belleza de la una había algo de soñador y de místico—acaso la orfandad prolongándose más allá de la adolescencia—y la de la otra tenía mucho de imperativo y victorioso. Los ojos de aquella proponían o rogaban; los de ésta resolvían y ordenaban. Una era la flor del campo cultivada en la paz espiritual del convento; la otra era la flor de la metrópoli, bella por sí y más bella por todos los refinamientos de la cultura selectiva. Ninguna de las dos había amado todavía; pero mientras Anita soñaba, acaso un poco románticamente, Chela se contentaba con discretear y con reír.

—José Antonio, Graciela quiere recorrer el jardín...—le dijo Anita.

—¡Sus rosas tienen una fama!—agregó ella.

—No valen nada; pero vamos...

—¡Esto es una maravilla, José Antonio! Qué cosa tan linda.

—¿Aceptaría usted una?

—No se vaya a clavar... Gracias.

—Elija... La que más le guste.

—Sí, elija—agregó Anita—mientras vuelvo con las tijeras...

Y corrió hacia las habitaciones.

—Me las llevaría todas, todas—exclamó Graciela, abarcando el rosal con un gesto amplio de sus brazos divinos.

—La felicidad sería para ellas...

—¿Y para usted no?

—Fué lo que quise decir.

Anita volvía ya, y Graciela no se había decidido por ninguna. Al fin dijo:

—Esta... Una igual no he visto nunca.

Y José Antonio cortó una rosa de magnífico granate, opulenta, esponjosa, semejante a una dalia cuyos pétalos abigarrados estuviesen veteados de amarillo. Limpia ya de las espinas, quedó prendida sobre el pecho de Graciela.

—Las demás se morirán de envidia...—pensó José Antonio, pero por nada del mundo se habría atrevido a decirlo.

Y miraba a la flor, encendida, vibrante sobre la tela gris de la pechera, meciéndose como con voluptuosidad al compás de la respiración de aquella que la había condenado a muerte.

La casa tronó por un momento al estrépito de la cabalgata que se ponía en movimiento, y quedó luego en el silencio más profundo.

VI

Aquel día fué todo de triunfos para José Antonio. Se admiró la disposición de sus instalaciones, no se dejó rincón del fundo sin visitar. El ansia de ver y de curiosear que caracteriza a los forasteros, hizo que el joven hacendado, a pesar de su modestia, se viese obligado a entregar su propiedad por aquel día a los ojos extraños y a aceptar los elogios que, por cierto, no se le escatimaron.

La trilla tuvo un éxito colosal. Todos, las mujeres especialmente, se declararon por el sistema antiguo. Fué en vano que José Antonio les hiciera ver la economía de tiempo y de dinero que significaba para él el funcionamiento de las gigantescas trilladoras. La verdad es, por otra parte, que en éstas no pudieron meter mano, y en cambio se dieron, los más valientes, el placer de corretear un rato a las yeguas por dentro de la éra.

Carlos, que se las daba de gran jinete, estuvo a punto de ser víctima de su imprudencia. Afortunadamente para él, cayó lejos, sobre el mullido colchón de la parva, y todo no pasó de un susto. Se paralizó momentáneamente la faena y el mozo se levantó revolcado y cubierto de paja. Félix le declaró que lamentaba su buena suerte, pues habría deseado hacer conocer a los presentes, en forma práctica, que sabía vendar una herida y entablillar un pie luxado. A Carlos no le hizo mucha gracia la broma de su amigo.

El fundo entero estaba de fiesta. De las propiedades cercanas y hasta del próximo poblado habían acudido familias, con el pretexto de la trilla, pero sin otro objeto que divertirse bebiendo, cantando y balloteando. Por todas partes se veían grupos de tres, cuatro o diez personas que, aprovechando de la sombra de algún sauce, se habían constituido alrededor de un mantel muy bien provisto y engullían fiambres, vasos de mote y hasta cazuela de ave y mate en leche. No faltaban—¡qué habían de faltar!—guitarras ni acordeones, y los aires bríosos de la cueca o el son decidor de las tonadas erraban por la atmósfera como risotadas o como requiebros. Todo el campo, en torno de la faena de la trilla, presentaba un aspecto de vibrante animación. Había polvo, dorado de sol, ruido de caballos, gritos, interjecciones, música popular, flameante color de ropas charras sobre la mancha verde y amarilla del suelo. Y, sigilosamente, merodeaba por allí, llevado con alegría de mano en mano, el diablillo del alcohol, chispeando en

la cerveza y en el vino. Por allá, una vieja frefa empanadas, al lado de un quiltro flaco que se lamía el hocico, embriagado con el olor de la grasa; o algún humilde hijo de Mercurio, empedernido mercachife, pasaba pregonando sus monitos de dulce o gritando ante los grupos de aldeanos endomingados: —Juar, juar, niños, y cubrir las pintas!

Como en la mañana, José Antonio era el caballero de Graciela. Al principio, recordando él las obligaciones que le imponía su condición de festejante, la dejaba por momentos sola para estar con las personas graves de los coches. Pero Joaquín, que ya se hacía ciertos maliciosos cálculos para el porvenir, le dijo, por lo bajo, en tono amistoso pero con firmeza:

—No te preocupes más que de tí. De lo demás, me encargo yo.

Y él, naturalmente, se había dejado convencer. Félix acompañaba a Anita. Fué como una prolongación natural de su comunidad en la mesa del pellejo. A ella le gustaba mucho galopar y a menudo tenían que poner los caballos al paso para dejar que les alcanzase el grueso de la reunión. Estos eran los momentos que aprovechaban para conversar. Anita le contó con entera sencillez, a grandes rasgos, su vida solitaria y sin accidentes. El le habló a su vez de sus estudios, de sus proyectos, de las inquietudes que solían invadirle respecto de su porvenir.

—Pero ¿no va usted a titularse de un momento a otro?

—No son inquietudes económicas—le dijo él.—Yo no soy rico; pero sí mi familia, y eso me tiene sin cuidado. Es otra cosa... no sabría explicarme.

Permaneció silencioso, con los ojos fijos en un punto lejano del camino. Era un ser algo extraño este estudiante. El, que ya iba a obtener su título de médico después de brillantísimos estudios, no habría sabido, realmente, explicar de qué ni por qué sufría. El sabía más bien que nadie que la palabra neurastenia no significaba nada. Acaso con un sabio, con un psicólogo, con algún profundo experimentador de ideas, Félix hubiera llegado a espantarse, para inquirir el origen secreto de su mal; pero ¿qué podía decirle a aquella niña que no había conocido de la vida más que su casa rural y su celda del claustro? ¿Para qué desnudar su alma ante aquellos ojos ingenuos?

—¿Será usted lo que llaman un ée sencantado?—preguntó ella.

—Talvez—respondió Félix.

Y temeroso de que ella fuera a tomarle por una víctima de traiciones amorosas, agregó:

—Un desencantado intelectual, señorita, un desengañado de los libros y de la ciencia, un sediento de ideal que no puede aceptar ideal ninguno porque ninguno llega a satisfacerle. ¿Ve usted qué cosas raras?

—¿No ha querido usted, pues, nunca?

—¿Yo?

Lo dijo con un tono de tan sincero asombro que Anita se convenció de que, realmente, a su compañero le parecía absurda la sola idea de que se creyera que había estado alguna vez enamorado.

—Siempre fui enemigo del pololeo,—explicó él,—por instintiva repulsión de mi carácter. Nunca tuve preferencia por ninguna amiga. No he sabido jamás lo que es querer, lo que en las novelas se llama amor. Y ahora...

Hubo una pausa. Anita aguardaba.

—Ahora — terminó Félix — desearía amar. ¡Debe ser tan hermoso desdoblarse en otro ser, sentir de veras y hondamente todo eso que nos pintan los autores! Créame, que a veces pienso que soy un alma vieja metida en un cuerpo joven...

Calló, advirtiendo que se metía por el delicado sendero de las confidencias y temiendo acaso que su compañera juzgara hijas de estudiada afectación tales palabras. Pero ella era demasiado campesina para no estimar sincera semejante confesión, que salía a los labios del joven estudiante con un ardor cordial. Anita pensó que era cierto que existían ciertas enfermedades del alma, de las cuales algo había oído y leído ella, sin que pudiera tomarlo muy en serio: Félix debería ser uno de esos enfermos.

—¿No cree usted?—preguntó.—¿No tiene fé?

—¿La fé religiosa?—replicó.

—Sí, la fé en Dios y en su Divina Providencia.

Félix no sonrió, porque la sinceridad de Anita era tan honda que la más leve sonrisa habría equivalido a una blasfemia.

—¿Quisiera creer, como quisiera amar!—dijo.

—No sé cómo se puede vivir con el alma completamente vacía—comentó ella.—Ahora sí que lo creo a usted verdaderamente desgraciado.

Pero en lugar de sentir temor por la proximidad de un incrédulo, como se lo insinuraran las Hermanas, se vio invadida de una profunda y compasiva ternura por aquel mozo que era indudablemente bueno y que acaso no merecía el castigo que pesaba sobre él. E inmediatamente, obedeciendo a uno de esos impulsos repentinos de las naturalezas vehementes, se formó la

resolución de convertirlo, de salvarlo, de empapar de nuevo aquella alma árida en los divinos jugos de la fé. Le parecía empresa digna de ella, que se vería enaltecida a los ojos del Señor.

—¿Por qué todo me inquieta y nada me satisface? pensaba él.—Conozco muchos que han perdido la fé, y están perfectamente tranquilos. Hay miles de personas que no sienten amor, ni siquiera afecto por nadie ni por nada, y viven sin mayores cuidados. A mí, en cambio, todo tiene el prurito de preocuparme. ¿Por qué, durante la trilla, he recordado mi iniciación en ciertas doctrinas humanitarias? ¿Por qué he pensado que no debí abandonarlas?... Hace dos mil años que Jesucristo predicó su Evangelio y siguen habiendo sobre la tierra las mismas injusticias y los mismos dolores.

—¿Es cierto entonces que los estudios quitan la fé?—preguntó Anita que había seguido el curso de sus pensamientos.

—Es posible,—respondió él.—Y en cambio, es bien poco lo que dan...

Y, después de una pausa, agregó:

—Pero, ¿qué pésimo compañero le ha tocado, eh? ¿Qué va a pensar usted de mí, que no sé conversar más que filosofías!

—Poco honor me hace, si cree que yo preferiría que me dijese usted galaterías.

—Pues es usted muy distinta de cuantas mujeres he conocido, lo cual constituye un motivo más para que yo la admire. Y esto no es incurrir en el desliz de galantearla.

—Casi empezaba usted a parecerse a los demás...

Callaron. Pero el silencio entre ellos no tenía nada de embarazoso. Se dijera que conversaban mentalmente. Ambos sabían que uno y otro pensaban en lo mismo, que su imaginación giraba alrededor de unas mismas ideas.

—¿Por qué tan callados?—les dijo una voz femenina, al lado suyo.

Era Graciela que, junto con José Antonio, les habían alcanzado de un galope.

—La culpa es mía—dijo Félix—que ni en el campo puedo desprenderme de la manía de hacer análisis psicológicos.

—¡Ah! Félix, incorregible Félix! Estoy por darle razón a mi papá...

—¿Por qué?—preguntó Anita.

—Papá dice que, del tercer año arriba, todos los estudiantes de medicina andan destornillados.

—Quitándole lo absoluto a esa afir-

mación—dijo Félix con toda seriedad—es la verdad pura.

—¿Quieren que galopemos?—propuso Chela.

—Galopemos.

Y en fila de cuatro, yendo ellas al centro, avanzaron a galope tendido. La tarde caía ya y el campo empezaba a llenarse de esa placidez que precede a la llegada de la noche. El aire olía a chacra y a jardín. Producíase un imperceptible apagamiento en los ruidos de la fiesta rural del día, y el tinte vibrante de los pastizales y las sementeras iba suavizando sus tonos. Llegaban distintamente a los oídos los sonos del canturreo en alguna ramada no lejana:

La mujer es estopa,
y el hombre es fuego.
Hay que decirle al diablo
que sople luego...

El camino se veía invadido por la gente que regresaba ya, algunos en coche, a caballo, en carretela, y otros sencillamente a pié. En algunos vehiculos se cantaba al són de los acordeones. Junto a una pirca, con la botella en la mano, un roto, que tenía la mona filosófica, lloraba lastimosamente.

—Me ha hecho acordarme esto, al fin de un 19 de septiembre en el Parque Cousiño...

—En pequeño, sí,—dijo José Antonio.

Félix, desinteresándose en general del espectáculo, observaba a ese desarrapado que monologaba llorando ante la botella vacía.

—Al fin, ese es más lógico,—murmuró al oído de su compañera.—Se ha divertido, pero ya no se divierte...

VII

—¡Pero qué pícaros! exclamó de pronto José Antonio con alegre sorpresa.

—¿Quiénes? preguntó Chela.

—Nada. ¿No ven ustedes allí amarrados los caballos de Carlos y Miguel?

—En efecto.

Los dos jóvenes, aburrido el primero de andar en grupo sin objetivo fijo, y fastidiado el otro del asedio infatigable de la tierna y feúcha Rebeca, habían optado por divertirse de su cuenta y riesgo y separándose del resto de la comitiva. Nadie, por lo demás, se había preocupado de su ausencia. Y ahora sus caballos aparecían atados a los horcones de una ramada.

—¿Qué ocurrencia han tenido!—exclamó Félix.

—Yo acabo de tener otra mejor!—agregó al punto Graciela.

—¿Que les vayamos a ver?

—Eso!

Torcieron brida y se detuvieron junto a la ramada, en los precisos momentos en que Miguel se levantaba con un gran vaso en la mano gritando ¡aro!, y Carlos le dibujaba admirables guaras a su pareja.

Tocábase una cueca en arpa y guitarra y era aquél el pasaje más culminante de la picaresca danza popular. Dos guasos achispados tamboreaban en la caja de los instrumentos y otros palmoteaban con furor, sembrando al aire de interjecciones robustas. Chillonas voces de vieja seguían con los versos por todo lo alto:

Hay que decirle al diablo
que sople luego, ay! si...

Carlos, entusiasmado, pasaba cariñosamente el pañuelo por el cuello de su compañera de baile y ella, una guasita nada mal parecida, bajaba los ojos ruborosa.

—¡Quién dijo miedo! gritaba Miguel, pasando el vaso.

Carlos iba a tomarlo cuando observó, por el silencio que súbitamente se produjo, la presencia de sus amigos. A pesar de su s'en fichisme de dand/ de su cinismo de buen tono, no dejó de cortarse, y ya parecía que iba a balbucear alguna explicación cuando José Antonio, tomándole el peso a la situación que se creaba, saludó con campehana cordialidad a los dueños de casa:

—¡Qué hubo, viejo Ramón! ¿Se divierten?...

—Se hace lo que se debe, patrón. Aquí los caballeros han querido acompañarlos...

—Bravo! Así me gusta...

Carlos, entre tanto, se había repuesto. Era el mejor partido que podía tomar. Sin dejar el vaso, se acercó a los jinetes y, parodiando a los guasos, se afirmó en los pechos del caballo que montaba Anita y le brindó, con exagerado acento de borracho:

—Hágame la gracia, patroncita! Acéptele a un pobre un trago que le quiere ofrecer...

—¿Gueno el futre diablo!—murmuró uno de los concurrentes.

Anita se turbó, y no sabía si tomar el vaso o reirse de la travesura de Carlos. José Antonio le dijo por lo bajo:

—Prueba. Le gustará mucho a esta gente.

Anita tomó el enorme vaso con las dos manos y apuró un sorbo con el mismo gesto del que se sirve una droga.

—¡Bravo la patroncita! dijeron varias voces.

Todos tuvieron que imitarla, y la remolienda continuó sin mayores inci-

dentés. Los paseantes reanudaron la marcha en medio de entusiastas aclamaciones de despedida, y la ramada volvió a cruzar entre el barullo de una cueca con tamboreo y huifa, bailada por un fute santiaguino y una guasa de los campos del sur. Todos, con excepción de Félix, comentaban la incidencia con frases regocijadas. El estudiante guardaba silencio, porque a él, lejos de agradarle, aquel espectáculo le había hecho una impresión penosa. Siempre le puso triste la alegría popular. El socialismo evangélico de sus años veintenarios se sublevaba en él. No podía soportar con serenidad que el pueblo viera su miseria. Como José Antonio y Chela adelantasen, Anita aprovechó la ocasión para preguntarle:

—¿Se ha puesto usted triste?

—¿Qué quiere que le diga? respondió él.— Me parece un sarcasmo que esa gente se alegre de tal modo...

—¿Por qué?— replicó ella, extrañada hasta lo indecible.

—¿Por qué? No sabría explicárselo en pocas palabras... Como creo que seremos muy amigos y que alguna vez hemos de volver a conversar, se lo diré más tarde.

—Pero los pobres también tienen que alegrarse,—insinuó ella.

—Es que no debería haber pobres.

Anita no halló qué replicar. Pero esta frase, en el recogimiento cada vez más grave de la tarde, quedó resonando en su interior. Tenía razón su amigo Félix: no debería haber pobres sobre la tierra.

—La tierra es tan grande,—pensó,—y hay tan poca gente en ella, que lo que produce debería bastar de sobra para todos...

Y pensó también que si pesaba sobre el estudiante la desgracia o el pecado de su incredulidad, tenía, en cambio, la virtud de ser compasivo.

—Siempre los ha habido—dijo.— Fueron los predilectos de Cristo...

—Siempre los ha habido, y acaso siempre los habrá. Precisamente por haberlos preferido fué crucificado aquel dulce filósofo.

¿Qué tenían para Anita de extraño las palabras de Félix? En el fondo era muy sencillo todo lo que decía; pero la conmovía a ella, la hacía estremecer y la desconcertaba. Nadie, ni la madre superiora, ni el padre confesor, ni su hermano José Antonio, que solía disertar con mucho juicio, había tenido como aquel muchacho, el don de hacerla sentir, sin revelar el menor esfuerzo ni la más leve intención. En la quietud del momento, bajo el cielo que empezaba a estrellarse, ella percibía sus frases, nítidas, claras, armoniosas, con algo del rumor de los

grandes árboles del camino, o del arroyo que cantaba entre las piedras, a lo lejos. La turbaba aquella voz y habría deseado estar siempre escuchándola...

José Antonio y Chela hablaban cosas más frívolas y menos trascendentales. El hubiera deseado no decir una palabra, satisfecho con la gloria de ir a su lado. Pero, temeroso de hacer un mal papel, se empeñaba en llevar la conversación por el terreno de lo fácil y seguro.

—Su primo parece un mozo divertido.

—¡Oh! a él no se le da nada de nada. Es un filósofo práctico.

—Hermosa manera de vivir.

—Su fórmula es "pasarla bien".

—Sin embargo, a merudo parece aburrido.

—No lo crea usted. Es pura "pose". Carlos es de los que se divierten de veras con cualquier cosa nueva... Y si llega a aburrirse, se viene donde su prima Chela y le dice cuatro galanterías.

—Pero eso no tendrá nada de nuevo para él.

—No, ciertamente. Pero está creído de que las tomo muy en serio y le basta para su gloria el que le tengan por mi pololo oficial.

—¡Ah! yo creí....

—Habrá creído usted lo que cree todo el mundo. ¡Qué trabajo! Pero, ahora que ha conocido usted un poco a mi primo Carlos, ¿se imagina que yo pueda tomarle en serio?

—No, es que....

José Antonio se interrumpió, buscando en vano la frase que interpretara su pensamiento en una forma que no fuese grosera. Ella lo advinó y le dijo:

—Sí, ya sé. Le han dicho a usted que a nosotras las santiaguinas no nos falta nunca ni un perrillo faldero, ni un novio de pantalla....

—Eso, precisamente, no. Pero creí que usted, entre todos los homenajes que deben de rendirle, prefería los suyos.

—¿Homenajes? No.... Pasaron ya esos tiempos.

El iba a decirle que, si creía realmente esto, se hallaba en un error, pues él, por lo menos, estaba dispuesto a ser su esclavo. Pero ¿cómo atreverse? La conversación no salió de ese tono, girando alrededor de unos mismos banales asuntos, sin que ni él, poco experto en discretos, ni ella, demasiado acostumbrada a dominarse, se dejaran arrastrar más allá de los límites de lo cortés y de lo atento. En vano la tarde se ponía triste. En vano lucían los campos su decoración prodigiosa de

las horas crepusculares. El murmurio de los árboles, en la paz de los caminos, pasaba volando por encima de su cabeza, y a su afectuosa insinuación nada respondía en ellos.

Pero a la vuelta, ya muy entrada la noche, sugestionado por una pregunta discreta, él habló un poco de su vida, de las tristezas que solían acometerle en la soledad y el retiro en que vegetaba..... Chela divagó, a propósito de esto, y dijo alguna de esas vulgaridades que resultan preciosas en boca de las mujeres.

—¡Oh! sólo el que no quiere no se casa.... No hay un hombre que viva solo porque no ha encontrado compañera.....

El callaba. Callaba, dulcemente emocionado por aquella voz que llegaba a él en medio del silencio de los campos. Se dejaba acariciar, hubiera deseado que nunca se interrumpiera el suave torrente de sus frases. ¿Sentiría "el" lo mismo? ¡Ah! no tener el corazón un lenguaje sin palabras, cuya expresión no requiriera un esfuerzo del cual él se sentía incapaz.....

—¿Cuándo volveremos a vernos?— dijo de pronto, asustándose de su propia audacia.— Quiero decir —rectificó— ¿cuándo tendré el placer de volver a verles por mi casa?

—¡Quién sabe! Cualquiera día..... Pero, ¿por qué no va usted donde Joaquín? ¡Son tan amigos!

—Es cierto.

—Además tiene usted que llevarme a Anita, y lo más a menudo. Es muy dije, y yo voy a quererla mucho....

—Es una chiquilla muy buena.

—¿Se ha fijado usted cómo ha simpatizado con Félix?

—Parece un buen muchacho, ¿no?

—Como usted lo vé, así es siempre. Y muy inteligente. Parece que en cuanto se recibía, el Gobierno va a mandarlo a Europa....

—Debe ser estudioso.

—Demasiado. El dice siempre que no sabe cómo se ha metido una biblioteca en la cabeza.

José Antonio pensó, al oír esto, que él debía haberse vuelto un redomado guaso, puesto que cada vez leía menos. Su alimento intelectual se reducía, por entonces, al hojear de los diarios y las revistas ilustradas, de tal cual magazine y de algunos folletos agrícolas de aplicación práctica. Se sintió, pues, un poco disculpado cuando ella agregó este comentario:

—Creo que Félix está un poco perturbado por su exceso de estudio.

Desde luego es un neurasténico terrible.

—¿Neurasténico? — preguntó José Antonio.

El no sabía precisamente en qué consistía esta enfermedad, de la cual tanto oía hablar. De complejión sanguínea, sus nervios le habían dejado siempre en paz. Solían como a su padre, acometerle algunas rabietas por incidentes del trabajo, pero eran nubes de verano que se pasaban en seguida.

—Sí, eso le hace parecer, a veces, un poco raro. Pero es un excelente muchacho. Anita....

—¿Qué?

—Anita tendría en él un compañero magnífico.

—¡Oh, pero es adelantarse demasiado! Seguramente ni se lo sueñan ellos.....

—Es una hipótesis, querido amigo, no se alarme usted. Lo decía para ver el efecto. ¿No cree usted que Anita tiene derecho, lo mismo que usted, a sentir esas tristezas de que venía hablándome?

—¡Ah! sí.... Ya lo creo que sí.

—Bueno. Pues, yo me encargo de enseñarles a los dos.....

—¿A él y a ella?

—No disimule usted... A ella y a usted.

—¿A mí también?

—Sí, yo conozco una persona... una persona que sería feliz con llegar a ser su ideal.

—¿Usted?

—No, no... No se trata de mí. ¡Qué gracia!

—Me ha comprendido mal, señorita. Nunca pude atreverme a tanto... Decía si era usted la que conocía a esa persona...

—¡Ah! Ha sido un quid pro quo. Pero, ¿sí yo le dijese que era yo?

—¡Señorita!...

Graciela sonreía, golpeando suavemente el cuello del animal con su junquillo. José Antonio, estremecido hasta lo más hondo, no había podido sino pronunciar esa palabra pobre pero cordial expresión de su asombro, de su alegría y de su miedo. Como habían andado mucho rato al paso, los de los coches les habían alcanzado y aquel dulce diálogo que tan suavemente iba haciéndose confidencial, quedó interrumpido, deshecho por la conversación general que dirigía siempre don Javier, antiguo presidente de la Cámara.

Parados en mitad del camino, encontró la comitiva a Anita y a Félix, que en un silencio lleno de unción, pa-

recían gozar de la dulzura del crepúsculo, bajo la estrella tutelar de los idilios. Llegaron todos juntos a la casa entre la algazara de los niños que cantaban canciones escolares. Ya, sentados a la mesa, se supo que Miguel y Carlos habían llegado también; pero no aparecieron. Don Javier sonrió discretamente, evocando juveniles aventuras.

—¡Ah! niños, niños...

La casa está de nuevo silenciosa. Las visitas se han ido, después de haberse hecho en el salón un poco de música, sin baile, en atención a que aún llevaba luto la dueña de casa. Y, mientras afuera, en el patio, la servidumbre pone un poco de orden en la vajilla, los dos hermanos conversan quedamente. José Antonio ha abierto la ventana que da al camino y por ella entra al aposento la suave claridad de la luna estival. Rasguea la guitarra y entona a la sordina una canción melancólica, muy vieja:

Como se han ido volando ingratas
Las raudas horas del tiempo cruel...

Anita se ha apoyado en el marco de la ventana y mira hacia el camino que blanquea bajo la luna como un largo trozo de lienzo. La noche está tibia. Viene de allá, de los proceros y las chacras, un viento levísimo, oloroso a vegetación. Desde las vegas llega la tetanía dulce de las ranas. ¡Qué paz! ¡Qué fresca!

—Linda noche, José Antonio,—dice ella.

—Y lindo día, Anita.

—Sí, ¡lindo día!

José Antonio deja la guitarra y va también a la ventana. Ambos miran hacia allá, adonde se perdió la cabalgata. Ambos piensan en lo mismo. Por su mente desfilan voltejeando locamente, las mismas o parecidas visiones. Pero un instintivo pudor, un temor infantil, les sella los labios. Una frase, una palabra, un gesto bastarían para que el silencio se cambiase en una recíproca confidencia, tierna, cálida, efusiva. Pero esa frase no se pronuncia, esa palabra no suena, ese gesto no se hace, y durante largo rato aquellas dos almas vuelan juntas, sin tocarse, por sobre la vasta quietud de los campos, bajo el plañtante sonador. Y uno piensa: ¡Graciela! y ve un rostro de divinos lineamientos, una boca imperativa, una nariz recta, unos ojos espléndidos y enormes y oye la pregunta terrible, quemante como una chispa:

“¿Y si yo le dijese que soy yo?” Mientras la otra piensa: ¡Félix! y siente en sí misma, en su corazón, la caricia extraña de una mirada melancólica y el lento y suave divagar filosófico de una alma que, ciega, ha extraviado sus pasos y a la cual ella ha de llevar de la mano por el buen camino...

—¿No es mala la vida, no es cierto, Anita?

—No, no... suele ser buena, José Antonio.

Vuelven a callar. Bañados de luna, los campos parecen entregarse a la oración y al éxtasis. Todo es bello, todo puro. Los árboles, al moverse y susurrar, están bendiciendo a la vida, y el viento es como un duendecillo invisible que pasara soplandoles con un abanico perfumado. ¡Qué dulce resuena a lo lejos el gorgorear de las ranas! José Antonio, sintiendo los ojos húmedos, mira de soslayo a su hermana, con la intención de enjugárselos disimuladamente; pero advierte que por las pálidas mejillas de Anita corren, trémulas y transparentes, dos lágrimas enormes.

VIII

Joaquín y Rosario, sentados al lado afuera de su casa, entreteníanse una mañana en ver corretear a sus hijos, cuando de pronto, mirando a lo lejos hacia el camino divisaron dos ginetes que se acercaban, entre gran polvareda, a galope tendido.

—Rosario, ¿serán ellos? ¡Mira!

—Sí, parecen ellos,—dijo Rosario.

—Uno por lo menos, es mujer...

—¡Sí, son ellos!—exclamó Joaquín,

reconociéndoles.

Eran en efecto, José Antonio y Anita que, en cumplimiento de su palabra, venían a pasar a Painahué, algunas horas.

—¡Javier, gran novedad!—gritó Rosario hacia el interior.

Y se adelantó con su marido a recibir a los visitantes que ya estaban a veinte pasos de la casa.

—¡Al fin se acordaron, ingratos!—les dijo Joaquín, parándose en mitad del camino.—Ya vamos a hacerles traer con la policía...

—¡Si no hay aquí perros bravos!—agregó Rosario.

José Antonio se disculpaba diciendo que apenas estaban a miércoles, es decir, que apenas habían pasado tres días desde la fecha en que él hizo la promesa. Luego, la trilla había terminado sólo la víspera por la tarde...

—Está bien, hombre, está bien. Ya sé que si no has venido antes es porque te ha sido imposible...

Y se allegó al caballo de Anita para ayudarla a desmontarse.

—No pesa usted una pluma.

Rosario abrazó efusivamente a la linda niña, mirándola con cariñoso interés, sin acertar con lo que veía de nuevo en ella. Y era que Anita, a instancias de José Antonio, se había decidido a abandonar el luto riguroso. Don Javier apareció a la sazón en la puerta, en correcto traje de estación, con un gran sombrero a la cabeza y un diario entre las manos.

—Tanto gusto, amigo José Antonio. Señorita, viene usted más linda que nunca.

—Don Javier... El que tiene una hija como Chela no debe admirarse de ninguna belleza...

—¿Parece que Chela ha conquistado entonces a toda la familia?—preguntó Joaquín a José Antonio, no sin alguna intención.

—A toda la hacienda, chico,—respondió José Antonio con aplomo.

La señora Irene se había acercado también y sonreía con dignidad. Los niños, entusiasmados con el arribo de dos personas que les eran tan familiares, habían rodeado a Anita y José Antonio, como lo hacían siempre. El tomó en brazos a su predilecto, un pequeño de largos rulos y muy parlador, lo levantó en alto y le preguntó:

—A ver, ¿quién es el más buen mozo de tus amigos?

—¡Joché Tono!—dijo el chico.

Y don Javier, sonriendo entre sus graves patillas de un melancólico ceniza, advirtió:

—Los niños y los locos dicen la verdad.

—Y Chela, ¿por qué no la veo? preguntó Anita.

—¡Ah!—respondió Joaquín— la gente joven anda sublevada. Se han levantado al alba y se han ido al pueblo vecino para juntarse con no sé qué amigos.

—Pero, ¿volverán pronto?

—¡Ah! sí, vuelven a almorzar.

Momentos más tarde llegó Marcos con un gran canasto. Rosario adivinó al punto de qué se trataba.

—¿Para qué fué a molestar, José Antonio!

—Molestia no ha sido ninguna, por el contrario. Ha sido un placer.

—Va a ver usted una maravilla, Javier.

Don Javier se había acercado, con un gesto de gustador. Joaquín retiró el blanco mantel que cubría el canasto y apareció a la vista de todos un montón de rosas de los matices más variados. Era en verdad una maravilla. El aire trascendió luego a rosas, como si estuviese aprisionado allí todo un jardín.

—¡Qué lindura! ¡Pero qué lindura!—exclamaba Rosario.

—No sabría escoger—decía la señora Irene.

—Aunque no hubiera hecho otra cosa que cultivar sus flores, amigo José Antonio—observó don Javier,—ya habría merecido bien de la patria.

—Oh, señor, tanto como eso...

—¿Quiere ayudarme, Anita?—dijo Rosario.

—No, no, ustedes nó,—dijo Joaquín.

Entre todos se llevaron el canasto al interior, y aquel día en la casa de Joaquín se desbordó una catarata de rosas. Las hubo en el salón, en el comedor, en los dormitorios. El alma de Los Rosales inundó las casas de Painahuén. Por todas partes no se oía sino a rosas. Hartos de sol y de polvo, los viajeros volvían la cabeza sorprendidos por las oleadas de aquella fragancia del'ciosa.

—Es un delicado gusto el de las flores,—dijo con persuasivo acento el senador.

—Son como la música... Ayudan a alegrar la vida. Por eso las quiero yo tanto.

—Y todo lo que contribuya a la alegría de la vida merece nuestro respeto y nuestro afecto.

—Además, las rosas eran las flores predilectas de mi madre. El primer rosal de la casa fué plantado y cultivado por ella. Yo muchas veces, y también Anita, le hemos ayudado en su tarea... Naturalmente, después he podido y debido mejorar el cultivo.

—Admiro tu afición—expresó Joaquín—pero no podría imitarla. Me falta la paciencia, aunque no el gusto.

—Has dicho la palabra: paciencia. Podría estar días y días hablando de las flores y de los cuidados exquisitos que requieren, de las amarguras que cuesta un fracaso cien veces repetido; pero no quiero dar la lata... Son cosas a que no se les toma el gusto más que cuando se llega a ser apasionado como yo.

—¡Ah! el día que conozca usted a un amigo mío, diputado al Congreso,—exclamó don Javier.—Ese sí que es un floricultor eximio!

—¿Tiene rosas?

—Sí, muchas, son su especialidad. Pero no creo que en esto le supere a usted. Usted tiene variedades que no había visto antes en ninguna parte.

—¡Ah, el viejo zorro político!—exclamó Joaquín, palmoteando el hombro a don Javier.—No quiere quedar mal con nadie...

—Nó, nó, digo la verdad—afirmaba don Javier muy serio.

Las señoras y Anita se habían ido,

entre tanto, a la arboleda con la gente menuda, y los tres hombres, a cabeza descubierta, para recibir libremente el aire de la mañana, estaban solos en el corredor. Don Javier no dejaba de pensar que tanto Joaquín como José Antonio serían una buena base de elementos para el caso posible de una candidatura senatorial por la provincia. Joaquín, que en un tiempo fué calaverón y despilfarrador y que, ahora, casado y con un simpático principio de calvicie, se dedicaba a trabajar el último pedazo de tierra que le había permitido conservar su loca juventud, acariciaba nuevamente el doble proyecto matrimonial de que ya había hablado con Rosario, ideal casamentera también. ¿Y José Antonio? A pesar del evidente interés de una conversación sobre las flores, sufría la decepción de no haber encontrado a quien con más ansias esperaba ver, y más de una vez se habría puesto en pie para salir a mirar el camino si no le hubiera detenido el temor a las bromas de su amigo.

—¿Es usted hombre de humor, don Javier? preguntó Joaquín, de improviso.

—Eso, según...

—Tengo un proyecto. A ver qué dicen usted y Rosario, que son los más remolones. Vamos a encontrar a los paseantes que ya han de venir de regreso. Ustedes van en coche, y yo bajo a hacer ensillar mi caballo.

—Vayan ustedes. Yo me quedo... Cuando le digo que todavía sufro las consecuencias del domingo! ¡Qué pa-seito, amigo!

—¡Buena cosa de hombre!—exclamó Joaquín.—¡Rosario!—gritó luego, haciendo bocina con la mano.—¡Rosario!...

...e oyó la voz de un chico en el fondo del patio:

—¡Papá la llama!...

Apareció Rosario, seguida de los demás.

—Vamos al encuentro de los paseantes... Tú vas en coche con Irene y con tres niños. ¿Qué te parece?

—Que es una locura. Anda tú con José Antonio y Anita. Javier se queda, ¿no es así?

—Sí, Rosario. Con el solcito este, pocas bromas...

—Yo me apego al estado mayor...

—¡Que le vamos a hacer!

Joaquín hizo ensillar y diez minutos después habían puesto en práctica la idea de dar un galopazo en busca de Chela, Rebeca, Carlos, Félix y Miguel, que sólo Dios sabía dónde andaban metidos. La humorada del hacendado no lo era sino en cierto modo, como que su verdadero propósito había sido el de encontrarse a solas

con los dos hermanos a fin de sondear sus pensamientos y hacerles algunas recomendaciones pertinentes. Habilmente fué, pues, poniendo la conversación en el tono amigable en que pocas confidencias son negadas. Y hablando siempre indirectamente, como si se refirieran a una tercera persona, generalizando, trazó a sus dos jóvenes amigos un plan de conducta que seguramente les llevaría a buen fin. Trató de las diferencias entre la vida de la ciudad y la de los campos, de sus costumbres e índole tan opuestas, del espíritu a menudo despectivo con que los santiaguinos juzgan a esas provincias a donde vienen, en la mejor época del año, a reponerse de los agotamientos en que los sume el invierno y, suavemente, sin violencia, fué particularizando para acabar en que ellos, sus amigos, no podrían haber tenido más acierto en la elección...

Los dos hermanos oían todo esto con temor y con gusto, pero no osaban mirarse a la cara. Ellos, que habían tenido el pudor de no contarse nada creyendo que eran sólo cosas por ellos soñadas en lo íntimo de su alma, y aquel hombre que de pronto, a la luz del día, en mitad del camino, les desnudaba su secreto, diciéndoles: "Ya ustedes no son libres, y yo voy a ayudarles a que la esclavitud no les pese!" Ambos estuvieron más de una vez por protestar, por indicar a Joaquín que a qué venía todo aquello; pero ninguno se sentía capaz de simular...

—Esto tenía que pasar alguna vez—dijo Joaquín—y es mejor que se haya producido simultáneamente. Así la operación se hará menos demorosa. Cuenten conmigo para todo...

—¿Para todo? ¡Pero si no hay nada!—saltó al fin, José Antonio.

—Sí, nada oficial, convenido.—Pero sí mucho adelantado.

—Creo, Joaquín, que te dejas llevar demasiado lejos por tu debilidad...

—Nó, nó. ¡Si tengo yo un olfato!

Y entonces afirmó, serio ya, y sin pizca de travesura, que él y Rosario estaban convencidos de que aquella naciente simpatía, de cuya existencia no se podía dudar, era recíproca. Y contó cómo Chela y Félix estaban siempre recordándolos y cómo ambos, que no siempre habían hecho muy buenas migas, pues ella se burlaba sin disimulo de los sentimentalismos filosóficos del estudiante, se apartaban ahora a menudo para conversar de los nuevos amigos de Los Rosales.

—Yo les confieso sinceramente que me complacería infinito que esto tomara un viso serio. No siempre los idilios se inician en circunstancias tan

favorables... Yo y Rosario pondremos de nuestra parte todo lo que podamos. A ustedes les toca proceder con la discreción necesaria.

José Antonio le había preguntado a su amigo si creía él de veras en la posibilidad de que Chela llegara a corresponderle alguna vez; pero le cobijaba la presencia de su hermana. Anita, por su parte, habría deseado objetar que Félix parecía un alma desencantada, incapaz de amar y de creer; pero, delante de su hermano, no se atrevería jamás a hablar de tales cosas, y calló.

—Como estamos solos—terminó Joaquín, les hablo en este tono, tan fuera de mi carácter... ¿Recuerdan ustedes los versos de la cueca de la otra tarde? Carlos los repite a menudo:

La mujer es estopa
y el hombre fuego...

—Bueno. ¡Yo estoy dispuesto, por esta vez, a rer el diablo!

—¿Confiesa que es un papelito que te gusta!...

Rieron de buena gana y divinando a lo lejos una gran polvareda

—¿A que son ellos? Démosle guasca,—propuso Joaquín.

Y los caballos, azuzados por el azote, partieron en un violento galope. ¡Cómo gozaban de aquel suave vértigo, en la mañana plácida y tibia, los dos hermanos, bajo la presión de sus vagos pensamientos de amor, sorprendidos por la experiencia de su amigo! Y este amigo no se había equivocado; este amigo había leído en sus corazones juveniles, como acababa de adivinar la proximidad de los seres predilectos en la lejana humareda de polvo que doraba el sol...

IX

Regresaban ya, sin gran prisa, confundidos en un sólo grupo, cuando el característico ruido de un automóvil en marcha les hizo volver la cabeza. Sonó cómicamente la bocina, y casi en seguida tuvieron que abrirse, arriñándose a ambas pircas para dar paso al carruaje que avanzaba con una velocidad temeraria.

—¿Qué bárbaros!—dijo Joaquín. —Parece que eligen la hora de mayor tráfico para dar toda la velocidad a la máquina.

El aire quedó lleno de polvo e impregnado del olor a nafta quemada.

—Esa no es gente de aquí.

—Me extraña una cosa, José Antonio—habló Chela, cuando de nuevo se hubo juntado a él.

—¿Qué será... señorita?

—Chela, nada más. Atrévase. No

sólo lo autorizo, sino que se lo exijo.

—Bueno, gracias. Pero ¿qué será?

—Que siendo usted tan amigo de las innovaciones no tenga un automóvil...

—¡Ah! culpe usted a esa bella y tímida señorita,—exclamó el joven hacendado, mostrando con el gesto a su hermana, que cabalgaba junto a Félix.

—¿Qué dices de mí?—preguntó ella.

—La culpa a usted de que en Los Rosales no haya todavía un automóvil—respondió Chela.

—Ni falta que hace.

—Pero, Anita, un automóvil es una cosa muy linda y, además, muy útil.

—No, es un carruaje muy antipático. Ya ve usted ahora: casi nos atropella. Prefiero el caballo, y en último caso, el coche.

—Ve usted. Mi hermana sí que es completamente retrógrada.

—Que me den a mí todos los progresos—arguyó Anita, defendiéndose, —menos los que ponen la vida demasíado en peligro.

—Está usted en un error, Anita. El automóvil no ofrece el menor peligro cuando se le maneja con prudencia. ¿Verdad, Joaquín?

Iba Joaquín a contestar cuando resonaron atrás, a lo lejos, largos gritos de alarma.

—¡Guarda, guarda con el toro!...

Al mismo tiempo se oyeron ruidos de cascos y pezuñas en el camino. Abrióse el grupo de nuevo y un hermoso toro de gran alzada y astas cortas pasó entre los jinetes con la rapidez de un proyectil, furiosamente acosado por una jauría.

—Esto sí que está bueno, exclamó Carlos con un acento cuyo temblor no denotaba precisamente gran seguridad de ánimo.

A escape pasaron en seguida algunos guasos, preparando la lazada, y José Antonio, a quien nadie había visto percibirse, se largó también en persecución de la bestia que corría campo arriba. Había desenrollado el lazo y comenzó a borsearlo sobre su cabeza. Acababa de reconocer al vaquero del fondo de un amigo, y a un inquilino, y no pudo resistir a la tentación de participar de una tarea que le era familiar. Dardo se había lanzado, a su vez, estirando el largo hocico, detrás de su amo.

—¡Por Dios, qué va a hacer José Antonio!—gritó Chela no sin alguna alarma.

Y miró a Anita, creyendo verla palidecer. Pero Anita, muy tranquila, seguía con la vista, sonriendo levemente

te, la escena que empezaba a desarrollarse ante sus ojos. Aquella hija de los campos, que temía al automóvil, presenciaba sin inmutarse la persecución de un toro enfurecido.

—Avancemos,—dijo Joaquín.

Y todos pusieron los caballos al galope. Un guaso, ayudado de los perros, había logrado sobrepassar al rumiante en su carrera y arrimándole el caballo lo estrechaba contra una de las pircas. Pero el animal perseguido se echó bruscamente atrás, y moviendo la poderosa cabeza, dió media vuelta y partió en una violenta fuga en sentido inverso. José Antonio, prevenido y experto, detuvo instantáneamente su cabalgadura, "remató", y esperó borneando el lazo, a que el toro pasara junto a él. En el grupo de los suyos, todos con excepción de Joaquín y de Anita, temían por su suerte y seguían ansiosamente, con los ojos muy inquietos, hasta los menores detalles de la lucha. José Antonio dejó pasar al fugitivo; pero, apenas lo vió adelantar unos cuantos metros, le arrojó el lazo a las patas delanteras, "le tiró un pial". El toro siguió corriendo; pero el látigo trezado le había aprisionado hábilmente, y de pronto se le vió inclinarse, doblarse, hundir el espumoso hocico en la tierra del camino y quedar luego tendido de costado. Un hurra estruendoso resonó a lo lejos... Los guasos estuvieron un segundo después junto a su presa, que, vencida y doblemente enlazada por las astas fué llevado a los corrales de donde se había escapado. José Antonio, confuso con la ovación de que se le había hecho objeto, se restituyó a sus amigos, que sólo esperaban eso para declararlo por unanimidad un gran campeón del lazo.

—No me avergüencen—dijo.—Les juro que no lo he hecho por lucirme. Son cosas de todos los días.

Chela le observaba con admiración, orgullosa en el fondo de saberse protegida por un hombre como José Antonio, tan sereno en su fuerza, tan sencillo en su valor. Al verle tan bien plantado en su montura redonda, llevando con gallardía y soltura sus prendas de campo, sus grandes polainas, su ancho sombrero y sus espuelas tintineantes, pensaba, sin querer, en que sería feliz la mujer que se sintiese amada de veras por él. Y vió en José Antonio uno de esos seres enérgicos y nobles, a quienes desde el primer momento nos imaginamos capaces de realizar las empresas que se proponen, por difíciles que sean.

—Con razón estaba tan tranquila,—dijo a Anita.—Ya sabía usted lo que es su hermano como hombre de a caballo...

Félix, por su parte, pensaba que había en él un hombre, que José Antonio era el hijo legítimo de la naturaleza, el fruto humano no bastardeado por ingestiones artificiales. Y divagaba, soñando en una vida enteramente salvaje, en un rincón desconocido del campo, comiendo manjares rústicos, bebiendo sólo agua y no leyendo ni siquiera un periódico.

—Los periódicos... ¡qué asco!—pensó.

El viaje continuó sin mayores incidentes. Rebeca seguía poniendo los ojos blancos a Miguel que, completamente entregado a placeres más positivos que los del pololeo, se desentendía en absoluto de su constante asedio. Miguel era un muchacho de cortos alcances. Descendiente directo de no sé qué prócer de la Independencia, el partido a que habían pertenecido todos sus mayores le tenía designado para colgarle una diputación. Pero, se hubiera dicho que este elevado cargo, que tantos ambicionan, le importaba menos aún que la señorita Rebeca. Carlos, divirtiéndose mucho, se aburría cada vez más. Maldecía del campo y de su monotonía. Declaraba no poder acostumbrarse a vivir lejos de los portales, de las esquinas de las calles céntricas, de Gage, de Camino y del Club de la Unión. Sin embargo, se le veía como ninguno disfrutar a sus anchas de cuanto el campo le podía brindar. Y eso se evidenciaba en el hecho de que sólo muy a lo lejos se acercaba a Graciela para hacer con ella la simulación del pololeo. Con Miguel, que se dejaba llevar, demasiado feliz con verse libre de las elocuentes manifestaciones de ternura que —con esa obstinación de las que saben no ser amadas fácilmente,—había dado en prodigarle Rebeca, Carlos se iba por los fundos y lugarejos vecinos y pasaba ausente tardes enteras. Cuando estaba entre hombres solos hablaba de no sé qué "panizo" admirable que habían descubierto: tres muchachas solteras que atendían un despachito de su propiedad, y de las cuales las dos menores eran cada una una preciosidad y la mayor, ya madura, cantaba unos aires muy entonados acompañándose de la guitarra. Rebeca solía salir también a caballo e irse por los caminos, sola, pues Carlos le declaraba con brutal franqueza que ellos no querían estorbos. Ella los dejaba, sin gran pena, y volvía horas más tarde a Painahuén, abstraída y nerviosa, en busca de un pomo de éter para beber algunas gotas en un vaso de agua. Chela había acabado por adivinar el objeto de los viajes y la causa de las inquietudes de su prima, y la curiosidad natural de las mu-

Jerres la hizo observar sus andanzas hasta descubrir que se trataba de un muchacho de una de las haciendas vecinas, Jenaro, hijo del administrador y estudiante de humanidades, que se dejaba crecer el pelo y escribía versos. Jenaro era feo, paliducho, tenía la cara llena de espinillas y la voz ronca, pero la mísera Rebeca lo encontraba adorable y un día, no pudiendo más, declaró a Chela que habíadado al fin con "su ideal", y que no le importaba nada que él fuese socialmente inferior. "La pasión nivela todo", decía, con un ímpetu romántico que resultaba desgraciado en su cara absolutamente desprovista de atractivos.

¿Para qué decir que se habían formado sin esfuerzo las parejas? Joaquín, providencial siempre, acompañaba a Rebeca y le daba conversación embromándola con el poeta, del que se habían publicado unos versos en un periódico de la capital de la provincia, dedicados "A la señorita R***, delicada flor de los vergeles santiaguinos". ¡Ah! ella los tenía esos versos, muy guardados en su secreter, pero no sabía que hubiesen visto la luz...

—Joaquín, por Dios, no diga nada...

Mire que si llega Carlos a saber...

—¿Es algo malo?

—No, pero no me dejará vivir en paz. Ya sabe lo majadero que es.

—Yo no diré nada. Pero ya ve cómo su mismo poeta se encarga de divulgar el secreto. Por él lo he venido a saber yo...

—¿Tiene usted el diario?

—Debe estar en casa.

Todo el camino fué la pobre muy inquieta con el temor de que Carlos o Miguel fuesen a ver los versos, y hacer chacota de ellos, del poeta y de la musa. Pero, más que a nadie, temía a la señora Irene, que ciertamente, dentro de sus terribles prejuicios de abolengo, no habría de tomar la cosa con mucha filosofía.

—En cuanto merme un poco el sol, nos lanzamos,—decía Carlos a Miguel.

—Ya sabes que quedaron de esperarnos.

Se referían al "panizo" y ambos acariciaban mentalmente una perspectiva sonriente. Las muchachas estaban encantadas de recibir todos los días las visitas de los jóvenes santiaguinos, que las trataban con grandes miramientos y hasta les insinuaban la posibilidad de casarse con ellas. Ya Carlos reflexionaba acerca de lo que podría obsequiárseles, algo delicado y útil a la vez, que les llamara la atención y abriera en sus almas sencillas,

por medio de la gratitud, camino hacia el afecto...

—Franqueza por franqueza, Chela —decía José Antonio, después de vencer, a costa de esfuerzos heroicos, vacilaciones de enamorado y campesino.

—¿Qué? Hable usted.

—Es una proposición. Como tantas veces he estado por comprar un automóvil, tengo allí infinidad de catálogos...

—Sí. ¿Y?...

—¿Quiere usted elegir? El que más le guste a usted, ese será el que encargue...

—Pero, José Antonio, por Dios...

—¿Encuentra usted algo de particular... de inconveniente?

—No, no, al contrario. Es que me parece demasiado honor para mí...

—No diga usted eso... Al fin, a pesar de la oposición tenaz de mi hermana, yo habría acabado por salir con mi idea. ¿Qué más natural que lo haga al gusto de usted, que fué la primera en advertir la falta que me hacía?

—Convenido, José Antonio.

—Gracias. Y así, para el otro verano, si usted vuelve, andaremos en automóvil...

—Será lindo.

—Que quede entre los dos, ¿no le parece?

—Haré cuenta que no me ha dicho una palabra.

Félix, gravemente, divagaba, pero tenía ahora su voz un tono cálido y como tembloroso que le faltaba antes. Confesaba a Anita tener un gusto especial en estar y conversar con ella. La encontraba, en realidad, muy distinta de todas las mujeres que había conocido y tratado.

—Créame, Anita. Se me imagina usted un amigo, un hermano menor que no había visto antes...

—¿Por qué menor?

—Por la delicadeza, por la dulzura... Desde el primer momento, y a pesar mío, me he espontaneado con usted, le he hablado de cosas íntimas, de las que a mis amigos de varios años no les he dicho una palabra.

—Gracias...

—No me las dé usted. Yo soy quien debo darlas, porque usted en ningún momento me ha parecido cansada de escucharme.

—¿Cansada? Por el contrario.

—Si fuera usted como las demás, o yo no me hubiera ocupado de buscar su compañía, aún pecando de descortés, o simplemente me hubiera limitado a verter en su oído la miel envenenada de las galanterías... Y no es que no sea usted bonita.

—¿Cómo?

—Tómelo en serio: haga cuenta que

está delante del espejo, o que es José Antonio quien se lo dice. Es usted más bonita que muchas de cuantas he conocido, y sin embargo, me parecería que la hacía una ofensa si se lo dijera con ánimos de conquistador.

—¡Ah! ¿Sabe usted que los filósofos tienen también su manera de galantear? Por eso, por la habilidad se la perdono.

—Gracias.

—¡Al fin llegaron! Tengo un apetito feroz...

La voz del senador repercutió sonora bajo el corredor y fué a desvanecerse entre el ramaje de los álamos, que el viento hacía susurrar. Chela fué la primera en advertir el penetrante olor de las rosas que invadía la casa.

—¡Ah!—dijo—esta es atención de José Antonio. Hay que ir a ver eso....

El joven se estremeció con un gozo infantil, como cuando de niños nos dice el maestro que hemos sabido la lección o nos elogian el traje que estrenamos...

—¡Qué rico olor! Moriría con gusto en un lecho de rosas...—exclamó Rebeca.

—¡Lo malo no se muere!—le objetó su hermano.

—¡Rebeca, ven!—le dijo la señora Irene, apenas la vió en tierra.

En la mirada de la digna señora resplandecía una cólera de reina ofendida. Rebeca tembló. Joaquín, comprendiendo lo que había ocurrido y adivinando la escena que iba a realizarse, sonrió, mientras apartaba a los chicos que se le colgaban de las piernas, y se acercó a su mujer.

—Ya sé lo que hay—le dijo.

—¿Y qué te parece?

—¡Pobre niña! Es tan fea... Tiene que consolarse.

—Pero fíjate que es el hijo del administrador, un chinito cualquiera...

—Son cosas inocentes, hija.

—Pero de las que se impone el público.

Rebeca no acudió a la mesa, a la hora del almuerzo, y la señora Irene, interrogada acerca del malestar que demostraba, manifestó lo que había. con palabras llenas de indignación y de vergüenza, dirigiéndose especialmente a Carlos, a quien culpó de abandonar a su hermana. Ella creía que andaban todos juntos y ahora resultaba que la señorita se iba a coquetear con los hijos de los administradores y a exponerse a la irrisión de sus relaciones. Carlos no podía sofocar la risa, lo mismo que Miguel; pero a fin de cortar el chorro a la excelente se-

ñora, declaró, solemnemente, que rebanaría las melenas al desalmado valliér dose de unas tijeras de tusar o de unas podadoras. Miguel celebró el chiste con risotadas campesinas, que parecieron innobles a la hermana del senador. Don Javier, atusándose las graves patillas, sonreía, encantado en el fondo de que una sobrina tan fea encontrara en un rincón de Chile provinciano un trovador que cantase sus gracias.

—Eso no tiene importancia, Irene. Al fin, es una muchacha...

—Pero hay clases, Javier. Yo no digo que sea malo que las chiquillas pololeen, pero no convengo en que se atropellen las distancias...

Rosario, Joaquín, José Antonio, Chela, Anita, todos habrían reído sin reparo, a no ser contenidos por la presencia de la señora y de Carlos que, al fin, por muy cínico que fuese, no podría ver con agrado que su hermana estuviese sirviendo de motivo de diversión. Pero, indudablemente, todos encontraban cómico el caso y se preparaban para comentarlo a su debido tiempo.

El almuerzo terminó alegremente. El romántico idilio de la señorita Rebeca dejó de interesar y se charló en broma, de cosas banales, se murmuró un poco y se cambiaron íntimas indirectas acerca de las preferencias de cada cual.

Carlos estaba radiante, porque podía gastar bromas y a él nadie se las dirigía. Pero Joaquín, que era un fumista acérrimo, un gran gozador, le insinuó que tenía el consuelo demasiado fácil.

—¿Consuelo, yo? ¿Por qué? No lo necesito, no lo he necesitado nunca....

Joaquín sonreía, y don Javier también. Esta doble sonrisa acabó por desconcertar al mozo, y con aire formal exigió explicaciones. Nunca las hubiera pedido. Joaquín, sencillamente, como si se refiriera a asuntos ajenos a aquellos de que se trataba, habló de lo simpáticas que eran unas niñas Morales, que poseían un despachito en el camino del pueblo. Carlos se turbó, a pesar de sus evidentes esfuerzos para disimular y miró a Miguel, a quien casualmente se le había caído la servilleta y se bajaba a recogerla. Las muchachas reían sin reparo, lo mismo que Rosario. No así doña Irene que, dándose cuenta del alcance de las palabras de Joaquín, clavó en el rostro de Carlos sus ojos todavía brillantes de indignación. Por no llevar la cosa más lejos no regañó directamente a su hijo, pero se comprendía que sus debilidades nobilia-

rias acababan de sufrir un nuevo y terrible golpe.

X

Hacia un gran calor. El comedor era vasto y fresco. Por ningún lado recibía directamente la resolana. Rodeado de aposentos, tenía una ventana abierta hacia el corredor del patio, cuyas enredaderas le daban sombra y fragancia. Pero la temperatura llegó a hacerse tan alta que todos sintieron la necesidad de salir.

Las rosas, que habían sido cogidas sólo en la mañana y puestas inmediatamente en agua, se amustiaban en los floreros. Chela y Anita se habían prendido una en el pelo y, con el movimiento del andar, se iban deshojando. Delicadamente José Antonio había puesto entre todas una de profundo color granate veteadas de amarillo.

—¿Sabes, Rosario? Podríamos ir a hacer las once a la aguada de los sauces...

—Me parece muy bien.

—Entonces, que lo preparen todo.

Anita se había acercado a Chela y ambas, discretamente, habían desaparecido. Desde que supo la catástrofe sentimental de Rebeca, la hermana de José Antonio había estado inquieta, sintiendo verdadera ansiedad de correr a hacerle compañía, a prodigarle palabras bondadosas. No habían simpatizado mucho, pero Anita se sentía dispuesta a sacrificar por ella—tanta pena le daba—sus más dulces horas. Rosario y la señora Irene también se levantaron y hubo un momento en que el concurso fué de hombres solos, momento que aprovechó con toda oportunidad don Javier para obtener de José Antonio datos precisos acerca de la población electoral de Los Rosales y otros fondos ubicados en la comarca.

—Lata política tenemos—dijo Carlos al oído de Miguel.

Y resbalaron con dirección a la arboleda, donde ambos solían pasar las horas de la siesta fumando, de espaldas en cómodas hamacas importadas del trópico. Ni siquiera eso les faltaba a huéspedes que eran tan regalados como descontentadizos.

—Me ha fatigado la sandía, Joaquín,—dijo don Javier, pasándose por sobre el abdomen de discreta redondez la mano derecha tersa y suave como de hombre que va siempre enaguantado y entornando los ojos, con un bostezo.

—¿Sería pecado?

—¿Una siestecita? Nada es pecado en el campo.

Desapareció don Javier y quedaron solos, por consiguiente, Joaquín, José

Antonio y Félix. Al joven hacendado le agradaba ese estudiante de carácter serio, aunque un tanto divagador, pero nunca había tenido ocasión de cambiar ideas con él. Sus conversaciones limitáronse siempre a los saludos de fórmula cariñosamente cambiados. Creyó, pues, del caso José Antonio preguntarle ahora por su impresión acerca de la vida del campo.

—Siento que no sea más campo,—respondió Félix,—es decir, distinto y alejado de la ciudad. Las haciendas son el campo civilizado y lo que yo desearía es el campo salvaje, el verdadero campo.

—Siempre con sus quimeras, Félix,—observó Joaquín.—Yo quisiera verlo en el corazón del África, entre leones, tigres y serpientes... ¡A ver si seguía desvariando con la vida salvaje!

—Ya sé que es imposible, y por eso no lo intento,—replicó el estudiante.

—Pero los sueños para que sean hermosos, han de ser imposibles...

Y recordó la intenciona de un grupo de muchachos, amigos suyos algunos de ellos, que de la capital habían partido llenos de entusiasmo a la frontera araucana con el objeto de fundar una colonia comunista, en medio de las tierras vírgenes, a la sombra de los coigües y los ulmos, a la orilla de algún lago apacible y entre el vuelo de los cisnes que emigran al escuchar el ruido de las aserradoras.

—Fué una aventura descabellada y loca—agregó, viendo la curiosidad pintada en los ojos de sus interlocutores.—Los flamantes colonos no contaban más que con el santo calor de su entusiasmo doctrinario de los veinte años. Habían leído a Proudhon, a Marx, a Gräve, Fava y sobre todo a Tolstoi, y llegaron a creer que les bastaría para fundar la ciudad blanca en un rincón de la tierra. Falta entre ellos el espíritu organizador, el hombre de sentido práctico, y, naturalmente, la primera dificultad ofrecida por la naturaleza les hizo ver todo lo absurdo de sus planes y los amedrentó.

—Pero ¿alcanzaron entonces a llegar a la frontera?

—No lo sé del todo bien. Lo que sé es que pasaron una noche al raso y que el sereno y el frío pudieron en su ánimo más que todas las advertencias y los consejos recibidos antes de la partida. Volvieron a Santiago con una gran ilusión menos y la colonia se disolvió para siempre.

—Es un caso curioso.

—Dígame, ¿qué es lo que pretendían? ¿Cómo querían vivir? ¿De qué?

—¡Ah! lo que yo mismo he pensado

tantas veces: labrar y sembrar la tierra y sustentarse de sus frutos... Pero todo en común, desde el arado y la yunta hasta el grano de trigo y el cobertor del lecho.

El mayordomo de Joaquín se presentó en ese momento y, dando vueltas en la mano al sombrero, dijo que estaba a la puerta Eudocia, la mujer de un inquilino, que preguntaba por el patrón don Félix.

—¿Por mí?—dijo él, extrañado.

—Sí, señor. Parece que hay un enfermo que lo busca a su mercé pa que le dé remedios...

—¡Ah!

Joaquín ordenó que hicieran entrar a la portadora del recado. Era una pobre mujer, flaca, esmirriada, de cara de angustia y palabra difícil. Explicó de qué se trataba. Su madre, una viejecita octogenaria, se estaba muriendo. No le habfan hecho nada los medicamentos de ña Chepa la Moñuda, que la estaba asistiendo, y por las niñas Morales del despacho se sabía que entre los caballeros de Santiago, que se hospedaban en Painahuén, había uno que era doctor...

—Hay que ir, hay que ir...—decía Félix, tomando muy en serio su papel de médico.

—Está muy viejita tu madre, Eudocia,—dijo Joaquín, después de ordenar que ensillasen—y quizás le haye llegado su hora...

—Eso el señor no más lo sabe, patrón.

—¿Quiere acompañarme, mi querido amigo?—preguntó Félix a José Antonio.

—Tendré mucho gusto. Yo soy baqueano de estos campos.

—Vete tranquila, Eudocia. Ahora mismo va el doctor...

Eudocia no se movía y en su gesto dejaba adivinar que algo le faltaba a su comisión para quedar tranquila.

—¿Se le ofrece algo más?

—Es que estamos muy pobres, patrón... usted sabe.

—¡Ah! si yo no, pediré nada... No tengán cuidado.

Partió contenta la mujer y minutos más tarde José Antonio y Félix seguían el camino. Como pensaban regresar en seguida,—algo les llamaba a ellos a la casa de Painahuén—no cuidaron de despedirse. Pusieron los caballos al galope; pero pronto, deseosos de comunicarse sus pensamientos, acortaron la marcha y continuaron la conversación con la presencia de Eudocia había interrumpido.

—Sumamente interesante eso de la colonia,—dijo José Antonio.

—Eso era una locura. Pero estoy convencido de que en toda locura hay

algo de sensato. Claro está que, dada la condición actual de la sociedad, no se podría establecer el comunismo en nuestros campos... Pero sí, se puede, mi querido amigo, y se debe mejorar la situación moral y material del campesino. ¿No le parece a usted lo mismo? No le parece a usted que en los campos no debería existir la miseria?

—Indudablemente,—asentía José Antonio, a quien todas aquellas cosas le sabían nuevo.

—El inquilinaje me parece algo anacrónico,—continuaba Félix,—algo indigno de los tiempos modernos. Es un régimen que perpetúa de hecho la servidumbre agraria de la edad media y debió en Chile ser suprimido a la fecha de la proclamación de la República, junto con los títulos nobiliarios.

José Antonio buscaba argumentos que oponer a su interlocutor, pero sólo daba con el de la costumbre, el del hecho sancionado por siglos de práctica inveterada. El piadoso y justiciero en el fondo, nunca se había detenido a preguntarse en virtud de qué ley superior la tierra estaba repartida entre unos pocos, que no siempre la explotaban, pero que recibían lo mejor de sus rendimientos de cada año. El no ignoraba que había en la capital muchísimos señores que se daban una vida magnífica, gracias al trabajo obscuro y rudo de los que en el fondo de las provincias consagraban todas sus energías a la tierra, pendientes de la temperatura, de los insectos, de los vientos y las heladas, batallando contra los elementos como contra enemigos implacables.

—La verdad es—pensó—que la tierra debe pertenecer al que la trabaja.

Ruido de galope interrumpió sus reflexiones. Alguien se les acercaba. Los dos amigos volvieron la vista y oh inesperado descubrimiento!—Chela y Anita venfan en seguimiento suyo. Ambos experimentaron idéntica alegría, sintiendo que el corazón les daba un vuelco; pero no se atrevieron a espontanearse. Eso sí, sin consultarse, detuvieron a un tiempo las cabalgaduras y volvieron brida.

—¡Muy bien, muy bien, señores!—gritó Chela.—Eso se llama en buen chileno sacar el cuerpo... Podrían siquiera haberse despedido.

Félix y José Antonio se disculparon con lo urgente del viaje y la prontitud con que deberían regresar. Además, ellas habían sido las primeras en dejarlos solos...

—No hay excusa—arguyó Chela.—¿Verdad, Anita?

Anita no respondió. Ella ni en bro-

ma se atrevería a negar un perdón que era tan dulce conceder.

—¡Oh, cómo han de ser inexorables!

Chela quiso resistir aún, declarando que ellas andaban por su cuenta y que no necesitaban que se hubiesen molestado en esperarlas al paso. Pero ante la objeción de José Antonio, que aseguró hacer uso, en caso oportuno, de su autoridad de hermano mayor, tuvo que ceder; y, muy alta en su silla, con gesto de juez que dicta una sentencia, pronunció la frase absoluta que ya se trafa muy pensada:

—Vistos y considerando que los reos Félix y José Antonio, acusados del delito de lesa amistad, han comprobado su absoluta falta de intención de causar daño y prometido formalmente no reincidir en lo sucesivo, se les absuelve de culpa y cargo, con la condición de que acompañen toda la tarde a las personas de cuya presencia pretendieron verse libres...

—¡Ideal!—gritó Félix, poniendo su caballo junto al de Anita, e invitando a ésta a adelantarse con él.

—¿Está usted satisfecho?—preguntó Chela a José Antonio, con una sonrisa juguetona, así que quedaron solos.

—Con la sentencia sí, pero no con la pena.

—¿Por qué?

—Porque estimula a la reincidencia.

—¿Sí?...

—Naturalmente: si por un instante que la dejo sola, se me condena a hacerle compañía por toda una tarde... ¡Imagínese usted!

Ganaron en este dulce discreteo, largo trecho del camino. Todo el campo parecía alegrarse con aquella risueña juventud que llenaba el camino. A José Antonio le parecía un sueño su felicidad. ¿Cómo era posible que él estuviera al lado de ella, a un paso, en la vasta soledad casi cómplice de un camino rural, puesto en la posibilidad de decirle, si se atreviera, cuánto y de qué modo la amaba, la adoraba ya? ¡Qué hermosa era, y qué delicada, qué distinguida! ¡Cuánto de superior, de aristocrático, había en su actitud, en su charla, en el más leve de sus movimientos y de sus observaciones! El joven hacendado se veía tan ínfimo junto a ella, que inclinaba la cabeza, seguro de no saber nunca cómo hacerse amar de la gentil criatura.

Ni él ni Félix se acordaban ya del objeto preciso de aquel viaje. Una sola vez dejaron de pensar en sí mismos, y fué al pasar frente al negocio de las niñas Morales, de cuyo interior se es-

capaban hacia el camino ruidos de conversaciones y de música popular. Las figuras de Carlos y de Miguel surgieron en su imaginación...

La enferma no lo estaba sino de vejez. Fué lo que pensó Félix después de examinarla con todo detenimiento. No tenía nada y lo tenía todo. Su organismo estaba intacto, pero en ruinas. Lesión interna no existía ninguna, pero ningún órgano funcionaba bien. Todo se reducía al hecho de una longevidad excesiva. Encogida en su mísero lecho, hecha una pasa, la viejecilla tiritaba. Los ojos pequeñitos y hundidos guardaban apenas un vestigio de luz; sus cabellos, de un blanco amarillento raleaban hacia el occipucio, dando la sensación anticipada de una calavera.

Félix movió con pena la cabeza, convencido de que no le quedaba nada que hacer ante la muerte inevitable. Murmuraba ya unas cuantas frases de consuelo, cuando entraron al rancho José Antonio, Chela y Anita, que se habían quedado aguardándole afuera. La hija de la enferma les había rogado con instancias que se apearan y ellos, medio por curiosidad, medio por compasión, accedieron. Eudocia entró detrás de ellos y se acercó a la cabecera del lecho.

—Las señoritas disculparán las brezas...

Y dirigiéndose a la enferma, comenzó a hablarle en voz alta y estridente, explicándole la presencia de tantos extraños junto a ella.

—Son los patrones de Painahuén, que la vienen a ver, mamita...

La viejecita miraba sin ver, oyendo acaso, pero sin entenderlas, aquellas palabras que le llegarían ya de muy lejos. En su rostro tostado, cuadrado de arrugas profundas, no había más expresión que la de una angustia que parecía de siglos. Su boca sin dientes, no era sino una arruga más cruel y aflictiva en aquella cara seca e inmóvil como la de una momia.

—La señorita—agregó la mujer, señalando a Chela—está en lo de don Joaquín... La señorita es de Santiago. El caballero es doctor.

Nada conmovía ni interesaba siquiera a la moribunda, en su chocheo. Los niños cuando nacen, no ven ni oyen nada; los viejos, cuando van a morir, también están ciegos y sordos. Anita se había puesto a rezar. Había comprendido que la vida abandonaba a aquel humilde ser y desde el fondo de su alma rogaba a Dios y a la Virgen, le abrieran de par en par las puertas de su reino. Félix, que la sintió musitar su plegaria, se sintió veras conmovido. El no creía, cierta-

mente, en nada de cuanto ordena la Iglesia; pero esto no quitaba un ápice de belleza a la tierna actitud de Anita.

—¿No oye, mamita?—segufá la mujer.—Son los patronos...

—Déjela. No la moleste—dijo Félix.

Fijó al fin la enferma en el grupo de visitantes sus cansados e inertes ojillos, por los cuales pasó una chispa fugaz, y de sus labios comprimidos se escapó esta frase, dicha con voz desfallecida:

—Bueno... Que se casen pronto...

Sus ojos se cerraron y siguió tiritando. No parecía un ser humano. Se decía un animal manso y triste, un perro casero atacado por un mal senil. En su garganta se ahogaba un estertor ronco y prolongado... Su voto parecía aletear en el recinco oscuro y malsano:

—Bueno... Que se casen pronto...

—¿Qué me dice, señor?—preguntó a Félix la mujer, con gesto de consulta.

Félix había escrito cuatro letras en una hoja de su cartera.

—Le va a dar esto—dijo—tres veces al día... Es un tónico, para que alivie un poco. Pero sanar, me parece difícil.

La mujer lloró.

—Dele gusto en todo—continuó Félix.—Pero que no coma nada fuerte... Nada más que cosas suaves. Es un árbol que se cae de viejo,—agregó al oído de José Antonio.

Anita iba a decir a su hermano que diera a la campesina algún dinero, a tiempo que José Antonio echaba mano al bolsillo para poner en práctica el mismo pensamiento. Félix imitó su ejemplo. Salfan silenciosos y recogidos, cuando llegó a sus oídos el llanto de un párvulo, desde la cuna, situada en un rincón. Eudocia corrió a hacerle callar.

—Es la vida... la vida...—murmuró Félix.

Y salieron. Afuera, bajo la ramada, varios rapazuelos se atosigaban de golosinas. Sus caras redondas y sucias resplandecían. Empezaban a vivir y el desaparecimiento de la vieja abuela, que pronto sería pasto de gusanos, los tenía absolutamente sin cuidado. Los jóvenes ayudaron a sus compañeras a montar, y luego partieron todos, a galope tendido, bajo el sol que declinaba. No hablaban, pero en su interior cantaba con insistente ritmo, al compás del galope, la extraña frase, talvez profética, de la moribunda:

—Que se casen pronto...

Entre los cuatro no sumaban los años que se llevaría a la tumba aquella humilde provecita, que en esos mismos campos y bajo ese cielo había

amado, y sufrido, y soñado, atravesando por todas las edades de la vida. Soplabá una brisa fresca, oliente a chacra y a potrero. Y como cantaban alegres y despreocupados los pájaros y la tierra entera parecía reír, bien pronto se borró en el ánimo de los jóvenes, como se borra la huella del camino, hasta el último rastro de todo pensamiento triste.

Al eco de aquella frase, en cierto modo sibilina, volvió José Antonio a recordar las palabras de su amigo Joaquín. ¡Por dos veces, en el mismo día y con el solo intervalo de unas cuantas horas, habían resonado expresiones terminantes respecto a aquel dulce misterio, en cuya revelación él no se atrevía siquiera a pensar! Advertía que la persuasión de su amigo había logrado sugestionarle; pero advertía también que ahora, junto a ella, envuelto en el fluído milagroso de su triunfante juventud, era todo eso un colmo de audacia y de fortuna, que no le estaba, seguramente, reservado. No dudaba de que el encuentro fortuito de la otra tarde tendría consecuencias decisivas para su porvenir; pero, ¿cuáles serían esas consecuencias? Latfale el corazón a lo mejor, y era que una visión loca atravesaba por su imaginación. ¡Ah! si la adorable amiga se decidiese a quedarse imperando, reina y señora de Los Rosales, y todos sus dominios campesinos! Y tendía la vista hacia los cerros de la montaña lejana, límites de su feudo agrario, considerándose feliz, feliz por sobre todas las cosas, con que ella dijese alguna vez: "¡Los quiero para mí!"

—¿Parece usted triste, José Antonio?

El se irguió sobre su montura, sacudiendo sus pensamientos con un gesto brusco.

—¿Triste? No, no, por Dios... A no ser que quepan juntas la felicidad y la tristeza!

—¿Galanterías?

—Si supiera emplearlas, no estaría casi siempre callado... Lo que le diga, Chela, tómelo ingenuamente, tal como sale de aquí.

Bajo la manta su mano temblorosa señalaba el corazón. Tuvo valor para agregar todavía:

—Cuando no se sabe mentir se corren dos riesgos, ¿no es cierto? El de parecer galante y el de parecer grosero...

—Lo segundo, en usted or lo menos, nunca.

—¿Por qué?

—¿Le parece a usted que las mujeres no sabemos distinguir cuando se habla con el corazón o con los labios?

José Antonio reprimió un suspiro, no hallando qué decir. Hablando o en silencio, aquella mujer se le aparecía siempre superior, inalcanzable. ¡Qué candidez la de Joaquín suponer que habría de consentir alguna vez en ser su esposa, en compartir la vida con la suya!

—¿Ve usted qué contentos van?—preguntó Chela al cabo de unos instantes, señalando con el gesto a Anita y Félix, que les llevaban la delantera por algunos pasos.

José Antonio no contestó, pero miró a su amiga de tal modo, con una expresión tal de pasión y de ternura en los grandes ojos, con tal decisión en su actitud de hombre primitivo, que Chela se arrepintió del juego que iniciaba, pensando en que era peligroso en ciertas circunstancias la comedia del flirt. Félix y Anita, llevados de sus simpatías instintivas, enredábanse en sus amables divagaciones. Sus almas, excéptica la una, mística la otra, caminaban juntas, tomadas de la mano, sin tiempo para mirarse a sí mismas ante el espectáculo maravilloso de la vida que los absorbía.

Y en torno de ellos, por encima de todos, envolviéndolos en su hábito patriarcal, alzabase la vasta paz de los campos, la complicitad inocente de la naturaleza que vaciaba a su paso, en loor suyo, su ánfora mágica de aromas y de ruidos. ¡Campos de Chile, valles, colinas y matorrales vibrantes bajo el cielo estival, cómo aparecáis embellecidos a sus ojos!

XI

Tan al paso habían hecho el viaje de regreso, que cuando llegaron estaba ya muy avanzada la tarde. Encontraron la casa vacía, y una vieja sirvienta les impuso de que todos se hallaban ya a aquella hora en la aguada de los saucos, en cumplimiento del programa que se trazó por la mañana. Sin apearse, volvieron a emprender camino. Se miraban a las caras con cierta malicia como muchachos de escuela que se han retardado mucho y que aguardan la reprimenda de familia. Unánimemente declararon que, o los relojes habían adelantado o el sol había andado con excesiva rapidez.

El primero en verlos fué Joaquín, que estaba pendiente de su llegada. Habló por lo bajo a la concurrencia, sentada en torno del clásico mantel, y un hurra estruendoso perturbó por un segundo la paz inalterable de los campos, repercutiendo en la hondonada con sonoridades de aclamación teatral.

—¡Ah, picaronos!—les gritó Joa-

quín, haciendo el ademán con que las madres encolerizadas anuncian una zorra a sus hijos desobedientes.—querían ustedes dejarnos morir de hambre... ¡Van a ser las cinco!

—Nos hemos venido a todo galope, ¿no es verdad?—replicó Chela buscando un gesto cómplice de aprobación de parte de los jóvenes.

—Reventando cinchas,—agregó José Antonio.

—Lo creo, lo creo...—murmuró don Javier,—porque a ustedes también debe de estar apretándoos el estómago.

—¡Quia!—insistió el incansable Joaquín. Si los caballos parecen recién ensillados... Juraría que ese poeta inédito, que es Félix, les ha contagiado a todos y les ha hecho venirse admirando el paisaje!

Acudió un mozo a tomar los caballos, así que los paseantes se desmontaron. Los niños dejaron bruscamente su sitio para salir a recibirlos y ofrecer a cada uno un puesto al lado suyo. El cuadro era encantador. Bajo las patriarcales ramas de los saucos, junto al tronco enorme y nudoso, el amplio mantel se ofrecía a la contemplación y al apetito con sus flambres, sus frutas, sus dulces, ejemplares todos de la vasta producción culinaria de los campos de Chile. Bajo una carreta divisábanse dignas baterías de botellas de vino y de cerveza, y más lejos, sobre el fogón rústico, hervía la paña de choclos y de humitas y se doraba, bajo la mirada inteligente de la cocinera, ensartado en el asador y abierto en cruz, todo un señor coraero.

—¡Formidable!—gritó Félix, a quien entusiasmaban con un ardor de neófito todas las manifestaciones del modo de vivir campesino.—Me río yo de los menús en francés que nos ofrecen en Santiago!

Carlos y Miguel eran los únicos que faltaban, y José Antonio lo hizo notar.

—Pero, ¿no los divisaron por ahí?—preguntó Joaquín, poniendo en esta frase una intención maliciosa, que tenía por objeto molestar a la señora Irene, para quien no eran ya un secreto los trapicheos de los mozos.

—No los hemos visto—dijo sonriendo José Antonio.

Y pensó que, probablemente, cuando pasaron de vuelta frente a las Morales, estarían allí los caballeros de Santiago, haciendo un poco de gasto y oyendo tonadillas de la tierra, mientras las cabalgaduras comían freno amarradas a algún hocón, en la ramada del patio.

Rebeca estaba ya de mejor ánimo, pero todavía podían observarse en

su cara desencantada las huellas de la tormenta moral que la había sacudido. La sana felicidad que resplandecía en el rostro y en la voz de los recién llegados, la puso más triste aún, y es probable que en su interior estuviese formándose el propósito de mantener el fuego de su campestre idilio, a despecho de la oposición materna y de todos los prejuicios de casta que acababan de salirle al paso.

Al final de la merienda, viendo que los comensales habían hecho magníficamente los honores a todos los platos, Joaquín creyó de su deber explicar que no se trataba sino de una humorada y que aquel paseo al aire libre, realizado en la forma más primitiva, a la criolla pura, lo ofrecía a sus huéspedes como un número extraordinario, no con la intención de deslumbrarlos ni mucho menos, sino por hacerles gustar a ellos, ciudadanos santiaguinos, una impresión de la vida campesina.

—Como ustedes han visto,—terminó,—ha sido una cosa improvisada. Pero Rosario y yo vemos con satisfacción que ustedes no están descontentos. Es más de lo que creíamos tener derecho a esperar.

Brindó, con la copa en alto, y nadie se quedó sin empujar el codo. Don Javier, gravemente, como si se tratara de meter baza en algún transcendental debate en la Cámara, aprovechó el silencio que se siguió naturalmente a las palabras del anfitrión y dijo:

—Con permiso.

Se puso de pie. Carraspeó, se atusó la barba, y, con el pulgar en el bolsillo del chaleco,—gesto característico,—pronunció con entera fluidez este brindis:

—En nombre de todos los presentes, creyéndome el más autorizado—por la edad, se comprende, que no por otros merecimientos—paso a contestar las amables y halagadoras palabras del amigo Joaquín, que acaba de dar pruebas manifiestas de que, como Cincinato, se puede ser agricultor y hombre público a la vez...

—¡Papá, por Dios!—le gritó Chela, reprimiendo la risa.—¡Que estamos bajo un sauce!...

—Están prohibidas las interrupciones—continuó el viejo político, sin desconcertarse.—Y redondeó un párrafo enternecedor:

—Debemos confesar que el amigo Joaquín, tan gentil siempre, no tenía necesidad de las explicaciones con que ha querido honrarnos, en su nombre y en el de su dignísima esposa. Nosotros somos los que estamos obligados para con ellos, que se desviven por hacernos grata nuestra permanen-

cia bajo su hospitalario techo. Ellos conservan intactas las virtudes tradicionales de la familia chilena, una brillante prueba de lo cual es, entre muchas, la fiesta de esta tarde, encantadora en su sencillez, y que nunca olvidaremos.

Saboreó por un segundo la buena impresión producida en el auditorio, y terminó refiriéndose a la tranquila y fecunda vida del campo y afirmándose una vez más en su opinión de que la agricultura podía ser la base de una sólida prosperidad para el país.

—De pie todos,—dijo Chela, de pie.—Irene, Anita, Rebeca, José Antonio, Félix, arriba! Un hurra triple por los dueños de casa. ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!...

La concurrencia, de pie, con la copa en alto, repitió:

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!...

La servidumbre toda se había aproximado a la reunión. Pasó por bajo del añoso sauce una oleada de entusiasmo.

El éxito del orador había sido completo. Joaquín y Rosario se abrazaron, cordialmente emocionados. Chela dijo:

—Papá, has estado delicioso.

—Hija, soy un veterano...

Como ya el sol había descendido bastante y el calor era soportable, se pensó en levantar sitio e ir a visitar un rincón muy pintoresco, un salto de agua que Rosario y Joaquín conocían mucho y que estaba situado a corta distancia de los sauces.

—¡Ah, si fuera posible estar siempre tan contentos!—exclamó Rosario.

—La vida se pasaría sin sentir,—apuntó la señora Irene.

A lo que don Javier, grave siempre, observó:

—Hay deberes, deberes que son inalienables. Ya muy pronto estos días de campo tan hermosos, no serán más que un recuerdo para todos...

—¿Oye usted?—preguntó Anita a Chela.

—Sí,—dijo ella,—ya había pensado en eso... ¡Qué pena tan grande tener que irse!

—¡Ah! de veras...—repuso José Antonio, que escuchaba.—Son ustedes como las golondrinas: las asusta el invierno.

Esta frase, que él pronunció sin pensar, tuvo éxito.

—Ya nos puso sobrenombre José Antonio,—dijo Chela.—Pero no me disgusta, no crea. De aquí en adelante le exigiré que me llame así; la golondrina.

—Y yo le construiré un alero para que se quede!—pensó él, pero no se

atrevió a pronunciar una palabra.

—La golondrina... Está bien...—
murmuró don Javier.

—Sí—observó Félix—eso está bien,
tratándose de ellas. Pero nosotros
¿qué somos?

—¡Ah! eso ya se sabe...—le re-
plicó Anita.

Pero tampoco se atrevió a decir
más. Cortada, ruborosa, se arrepen-
tía ya de haber dejado escapar aque-
lla frase, cuando Chela acudió a su
auxilio.

—Sí—dijo—los hombres tienen
desde mucho tiempo atrás un califi-
cativo que les viene muy bien: pica-
flores. ¿Era eso, Anita?

—Sí, eso.

—¡Vaya, vaya, con Anita!—excla-
mó sonriendo Joaquín, que ya se ha-
bía incorporado al grupo—¿con que
tan pesimista era respecto de la fide-
lidad del sexo feo?

Pasaron junto a la cascada una me-
dia hora. Hubo un momento en que
pudieron contemplar los fugaces arco-
íris que se formaban entre las
breñas con el rocío de la espuma que
hacía el agua al despeñarse. Era real-
mente aquel un rinconcito rústico de
belleza natural, completamente al des-
nudo: nada de glorietas, nada de sen-
deros enarenados ni de fuentes de
imitación hechas con argamasa. Ba-
jaba el agua a borbollones desde una
altura de tres metros por sobre lam-
idos guijarros y corría en seguida
mansamente por el fondo de la que-
brada, entre manchas profundas de
yerba buena. Una que otra golondrina
pasaba chirriando, con rap'dísimo
vuelo, y mejaba la punta de las alas
en el agua espumosa.

—Aún no se habrá ido la última
de esas,—dijo pensativo José Anto-
nio,—y ya usted no estará aquí.

Chela no contestó. Sus grandes
ojos oscuros fijábanse con obstina-
ción en la caída de agua, como si la
obsesionase su constante y monótono
murmullo. Estaban ya en la sombra.
Para gozar del sol habrían tenido que
trepar la ladera. Se hubiera dicho
que todo en la naturaleza estaba acor-
dado a aquel ruido interminable del
agua que caía y pasaba. Los mismos
gritos de los niños que se perseguían,
escondiéndose entre las matas del ri-
bazo, tomaban algo de la gravedad
del sitio y de la hora, cuya mejor y
más íntima expresión era la música
del agua florecida de espumas.

—¿Volvamos?— propuso Joaquín.

Y volvieron, apaciblemente, entre
las voces de los niños que, instados
por la quietud creciente de los cam-
pos, se pusieron a recordar los cantos
aprendidos en la escuela:

Lindo sol,

Lindo sol,

Es el lindo sol...

Lindo, en efecto, se veía el sol, en-
rojecido globo de fuego, muy cerca
ya de las crestas de las montañas que
debían ocultarlo hacia el lado de la
costa. ¡Plácido momento aquel! Nin-
guna inquietud había en esas almas.
Porque no era inquietud, precisamen-
te, lo que podía leerse en el rostro
pensativo de Félix, enredado con
"ella" en conversaciones muy serias;
o en la sonrisa de Chela, que iba, dis-
traidamente, con una varilla de mim-
bre cortada por los niños, tronchando
las flores del camino. José Antonio y
Anita se olvidaban de sí mismos, en
el total desvanecimiento que la pro-
ximidad del sér amado provoca en los
corazones aún vírgenes de la dulce
pasión. Don Javier saludaba a lo
lejos a sus hermosos sueños de gran-
deza política, con la sonrisa patriar-
cal de un pastor que mira pasar un
rebaño innumerable. Joaquín decía
a las señoras, que arrastraban pasos
algo lánguidos, señalando a las jó-
venes parejas:

—¿Eh, qué tal?

Y el alma enamorada y huérfana
de la pobre fea, para quien aquel día
había sido de chubasco, saltaba por
sobre las cercas y los matorrales, ga-
lopaba al través de los potreros, to-
maba por un camino, llegaba a una
arboleda y oía, temblando, los versos
de un muchacho obscuro que, delante
de ella, se sentía poeta.

Campesino de raza, José Antonio
amaba el campo más por su utilidad
que por su belleza. Ocurríale a él
con la tierra lo que a algunos hom-
bres con su mujer: que no reparan
en sus encantos hasta que circunstan-
cias extrañas se los hacen notar. Los
horizontes rurales, las perspectivas
verdes, extendidas bajo la benignidad
del azul, eran para él lo habitual, lo
cotidiano, y no recordaba que le hu-
biese nunca detenido ante ellos un
sentimiento de admiración. Más, aho-
ra, delante de esa mujer, cuya presen-
cia lo transformaba todo, cuán ader-
tro penetraba en su alma la belleza del
mundo, cómo se sentía invadido de
la profunda armonía de las cosas!
Caía la tarde mansamente. Alargá-
base el crepúsculo en una cantinela
de follajes y de aguas que parecía
acordado al lento descender, al lán-
guido desvanecerse de la luz. Hacia
el oriente diluñase en tonos rosas y
violetas una vasta pincelada de acu-
rela, que copiaba en su espejo inal-
terable el remanso de la aguada, ha-
ciendo vivir en su fondo cristálinio
todo el paisaje, más bello aún en

aquella reproducción prodigiosa. La primera estrella despertó en el celeste vacío, pura como una promesa o como una esperanza.

Anita fué la primera en divisarla. En su vida solitaria había conversado tantas veces con el cielo!

—¿No la ven? ¿No la ven? Allá..

Sombras fugaces atravesaban la atmósfera transparente, chirridos intermitentes, ruidos de aleteos... Era la despedida de la luz. José Antonio vió también la estrella que palpitaba en la lejanía remota; luego Félix y Chela, y Joaquín, y todos... Y luego se vieron tres, cinco, veinte estrellas sembradas como granos luminosos en el cielo que se ensombrecía.

—¿Se puede saber en qué piensa, José Antonio?

—No me atrevo a decirlo...

—Atrévase... ¿Es algo malo?

—Nó... Pienso que instantes como este deberían eternizarse!

—Se aburriría usted...

—¿Nunca!

Lo dijo con tal firmeza, poniendo tanto corazón en la voz, que ella no tuvo valor de replicarle. También ella se sentía invadida de una vaga y dulce emoción. Aquel instante de su vida era bello, sin duda alguna. Se sabía amada; y, ante la delicia de égloga que emanaba de la tierra olorosa y florida, habría deseado amar!...

XII

Aunque ya era tarde cuando llegaron, la digna Francisca les estaba esperando. Con familiaridad de vieja sirviente, les llamó calaverones y les dijo que no tenían ninguna consideración con sus canas.

—No te enojas, Pancha... ¿Para qué fuiste a tomarte ese trabajo!

—¿Entonces no se van a servir nada?

—Yo, al menos, nó,—dijo José Antonio.—Hemos comido demasiado...

—Y usted, patroncita, ¿no quiere una tacita de té?

—Nó, mujer. Estoy rendida, que me caigo de sueño... Anda a acostarte tú también.

Arrastrando sus gruesos zapatos, Francisca se dirigió a la cocina a apagar el fogón, y los hermanos quedaron solos en la vasta sala a media luz.

—¿Estás rendida de veras? preguntó José Antonio.

—Sí, algo... Hemos galopado tanto. ¿Y tú?

—¿Qué le hace el agua al pescado!

—¿Qué buenos son, nó?

—Sí, Joaquín y Rosario son dos amigos ideales...

Ambos querían hablarse, tenían necesidad de comunicarse sus impresiones, llegar lentamente al punto confidencial que se les saltaba a la boca. Pero no pasaron de los circunloquios, nunca se atrevieron a encararse francamente con la parte que tenía para cada uno de ellos el interés más íntimo; y convencidos al cabo de que no saldrían jamás del paso, acabaron por simular el sueño y separarse. En vano habían recordado una y diez veces los mismos hechos y apuntado las mismas observaciones.

—Bueno. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Anita.

Pausadamente se dirigió José Antonio a su habitación. Se tumbó en su vieja silla de balance, que conservaba desde sus tiempos de estudiante, y la cabeza echada atrás, fumando, fumando, se entregó a una evocación minuciosa. Todo, desde el día inolvidable del primer encuentro, pasó por su imaginación con rapidez y vivacidad inenarrables: la cabalgata, el almuerzo, la visita a las instalaciones del fundo, sus charlas, siempre interrumpidas, sus frases intencionadas, aquella turbadora pregunta de la otra tarde, las alentadoras confidencias de Joaquín, el paseo a casa de la anciana enferma, la excursión al salto de agua, la encantadora travesura con que le dijo: "Llámeme siempre así: la golondrina..." ¿Qué hermosa! ¿Qué adorable! Nunca, nunca llegaría a hacerse amar de ella... Lo mejor era desistir, no preocuparse más. ¿Cómo suponer que en él, un oscuro hacendado, un provinciano, iba a poner sus ojos ella, que aún en el mundo bullicioso y brillante de la capital supo triunfar siempre!

Evocó la escena en casa de Joaquín cuando, momentos antes de la despedida, se acercó éste a su mujer y le dijo al oído:

—Hay que hacer cantar a José Antonio.

—No querrá,—replicó ella.

—Tiene que querer. Hagamos la prueba.

Y en voz alta gritó:

—Amigos, se está haciendo muy tarde. José Antonio va a hacer la despedida con una canción...

—¿Yo?...

—Sí, si todos saben que cantas y que no lo haces nada mal.

—Pero...

—¡Que cante José Antonio! ¡Que cante!—gritaron muchas voces.

El se negaba, verdaderamente confundido. Hallaba que lo que le pedían era superior a sus fuerzas. El cantu-

trabaja por entretener sus ocios, pero no cantaba...

—¿Y si se lo pidiera la golondrina? —le preguntó Chela, con insistente sonrisa, mirándole de frente.

—No me consolaría nunca de haber tenido que decirle que no.

Todos unieron sus instancias a las de Graciela.

—Con tal que Anita me acompañe...

—¡Bravo! ¡Mucho mejor!

Anita, confusa, se decidió también, después de pedir anticipadas excusas. Nunca se imaginó ella que Joaquín iba a jugarle esa mala pasada...

—¿Qué cantamos?—preguntó a su hermano, templando el instrumento.

—¿Las golondrinas?... propuso él.

—Vienen al pelo—observó Joaquín.

Y en el aire tibio de esa noche de verano, ideal de pureza y de quietud, se alzó la primera estrofa de aquella rima de Bequer, que comienza:

Volverán las obscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar....

La emoción hacía trémulas las voces y esto prestaba un encanto más poderoso a la canción. Poco a poco, ante el religioso silencio circundante, los jóvenes fueron tomando más seguridad, las notas se esparcían serenas y sentidas y la última estrofa fué recibida por el estruendo de un sólo formidable aplauso:

—¡Bravo! ¡Muy bien!

Los muchachos pedían bis, como en el teatro. A pesar suyo, Chela se había puesto melancólica. Acaso resonaba en su interior, con toda su desgarradora desesperación, la imprecación del poeta:

Pero mudo y absorto y de rodillas como se adora a Dios ante su altar, como yo te he querido, desengáñate, así no te querrán!

Momentos más tarde se dió la voz de retirada. Había anochecido casi completamente. La luna acababa de asomar, grande, roja, sobre las crestas de la cordillera y todo se veía en medio de una vaga penumbra, que no se sabía bien si era la naciente sombra de la noche o la suave claridad lunar. Salieron luego al camino. Los campos henchían el aire con su aroma. El, al lado de Chela, encontraba a la vida un sentido nuevo. Jamás había experimentado aquella sensación. ¿Qué tenía para él aquella mujer que todo se transformaba a su presencia? ¿Qué rara virtud tenían sus ojos, su

voz, el frú-frú de sus vestidos, el perfume que de ella se desprendía a cada movimiento?

—¡Oh!—pensaba.—Cómo hacer para que se quede... Para que no se vaya.

Era la misma frase que repetía mentalmente ahora, en medio de la desolación de que se iba sintiendo invadido poco a poco. El porvenir era lo que le asustaba. Nunca había sido para él tan espléndida, pero al mismo tiempo tan fugaz, la temporada de verano.

Se afiebraba en la pieza. Hacía calor. Las sienes le latían, y, sin tener sueño, sentía en los párpados una gran pesadez. Se pasó la mano por la frente y decidió salir. La noche seguía tibia y clara, bajo la luna que alumbraba ahora de lleno, cerca ya del cenit. El patio estaba silencioso. "Dardo", despertado al ruido, reconoció a su amo, y siguió durmiendo. En el aposento de Anita no había luz; y, sin embargo, la ventana no debía estar cerrada, pues no se veía en los vidrios el reflejo de la luna. José Antonio encaminaba sus pasos hacia allá, cuando le detuvo un grito ahogado y trémulo que se dejó oír en el silencio del patio:

—¿Quién?

Era la voz de Anita, que, sentada junto a la ventana, acababa de sentir ruido de pisadas. José Antonio lo comprendió todo.

—Soy yo, Anita. No te asustes.

Y acortando las distancias, le dijo:

—Pero, ¿no te has acostado?

—No podía dormir, y he salido a tomar el fresco. Ven, si quieres y nos sentaremos en un escaño. No hace frío...

José Antonio pensó que al fin iba a poder cambiarse con su hermana las confidencias: tan adoradas y tan temidas. Pero apenas estuvieron juntos, callaron. Ninguno de los dos se atrevía a hacer alusión a lo que llenaba por completo su pensamiento.

—Anita...—murmuró él, por fin, tomándole una mano.—¿Por qué no te acostabas?

—¿Y tú?

—Yo pensaba...

—¿En qué?

—Tú lo sabes tan bien como yo. Y tú también pensabas.

—Sí.

—¿Y en qué?

—También lo sabes tú.

—En él, ¿no es cierto?

—Y tú, en ella, en Chela.

Ante ese dulce nombre que sonaba nítidamente en la placidez perfumada del jardín, José Antonio sintió su co-

razón desbordado. Y lo dijo todo, todo, atropellándose, tartamudeando, confesó cuánto la amaba, de qué modo sufría con aquel sentimiento desconocido hasta entonces para él. Y con lágrimas en los ojos, habló de sus temores de no ser jamás correspondido...

—Tú sí,—dijo,—tú eres feliz, porque él te quiere...

—Nunca me ha dicho nada.

—Pero se te conoce, como se me conoce a mí.

—¿Quién sabe! Puede ser una pequeña simpatía, y nada más. Tú a Chela tampoco le eres indiferente...

—¿Lo crees tú, Anita? ¿De veras?

—¿No recuerdas lo que nos dijo Joaquín?

—Joaquín es muy bueno, y esta haciéndose ilusiones. Yo soy muy poca cosa para ella...

—¿Por qué, José Antonio? No digas eso... Ella no es ni más ni menos que tú. Y luego...

—Luego, qué.

—Para el amor no hay distancias que no se salven.

—Pero ella no me quiere... ¡no me querrá nunca!

—Eso no lo sabes tú, José Antonio. Confía y espera.

La voz de Anita caía en el enardecido corazón del mozo como un fresco rocío de consolación. Era un riego suave, un baño de pureza que hacía florecer, en medio de sus desolaciones de incomprendido, esperanzas en que no quería creer.

—¡Oh!—exclamó—al pensar en la inevitable separación que se acerca, siento algo como un vértigo... Cómo hacer que se quede. Aquí sí que sería mía alguna vez... me lo dice el corazón. Pero allá, en su mundo...

—¿Y qué diré yo, José Antonio!

Anita inclinó la cabeza sobre el pecho. Los malos presentimientos de su hermano habían acabado por hacer presa en su corazón lleno siempre de una infantil confianza en el porvenir. También tenía para ella un sombrío significado la palabra separación. Félix también se marcharía. Y los días que vinieran no pertenecerían más que a la voluntad de Dios, que todo lo dispone... Lloró, sin un sollozo.

—Perdóname. Soy un loco...—dijo José Antonio.—Te quito ánimos en vez de dártelos. Serénate. Vamos a combinar un plan...

Y ya más tranquilos ambos, discutieron acerca de los medios de que podrían valerle para que el término ya próximo de la temporada veraniega no les hallara en situación tan insegura.

—Era necesario que nos entendiéramos—dijo él.—Un día vas a ir tú

sola a Painahuén para que converses lo más que puedas con ella... Y yo invitaré otro día a Félix, a que venga a pasar algunas horas con nosotros.

Ella sonrió, halagada. La mala nube había pasado y el horizonte se le presentaba de improviso, despejado y risueño. Ya sabían lo que debían hacer. Unidos y de acuerdo, ya no temían al siniestro interrogatívo que momentos antes habían visto suspendido sobre sus cabezas.

—¿Te parece bien?

—Sí, José Antonio. La que tú eligas, entre todas, será siempre mi hermana. ¡Y Chela es adorable!

Callaron de nuevo. Suave como una caricia, la brisa hacía chirriar las hojas de las parras, por entre cuyos claros pasaban franjas de luz plateada. Las flores se vaciaban en perfumes sobre aquellas dos almas hermanas, que se parecían tanto, tersas ahora y transparentes como dos espejos, la una ante la otra. También las almas tienen su desnudez y esta desnudez, cuando no es pecaminosa, enaltece en vez de avergonzar.

—Ahora sí que dormiremos, Anita.

—Sí, José Antonio.

Se levantaron. La arena del sendero crugió bajo sus pasos, a tiempo que llegaba, de muy lejos, el canto de los gallos. La media noche era pasada. La luna descendía ahora, pálida Ofelia, en un lago incomparablemente azul. Anita repetía una vez más las palabras que había oído de Félix, turbadoras siempre para ella.

Becquer murió de hambre y de soledad, pero vive y vivirá siempre en todos los corazones sensibles. ¿Dónde oíré yo otra vez "Las Golondrinas", que o lo recuerde con gratitud y con amor? Del artista que escribió esa música tan sentida, no conocemos ni el nombre... Pero es nuestro amigo, y desde ahora más que nunca, ¿no es verdad?

—Sí.

También pensaba lo mismo... Más tarde cuando ya la ausencia hubiese interpuesto entre ellos su helada y sombría muralla, cuando ya no se viesen, ella abriría la ventana que da al camino y cantarfa esos mismos versos, pero muy bajito, como si se tratara sólo de dejar escapar una cadena de suspiros... Lo pensaba, pero no lo decía. Y el viento pasaba, acariciante siempre y las estrellas desde lo alto del cielo límpido, miraban a la tierra como sonrisas que se hubiesen hecho luz.

XIII

Acercábase el Carnaval. Una mañana hallábase Anita atareada en los deta-

les del almuerzo, pues José Antonio no tardaría en llegar, cuando recibió una esquela procedente de Painahuén. La firmaba Graciela y en ella le notificaba que esa tarde tendrían, necesariamente, que irse a comer con ellos. "Hay grandes novedades,—terminaba,—y no aceptamos excusas de ninguna especie. Si el mensajero vuelve con respuesta negativa, les amenazamos con dejarnos cejar todos por allá... y les resultaría peor". Anita sospechó sin esfuerzo que su hermano no se negaría. Pero no era propio resolver el punto de su cuenta y riesgo y decidió esperar a que estuviese José Antonio. Llamó a Fermín para tomar noticias de Painahuén y para decirle que, como no podía responder inmediatamente, se quedara a almorzar en Los Rosales.

—Sabes qué es lo que hay?—dijo a su hermano, apenas le vió desmontarse.

—Lo supongo.

—Qué?

—Algún recado de Painahuén. Acabo de divisar allí la bestia de Fermín.

—Algo más que eso.

—Una invitación.

—Pero ¿de quién?

Brilláronle los ojos al joven y con voz trémula dijo a su hermana, que le miraba picarescamente, con las manos hundidas en los bolsillos del delantal:

—¿Te escribió ella?

—De su puño y letra,—respondió Anita, pasándole la carta, sintiendo ya haber jugado demasiado con la ansiedad del hermano.

El leyó y volvió a leer, como si quisiera sorprender algo entre líneas, algo que la hechicera corresponsal hubiese puesto sólo para él. Habría besado el bendito papel, si no fuese porque allí estaba, pendiente de sus gestos, Anita. Llamó a Fermín.

—¿Hay fiesta?—le preguntó.—¿No sabes tú nada?

—No, patrón. Me parece que van a dir a la estación a jugar la chaya...

—¿Por qué lo dices?

—Porque los patrones de Santiago llegaron ayer tarde con la tripulina de novedá... ¡gueno con los cristianos! El patrón don Carlos llegó calafío, calafío como si li hubiera quedado un aguacero...

—Ah, ya sé, ya sé... murmuró José Antonio, recordando haber oído hablar de que en el pueblo vecino se jugaba con furor la chaya. Forasteros e indígenas, se daban para ello cita en la plaza y, sobre todo, en la estación del ferrocarril, desde cuyo andén acribillaban con serpentinas a los trenes de pasajeros del sur y del norte...

—¿Qué resuelves?—preguntó Anita,

así que Fermín se hubo alejado.

—La notificación es perentoria y terminante. Habrá que ir...

—Y aunque no lo fuera, creo que siempre iríamos...

—Contéstale entonces, y dile que nos pondremos en camino en cuanto baje un poco el sol.

Durante el almuerzo, José Antonio tuvo dos ideas oportunas: mandar a comprar serpentinas, todas las que se hallasen a mano, y hacer una recolección de flores en la hacienda... También quería él sorprender a sus invitantes. Cuando menos se lo esperasen llegaría allá una carreta colmada de canastos de flores.

—Espléndido! Espléndido!—gritaba Anita, con sincero júbilo.

Antes de despojar a los rosales de su fragante carga José Antonio hizo armar un ramillete con ejemplares de las más delicadas especies y se lo entregó a Fermín, junto con la carta, a guisa de mensaje anticipado. Iba, entre tantas rosas, una exactamente igual a otra que cierta personita había celebrado mucho... Intencionadamente José Antonio había agregado al pie de la firma de su hermana esta frase, con sus iniciales: "V.o B.o. Irán pertréchos".

Ponfase término a la comida y ya iba Chela a explicar de qué novedades se trataba, cuando Fermín pidió permise para entrar y avisó que acababa de llegar una carreta "de lo de don José Antonio". Todos se miraron a las caras, sorprendidos. Los dos hermanos sonreían...

—Ah, pícaros—gritó Joaquín, diviso por la ventana, a la media luz del crepúsculo, las flores que se venían desbordando. Nos las han jugado...

—Esa,—observó Graciela,—es la postdata de José Antonio que yo no podía comprender...

Después que todos se hubieron dado cuenta de la presencia de aquel vehículo cargado de flores, se determinó que éste siguiera su marcha hasta la estación del pueblo vecino.

—Pero, amigo—decía don Javier.—Usted ha dejado sin flores Los Rosales...

—Si no fuera más que los rosales—agregó Carlos, jugando del vocablo.

—si no ha dejado flor que no se ha traído!

—Ha sido usted cruelmente generoso, José Antonio.

—¿Para qué pueden servir sino para cuando estamos alegres? De todas maneras, tenían que marchitarse...

Félix alcanzó a oír, y murmuró al oído de Anita:

—También son nuestras amigas cuando estamos tristes...

—¿Le gustan a usted?

—Oh, tanto! En el jardín del manicomio hay un cuadro de pensamientos que me he encargado de cuidar yo solo...

—¿Son sus predilectos?

—Sí, y nó. Estaban abandonados, nadie los quería, talvez porque no tienen olor, y a mí me dieron lástima... Después, cuando se pusieron hermosos otra vez, le me imaginaba que lo hacían por mí, que me sonreían agradecidos... Dispenseme usted que esté filosofando.

—Esas son cosas más de poeta que de filósofo...

—¿Poeta! Envidia a los que lo son de verdad... ¿Recuerda usted nuestra conversación de la otra noche?

Anita contestó con la mirada, hallándose incapaz de pronunciar una sílaba. Luego para disimular preguntó:

—¿Se ha olvidado usted de los pensamientos?

—¡Ah! Los he querido como cosa mía, pero no a todos, no crea, sino a esos del manicomio. Cuando era yo un chiquitín... nó, nada.

—¿Qué iba usted a decir? ¿Por qué no sigue?

—Encontré una vez, junto a una cerca, a un pobre quiltro, sucio, flaco, y mal herido. Lo llevé a casa y lo cuidé con tanto cariño que el pobre bruto no sólo curó pronto sino que se embelleció todo lo que podía... Quedó manco, pero le aseguro a usted que su cojera le hacía gracia. Aquel quiltro vagabundo y sin nombre me enseñó lo que es la gratitud, y créame usted que yo hallé más de una vez en los pensamientos algo de sus miradas afectuosas y enternecidas. ¿Con qué pena me separé de él!

—¿Y por qué lo dejó?

—Yo veraneaba entonces en la hacienda de un amigo de mi padre, y terminadas las vacaciones tuve que regresar al colegio. Yo quería llevarme conmigo, porque presentía que el bruto sufriría tanto como yo... pero mis padres se opusieron, y ya no volví a saber más de aquel humilde amigo de los campos.

Abstraídos en su tema, interesados en él como si se tratase de un asunto transcendental, Anita y Félix no habían reparado que estaban solos en el comedor. Por medio de gestos, Joaquín había obtenido la complicidad de los demás para hacerles esa broma, y todos salieron, poco a poco, en silencio, sin ser advertidos. Anita fué la primera en darse cuenta de

la situación, y rió. Félix echó una mirada circular por la pieza desierta.

—¿Qué traviesos son! Ese no puede ser sino Joaquín...

Una carcajada vibrante resonó afuera, y los jóvenes vieron en la ventana muchos rostros alegres que se fijaban en ellos.

—¡Ya me la pagarán! — exclamó Félix, levantando cómicamente el puño.

—¿Quién ha sido el de la idea de ir a la estación?—preguntó José Antonio.

—¿Quién había de ser?—replió don Javier, sonriendo y mirando bondadosamente a Chela.

Hija única, el viejo hombre público sentía verdadera debilidad por esa niña y le hacía gracia todo cuanto pudiera imaginar su cabecita de veinte años.

A veces sus graves preocupaciones nublaban el entrecejo de aquel antiguo jefe de partido; pero jamás tormenta alguna ha sido tan fácil de alejar y desvanecer: una palabra, un gesto, un mimo de "la regalona", que le tutaba descaradamente, bastaban para que la sonrisa benévola y fina que le era habitual bajase a retozar entre la barba plateada. Chela no recordaba que su papá lo hubiese dicho "nó" dos veces consecutivas.....

—¿Le parece una idea desgraciada, José Antonio?

—Por el contrario... ¡Felicísima!

—¿Recuerda usted a esas amigas con quienes andaba yo 'a tarde en que lo vimos a usted por primera vez?

—Sí, sí... ya recuerdo.

—Nos encontramos esta mañana, por casualidad, y me hablaron de la chaya en la estación... ¡Me entusiasmé!

—Cualquiera se entusiasma.

Carlos y Miguel, impacientes ya, comenzaron a apurar la hora de la partida.

—Hay que aprovechar los primeros momentos... El que pega primero pega dos veces.

—¿Sabías tú,—preguntó Joaquín a José Antonio,— que se organizaba un corso de flores?

—¿Un corso?

—Sí; la sociedad del pueblo, para festejar a los veraneantes... Habrá premios.

—¿Y para cuándo?

—Para el último día de carnaval. Hay que pensar en adornar los coches....

—Y hay que pensar en irse, ¡caramba! — gritó Carlos sin poder contenerse.

La estación ardía ya de una animación de fiesta cuando llegaron ellos. A la entrada, en los carruajes, dejaron el grueso del pertrecho de guerra, y con paso triunfal se colaron entre la concurrencia que hervía en el andén, bajo el techo de hierro. Había iluminación extraordinaria. El gas acetileno, en plena voga entonces, hacía desde diversos puntos derroche de su luz fría y perlada. El estado mayor, con excepción de Joaquín, se había quedado en casa, no queriendo participar de aquella calaverada de los "chalilones". En cambio, los jóvenes venían animados del más grande entusiasmo, dispuestos a agotar las municiones cuya provisión no era, como se ha visto, despreciable.

Mezclábanse en aquella doble democratización del carnaval y del verano, las familias del pueblo con las de fuera. Se había franqueado la distancia de los convencionalismos mundanos, y no era necesaria la presentación previa para iniciar el ataque y responderlo. Con todo, ellas y ellos se apresuraron a saludar a las relaciones con que se iban topando y a desearse una noche feliz. Después... la batalla de serpentinadas y de flores. Dios es tan bondadoso que hasta Rebeca tuvo en aquella ocasión su momento de oro: desde lejos d'visó a su "pololo" veraniego, Genaro, que exhibía por allí sus mechas lacias y su cara granulosa. Libre de las miradas inquisidoras de la señora Irene y segura de que su personal preocupación impediría a los otros fijarse demasiado en ella, se dio a cambiar con el ideal mancebo fugaces miradas de ternura, a tiempo que se envolvían mutuamente en el lazo de una serpentina o que él lograba colocarle sobre un hombro una mariposa de papel.

De pronto sintió Chela que una voz femenina pronunciaba su nombre, a sus espaldas. Volvióse, y se encontró con las amigas que le habían hablado de esas noches de la estación. José Antonio se volvió también y las reconoció sin dificultad.

—Niña! ¿Has visto cuánta gente? ¿No te decíamos?

Chela se apresuró a presentarles a José Antonio y a Anita, así a la ligera, para no obstruir el paso, y bien pronto los dos grupos se hicieron uno sólo. Prudentemente José Antonio cedió su sitio a las recién venidas, y aprovechó la ocasión para acercarse a Joaquín.

—Díme, ¿quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—El apellido no lo recuerdo bien... Creo que una es Doyen, y las otras... Bueno: una, la rubia, se llama Lucila, otra Noemí y la otra...

Se interrumpió, o más bien, le interrumpieron, porque cayó sobre ellos un fuego graneado de serpentinadas, tan imprevisto que no les dió tiempo para defenderse. Sacaron a lucir sus municiones, y ya nadie pensó en conversar. José Antonio, entre tanto, sentía una vaga molestia. Comprendía haber cumplido con un deber de gentileza al dejar a Chela en compañía de sus amigas de Santiago; pero esta primera intromisión de los extraños en sus relaciones le pareció inoportuna, por lo menos, y le llenó de no sé qué insidiosos presentimientos.

El habría deseado que nadie sino los de Painahuén y Los Rosales, conociesen la amistad y el efecto que le acercaban a Graciela; y figurándose que las jóvenes no dejarían de hacer comentarios e insinuaciones, temía ya que ella se fastidiase y que este fastidio le alcanzase a él...

No se equivocaba el joven. Secreto instinto de enamorado le estaba revelando lo que ocurría. Las amigas de Chela tenían ya noticias del continuo cambio de visitas entre Painahuén y Los Rosales. Así, pues, cuando se habló del curso de flores en perspectiva, dijo Noemí.

—Chela se tiene seguro el primer premio...

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque en Los Rosales están las más lindas flores que se puedan encontrar por aquí...

—Pero tienen dueño.

—Por lo mismo... Ya te las habrá ofrecido.

—Ni se ha tratado de eso. Ni tendría genio para pedírselas...

—No habrá necesidad de tanto. ¡Si tienes una suerte!

—Es simpático el mozo.

—Y parece muy distinguido.

En ese instante los hombres, que se habían ido separando poco a poco, venían a quedar muy próximos a ellas.

—José Antonio—le dijo Chela—¿no le arden las orejas?

—¿Me estaban pelando? Pero, ¿quién puede preocuparse de mí?

Al decir esto, se acercaba más.

—Decían de usted que era muy simpático...

—Nó, nó,—replicó la aludida—le alabábamos su buen gusto...

José Antonio enrojó, turbado, comprendiendo en todo su alcance la

alusión y hallándose incapaz de salir del paso en una forma airosa. Afortunadamente Joaquín había estado presente a la última parte del diálogo y acudió en su auxilio:

—Sí, señorita—dijo—tiene muy buen gusto José Antonio. En este momento no más me decía que la hallaba a usted encantadora...

Otra irrupción en las filas los separó de nuevo. Noemi insistió, sería ahora:

—Te felicito, Chela. Casi diría que te envidio.

—Gracias, pero no se a qué viene.

—¿A qué tanta reserva? Si todo acaba por saberse...

—Es todo un buen mozo—observó Luella.

Y la tercera agregó, con tono concluyente:

—Tres millones de pesos, y no sé cuántas leguas de terreno. Chela: nos tienes que prestar tu anzuelo!

—¡Oh! están ustedes desvariando. Hablemos de otra cosa.

Sonó de pronto una campana. Alguien dijo:

—Es el tren que sale de la próxima estación.

—¡El tren! ¡El tren!

Y se produjo un minuto de expectación. Las manos dejaron de disparar y todos los ojos siguieron la dirección de la línea férrea. Pero como pasara un segundo y otro, y ni se sintiera rumor de tren ninguno, volvieron a cruzar el aire, rápidas y trémulas, las serpentinas y a caer de todos lados una nevazón multicolor de pétalos. El moscardoneo del charlar y del moverse empezó de nuevo a dejarse oír; pero a lo mejor, un estruendo de hierros creciente cada vez, hizo comprender a todos que el tren se acercaba por fin. En efecto, se vio el humo primero, sombrío en la noche clara, y luego se divisó el foco de luz de la locomotora agrandándose, haciéndose más y más reverberante.

Silbaron los neumáticos, y el convoy se detuvo. Era un tren de pasajeros que iba a la capital. Descendieron los empleados, y una espesa granizada de serpentinas pasó del andén a todas las ventanillas. Se veía a los viajeros reír, complacidos. Algunos, más previsores, se habían provisto de proyectiles de ocasión y respondían eficazmente al amable asalto. No faltó quien rociara a la multitud con el agua perfumada de un pomo. Chela reconoció a una amiga que, por precaución, había cerrado la ventanilla, y ya golpeaba en los vidrios, pro-

nunciando familiarmente un nombre, cuando sonó, agudo y vibrante, el pito del conductor. Se oyeron dos palmadas. El silbato de la locomotora se alargó en la atmósfera como un alarido, y el tren siguió su marcha, acosado siempre por las serpentinas y las flores que volaban de cien manos...

Tenía José Antonio, acaso sin fijarse en ello, una cara tan triste, que Chela, al volverse y encontrarse con él, no pudo menos de llamarle la atención.

—Pero, José Antonio, ¿qué le pasa?

Trató él de sacudirse interiormente, de dispersar los malos pensamientos que había sembrado en su alma el paso de ese tren maldito que se levaba ya a la capital magnífica y lejana, las primeras golondrinas. Pero no pudo conseguirlo. No pudo siquiera hablar, y con un gesto desolado señaló la línea por donde acababa de desaparecer la ruidosa caravana de acero.

—El verano se acaba,—murmuró, por fin, cuidando de que no le oyes sino ella.

Pero en aquel mismo instante un tumulto que se formaba les hizo retraerse, para cuidar de no ser arrollados y estrujados. Carlos y Miguel acababan de reconocer a las que, tardes pasadas, los habían dejado "como sopa", y, armados de enormes jeringas de latón, les arrojaban a la cara, en repesada, espumantes chorros de agua. Se oyeron gritos de mujeres, agudos, nerviosos. Se pensó por un instante en algún accidente. Pero inmediatamente se supo todo, y el caso provocó general hilaridad. Las señoritas, blanco de tan inesperado como brusco ataque, huían despavoridas a refugiarse en cualquier parte... Los asaltantes, declarándose satisfechos, guardaron discretamente las armas prohibidas que acababan de usar. Y el juego volvió a reanudarse en medio del mismo entusiasmo con que había empezado.

Chasco enorme fué el que se llevaron todos cuando se anunció la llegada de otro tren a Santiago y resultó un convoy de carga que conducía la animalada para el Matadero. Momentos más tarde, sin embargo, pasó hacia el sur un tren de pasajeros y se repitieron las mismas escenas que había provocado el otro. Era el expreso, un tren grande y elegante, que llevaba carro-salón y carro-comedor, y en el que se veía a muchos señores y señoritas de aspecto opulento, leer, fumar o dormir. Algunos jóvenes salieron a la plataforma a responder

valientemente el ataque de los de tierra firme. Uno más atrevido se bajó y se mezcló a la muchedumbre que llenaba el andén. Su osadía pudo costarle cara, pues ya el tren se había puesto en marcha y él no lograba salir del campo enemigo a donde temerariamente se metiera.

—¡A la vuelta me las pagan!—gritó, ya en salvo, desde la plataforma del último wagón.

Todos refan. Pero el paso del expreso fué la primera señal de la retirada, pues pronto se apagaron las luces de la estación.

—¡A la plaza! ¡A la plaza!—se oyó gritar a muchos.

Joaquín, que se había divertido hasta el cansancio, consultó a sus amigos y la mayoría optó por regresar desde luego a la hacienda. Demás está decir que la minoría estaba constituida por Carlos y Miguel, que opusieron como argumento, para quedarse aún, la linda luna que hacía y los buenos caballos que montaban.

—¿Quisieran ustedes acompañarnos?—dijo Joaquín a las amigas de Chela. No es más que un momento, y nos comprometemos a ir a dejarlas. Ellas se consultaron con un jesto.

—¿Vamos?

—Vamos.

Y partieron todos. Rebeca habría deseado no irse todavía... y bien sabía por qué. Desde trás de un coche, percatándose románticamente en la sombra, el poeta campesino le envió, al verla alejarse camino de Painahuén, su más gentil saludo.

XIV

Aquella misma noche, al despedirse de sus amigos, los dos hermanos lograron avanzar el primer paso en el cumplimiento del plan de campaña que habían acordado.

Desgraciadamente las soñadas entrevistas, en que ellos cifraban tantas esperanzas, no pudieron celebrarse porque, apenas habían pasado dos días, don Javier, llamado urgentemente de la capital por asuntos de alto interés político, dió la voz de partida. Fué una desolación. José Antonio y Anita quedaron consternados. ¡Ni siquiera el corso de flores iba a tener el lucimiento que esperaban! No habían tenido aún tiempo de reponerse cuando recibieron de Chela cuatro frases muy nerviosas, dirigida esta vez simultáneamente a los dos hermanos.

“Mía, amigos—les decía—se va la Golondrina. Ya sabrán ustedes a qué obedece este viaje tan inopinado... Apenas si me dejan tiempo para cum-

plir con ustedes el más elemental de los deberes: despedirme. Mañana caeremos por allá... Muchos besos, etc.” Y luego, bajo la firma, la inevitable postdata: “Nota: los besos son para Anita, aunque parezca innecesario decirlo.”

Silenciosamente se guardó José Antonio aquel papel perfumado que en sus diez renglones mostraba toda el alma de la que lo había escrito. Tampoco se atrevió Anita a decir nada, sufriendo, como sufría, de su misma angustia. Estaban en el corredor. La mañana era bella, tan bella como esa otra en que ambos, en aquel mismo sitio, tuvieron por primera vez el presentimiento de que estaban delante del sér a quien debían consagrar su vida. Gorjeaban como entonces los pájaros, y el viento pasaba cantando jaculatorias, repartiendo mensajes, haciendo locuras. Pero a los jóvenes no les parecía ya lo mismo, abatidos por pensamientos que cada vez se hacían más sombríos.

Durmieron mal, desasosegados, felices con la perspectiva del día siguiente y temerosos de los que vendrían después... Al alba se levantaron y entre ambos se entregaron a la febril tarea de arreglar la casa.

—¿Vendrán a almorzar?

—Talvez, porque de no aprovechar el fresco de la mañana, ya no vendrían hasta la tarde.

—Y ella ha hablado de pasar el día con nosotros.

Sonrieron contentos. Anita tuvo una ocurrencia que su hermano celebró: almorzar en la glorieta, en medio de los rosales que habían vuelto a florecer magníficamente. Pero la glorieta era muy pequeña, y José Antonio observó que apenas podría ponerse en su interior una mesa para cuatro...

—¿Si fuéramos a encontrarles!

—¿Y si nos damos un galopazo inútil?

—No, si ya deben de venir...

Se decidieron por esta ida y afortunadamente no habían arrojado una legua cuando una polvareda en el camino les anunció la proximidad de los que ellos esperaban. Miráronse sonriendo, a la cara.

—¿No vienen más que dos?

—Sí, dos, ellos dos...

En el fondo estaban contentísimos. Pero no atinaban a comprender por qué no aparecía nadie más.

—Se habrán adelantado, tan impacientes como nosotros,—dijo él.

—Tendrían que venir muy lejos los demás. No se ve a nadie en el camino...

“Ellos” debían de haberlos reconocido también porque apuraron el paso.

Algunos minutos bastaron para hallarse todos reunidos.

—¿Qué pasa?—preguntó Anita, después de los saludos.

—Que unos por un motivo, otros por otro—dijo Félix—nos han dejado a nosotros solos cumplir con las leyes de la cortesía.

—Como siempre,—agregó Chela,—los de mejor voluntad son los que tienen que responder...

Con fingido resentimiento, José Antonio observó:

—Se conoce que es un deber pesado el de venir a Los Rosales...

Entonces Chela, creyendo del caso dar algunas explicaciones, dijo que la señora Irene y don Javier tenían demasiado con la preparación de la partida y que Carlos y Miguel, llevados a otro sitio por imperiosas atenciones, llegarían de tardécita.

—¿Y Rebeca? ¿Por qué no vino?—preguntó Anita.

Félix fué entonces el que habló para decir que la pobre había dado, la víspera no más, un último disgusto a la señora y un nuevo motivo a Joaquín y a los jóvenes para divertirse a costa suya. La habían sorprendido otros versos del poeta rural, versos ardientes, voluptuosos, en que con palabras tomadas de la mitología griega y del ritual cristiano, se cantaban las gracias de la amada y se la invitaba a dejar la vida en un beso, al pie de los mirtos, y junto a un arroyuelo de transparentes aguas...

—¿Caramba con Genarito!

—Imagínense—dijo Chela—el efecto que estas cosas habrán hecho a tía Irene. Estuvo furiosa, con ataques de nervios y Félix tuvo que utilizar sus conocimientos médicos para calmarla. Rebeca confesó que los versos se los había pasado el muchacho por medio de una mariposa, la noche en que fuimos a la estación. Demasiado se comprendió por qué Rebeca no ha podido hallarse aquí... Y por lo demás—terminó con una leve sonrisa, como si monologara—no hacía falta.

¡Espléndido día pasado en el sosiego de la añosa casa solariega, que Chela quiso recorrer toda, como si no la hubiera visto ya! Nunca la había notado José Antonio tan inquieta, y tan inquietante al mismo tiempo. Almorzaron en la glorieta en medio de una estupenda decoración de rosas; Chela conversó un poco con losgilgueros, encantada de su infatigable con-cierto y agradeció vivamente a José Antonio la oferta que le hizo de que se los llevara a Santiago.

—Nó, nó, se morirían allá. No se acostumbrarían...

Anita saltó:

—Aceptaré entonces otra cosa.

—¿Qué?

Anita miró a su hermano, y él comprendió al punto.

—Ya sé,—dijo,—y agradezco a Anita el habérmelo advertido: matas de rosa, de esas que prefiere usted...

—¡Oh; qué he hecho yo para merecer tanta atención!

—Ahora no sería tiempo de llevarlas... Habrá que esperar el invierno.

Entonces Chela tuvo una salida oportuna:

—Va usted a decir que estoy abusando de la bondad de ustedes, pero se me ha ocurrido algo, y no me lo guardo...

—¿Qué?

—Vaya usted a dejármelas.

José Antonio quedó deslumbrado, como si hubiera visto el cielo abierto ante sus pasos. Como, de la misma emoción, permaneciera en silencio, ella agregó:

—Si la Golondrina no puede venir, pues haga usted lo que Mahoma cuando la montaña no quiso ir hasta él: vaya usted a la montaña...

—Iré, sí, iré. Cuando usted menos se lo piense, caeré por Santiago...

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Viéndoles conversar, Anita se había ido alejándose hacia la fuente, a cuyo borde Félix parecía abstraído en la contemplación del agua que borbotaba al caer describiendo trémulos arcos en el aire.

—¿Filosofa usted?

—Nó, Anita; sueño.

—¿Despierto?

—Sí, ¿No le pasa a usted a menudo lo mismo?

—Sí, pero también sueño dormida. Anoche...

Se interrumpió. Félix, que la oía ansioso, le preguntó:

—¿Por qué no me lo dice usted?

—No se puede.

—¿Ni a mí?

—A usted sí... pero con una condición.

—¿Cuál?

—Dígame primero lo que estaba pensando.

—¿De veras, quiere saberlo?

—Sí.

—Pues bien, amiga curiosa. Pensaba en usted...

—¿Es galantería?

—Nó, es la verdad. Pensaba en usted y en José Antonio, y en la vida tan apacible, tan bonita, que hacen ustedes aquí, en su retiro rústico, lejos de aquella fiebre de la ciudad,

que no puedo recordar sino con miedo...

—¿Con miedo, dice usted?

—Sí, y pensaba en que yo podría asimismo ser feliz en una antigua casa de campo como ésta, entre estas flores, bajo este parrón, al lado de esta fuente...

—¿Y se va usted?

—¡Ah! ¡Dios sabe con cuánta pena! Me vine de la ciudad aburrido, sin ninguna ilusión respecto del campo, sin sospechar siquiera lo que habría de encontrar aquí...

Ella no tuvo nada que replicar.

—Ahora le toca a usted—dijo él.

—Pues soñé eso, eso mismo, que ni usted ni Chela se volvían a Santiago.

—¡Ah! uno dormido y el otro despierto, ambos soñamos en lo mismo.

Chela y José Antonio se les habían acercado. Ambos, él especialmente, se sentían mal, molestos, extraños, en cuanto se encontraban solos. A él le daba pena y vergüenza tener que echar mano siempre de esas banalidades tan socorridas de los que no hallan qué decir; y ella, adivinando la situación de ánimo de su amigo, y no sintiéndose con valor para ensayar en él las armas del discreto galante, prefería rehuir los momentos de entrevista frente a frente y buscaba el modo de generalizar la charla.

—Esta visita es de despedida. ¿No es verdad?

—Desgraciadamente.

—Pues bien, ¿qué les parece que fuéramos recorriendo por última vez todos los rincones de la hacienda?

—Espléndido—dijo Félix.

Anita corrió a traer dos amplias chupallas. Se cubrió con una y pasó la otra a Graciela. Tomaron los cuatro el camino de la huerta, mientras José Antonio tartamudeaba excusas.

—Ya no hay ninguna novedad. Es lo mismo que han visto el otro día...

—No—replicó Chela—es que las cosas que se ven por última vez toman otro aspecto.

Lo dijo con tono perfectamente natural, pero a José Antonio le pareció que había en esta frase un dejo de melancolía. Anita y Félix fueron adelantándose poco a poco. Hacía un gran calor, pero como el camino era estrecho y estaba orillado de grandes árboles, había la sombra y el fresco suficientes. No obstante, se veían encendidas las mejillas de las dos jóvenes, y este tinte francamente campesino sobre dos rostros de ordinario pálidos tenía a los ojos de los mozos un encanto nuevo. Visitaron, como entonces, las instalaciones mecánicas del fundo, el galpón donde se guardaban las maquinarias, el cobertizo de la

fragua, la bodega, el ancho y sosegado estanque donde nadaba una pareja de cisnes, el granero, el vasto y bullicioso corral de las aves, los molinos de viento... Y se hallaron de pronto al borde del viñedo que, abrigado por el sol y movido por la brisa, semejava un lago de magnífica esmeralda. Más allá del viñedo se alzaba la colina, surcada caprichosamente de senderos, y más allá, dominándolo todo, los macizos de la gran cordillera.

Agotados los temas fáciles, se había establecido entre Chela y José Antonio un silencio que amenazaba hacerse embarazoso. El iba pensando que todo eso que recorrían y miraban, y todo lo que pudiera reunir en años de trabajo tenaz y fervoroso, la hacienda toda, desde la vieja casa de los abuelos con su mirador y su rosal hasta la última brizna de los lejanos matorrales, no valdría nada a sus ojos cuando ya ella hubiera desaparecido. Habría dado la mitad de su vida por tener el valor de decirlo, de hacerle saber eso sólo, aunque la disgustara. No quería pensar siquiera en la inminente separación; pero le parecía, al mismo tiempo, que era bastante para su consuelo el hecho de que ella no partiera sin saber con cuánto dolor la vería alejarse...

Ella también pensaba. Pensaba en que compartir tristezas y alegrías con aquel hombre noble y fuerte sería acaso un ideal de vida para una mujer. Pero esa mujer, ¿podría ser ella? Demasiado sabía ya cuánto la amaba José Antonio, o por lo menos, hasta qué punto le perturbaba su presencia. Comprendió que, de prolongar la situación, llegaría fatalmente el minuto en que a despecho de todo temor y de todo convencionalismo, su compañero acabaría por hablar, por dar paso al grito que se sofocaba en su garganta... Y llamó a Anita.

El la miró algo extrañado.

—Recuerde usted nuestro compromiso—explicó ella—Anita debe pasar conmigo todo un día, y Félix con usted. Vamos a hacer el cambio.

Anita llegaba en ese instante junto a ellos y no le fué difícil comprender de qué se trataba. Por el mismo camino, pero ahora ellas adelante, continuaron andando.

—Esta Chela no se olvida de nada—dijo Félix a su amigo.

El suspiró pensando que si aquel corazón estuviese como el suyo, lleno del mismo dulce sentimiento que a él le traía embargado, no habría cuidado de acordarse de nada...

—¿Qué hermosa es!—dijo.

—¿Qué hermosas son!—rectificó el estudiante.

Y para destruir todo el mal efecto

que pudiera producir aquella salida, habló seriamente a José Antonio de la creciente simpatía que le acercaba a Anita y de los pensamientos que acariciaba para lo porvenir, una vez que él ejerciese su profesión y pudiese pensar en formar un hogar.

—Yo no le he dicho nada, José Antonio. Pero le juro a usted que ninguna mujer me ha impresionado tan vivamente como ella, y que es esta la primera vez en mi vida que, solo conmigo mismo, me he convencido de que mi felicidad estaría en tener una compañera así.

—¿La quiere usted, de veras? ¿No será un entusiasmo de verano?...

—No, amigo mío, le aseguro que no. Yo no había sentido jamás lo que siento al lado suyo, o recordándola...

—Es la alegría de la casa, Félix. Pero yo no puedo oponerme.

—Gracias, José Antonio. Además...

—¿Qué?

—Además, su corazón no está libre, tampoco.

—¿El mío?—preguntó el joven temblando.

Comprendía demasiado que Félix se había referido a él, pero en su angustia quiso aprovechar de la ambigüedad de la frase.

—Sí, el suyo, amigo mío.

Entonces se franqueó. Confesó su amor—el primero de su vida también—y terminó consultando al estudiante acerca de su situación, preguntándole si no sería una locura, exigiéndole que le hablara con franqueza.

—No me quiere, no... Acaso no me querrá nunca. ¿Por qué la habré conocido?

Era tan sincero su dolor, que Félix se sintió conmovido.

—Eso no lo sabe sino ella—dijo.—Ella no lleva, como Anita, el alma en los labios. Su educación de gran mundo la habrá hecho talvez parecer a los ojos de usted fría e indiferente... Acaso habrá esperado una palabra de usted... ¿qué sé yo!

—No, no... Yo soy un campesino, pero no se me oculta que de ella para mí no ha habido más que el tibio interés de la amistad. Ella pertenecerá a su ciudad, a su mundo... ¿Cómo cree usted que se resignaría, ¿ella? a sepultarse en un rincón de provincia? No, no... Ella es la Golondrina y no me queda otro recurso que esperar su regreso!

—Se equivoca usted, amigo mío. ¿No recuerda el compromiso que sellaron hace un rato? Si no le interesara usted, se habría guardado muy bien de arrancarle esa promesa.

—Pueda ser que hoy. Pero ¿después?...

Ellas, entretanto, se habían dete-

nido y de nuevo se hallaron los cuatro juntos en mitad del camino.

Regresaron con el crepúsculo, casi seguros de encontrar a Carlos y Miguel en casa. Pero nadie había portado por allí, y la cena, servida temprano para poder regresar a buena hora al fundo de Joaquín, se hizo en la misma glorieta, en la dulce intimidad de cuatro personas entre las cuales no había ninguna que estorbara.

Fueron en seguida a sentarse en los escaños, bajo el parrón. La luna, ya en menguante, no salía hasta muy tarde y la noche se venía llegando lentamente, solapadamente. A cada instante el cielo se veía cubierto de mayor número de estrellas. Minuto delicioso, en que hasta el silencio parecía un perfume más agregado al mareante olor que arrastrado por el viento de la noche venía del jardín e inundaba los corredores y el patio. Todos sentían que se acercaba la hora de la despedida, pero ninguno quería ser el primero en advertirlo a los demás. Habían comenzado a cantar los grillos y desde arriba, de los ramajes y de los aleros, llegaban tenues chirridos de aves: en los nidos se empezaba a dormir.

—Por primera vez en la vida,—dijo Félix,—he visto hermanadas la alegría y la tristeza. No podríamos negar que hemos pasado contentos, y sin embargo, todos, en el fondo, estamos tristes.

—¿Todos?—preguntó José Antonio.

—Yo creo que sí. No hay entre nosotros quien no tenga su pena: unos porque se van, otros porque se quedan...

—¿Chela, también?

—¿Por qué lo duda usted? Se me han hecho tan breves estos días de campo.

—¡Ah! lo siente usted por el campo...

—Por el campo... y por los campesinos.

—Gracias por la parte que me toca... si me toca alguna.

—La principal.

Prudentemente Félix y Anita se habían ido a ocupar un escaño algo lejano. Dulce complicidad aquella de los corazones felices que, no creyendo pequeña la tierra y corta la vida para una sola felicidad, quisieran hacer la de todos a su rededor!

—¡Ah, si fuera verdad!

—Es la verdad, José Antonio. Nunca le he mentado...

Después de su conversación con Anita, Chela se había resuelto a encarar la situación. Lejos estaba ella

de ser la encantadora muñeca de sociedad, para quien vale lo mismo la impertinente galantería del compañero de baile que el cálido y tímido homenaje de un alma encendida en amores. Sin contar los insignificantes pololeos de los tiempos del colegio, satisfechos con la inocente tontería de cambiarse una seña desde lejos. Chela no había sentido nunca su corazón interesado por afecto pasional alguno. Acaso a esto debiera en parte el dominio de sí misma que la hacía temible a hombres y a mujeres. Porque era, además, de un genio inquisitivo y perspicaz y había declarado guerra a muerte a los que, como solía decir, no logran disimular bajo los atavíos mundanos la longitud de las orejas. Sólo su primo Carlos la resistía, porque era su primo, y se había hecho en la familiaridad de un trato inmemorial un broquel impenetrable.

Chela estimaba a José Antonio, y, habiendo deseado amarle, se alegraba sin embargo, egoístamente, de sentirse libre de todo afecto tiránico hacia él, porque comprendía demasiado lo que no se ocultaba tampoco a los ojos del joven: que ella no había nacido para que un día, en el momento de oro de una adorable juventud, un amor veraniego la recluyese para siempre en un rincón de los campos, muy pintoresco pero muy obscuro... y muy aburrido. La imagen de Rosario, cargada de niños, atareada siempre y prematuramente obesa, pasó ante sus ojos haciéndole sentir toda la melancolía de destierro que hay en la vida rural. No, no. Su porvenir no era ese... Y comprendía cada vez más la necesidad de ser sincera. No quería que aquel mozo, tan ajeno a toda simulación, tan honrado en su earifio, tuviese más tarde que reprocharle el haberle tomado como un medio para llenar los ocios del verano.

—Siento, acaso tanto como usted esta separación, José Antonio. Pero ¿qué quiere usted? Si no mañana, habría tenido que ser otro día más o menos próximo...

—Sí, esa es la verdad. Y no me toea sino repetirle que le doy las gracias porque en ese sentimiento suyo algo participo yo.

—¿No es ironía?

—No, no sé siquiera lo que es eso. Y aunque supiera, no la emplearía con usted.

—Sí, es usted de los que ponen el corazón en las palabras. Estoy, pues, obligada para con usted a echar mano de la misma franqueza.

Se detuvo, jugando con el sombrero, como para espantar los zancudos que, con el crepúsculo, habían empe-

zado a revolotear zumbando, en torno de ellos. José Antonio, trémulo, casi fuera de sí, aguardaba. Había inclinado la cabeza, vencido, y se apretaba las sienes.

—Hable usted, aunque sea... aunque sea para negármelo todo.—murmuró.—Y perdón!

—¿Perdón, por qué, amigo mío?

—Ha sido una locura la mía, lo comprendo... ¡Un atrevimiento que no me perdono yo mismo!

—Una ilusión, un entusiasmo, José Antonio. Esperemos...

—¿Quiere usted ponerme a prueba? Las resistiré todas...

—No, no quiero eso, ni tendría derecho. Quiero...

—¿Qué?

Ella no se decidía a hablar. Temía herir como el otro temía ser herido. La angustiada pausa cesó por fin.

—Quiero que el porvenir nos siga perteneciendo. ¿me comprende usted?

—No quiere usted acabar con la última de mis esperanzas.

—¿Ni con la primera!

José Antonio iba a replicar quizás qué cosas, más con el gesto que con las palabras que se hacían rebeldes en su garganta, cuando llegó de lejos la voz de Anita:

—José Antonio, dice Félix que por qué no cantas... Que quiere oír por última vez las Golondrinas!

—Oh, cantar—dijo el joven al oído de su compañera.—Llorar preferiría...

Y luego, en voz alta, añadió:

—Vamos, si quieren, al salón.

Un crepúsculo lleno de dulzura los envolvía a los cuatro. Al ruido de sus pasos se interrumpió el concierto de los grillos, que ya habían empezado a tararear briosamente. Las flores, a las que la sombra tiene la propiedad de enardecer, perfumaban hasta embriagar. Bien distinguían ellos entre todas aquellas que habían dado nombre y fama a Los Rosales. Las madre selvas del corredor prodigaban como abrazos cariñosos sus sarmientos prehensiles.

—Que tengamos que irnos,—suspiró Félix.

Por una vez más, el silencio fué la mejor respuesta.

XV

Ya había anochecido completamente, y fue preciso pensar en la partida. Terminaba Chela de ejecutar al piano, acordándose de sus días adolescentes, una de esas romanzas eslavas que nunca dejan de gustar, cuando se oyó afuera un tumulto de pasos y de voces. Ladraron los perros, después se escu-

charon enérgicos ¡chits! y Carlos y Miguel se precipitaron en la sala.

—¡Ah, los perdidos! ¡A buena hora!—les gritó José Antonio.

—¡Muy bien!—agregó Chela, en tono de reproche.—Luego se dirá: ¡palabra de hombre!

Carlos declaró sin ceremonia:

—Sabíamos que no haríamos falta.

—Franqueza por franqueza, es la verdad,—le replicó Félix.

Anita, para suavizar la situación, dijo:

—¡A cada rato nos hemos acordado de ustedes!

—Por eso me han ardidado tanto las orejas,—exclamó Miguel, riéndose él mismo de una ocurrencia que creía genial, a tiempo que se echaba atrás en un sillón.

Y luego, a boca llena, interrumpiéndose alternativamente, atropellándose, con la vida en los ojos y en los ademanes, contaron la estupenda hazaña que habían realizado. Habiéndose encontrado con el poeta agrícola en casa de las niñas Morales, lo habían embriagado, haciéndole recitar versos, y luego, con unas tijeras de esquilador, le habían dejado la cabeza como un campo recién arado. Llegó un momento en que Carlos solo tuvo que seguir la narración hasta terminarla, porque Miguel, de ordinario tan risueño, sufrió un verdadero ataque de hilaridad. Apretándose el estómago a dos manos, se arrojó en el sofá, pues le pareció estrecho el sillón para su personalidad dilatada y estremeceida por carcajadas que llegaban hasta el llanto.

—¡Basta, hombre, basta!—le gritaba Félix.

Pero el otro, que, dicho sea de paso, venía apenas oreado, le hacía señas con la mano de que le dejara en paz, y continuaba riendo.

—Había que ver,—dijo, cuando pudo hablar,—había que ver la facha que tenía con la melena toda tijereada...

—¡Profanos!—les dijo Chela.—No han respetado ustedes un ideal...

—¿Ustedes van a acompañarnos, no es así?—preguntó Carlos, dirigiéndose a los dos hermanos.

—Sí,—respondió José Antonio,—siempre que no haya oposición.

—De parte nuestra, ninguna.

—Pues bien, tengo una idea.

—¿A ver?

—Nos vamos hasta la estación a caballo, y de allí seguimos en carrito a Pánuhuén. ¿Ustedes no han viajado en la imperial? Es delicioso.

—No me parece mal.

—Ni a mí tampoco.

—Ni a mí.

José Antonio ordenó que ensillaran, y antes de mucho la cabalgata llenaba el camino con su alegre bullicio. Aún no asomaba la luna. Pero detrás de las cimas, en el cielo sereno despuntaba su placido albor. Entre tantos corazones dichosos o tranquilos, sólo penaba uno: el de José Antonio. "Esperar",—le había dicho ella. Y esa palabra, que debía haberle llenado de un profundo júbilo, le hundía por el contrario en cavilaciones dolorosas. Porque allí estaba precisamente el peligro. Si Chela no le amaba ya, si a pesar de la misteriosa y tierna complacencia de los paisajes, de la intimidad del trato creado entre ellos, y de esa naturalidad en las maneras que es la amable característica del verano, si a pesar de todo eso su corazón no se había alterado... ¡ah! ¡no le amaría jamás! ¡Jamás!... ¡Qué horrendo sentido de eternidad en el dolor tomaba esta palabra en su pensamiento! ¡Jamás!—decían las hojas del camino. ¡Jamás!—cantaban a lo lejos, monótonamente, las ranas. Y las estrellas eran lágrimas arrancadas por amores incomprensidos, y el viento que zumbaba en sus oídos era como un sollozo interminable...

Marcos llevó los caballos por el atajo, y el grupo veraniego se encaramó en la imperial de un carrito que, al trote de melancólica pareja de jameigos, acababa de llegar del "otro pueblo". La luna había salido por fin, y ellos pudieron, mientras el vehículo se ponía en marcha, verla ascender lenta y majestuosamente entre las altas araucarias de la estación. Hasta ese momento iban solos, pero pronto subieron otros pasajeros, lo que no puso de muy buen humor a Carlos, "que no había contado con la huésped". Un mocetón moreno, de acentuados rasgos mapuches, preparó su acordeón y rompió a tocar, a tiempo que el carrito las emprendía también, crugiendo todo él en la vetustez de su armazón.

—¡Mal haya sea nunca! Orquesta tenemos...—gruñó Carlos.

—¡Chit!—le dijo Félix, comprendiendo por los primeros acordes que acababa de oír, que aquel roto músico era un artista a su manera.

En efecto, el mocetón tenía un agradable timbre de voz, cosa rara en Chile entre la gente del pueblo. Era un rústico barítono, cuya garganta no parecía estropeada aún por las bacanales de media noche.

La alegría y el dolor
han llegao ayer aquí.
¡Pa ella ha de ser la alegría,
porque el dolor es pa mí!...

Chela no acertaba a comprender qué ocultas razones había tenido Carlos para proponerle aquel paseo, tan hermoso, pero tan contrarió a las aficiones corrientes de su primo. La explicación la tuvo luego, cuando al pasar frente a cierta casa, vió a los dos jóvenes saludar con el sombrero en alto...

—¡Ah, pícaros!—les dijo Félix.

Las niñas Morales estaban a la puerta, por donde se escapaban torrentes de luz, y desde allí agitaban sus pañuelos, en señal de suprema despedida. La voz del acordeonista, intencionadamente sentida, se elevó entonces:

Llora tanto el que se quea,
como llora el que se va.
¡Si el tiempo no fuera olvío
el llanto formara un mar!

José Antonio repitió mentalmente esta copla, que en su ingenuidad de cantar, interpretaba tan bien el estado de su alma.

Hallábanse ya en pleno campo. A trechos pasaba el carrito junto a los árboles de la orilla del camino, y el ramaje se había hecho tan frondoso, que todos tenían que esquivar su azote. José Antonio hubiera deseado que aquel viaje no terminara nunca. Ella iba a su lado, golpeando distraída, con su junquillo, las barandas de hierro. Él sentía el aliento de su cuerpo, veía hincharse su pecho a impulsos de la respiración, le parecía sentirse envuelto en una sola ola de pasión con aquella vida adorable... que en unas horas más vería desaparecer a sus ojos. El artista vagabundo agregó aún otra copla a su tonada:

A toos los que me escuchan
que me discurpen la voz.
Que si la voz se comprase
también la comprase yo!...

Calló e hizo callar su instrumento. Los jóvenes le prodigaron sus palmas, y el pobre hombre, poco habituado a semejantes triunfos, se bajó de la imperial, más muerto que vivo. Ni siquiera tuvo palabras para agradecer. El carruaje se detuvo. Otros pasajeros descendieron también, y cuando se reanudó la marcha, se alcanzaron a oír de nuevo, cada vez más distantes, los trémulos sonidos del acordeón, y la voz del roto que en mitad de la noche echaba al viento las quejas de su alma eternamente huérfana.

—Son Las Cadenas, José Antonio, ¿oyes?

—Sí,—respondió él. Y tarareó:

Si las cadenas que a tí me ligan
me fuera dado despedazar...

—Cántelas, José Antonio.

—No las recuerdo... Hace mucho tiempo que las aprendí...

Y en voz muy baja, confidencialmente, agregó:

—¡Cuando no había para mí cadenas!

—Cante otra cosa,—dijo Félix.

—Algo de la noche, amigo José Antonio.

—En seco no se puede cantar.

Salían a la razón a campo raso y la claridad de la luna dió de lleno sobre el grupo. Iban solos de nuevo, y José Antonio se animó. Mirando a las estrellas que tembloteaban en un azul ideal, rompió a cantar, primero a la sordina y luego con más seguridad y brío:

Bajo la sombra inmensa
de tus obscuras alas
cómo latir se siente
la atmósfera del alma,
oh, noche entristecida,
oh, noche solitaria...

El viento se llevaba a lo lejos el enjambre dolorido de aquellas notas que él emitía otras veces por entretención, por engañar su soledad campesina, y que eran ahora como un grito de su corazón herido. Todo, bajo el cielo profundo, sobre los campos hundidos en la sombra, se llenaba de su misma tristeza:

El rayo de la estrella,
la brisa que nos habla
con esa voz doliente
de la última esperanza,
la queja de los vientos,
la inmensidad callada...

Todos callaban también. Se hubiera dicho que se sentía aletear un alma en los espacios, como un ave moribunda. Chela se recogía en sí misma, penetrada hasta lo íntimo por aquel dolor tan humano. Llorado al dulce resplandor de las estrellas, en mitad de los campos... Y el clamor seguía:

Oh, si esas dulces notas
del cielo despeñadas,
tuvieran otro asfío,
tuvieran otra patria!
En ellas te diría...

Calló de repente José Antonio. El torrente armonioso se quebró como si

se hubiese roto una cuerda. El joven había comprendido que con los últimos versos asomarían a sus ojos las primeras lágrimas, y prefirió hacer un fiasco a desnudar su dolor ante los demás.

—No puedo... no puedo... ¡Me he olvidado!—dijo con la voz temblorosa.—¡Perdonen!

—¡Qué lástima! Es una romanza muy sentida...

—¿Cómo se llama, José Antonio?—le preguntó Chela.

—“La sombra de la noche”... Es muy antigua. Hacía tanto tiempo que no la cantaba, que la tenía olvidada...

—Usted obtendría un éxito con su voz en los salones de Santiago—apuntó Carlos, sin el menor viso de ironía.

Desde el fondo de su tristeza, José Antonio le encontró a la frase el sabor de un sarcasmo insoportable, y tuvo que hacer esfuerzo para no responder con alguna violencia.

—Con dos elogios como ése,—dijo por fin,—me obligarán a guardar silencio para toda la vida.

Había acabado por simpatizar con aquel muchacho que en un principio se le atragantó. Prácticamente hubo de convencerse de que no tenía en él un rival temible, y para pasarlo en definitiva le bastó, según indicación de Félix, tomarlo como era. Complacía su actitud indiferente y neutral ante sus asiduidades con Graciela aunque no dejaba de comprender que semejante actitud se debía a la escasa importancia de lo otro...

A Chela no había podido ocultársele la verdadera causa de la interrupción del canto. Aunque no hubiese ido José Antonio al lado suyo, lo habría adivinado. Y es que, a pesar de la enorme distancia que sentía entre su vida anterior y todas esas cosas de la provincia y del verano, a pesar de la natural prevención de su mandanismo por la cursilería de las canciones al claro de luna y el anacronismo de los idilios románticos, iba sintiéndose dominada por una fuerza misteriosa que no nacía de ella, envuelta en una atmósfera de suave y cálida ternura a que no estaba habituada. Acaso sería hermosa la vida así, siempre así! Y veía muy lejos a Santiago, con el esplendor de sus inviernos, con todo el estrépito y el fausto de su vida social. Esas eran otras gentes, de las cuales se sentía alejada...

Perdía en sus divagaciones, mientras sus compañeros se entretenían en señalar y contar las constelaciones vívidas en el cielo puro.

—¡La Cruz del Sur!—había dicho

Anita, para quien los cuatro místicos clavos de la hermosa constelación austral eran familiares.

Y resultó que los huéspedes santiaguinos, tan ignorantes del espacio como del campo, se quedaron maravillados de los conocimientos de astronomía práctica de Anita, cuyo índice iba de un punto a otro del firmamento, como si recorrieran las páginas de un libro abierto:

—Allá, las Siete Cabrillas... Acá, las Tres Marías...

—Aquí se puede repetir la famosa frase del diputado ante el Bio-Bio,—dijo Carlos.—Para ser este un cielo de provincia, no está mal...

Chela, divagando siempre, pensaba que allá en la gran capital no había siquiera el tiempo para mirar al cielo... Pero llegaban ya a la larga avenida que conducía a las casas de la hacienda, y Carlos había hecho detenerse el vehículo... Las dulces quimeras volaron, esparcidas, como vuelan las palomas desde un campanario. Y serena otra vez, Chela se apoyó, para descender, en el brazo que le tendía su amigo.

—Vete, Marcos, y deja los caballos. Yo no iré hasta mañana para allá.

Instados por los dueños de casa a que se hospedasen aquella noche allí para partir todos juntos al siguiente día, José Antonio había acabado por ceder. Después de la velada, que fué tibia y amable, él y Joaquín se quedaron largo rato en el corredor, devanando la madeja, entre cigarrillo y cigarrillo. Joaquín no dejaba de convenir con él en que, realmente tan repentina separación perjudicaba un poco sus planes; pero abrigaban grandes esperanzas en el viaje que harían juntos a la capital.

El joven movía la cabeza, tristemente.

—¡Ay, ojalá!...

—¿Nos vamos a dormir?—dijo Joaquín, observando que la hora era ya muy avanzada.

—Yo me quedo un momento, Joaquín, con tu permiso. Voy a pasear por el jardín... ¡Está la noche tan linda!

—La noche... la luna... el jardín... paseos... ¡Caso perdido!

Joaquín palmoteó en el hombro a su amigo y se despidió, José Antonio, al verse sólo, bajó al patio. Quería que nadie le viese. Sentía la necesidad de todos los enamorados, de monologar, de divagar alrededor de esos extraños e insistentes pensamientos que son nuestro tormento y nuestra delicia cuando un dulce nombre femenino está siempre brotando en nues-

tros labios. Y se perdió bajo los árboles...

La casa se había sumido toda en un silencio propicio a la meditación y al ensueño. Paso a paso por las veredas enarenadas, bajo la luna que tamizaba entre el ramaje su fría luz de plata, José Antonio evocaba, arrullándolos en su pensamiento, el nombre y la imagen adorados. Acaso en aquel momento durmiese, ajena del todo a las angustias que le devoraban a él, y una sonrisa—esa sonrisa triunfante y enloquecedora que él conocía tanto—recogiese un poco su boca diminuta... Acaso leyese... Acaso estuviese también desvelada como él, pero no por tormentos de amor, sino por la ansiedad de su regreso a Santiago, a la gran ciudad brillante de donde tuvo—mágica golondrina—la humorada de escaparse por unos cuantos días... Acaso...

Y el pobre muchacho se golpeó la frente con violencia, para expulsar, avergonzado, lleno de cólera, las visiones pecaminosas que, a pesar suyo, le asaltaban. Era tan puro su amor, estaba su pasión formada de tantas idealidades, que aparecía a sus propios ojos criminal la obsesión de un pensamiento que rondaba en torno suyo, acosándole como un bicho venenoso: la imagen de la amada desnudándose en el tibio misterio de su alcoba de virgen!

Recordó entonces los cuentos de hadas que leyerá de muchacho o le contara Francisca, a la luz de la luna, para engañarle la pena que le produjo la muerte de su buena madre. Chela era la princesa encantada a quien habían robado en la cuna el corazón; y él, el Príncipe Valiente que desafiaba todos los peligros hasta dar con la prenda perdida en el fondo de las montañas de nieve...

Rumor de conversaciones perturbó el loco y dulce volar de sus quimeras. Hacía un extremo del jardín, divisó a Chela y Anita, sentadas en un escaño. Las reconoció en seguida. A la claridad lunar, sobre el fondo sombrío del follaje, se destacaban perfectamente sus siluetas. Y el Príncipe Valiente se detuvo, conteniendo la respiración...

Comprendió que la oportunidad se le ofrecía de un modo providencial; comprendió que no tenía derecho a seguir siendo tímido, y que era aquel el momento supremo, la ocasión decisiva. Avanzó un paso, y se detuvo. El corazón le latía violentamente, con intermitencia de reloj que se destroza. Las vio incorporarse y, lleno de un temor inconcebible, se desvió del sendero y se ocultó tras un árbol. Ellas pasaron, conversando en voz tan baja que no

pudo percibir más que el murmullo. Y las dejó pasar...

Quiso seguir las, alcanzarlas. Pero pensó inmediatamente que podría interpretarse su presencia allí como un espionaje indigno, y, volviendo sobre sus pasos, corrió a echarse al escaño en que acababa de verlas y a cuyos pies brillaban, al claro de la luna, muchas rosas deshojadas...

XVI

Faltaba aún media hora para la llegada del tren del sur, que debía conducir las Golondrinas a su residencia de invierno. El verano tocaba a su fin y el viaje desde Painahuén a la estación, hecho de mañana, había sido fresco y agradable. A lo lejos, sobre las faldas de la sierra, se percibían, como hilachas de muselina, las primeras neblinas anunciadoras del otoño. Estaban todos, con excepción de Carlos y Miguel, que habían hecho una excursión furtiva durante la noche, a donde es de suponer, y quisieron que se les dejase dormir un rato, jurando por todos los santos que llegarían a tiempo. Rebeca, que sabía ya, por los mismos autores, el atropello de que había sido víctima su trovador, no abrigaba la menor esperanza de verle. En el fondo, se complacía de aquellos obstáculos que, al entorpecer el curso de su idilio, le daban más valor; aunque no dejaba tampoco de considerar que el detalle de las melancolías cortadas con ignominiosas tijeras zootécnicas, ponía en sus sentimentalismos veraniegos la nota de un ridículo atroz. Más trágico habría sido, pero más digno, una estocada o un pistoletazo...

Ya Chela había observado en José Antonio la fisonomía fatigada y el gesto triste. El joven había dormido sólo a intervalos, en las primeras horas. Pero a eso de las tres, ya el insomnio hizo su presa en él y apenas clareó el día, José Antonio dejó el lecho para darse un baño frío que tonificara sus nervios agitados y alejara la fiebre de sus venas. Durante el trayecto a la estación, habló muy poco, preparándose para aprovechar la primera oportunidad y decirse todo, minutos antes de la partida. Así, aunque la disgustara, no tendría ella tiempo para hacérselo sentir. Y luego... ¡adiós! Por su parte, ella, que creía haberlo dicho todo, haber pronunciado ya su última palabra, no ofrecía al joven la oportunidad con que él soñaba. Hablaba en general, de la pena de dejar el campo cuando más se estaba acostumbrando a él, y declaraba que guardaría por mucho

tiempo el recuerdo de Los Rosales, en donde había hecho tan bellas amistades. A José Antonio le parecía imposible, al oírlo, que se hablase así, después de lo ocurrido en el jardín, la noche vispera. ¡Ah! la separación empezaba para él antes de la despedida... Se veía ahora más distanciado que nunca de aquella alma que aparecía tan ajena e indiferente a su dolor, y se sintió también más desazonado que nunca. ¿Qué hacer?— se dijo. Y suspiró...

—¿Suspira usted?

—Es preferible, porque de otro modo acaso lloraría.

—¿Llorar? ¿Y por qué?

—Lo sabe usted demasiado... ¡Hoy se va de Los Rosales la alegría!

—¿Por qué? No diga eso, José Antonio...

—Así lo siento yo, ¿qué quiere usted? Me parece...

Guardó silencio. Como viera que ella se volvía para mirarle a los ojos, inclinó la vista y terminó la frase casi tartamudeando:

—Me parece que, cuando ya no esté usted aquí, el campo no va a ser el mismo.

Ella también se entristecía a su pesar. Al fin era tan deliciosa la vida que había hecho, tan a sus anchas; tan absoluto era el olvido en que había dejado su existencia anterior que, a tiempo de separarse de aquellos lugares, sentíase invadida de una emoción a la que le costaba no poco sobreponerse. Recordaba cuánto le había costado decidirse a venir a Painahúen, en vez de ir, como otros años, a Viña del Mar o a Cartagena. Temía pasar aburrida, y sólo acabó por hacerla consentir la sinceridad con que don Javier le declaró que tenía necesidad de descansar de veras, por consejo médico y que ese reposo no podría encontrarlo en las playas a la moda.

Ahora la veía él abarcarlo todo con una amplia mirada circular y extender los brazos como si quisiese llevarse consigo todo aquello que le había sido tan grato y que ya, quien sabe hasta cuándo, no volvería a ver...

—José Antonio, ¿cómo haría yo para que usted creyese que no me voy sino con mucha pena, pero con mucha pena?

—Me basta, Chela, con que lo diga usted. ¿Por qué dudarle? Pero...

—Pero, ¿qué?

—Desde hace días me persigue la idea de conservar algo suyo, algo que usted no aprecie por insignificante... ¡pero que sea suyo!

Del gran ramo de rosas que José Antonio había hecho cortar de madrugada, para llevarlo a la estación,

Chela, entusiasmada, había extraído un ramillete y prendídoselo al pecho. Al oír ahora a José Antonio, se arrancó una rosa, con movimiento rápido y nervioso, y se la pasó.

—Guárdela—le dijo—pero no se olvide de las que tiene que llevarme...

—¿Olvidarme? No he de pensar en otra cosa...

Chela observó cómo le temblaba al pobre mozo la mano con que había recibido la flor.

—¿Le durará el recuerdo, por lo menos lo que dure la rosa?

—¡Chela! ¿Por qué me hace sufrir?

—¿No sufre usted sólo, amigo mío! En este momento, ¿qué quiere usted que le diga? tengamos presente lo que nos hemos dicho...

—¡Gracias!

Y obedeciendo a un ímpetu inconsciente, José Antonio se llevó a los labios la rosa, mientras Chela, sonriendo levemente, fijaba la vista en un punto lejano...

Anita reconoció de pronto a Eudocia en una mujer que ocupaba un asiento entre un grupo de campesinos y se detuvo a saludarla, preguntándole con interés por la enferma, a la que se presumía ya a muchos pies bajo de tierra.

—Está más mejor, misiá Anita. ¡Si usted viera! Con los remedios del doctor lo bien que se ha sentido...

Ella sonrió, mirando a Félix.

—Yo creo—le dijo el estudiante—que han sido más bien sus oraciones que mis medicamentos.

—¿El doctor se va?—preguntó Eudocia.

—Sí, Eudocia. Tengo que irme para que me den mi título, porque todavía no soy recibido...

—Pues si es tan acertado ahora, cómo irá a ser después.

Ingenuamente creía la campesina que el título otorgado por el Estado agregaría virtud curativa a los tratamientos profesionales del flamante doctor. Chela y José Antonio se habían aproximado a su vez a la campesina, que se extendió en detalles acerca de la mejoría creciente de la veltudinaria. Ya se sentaba sola en la cama, se le había pasado el ronquido del pecho y conocía a todos los que iban a verla.

—Félix debería quedarse un día más,—dijo Chela con la mayor naturalidad.

—¿Y para qué?

—Quizás con una nueva visita y un cambio de tratamiento la enferma mejorase definitivamente...

Anita había enmudecido de emo-

ción. Félix resplandecía ante aquel hermoso pretexto que se le ofrecía para permanecer en el campo uno o dos días más. Eudocia le miraba a los ojos, asintiendo con la indicación de la señorita, pidiéndole con el gesto que dijera que sí, pues acaso de su bondad dependería una vida. Pero él, temiendo por la sonrisa maliciosa con que todos recibirían su resolución afirmativa, insistió en la denegatoria:

—Marzo está encima—dijo—y no tengo ni la memoria hecha... Apenas los apuntes. Yo bien quisiera, pero...

La mujer se había puesto triste. José Antonio participó entonces, oportunamente, en aquella deliberación, arguyendo que también en el campo se podía trabajar. ¿No podía hacer el borrador de la memoria aquí, y acabar el trabajo a su llegada a Santiago?

Anita había agradecido a su hermano tan oportuna intervención. Era precisamente lo que ella pensaba, sin atreverse a decirlo en alta voz. En este instante Joaquín se incorporaba al grupo, e impuesto de lo que ocurría, apostrofó a Félix por su egoísmo, indigno de un hombre que estaba a punto de ser médico.

—Para usted hay un sólo deber ahora—le dijo—y es el de visitar a esa enferma. Eso no admite duda. Por veinticuatro horas no va usted a perder su carrera...

El estudiante, que, en el fondo, no deseaba otra cosa, se dejó convencer. Y Chela miró a Anita, que temblaba todavía, y se enlazó a ella por un abrazo, con efusión de hermana. Se anunció en aquel instante el tren, al que pronto se vio venir, manchando con su humo la diaphanidad matinal de la atmósfera, y llenando con su estruendo el vasto silencio del paisaje.

—¡Ah!—pensó José Antonio, sintiendo ímpetu de apretar los puñcos—el maldito va dejando los campos sin golondrinas...

Había empezado, en efecto, el regreso de los veraneantes. Ellos no eran los primeros, pero no eran tampoco los últimos. En todos los wagones se divisaban pasajeras y pasajeros, en cuya fisonomía y modales se podía observar fácilmente que eran, también, golondrinas que volvían, cumplida su temporada veraniega... Se formó el barullo de los embarcos. Empezaron los abrazos, los adioses repetidos e inacabables.

—¿Y esos muchachos?—preguntó la señora Irene, notando la ausencia, ya tardía, de Miguel y de Carlos.

—Yo se los pronostiqué—respondió Joaquín.—Se irán mañana...

Los viajeros habían subido ya, y se asomaban por las ventanillas, ansiosos de enviarse esa postrera despedida que se hace con la mano. El conductor dió la señal, y partió de nuevo el tren. Todos clavaban sus ojos en la ruidosa caravana de acero que se alejaba, que se empuqueñecía cada vez más. José Antonio trémulo, pálido de angustia, se quitó su sombrero. Félix y Joaquín le imitaron. Una mano salió fuera de la ventanilla, un pañuelo blanco se agitó en el aire...

—¡Adiós, golondrinas!...

Se perdió en una revuelta de la vía el punto negro a que había quedado reducido el tren, y las miradas profundamente tristes de José Antonio siguieron las locas volteretas de una humareda que cada vez se iba haciendo más y más desvanecida...

Ruidosamente penetraron hasta el andén los retrasados.

—Hombres—les dijo Joaquín—¡haber avisado!... El conductor no habría tenido inconveniente en esperarlos.

Solo, de nuevo en su silencioso dormitorio, José Antonio se entregó a sus melancólicas divagaciones. Se sentía tan triste, tan desgraciado! La vida no tenía encantos para él. El mundo estaba desierto, no había felicidad posible sobre la tierra, su porvenir estaba perdido... Y convencido más que nunca de serle indiferente a ella, y de que jamás conseguiría ser amado, rompió a sollozar, y sollozó largamente, inconsolablemente. De pronto sintió un suave y tibio roce sobre la frente, a tiempo que una mano le atusaba los desgreñados cabellos. Anita se inclinaba junto a él:

—¡Hermano! ¡Hermanito mío! No sufras así... No te desesperes... Ella volverá.

José Antonio, bajo la sugestión de aquella vida pura, de aquella juventud tierna y vibrante que llegaba hasta él en ese momento de honda desolación, se sintió fortalecido como un niño en el regazo de su madre.

—Tú lo dices—exclamó—y necesito creerlo...

—Confía, José Antonio. Ella volverá...

—Tú eres buena, Anita y Dios te prestará oído.

Afuera la noche estaba oscura y había una infinita paz sobre los campos sumidos en el sueño, bajo el cielo acerbillado de estrellas.

Félix partió al día siguiente. Carlos y Miguel lograron también llegar a tiempo a la estación, gracias a que Joaquín, previsor como hombre de experiencia que era, cuidó de condu-

circles él mismo a su pieza y dejarles encerrados bajo llave. Anita, a quien su hermano se brindó cariñoso a acompañar a la estación, recibió de Félix esta promesa junto con el último apretón de manos:

—En cuanto llegue a Santiago, les enviaré una postal a cada uno.

La consoladora tarjeta llegó, en efecto, dos días después, junto con

otra de Chela, desbordante de frases de gratitud y buen recuerdo. Quince días más tarde, el estudiante anunció que acababa de recibir el codiciado título, a tiempo que Chela comunicaba que don Javier había logrado terminar con felicidad sus gestiones políticas. Se abría, a la sazón, el otoño. Y fué todo lo que de Santiago se supo en Los Rosales.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Dolor Secreto

I

Pasó el otoño. Empezaba el invierno y el campo se ponía triste. Las últimas alegrías se fueron con las vendimias, que llevaron a Los Rosales como un eco tardío de los bullicios del verano. La vieja e inalterable amistad que, a pesar de la diferencia de edades, unía a Joaquín y José Antonio, se hacía más honda y firme ahora que algo de común había en sus recuerdos y en sus esperanzas. El joven propietario de Los Rosales, amigo siempre de los progresos de la vida moderna, había convencido a su amigo de la necesidad de instalar en Painahuén un aparato telefónico que los pudiera poner a cualquier hora en comunicación rápida e inmediata. Joaquín no era reacio a los adelantos de cualquier orden ni se asustaba de ver los campos llenos de maquinarias, sino que para él la agricultura importaba sólo un medio de "capear el temporal", como decía, de rehacerse de la ruina cierta que había amenazado su porvenir y el de sus hijos. Su sueño dorado era poder alguna vez irse a residir a Santiago, sin peligro de quedarse en la calle. No era un agricultor de raza como José Antonio, ni "sentía el campo", según su frase favorita.

Se preparaba una mañana José Antonio para salir a recorrer sus campos, cuando la campanilla del teléfono, vibrando intensamente en el silencio de la sala, le hizo dar un salto. Era Joaquín que le llamaba para decirle que ya se hacía tiempo de cumplir la palabra empeñada con la Gollondrina.

—Ningún momento más oportuno que éste—le decía.—Habrás visto en los diarios que se ha iniciado ya la temporada de ópera. Sabes que, como buen santiaguino, soy un gran lírico. A tí tampoco te disgustaría oír unos cuantos gorjeos. ¿Qué te parece?

Más de una y de cien veces había pensado José Antonio en este temido y deseado viaje a la capital. Porque

lo deseaba vivamente, ardentemente, y además, no podía faltar, sin pecar de grosero, a un compromiso solemnemente contraído; pero al mismo tiempo cuando lo recordaba, experimentaba una sensación extraña de angustia y de miedo, como le ocurrió en sus años de colegio, en vísperas de exámenes.

No había ahora los diarios y las revistas de la capital sin sentir sacudido el corazón por violentas palpitaciones: la sección de vida social era su derrotero, y hasta una vez, en un grabado de "Zig-Zag" vió a Graciela en un acompañamiento de novios.

Comprendiendo, sin embargo, que aquel plazo, como todos, tenía que llegar a su término, contestó:

—Me parece muy bien. Magnífico. Además, ayer he recibido aviso de mi agente en Santiago respecto al automóvil que me resolví a encargar...

—Espléndido. Puedes traer, entonces, a Anita para que se acompañe con Rosario. Y quedamos listos. ¿Todos bien allí?

—Sin cuidado. ¿Y allí?

—Perfectamente. ¿Vienes ahora mismo?

—No, mañana, para ocuparme hoy en los preparativos. Ir a Santiago para mí, que soy un campesino de tomo y lomo, es como ir a Roma.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Anita se llenó de júbilo cuando José Antonio le dió la noticia. Durante cuatro meses había asistido al drama silencioso de las penas de amor de su pobre hermano... y ella también tenía sus penas, porque Félix, ingrato como todos los ausentes, no había vuelto a escribir una palabra. Por los diarios supo que el novel doctor, pensionado por el Gobierno, junto con tres alumnos igualmente aventajados, debía dirigirse a Europa a completar sus estudios, y ya temía que su amigo partiese sin decirles adiós, si quiera desde lejos y con el fácil saludo de una postal. Por firme que fuese el fondo de su carácter y por honda

que estuviese en su ánimo a fe, empezaba a vacilar y quizás hasta a dar razón a su hermano, para quien Santiago era como la enorme boca de un monstruo que no devolvía jamás lo que tragaba, así fuere el más puro e ideal de los afectos.

Nada de concreto dijo a José Antonio, al despedirlo, ni le hizo la menor insinuación; pero no tenía tampoco necesidad de ello, porque él la quería demasiado y estaba demasiado habituado a leer en su corazón para no comprender todas las esperanzas que Anita fundaba en aquel viaje a la capital.

—¿Sabes una cosa?—dijo José Antonio a Joaquín, así que estuvieron instalados.

—¿Qué?

—Que este viaje se parece al de don Lucas Gómez.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—El llevaba gallinas y yo llevo esas matas de rosas. De todos modos, son ofrendas del campo a la ciudad...

—Pero no dejarás tú de confesar que hay en las flores una poesía que no pueden tener las aves de corral.

Esto tranquilizó un tanto a José Antonio que, a medida que se alejaba de los dominios familiares, iba sintiéndose *menos* dueño de sí mismo. Joaquín le charlaba de mil cosas, pero él escuchaba sin oír, como miraba sin ver los paisajes que iban desfilando a ambos lados de la línea. Toda su vida estaba en su alma. No tenía pensamiento más que para soñar. Se imaginaba ya en casa del senador, sentado junto a ella que le atendía complacida. Y él, perdida ya toda cortedad, hablaba un poco de todo, poniéndose al nivel de la conversación general. De pronto, quedaban solos. Y Chela, con una insinuante sonrisa, le instaba a confesarse, a narrarle hora por hora los días transcurridos desde que dejaron de verse. Y le decía:—Yo también he pensado en usted. Luego él hacía más íntima la conversación, apelaba a ciertos recursos sentimentales, ponía un gesto desolado al referirse a su retiro de Los Rosales, y concluía por hacer una declaración en forma. Chela inclinaba la cabeza, jugando con una rosa de las que él le llevaba y levemente decía "sí", como si suspirara.

—Llegamos, hombre—le gritó Joaquín, golpeándole en el muslo.

José Antonio se incorporó, sobresaltado. Habían llegado, en efecto. Los viajeros movían sus equipajes y abrían las ventanillas para pasarlos a los cargadores que, con ojos ávidos,

esperaban a la orilla del andén. Era la gran ciudad, la fastuosa capital que sólo una vez había visitado después de la época estudiantil. Allí estaba el hervidero de gente, el ruido urbano, los carruajes, los tranvías, la vasta colmena humana en incesante agitación. Fugazmente evocó José Antonio la visión de Los Rosales tan tranquilos y apacibles, sonrió en su interior a la imagen de Anita que ahora estaría recordándole también, y bajó del tren llevando personalmente los maceteros con las rosas que no quería exponer al maltrato de los cargadores.

Nada había variado en Santiago, ciertamente, pero a él le parecía más bullicioso, más inquieto que antes. Venía del fondo de los campos y, naturalmente, el contraste de las sensaciones hacía que fuera más viva en él la más reciente. Joaquín, en cambio, se sentía a sus anchas. Respiraba con fruición, casi con voluptuosidad. Sus ojos parecían agradecerle aquel paseo a lo largo de la Alameda, entre los árboles casi desnudos y los edificios cuya fachada le era tan conocida. Comenzó a señalar los palacios, indicando el nombre de sus propietarios, y José Antonio trató de interesarse, por lo que pudiera ofrecérsele durante su permanencia en la capital, que no sabía aún si iría a prolongarse o no. La vista de algunos automóviles en la estación le había hecho recordar el suyo, y ahora al mirarlos pasar en una y otra dirección, rápidos, casi insolentes, pensó que tal vez fuera oportuno hacerlo desembalar desde luego y probarlo, antes de llevarse a la hacienda, por las calles de la capital...

Aquella noche se estrenaba la Castelli, célebre cantante, a quien los diarios, y especialmente aquellos a cuya redacción estaba más vinculado Padovani, habían hecho una propaganda ensordecedora. La expectativa era, pues, enorme y la sala del teatro estaba como pocas veces de hermosa. Decididamente,—como decía Joaquín a su amigo, mientras se dirigían al Municipal—si no hubiera grandes músicos que escribieran para los grandes cantantes, habría que inventar otro medio igualmente eficaz de reunir a lo más selecto y brillante de una sociedad culta. Todo Santiago, el gran Santiago de la política, de la aristocracia, de las letras y de la fortuna resplandecía esa noche allí. José Antonio quedó deslumbrado. Cuando colegial, en compañía de algunos camaradas, se había encaramado a las alturas del paraíso; pero no era lo

mismo, porque de aquellas noches conservaba una visión rara y desvanecida, como la de un sueño remoto, y ahora le pareció que la sala entera, con todo el esplendor de su atavío, se le venía encima.

Habían comido donde Gage, después de gandulear un poco por el centro. En cada mujer hermosa y elegante de esas que son la gloria vespertina de la calle de Huérfanos, José Antonio creía de improviso ver a Graciela y no acertaba a saber si la desilusión lo ponía alegre o triste. La vorágine de la capital lo tenía aturdimado. En vano Joaquín le daba ánimos, diciéndole, con campechano cinismo, que hiciera cuenta de hallarse en Los Rosales y que toda esa turba desocupada y flamante que pasaba por pasar no era sino un apacible piño del ganado... En la comida bebieron fuerte. Disimuladamente Joaquín cargó la mano a su amigo, que, ya a los postres, hasta se puso locuaz.

—¡Así me gustas, hombre!—le decía Joaquín.

Se daba el "Fausto" de Gounod. Terminado el primer acto, Joaquín, que ya había recorrido con la vista detenidamente todos los palcos, clavó en uno determinado sus gemelos. Chela, que estaba allí, observó distraída el ademán, pero, creyendo reconocerle, preguntó a don Javier, sentado junto a ella:

—Papá, ¿que no es Joaquín?

—¿Quién? El de los gemelos. Sí, el mismo.

Seguido de José Antonio, Joaquín abandonó su asiento y se dirigió al palco del senador. Chela no lograba ver al joven hacendado, a su amigo del verano, en aquel mozo de figura poco distinguida, que venía tras los pasos de Joaquín.

—¿José Antonio? ¿Pero es usted? no pudo menos de preguntarle después de los saludos de fórmula.

—Sí, él mismo,—respondió, tratando de recobrar un aplomo que acababa de perder en cuanto se levantó la cortinilla del palco.

Y Joaquín, previsor siempre y sin olvidarse un punto de la misión de que venía investido, agregó:

—Es él mismo, que viene a ver a la Golondrina antes que ella vuelva.

Chela sonrió, satisfecha. Aquel sobrenombre cariñoso, inventado puede decirse, por ella misma, le sonó, sin embargo, como una cosa extraña. Y es que ella lo había olvidado ya todo...

—¿Qué trabajo, murmuró con un tono indiferente.

Y luego, acordándose de Anita, preguntó por ella. José Antonio le dijo

entonces que de las dos matas de rosas que traía, una era regalo suyo y la otra un recuerdo de su hermana.

—Ya las verá usted. Cuidándolas hemos rivalizado por la primera vez...

—Pero ¿hasta de eso se ha acordado usted?

—Son de las preferidas por usted, ¿recuerda?

Mientras hablaban, ella le había estado examinando de pies a cabeza. No. No era ese el José Antonio que ella conociera, a quien aprendió a admirar y de quien conservó, por algún tiempo, un recuerdo lleno de simpatía. Este era buen mozo, como el otro, y los rasgos acentuados de su fisonomía acusaban nobleza. Pero no era distinguido. Tenía las espaldas demasiado anchas, el cuello muy grueso, faltábanle los modales cortesanos, no sabía llevar el smoking ni los guantes. ¡Y aparecía allí, junto a ella, a la luz magnífica de la sala, tan encogido y desairado! José Antonio estaba bien, pero allá... allá en Los Rosales, frente a la naturaleza, plantado sobre su caballo, tendiendo certeramente su lazo a un toro bravo, dirigiendo las faenas rurales. Aquí resultaba excesivamente provinciano... El, cohibido, sintiéndose naufrago en aquel sitio de lujo donde todo mareaba,—la luz, las joyas, los perfumes, los trajes vaporosos, el matiz ardiente de los pechos escotados,—desvanecido junto a aquella mujer a quien siempre halló hermosa pero que ahora le parecía de una belleza ideal, de cuento de hadas, no acertaba a decir una palabra.

Joaquín, llevado aparte por don Javier para contarle las últimas curiosas incidencias de la política, se dio cuenta de la situación e intervino con toda oportunidad.

—Nosotros deseamos saber—dijo—cuándo podremos cumplir con nuestro encargo... ¿Será oportuno mañana?

—Mañana se vienen ustedes a comer con nosotros—replicó don Javier.—No los invito a almorzar, porque tengo mi mañana comprometida. Almuerzo con S. E.

—Gracias, mil gracias.

—¿Ustedes van a estar muchos días aquí?

—Lo menos posible, señor—respondió José Antonio... Yo al menos, he venido con un solo objeto. Y en cuanto lo cumpla...

—Es usted un agricultor hecho y derecho... ¿Y usted, Joaquín?

—Yo ni sé todavía. Siempre que vengo a la capital lo hago por algunas horas y nunca regreso sino después de muchos días.

—Pues, véngase a casa.

—Nó, eso nó. Sigamos respetando el compromiso.

Demasiado amigo de sus horas, Joaquín no había querido hospedarse nunca en casa del senador.

Entraba en ese momento al palco Carlos Larraeta. Saludó afablemente a Joaquín y tendió a José Antonio la mano enguantada, agregándole un "señor", impertinente de puro cortés.

—Vente mañana a comer con nosotros—le dijo don Javier. Estarán Joaquín y José Antonio.

—No me será posible. Pero me permitirán llegar más tarde con un invitado...

—Cómo no.

Chela, que se había ido desinteresando poco a poco de la conversación para recorrer con sus gemelos a la concurrencia, volvió entonces la vista.

Carlos dijo, como con desgano, pero sin poder disimular del todo su entusiasmo:

—Es el vizconde de Arno. ¡Muchacho más excelente! Hemos pasado juntos una tarde espléndida.

Don Javier explicó a Joaquín que el joven vizconde de Arno era adicto a la Legación de España, un mozo muy simpático que no tenía más renta que la que recibía de una tía vieja, pero que se trafa conquistados a todos los muchachos de Santiago. Y, desviando la conversación, iba a volver a su tema político en mala hora interrumpido, cuando vió alzarse el telón y los jóvenes abandonaron el palco.

Durante el segundo acto José Antonio no tuvo ojos sino para mirar—con disimulo ciertamente, pues se le imaginaba que todos se entretenían en expiarle—hacia el palco de Graciela. ¡Acaso, en el fondo, acariciaba la loca esperanza de que ella le mirase a su vez! Pero nó: los gemelos de Chela no se apartaron nunca de la escena... Envuelto por aquella atmósfera suntuosa, José Antonio se sentía desaparecer. Se transportaba. Su imaginación pegaba aletazos formidables, y él perdía toda conciencia de la vida exterior. El ruido de los aplausos o los crescendos de la orquesta lo retraían bruscamente al mundo, y entonces se extrañaba de ver a su lado a Joaquín que palmoteaba enloquecido. En el entreacto vió vacío el palco y se lo hizo notar a Joaquín.

—Habrán salido al pasillo,—le dijo éste.—¿Vamos?

Pero José Antonio no se movió de su asiento.

Después de la velada lírica, Joaquín invitó a José Antonio a pasar un rato al club. Pero el joven pretextó cansancio y necesidad de dormir y ha-

bló de irse al hotel, mientras Joaquín llamaba un coche.

—Te voy a dejar.

—Nó, quiero irme a pie.

—Como gustes.

José Antonio sabía ya perfectamente cuál era y dónde estaba ubicado el palacete del senador. Y durante una hora, seguro de que en el club encontraría Joaquín entretenimientos hasta la madrugada, se estuvo paseando con insensata obstinación de enamorado, frente al edificio. Hacía frío, un frío santiaguino, de esos que hacen pensar en el polo. Pero él no lo sentía. Sentía, a la inversa, cierta extraña fiebre. Temblaba, pero no de frío. Miraba hacia las ventanas silenciosas y quietas en cuyos cristales se reflejaban hostilmente los rayos del alumbrado público. Algunos transeúntes lo observaban con extrañeza. Un pobre diablo con todas las trazas de un cesante coasuetudinario, se detuvo a su lado para pedirle un cigarrillo y una moneda.

El joven se los dió, casi sin fijarse en él. Y presa de una obsesión tiránica, que él mismo calificaba de inexplicable y absurda, pensaba en ese vizconde de Arno, a quien tan inoportunamente había aludido el primo Carlos. Le parecía que ese nombre no se había pronunciado en vano en aquel momento. Y temeroso de aquel rival desconocido, que tenía todo el prestigio de un título auténtico, abominó de los cazadores de dotes—porque ese vizconde de Arno no podía venir a América sino a capturar una heredera de la talla de Graciela,—deseó ardientemente con todo su corazón, que ella empobreciera, que una ráfaga de mala fortuna se llevara los millones de don Javier...

Después, se dijo que era un loco, que nada le autorizaba para divagar de aquel modo, que semejantes pensamientos no podían ser sino los de un criminal. Y, más consolado ya, se dirigió al hotel y se quedó dormido leyendo el libreto de "Fausto". Se durmió y soñó un sueño largo y disparatado, en el que se mezclaron fechas, lugares y figuras en un desconcierto monstruoso. El estaba en Los Rosales, y era Fausto. Vea pasar a Margarita, que tenía la cara de Graciela, y de repente al seguir tras ella, en mitad del camino, le detenía un señor de monóculo envuelto en una capa roja. El señor del monóculo se sonreía; era Meñstófeles. Pero a lo mejor se cambiaban las figuras y él veía a través de la capa roja, a un caballero vestido a usanza del siglo XVIII, con gollita y jubón. Estaban ambos frente al palacete y Meñstófeles le invitaba con diabólica sonrisa, a escalar el muro y abrir una de las ventanas,

precisamente la de la alcoba de María, donde se veía brillar una luz.

—¡Con la luz prendida!—gritó Joaquín, que entraba en ese instante, de vuelta del club, bastante alegrillo.

Y José Antonio, sin despertarse del todo, le dijo:

—¿Señor vizconde de Arno! ¿Sois un mal caballero!

—¿Estás loco o lo estoy yo?—le preguntó su amigo, acercándose.

—Hombre, disculpa. Me he dormido leyendo "Fausto" y estaba soñando tonterías...

Comenzaba a amanecer. Los vidrios de la ventana se ponían levemente azules, y se oía no lejos el sordo rondar de los primeros tranvías.

—¿Parece que te has divertido?

—Ah,—dijo Joaquín, estuve con toda la leche... Más de tres mil quinientos. Corrió el champaña como en mis mejores tiempos. Y dime, ¿por qué nombrabas al vizconde ese?

—No lo conozco... pero le tengo aquí,—respondió José Antonio, llevándose una mano a la garganta.

—Estaba en el club... Carlos también estaba. El vizconde perdió qué sé yo cuánto. Es un gran muchacho.

—Usa monóculo, ¿no es cierto?—preguntó con alarma José Antonio.

Joaquín, que acababa de desnudarse, se volvió extrañado.

—¿No dijiste que no le conocías? ¿Cómo sabes que usa monóculo?

—Hombre, porque en las novelas que he leído no hay vizconde que no lo lleve.

—Apaga la luz. Voy a dormirme. ¡

—La verdad es que ya no la necesitamos para nada...

En efecto, era de día. La ciudad despertaba. José Antonio se dirigió al baño, se vistió y salió a la calle, dejando encargado que, si su amigo preguntaba por él, le dijese que estaría de vuelta antes de las cinco. Se había acordado de Félix y se propuso dar con él.

II

Félix, a raíz de la adquisición del título, había dejado a otro alumno su puesto en el Manicomio y allí nadie conocía su domicilio. Entonces José Antonio se fué a ver al agente por cuyo intermedio había encargado el automóvil. Gratamente sorprendido de tenerle delante, el hombre expresó que era cosa fácil lo que pretendía y que para eso bastaba ponerse al habla con algún garage acreditado.

—Yo creo que a las tres puede estar el carruaje listo donde usted lo necesita,—dijo.

—¿Y para enviarlo a Los Rosales?

—Se envía armado, en un carro especial. Descuide usted.

—Entonces, convenido.

José Antonio dió la dirección de su hotel, y, no hallando qué hacer en aquella inmensa ciudad, donde tan pocos amigos tenía, se fué a la Quinta Normal. ¿Cuántos buenos recuerdos conservaba de aquel sitio, tan familiar para él en sus buenos años de estudiante! Lejos estaba él, por aquel entonces, de saber lo que eran estas penas de amor que le devoraban ahora. Por ese tiempo, Graciela sería acaso una polluela insignificante, cuyo único ideal consistía en hacer rabiar a las Hermanas y dedicarse, desde lejos, sonrisas inocentes con algún precoz que seguía sus pasos de colegiala. Acaso él mismo la divisó alguna vez sin fijarse mayormente en ella. Mientras que ahora... Y evocaba José Antonio la visión magnífica de la noche anterior, el teatro desbordante de suntuosidad y de belleza, y en un palco, ella, triunfadora siempre, más, mucho más por encima de él que lo había estado en el campo, en medio de la vida rural y en la suave e inapreciable complicidad del ocio veraniego.

Erró, solitario, por las avenidas. Se detuvo al borde de los estanques—pretenciosamente llamados lagos,—donde muchachos colegiales se divertían, como lo hiciera él entonces, gobernando un bote. Pasó distraído por delante de las jaulas de las fieras y luego, llevado siempre de sus evocaciones infantiles, ganó el campo raso y fué a dar a los terrenos de cultivo. Nada había variado. Todo lo veía lo mismo, sólo que ya no era él y sus compañeros los que amasaban aquella tierra ni limpiaban esos viñedos. De todos, quizás, si a él sólo le había tocado volver. ¿Los otros? ¿Dónde estarían los otros? Unos muertos, otros convertidos en funcionarios públicos, otros aventurando por países extranjeros, y otros, finalmente, como él, sepultados en el fondo de alguna provincia lejana, preparándose para dar a la tierra lo que sabían anualmente de ella...

Había sol, un sol pálido de invierno, que hacía brillar las cumbres de la cordillera encapotadas de nieves. El suelo estaba húmedo, y a lo lejos se levantaba un vaporcillo blanquecino como el vaho que dejan escapar por los poros, en las horas de frío, las bestias fatigadas. José Antonio sintió apetito. Su reloj marcaba las doce menos cuarto. El restaurant estaba a un paso. Pero se le hacía pesado almorzar sólo, encontrando absurdamente irónico que en una ciudad de

cuatrocientas mil almas no hubiese quién lo acompañase a la mesa. Sintió, con honda intensidad, acaso por la primera vez en su vida, el peso frío y aplastante de la soledad. Y franqueó la puerta de la escuela, soñando en dar con algún conocido, con cualquiera a quien saludar y estrechar la mano, cambiando recuerdo por recuerdo.

—José Antonio... ¿Pero es posible? ¡Tanto gusto!

Este grito de júbilo, salido desde una mesa donde un hombre escribía, hizo pasar por la memoria del joven, con la fugacidad de un relámpago, una serie de imágenes simpáticas. El hombre, entre tanto, se había puesto de pie y venía hacia él con los brazos abiertos. Era don Zollo, el inspector general, el mismo de aquellos años, ni más joven ni más viejo, igual con su calva lustrosa y sus lentes de montura de carey.

—¡Don Zollo! ¡El gusto es para mí!...

Pero don Zollo, esclavizado por sus deberes, no pudo moverse, y José Antonio hubo de quedarse a almorzar con él, en compañía de dos inspectores más.

—¿Y qué tal la vida? ¿Qué tal?

—Así, así... se trabaja, se hace algo.

—Sí, ya sé que es usted rico.

—Tanto como eso no... Trabajo personalmente y me resulta.

—Y luego dicen que ni el Instituto, ni la Escuela sirven para nada! Usted, José Antonio, es una prueba elocuente de lo contrario, un mérito solemnemente a cuantos han dado en denigrar a estos establecimientos. ¿Y qué le trae por acá?

—Una diligencia rápida, me comprado un automóvil...

La palabra automóvil hizo girarse enormemente los ojos a todos los oyentes. Aquel señor era entonces un hombre acaudalado, un gran agricultor, puesto que se permitía el lujo de llevar un automóvil a su hacienda... El mismo don Zollo, bien penetrado de la consideración que se debe a la gente de dinero, comenzó a nombrar a su ex-alumno con un "don" perfectamente respetuoso. Y José Antonio salió de allí encantado, pensando que todavía quedaban personas amables sobre la tierra. El vino de la Quinta era, por lo demás, de primer orden y él, saboreándolo a sorbos, se acordó una vez más de Los Rosales.

Al encontrarse de nuevo en plena calle, se dió cuenta José Antonio de que no tenía para dónde cortar.

—Hé aquí—se dijo—un provinciano que no sabe qué hacer.

Se pescó a un tranvía que pasaba con dirección al centro, con el propósito de vagabundear por los portales, no porque estuviese esto dentro de sus aficiones sino porque—pensando siempre en Félix—recordó aquel dicho, según el cual no se va a los alrededores de la Plaza de Armas sin dar con la persona que se busca. El día, entre tanto, se había puesto francamente hermoso. Habíanse desvanecido los vapores de la atmósfera y la ciudad radiaba bajo un cielo cristalino. El tranvía pasó frente al Congreso y José Antonio tuvo tentaciones de bajarse a presenciar una sesión... ¡Será hermoso ver cómo se conducía don Javier! Pero se arrepintió, prefiriendo disfrutar aún de las bellezas del día. ¿Y dónde saborearlas más bien que en el Santa Lucía, del cual conservaba un recuerdo tan dulce como una ilusión?

—¡Héme aquí convertido en turista!—pensaba, mientras ascendía las escalinatas.

Tropezó con algunos colegiales divertidos que caló inmediatamente como cimarreros. Muchos escaños estaban ocupados; paseantes solitarios y meditabundos, lectores, tal cual niñera con su cochecillo y su soldado, y hasta, en los sitios más discretos, algunas parejas sugestivas...

—Pichones... Pichones...—pensaba el joven, sonriendo.

Parecióle el cerro inferior a la impresión viva y casi mágica que de él guardaba todavía. Muy bonito, muy bonito, pero nada extraordinario. ¿Dónde estaban, qué se habían hecho todas esas maravillas que le embelesaron de niño? Sin saber cómo, paso a paso, se encontró en la plazoleta de la cumbre. Trepó las escaleras de piedra y ganó el mirador, desde cuyos escaños dos obreritas de manto, pálidas y ojerosas, fijaron en él una mirada complacida. Una de ellas sufrió un acceso de tos y se llevó el pañuelo a la boca. La otra, que leía, cerró el libro y José Antonio pudo imponerse del título: "Malditas sean las mujeres..."

Después tendió la vista por el panorama. Esto sí que era grandioso! De un lado la enorme cordillera, blanca de nieve, garrapateada su falda por largos trazos irregulares, luego la llanada verde en donde se destacaban numerosos caseríos, luego los suburbios y, por fin, la ciudad, la inmensa ciudad, el viaje inmóvil de techumbres ardientes bajo el sol. Imaginósele hallarse en un islote florecido. A donde quiera que dirigiése la vista no percibía sino las mismas bruscas ondulaciones de las techum-

bres, a ratos interrumpidas por el borron verde obscuro de las arboledas. Grande sabía a Santiago, pero no creyó nunca que fuese tanto como lo parecía, observado desde aquel atalaya. Al volverse de un lado, dieron sus ojos con la imagen de la Virgen que corona el San Cristóbal y recordó la humilde efigie que desde una colina no muy apartada de Los Rosales llamaba a la piedad a los campesinos y a donde Anita solía ir a dejar flores y encender luces. Se eterneció recordando su querido y viejo caserón, su hogar tibio y apacible, presidido siempre por el encanto angelical de esa niña a quien después de Graciela amaba sobre todo en este mundo...

—¡Graciela! dijo muy bajito.

Y buscó en la inacechable sucesión de edificios aquél ante cuyo frontispicio se estuviera como un loco la noche víspera y a donde debería llegar ahora, esta noche misma, a conocer la sentencia definitiva sobre su destino. Se llenó de una angustia vaga pero invencible. Hubiera deseado tener a su lado a alguien, a algún buen amigo más experimentado que él en estos trances, y nuevamente se acordó de Félix. ¿Cómo dar con él? ¡Ah! ¿Cómo sintió en ese momento José Antonio, cuán honda y fría penetró en él la soledad de las multitudes! ¿Cuántos, como él, andarán errantes por las calles, ávidos de encontrar un corazón con quien comunicarse, sin que su grito sofocado llegase siquiera a despertar la curiosidad de nadie!

Pensativo, consultó su reloj y comenzó a descender. El cerro se llenaba de alegría a medida que avanzaba la tarde. Voces, risas, cuchicheos, se escapaban de todos los escaños. Al salir, vió de nuevo José Antonio a las dos obreritas de manto caminando lentamente por la acera del sol...

Toda la tarde la dedicó a tomar lecciones del chauffeur, porque él no era hombre de adquirir una máquina que no supiese manejar. El automóvil era un espléndido 40 H.P., con capota de resorte, tipo de paseo, pero un modelo de los más modernos, pues, aligerado de ciertos pesos, podía convertirse en una buena máquina de carrera. José Antonio lo había bautizado ya para sí mismo y sólo esperaba la autorización de ella para hacerle colocar una placa de bronce que dijese: Golondrina...

Joaquín no quiso acompañarle en esos paseos locos y desatentados que no tenían otro objeto que probar la máquina y ensayarse en el manejo, y

exigió a José Antonio que fuese a dejarle al club a donde iría luego a buscarle para dirigirse juntos a casa de don Javier. El joven ordenó entonces al chauffeur que enderezase hacia el Parque Cousiño, que tenía deseos de visitar también, como había recorrido la Quinta. Al doblar una avenida, estuvieron a punto de chocar con otro automóvil que, lleno de mujeres, parecía una canastilla de esas que se arman para los corsos de flores. José Antonio divisó también entre ellas la silueta de un hombre y creyó reconocer a Félix... Dió una brusca media vuelta y quiso seguir tras el otro carruaje, de cuyo interior se escapaban risotadas y gritos de entusiasmo, pero ya era tarde y tuvo que desistir de su persecución.

—¿Conoce usted a esas?—preguntó al chauffeur.

—Son de la vida... respondió el hombre, sin dar al asunto la menor importancia.

A las cinco en punto se detenía José Antonio en las puertas del club, perplejo todavía por el extraño encuentro que acababa de tener.

La comida no tuvo otra característica que la de haberse hecho en ella muchas reminiscencias del último verano. Joaquín mantenía hábilmente la conversación en ese terreno, ofreciendo ocasión a su amigo para ir desarrollando su programa de acción. Desde el aparador los dos maceteros de rosas traídos por José Antonio parecían echar en aquel comedor suntuoso, pero algo frío, toda el alma de los campos que las habían producido. Chela agradecía con viveza y don Javier, que algo se le alcanzaba en materia de floricultura—los políticos tienen que entender de todo—dijo que se trataba de dos especies valiosísimas.

—Son una conquista de jardinería, y tú, Chela, deberás estar orgullosa de ellas.

—Por ellas, y por su procedencia, papá.

—No, no, sólo por ellas,—observó José Antonio.—Aunque en realidad no valen sino por la buena intención.

—Cada cual da lo que puede,—agregó Joaquín,—y eso es lo que quiere decir José Antonio.—A haber sido pescador, habría traído perlas.

—Y sí poeta, versos...

Se recordó entonces a Genaro, el extraño enamorado de Rebeca, y José Antonio contó que, después del castigo cruelísimo que le habían inferido Carlos y Miguel, el muchacho no había vuelto a publicar poesías.

—Será lo único bueno que esos ni-

ños habrán hecho en su vida.—dijo sonriendo don Javier.

Después se habló de Félix, y Chela manifestó que hacía mucho tiempo que ni le divisaba siquiera.

—Ese es un buen elemento para los principios liberales. Es un muchacho listo y cuando vuelva de Europa, que ya habrá perdido las rarezas que suele tener, hará carrera. Ya lo creo que la hará.

José Antonio volvió a acordarse de su encuentro de la tarde.

—Yo fui a buscarle esta mañana, creyendo que aún estaba en el Manicomio—dijo—pero allí nadie supo darme noticias de él. Me gustaría verle.

—Su familia vive en la calle Ahumada. Supongo que él no habrá apartado casa todavía...

—¡Oh, para eso falta mucho! ¿No es verdad, José Antonio?

Esta pregunta había salido de boca de Graciela y al joven hacendado no se le pudo escapar nada de la intención que traía.

—Ya sé a qué se refiere a usted.—respondió, sin amostazarse.—Anita y Félix simpatizaron, al parecer, sinceramente. Pero al menos que yo sepa, no han vuelto a cambiar comunicación.

—Amores de verano, amores de verano...

Al decir esto, don Javier movía la cabeza de arriba a abajo, con gesto filosófico. A José Antonio le pareció aquello una sentencia de muerte. Si habían sido amores de verano aquellos de cuya verdad él podía hacerse responsable, ¿qué habría de esperar él que apenas logró despertar en el ánimo del ídolo una vaga simpatía? Y vió ante sus ojos, inmenso, insondable, infinito, el abismo que le separaba de ella. Qué locura haber puesto en ella sus miradas. Y qué locura la suya y la de Joaquín suponer que podía conquistar alguna vez su corazón y hacerse pagar afecto por afecto... Un desconsuelo profundo le invadió, y tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no dejarlo transparentar de los demás.

No se atrevía a mirarla. Estaba sentado frente a ella, sin embargo, y no le era dable tener siempre desviada la vista. A pesar suyo la veía, y la veía adorable, inquietante, enloquecedora. Tenía un modo tan particular de decirlo todo, que todo en sus labios hacía gracia. Hubo un momento en que, temerosa tal vez de que la tristeza que rondaba afuera, penetrase hasta la sala, habló ella por todos, y prodigó bromas y no permitió a nadie que estuviese serio. A don Javier, que quiso en dos o tres ocasiones

echar su puntada a la hebra de su juego político, lo hizo callar inapelablemente. Y cuando llegó la sobremesa y ellos pasaron al salón de fumar, pudo saborear exquisitamente el triunfo de toda dueña de casa de ver alegres los rostros de sus huéspedes. Puso a cada uno en el ojal de la solapa una rosa, diciéndoles:

—Esto no es más que para mientras estén en casa...

—¿Por qué, hija?

—¿Porque en la calle es estático?—preguntó Joaquín.

—Porque quiero conservarlas.

José Antonio, preocupado, miraba furtivamente el reloj, pensando que pronto empezarían a llegar las visitas y que ya se acabaría esa suave intimidad que había presidido la mesa.

—Una cosa, José Antonio,—dijo Chela.—¿Qué fué de la enferma de Félix, de la viejecita esa, tan curiosa?

—¡Ah! una desgracia. Estaba ya muy bien, en realidad. Félix había tenido un acierto extraordinario. Pero la viejecita, caprichosa como todas...

—¿Cómo todas las mujeres?

—Como todas las viejas.

—¡Ah! ¿qué hizo?

—Se le antojó levantarse, apoyada en muletas. Se lo consintieron y anduvo algunos pasos, pero le faltaron las fuerzas y cayó redonda al suelo. Se rompió las dos piernas, se descuadriló, se desarmó casi entera...

—¡Pobre!

—Y esta vez sí que no pudo resistir. Hace un mes que la enterraron. Pero Eudocia no se olvida del doctor, y cada vez que lo recuerda, llora y le envía bendiciones.

—¿Y las Morales? ¿Qué es de ellas?

Joaquín terció entonces en la conversación para contar que las pobres muchachas habían sufrido un desengaño terrible cuando se convencieron de que el amor de los jóvenes santiaguinos era una cosa fantástica.

—Lo que ustedes no saben es que esos muchachos les llenaron la cabeza de ilusiones, asegurándoles que se casarían con ellas y que las traerían a Santiago, donde vivirían en palacios, servidas por lacayos con libreas, y donde alternarían con la aristocracia... Imagínense ustedes.

—¡Pero qué pícaros! Por lo demás, es necesario ser muy tontas para creer en todo eso...

—La loca de la casa, hija, la loca de la casa, que hace todas esas travesuras...

José Antonio tuvo un gesto sombrío. Por segunda vez una simple ob-

servación salida de labios de aquel hombre respetable venía a herirle como una flecha en mitad del corazón. Su caso era, al fin, el mismo de aquellas humildes campesinas. También a él la loca de la casa había hecho concebir imposibles, le había metido en el tren y puesto en la capital y hecho ir al teatro en una noche de ópera, y estarse allí, en la suntuosa residencia de un senador de la República, en un día de recepción... Y no pensó ya más que en despedirse y en volverse cuanto antes.

—José Antonio es un gran modesto—dijo de repente Joaquín.

—¿Por qué?

—Ha comprado un magnífico automóvil y todavía no lo dice.

Chela había puesto el oído, encantada.

—¿Es ese?

—Sí, ese, el que usted eligió. Quisiera bautizarlo.

—No es costumbre. Pero, en fin...

¿Tiene ya nombre elegido?

—Sí lo tengo.

Y después de una pausa:

—Golondrina. ¿Me autoriza usted?

No respondió ella, inmediatamente.

El había hablado así, arriesgándolo todo, con resolución de desesperado, y Chela sintió un leve malestar. Aquel apodo, que tuvo un origen tan cariñoso, le sonaba mal ahora, en labios de un extraño. Le parecía un lazo que la ligaba inútilmente a una época fugaz, ya desaparecida para siempre.

—¿Yo?—dijo al fin.—Usted es muy dueño...

Su voz era indiferente, y José Antonio comprendió sin dificultad que la había disgustado. Hubiera dado un mundo por desdecirse. En ese preciso instante el criado, de pie en la puerta pronunciaba dos nombres, y penetraban a la sala Carlos Larraeta y el vizconde de Arno.

III

A partir de aquel momento, todas las energías empezaron a faltar a José Antonio. Un descorazonamiento infinito se apoderó de él, y a medida que la sala iba viéndose más concurrida, más hondos se hacían sus deseos de alejarse, de desaparecer. Aquel no era su mundo y allí no tenía nada que hacer él. La soñada entrevista a solas, el diálogo confidencial, no se realizaría jamás. Y luego, ¿para qué? Para que Chela, cruel y friamente, le dijera con palabras lo que ya sabía él demasiado. Se dió cuenta exacta de su situación respecto de aquella mujer adorable y adorada, a quien se

debía rendir culto desde lejos, y sólo se ocupó en expiar la oportunidad de despedirse. Ella tenía demasiado con la atención de las demás visitas y se había desentendido casi en absoluto de él. Don Javier había logrado atraparle por fin al buen Joaquín y entre él y otro viejo político, posible Ministro en la próxima combinación, le tenían apabullado con detalles del eterno manobrar de ese mundo tan especial en donde se engendra el porvenir del Estado... El vizconde, amable, insinuante, fácil, diciendo y haciendo con soltura evidiable, estaba en su medio, dominando la situación. Chela discretaba a menudo con él, sin prestarle demasiada atención, por lo demás, y envolviéndole de cuando en cuando en una frase sutil que el vizconde desenvolvía con toda la habilidad de un experto comediante de sociedad. Era aquella, para José Antonio, una Chela que él no conocía. La adoraba siempre, pero le tenía miedo. Se encontraba inerte, pequeño, misero, entre aquellas gentes que no hablaban nada con claridad ni dejaban jamás entender si decían las cosas en serio o en broma. Carlos se acercó de pronto a él para preguntarle brutalmente por "las chinitas esas", refiriéndose a las Morales, y cuando él le creía más interesado en su relación, le vió alejarse inopinadamente para dirigir una invectiva contra una señora de la cual se había empezado a murmurar en otro grupo.

—Vámonos, hombre, vámonos—dijo a Joaquín.

—Me salvas,—le dijo su amigo al oído—porque esta lata es espantosa...

José Antonio le entregó la rosa que llevaba en el ojal, recordando la advertencia de Graciela. Se prepararon a despedirse.

—¿Ya no vuelven?

—No, señorita; al menos yo, me voy mañana temprano.

—Feliz viaje. Cariñosos saludos para Anita.

—Mil gracias. Se los daré.

Iba a preguntarle si volvería ella a Painahuén para el próximo verano, pero cómo atreverse! Joaquín advirtió su turbación y acudió en su defensa.

—Y ustedes, volverán, ¿no es cierto?

—Eso, sólo papá lo sabe.

Se despidieron. José Antonio habría deseado no dar la mano a ese cargante de vizconde que, afirmando el monóculo, le tendió con impertinencia la suya, fina como la de una dama. Don Javier dijo, grave y severamente:

—Ya sabe, mi amigo. Tiene aquí su casa y sus amigos.

—Mil gracias, señor. También tiene usted la suya, aunque muy modesta, en Los Rosales.

Don Javier detuvo a Joaquín un segundo más.

—¿Usted no se irá todavía?

—No, yo me quedaré dos o tres días más.

—Véngase a almorzar conmigo. Tenemos mucho que hablar.

Ya en la calle, Joaquín preguntó:

—¿Y a dónde vamos ahora?

—A donde quieras,—respondió José Antonio con una voz en que Joaquín sorprendió un acento que no le conocía. Miró a su amigo y le encontró demudado.

—Eres un niño. Eres un niño... Vamos al club.

José Antonio estaba en una de esas horas de locura en que somos capaces de todo. Llegó al club ansioso de jugar y de beber. Ganó locamente, desesperadamente. A las tres estaba casi ebrio y había reunido no sé qué fabulosa suma. Pagó un diluvio de champaña, que recogieron todas aquellas ávidas gargantas, dió suculentas propinas a quien quiso recibirlas y se despidió de Joaquín, asegurándole que se iba a dormir. Un joven de nariz rubicunda que le había visto ganar y derrochar salió tras él y se le pescó del brazo.

—Tú eres mi amigo único,—le dijo José Antonio.

El otro le pagó confianza por confianza, devolviéndole el tuteo.

—¿A dónde quieres que vamos?

—A donde haya alegría, mucha alegría.

Los cocheros ofrecían sus servicios.

El improvisado amigo tomó un carruaje y habló al cochero al oído.

—El champaña es la vida,—gritó José Antonio, tumbándose en el asiento.

Cuando con ojos un tanto deslumbrados recorrió José Antonio el vasto salón llameante de espejos, donde resonaban los alegres compases del baile popular, no reconoció a nadie entre todas las personas, hombres y mujeres que, de pie y sentados, aguardaban sólo que se iniciase el canto. Pero, de pronto, cuando menos lo esperaba, vió venirle a los brazos a un muchacho que acababa de rechazar lejos, con un gesto violento, a su compañera de baile.

—José Antonio! ¡José Antonio! ¡Usted aquí!...

Desde el fondo de su embriaguez, el joven trató de reconocer al que le hablaba con tal efusión.

—¡Félix!

Se abrazaron. La cueca rompía a la sazón y la compañera de Félix acudía a decirle que se habían quedado en el primer pie y que era preciso continuar. Félix la insultó soezmente.

—Déjame. No quiero nada contigo. Búscate otro compañero.

El joven de la nariz rubicunda, que se había dirigido a la cantina, volvió a tiempo para oír esta respuesta y se la aprovechó maravillosamente.

—Vamos, vamos, José Antonio.

—Yo quiero alegrarme, Félix.

—Bueno. Pero vamos a otra parte... Aquí nó.

Salan ya, cuando les alcanzaron. Se había pedido a nombre de José Antonio una ponchera, y había que pagarla. El joven comprendió que su improvisado cicerón no había perdido el tiempo, y no tuvo más remedio que pasar un billete, sin exigir el vuelto. La casa seguía resonando bajo el estruendo de una fiesta nocturna... Félix y José Antonio no eran los únicos perdidos ni los únicos que ostentaban allí su flamante tenida de etiqueta.

—Yo soy muy desgraciado, amigo,—dijo José Antonio.

—A mí me lo dice, José Antonio. Yo también lo soy...

—Y ¿a dónde vamos ahora?

—No me importa a donde, con tal que haya alegría, mucha alegría... Quiero olvidar, quiero disipar, amigo!

Los dos estaban borrachos y no les fué difícil enternecerse. Lloraron juntos, abrazados. Un guardián solfco, reconociendo a Félix, le dijo:

—¿Le llamo un coche, patrón?

—Bueno, guardián.

Subieron al coche, que se perdió, diligente y discreto, por ciertas callejuelas subrepticias...

El mozo a quien José Antonio había encargado le despertase a tiempo para alcanzar el tren de la mañana, se sorprendió de encontrarle vestido sobre la cama.

—Arriba, patrón. Ya es hora...

Despertó Joaquín a los gritos y José Antonio no se movía. Sonrió, comprendiéndolo todo y recordando haber encontrado el lecho vacío a su llegada, y aunó sus esfuerzos a los del sirviente.

—¿Que te deja el tren!

E imitaba el silbido de la locomotora...

José Antonio se esperezó por fin. Se le había espantado la mona, pero no el sueño. Adormilado, con gesto de fastidio quiso recuperar la horizontal; pero Joaquín se puso a cantarle con voz solemne los deberes que

le llamaban hacia Los Rosales. Esta palabra penetró muy adentro en el durmiente. Se restregó los ojos, afirmó las manos en la cama y se sentó.

—¡Diablos!—dijo—no me desvestí... ¡Qué bárbaro! Tengo una sed...

—¿Te vas al fin?

—¡Ya lo creo que sí!

—Entonces no hay tiempo que perder.

—Qué malo tengo el cuerpo.

—En el tren duermes.

—Con tal que no me pase para otra estación...

—Pones un telegrama y te vienen a esperar...

—De veras.

—¿Se te ofrece algo?

—Dos cosas: que no le hables a ella una palabra de mí...

—¿Y?

—Que te hagas cargo del automóvil. Cuando te vayas lo dejas embarcado.

—¡All right!

Media hora después ya iba José Antonio camino de su hacienda. Cuando el tren se perdía, sacó la cabeza por la ventanilla y echó una larga y triste mirada hacia la capital, hacia la ciudad que le arrebatara su Golondrina y en donde se quedaba también sepultado, acaso para siempre, el inmenso y único amor de su vida.

Le asaltó la visión de las crudas escenas de juerga porque acababa de pasar, y, sinceramente asqueado, abominando de su debilidad, se tumbó en el asiento. Brotaban a sus labios las palabras estúpido, idiota, imbécil, con que exteriorizaba su arrepentimiento. Pero el sueño acabó por vencerle, y se quedó dormido...

Al despertar miró hacia afuera, y reconoció fácilmente el paisaje. Debía hallarse ya muy próximo a llegar. Aquellos cerros, aquellas lomas, esos llanos, la quebrada aquella, podía recorrerlos con los ojos vendados. Reconoció hasta las casas de una hacienda. Lo Brito, cercana a la suya, cuyo propietario había tenido en otro tiempo con su padre serios disgustos por cuestión del riego. Había estado soñando. Evocó a la capital e hizo cuenta de que todo el viaje no era más que un solo sueño, con algo de pesadilla. Lo veía todo muy lejos, muy indeciso. Era otro mundo aquel, mundo deslumbrado y magnífico, inquieto y atrayente, pero falso y despreciable. ¿Ya no volvería más, nunca más!

El tren se detuvo. José Antonio había llegado. Rosario, Anita y los niños estaban en el andén, esperándole, dirigiendo ávidas miradas a los wagones. El joven procuró serenarse.

parecer despreocupado, y descendió sonriendo.

—¿Y Joaquín?

—Se viene mañana o pasado. Le detuvo don Javier.

Rosario le propuso que se fuesen todos a Painahuén, se lo exigió, a pesar de las excusas de José Antonio, que hablaba de atenciones imposterables.

—Hace tres días que falto...

—Se van a la tarde.

¡Qué bien se sentía ahora José Antonio, de nuevo en el ambiente placido y callado de los rincón provinciano! Idos los pasajeros, desaparecido el tren, se hizo en torno un silencio profundo. Extendió la vista por los horizontes desiertos, y aspiró con delicia el aire oloroso que venía de los campos húmedos.

—¿Y qué tal? ¿qué tal?—decía Rosario, sin poder reprimir los impulsos de su curiosidad.

—Muy bien. Muchos saludos... Todos muy cariñosos.

Pero no se adelantó más, ni durante el viaje a Painahuén, ni en el curso de la tarde, en que José Antonio se esforzó por parecer alegre, contando fantásticas cosas de ese Santiago que cada día se ponía más bonito. Se entretenía adrede en todas estas frivolidades, a fin de evitar el peligro que consistía para él en lo de personal que había tenido su excursión a Santiago. Hasta relató su noche de ópera, describiendo con los mayores detalles el aspecto de la sala, enumerando las familias que Joaquín le había señalado, y hasta reproduciendo el argumento del "Fausto". Anita esperaba por momentos oírle nombrar a Félix, pero con extrañeza, casi con angustia, le veía extenderse en detalles, citarles a todos, menos a él. Acababan de comer cuando llegó Marcos a quien José Antonio había ordenado, por teléfono, que trajera los caballos.

—Pero ¿me van a dejar sola? No se vayan hasta mañana...

Rosario volvía a insistir. Los niños intervinieron a su vez, cariñosos. El regalón de José Antonio se le subió a las rodillas y le tomó la cadena del reloj:

—No che va, Joché Tono... Nó.

—Haberlo resuelto antes... ¿Qué dices, Anita?

—Lo que te parezca a tí.

Rosario, asomándose a la ventanilla, dijo que la noche estaba muy fría y muy oscura.

—Se van mañana a primera hora. ¡Qué apuro tienen!

José Antonio se levantó para ir a

hablar con el viejo mayordomo. Marcos le tranquilizó, diciéndole que en Los Rosales no había ninguna novedad.

—Bueno. Deja los caballos no más.

Rosario, que había oído, agregó:

—Si Marcos quiere quedarse, que se quede a alojar aquí. ¿No le parece, José Antonio?

—Gracias, misiá Rosario... De un galope estoy en Los Rosales.

La velada continuó, apacible, sosedada. Como refrescara demasiado la temperatura, Rosario hizo encender la estufa y momentos después envió a los niños a la cama. Ellos se resistieron, pidiendo con el gesto a sus amigos que intercedieran en su favor. Pero fué inútil. Rosario era toda una mamá y los llevó ella misma al dormitorio. Los dos hermanos quedaron solos por la primera vez. Iban ya, abandonando las futilidades de interés general, internándose hacia ciertas confidencias temidas y deseadas de ambos, cuando Rosario llegó de nuevo junto a ellos. Se hizo un poco de música. José Antonio cantó, desviando la mirada para ocultar las lágrimas que le invadían los ojos, las viejas canciones que tanto éxito tuvieron el último verano. Se charló una media hora más, al grato calor del fuego y sorbiendo un poco de té, y por fin, Rosario, habituada ya al régimen campesino, dijo que tenía sueño y que iba a recogerse. En el fondo era que presumía que los dos hermanos necesitaban hallarse sin testigos.

—Nosotros también nos vamos en un momento más.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Rosario.

Pasó largo rato antes que los jóvenes se atreviesen a cambiar una palabra. Anita, que se había cubierto con un pañuelo de rebozo, se arrebujó en él.

—¿Tienes frío?—le preguntó su hermano.

—Un poquito.

Y fué todo lo que hablaron. De pronto, simultáneamente se miraron a la cara. Habían sentido ruido de gotas en el techo. Casi inmediatamente se oyó un trueno lejano y un relámpago cabrilló en la ventana, cuyos vidrios resonaron bajo el viento y el agua.

—Tenemos tempora!, Anita.

—Y allá, ¿pasará otro tanto?—observó ella.

—Allá... ¿en Santiago? ¡Oh! En Santiago el invierno es alegre. El verano nos pertenece a nosotros los del campo; pero el invierno es de ellos... ¡Vieras tú! Vieras tú cómo se vive allá...

Ahora, en la paz silenciosa de una casa de campo, en una noche de tormenta, de cielo negro y viento aullador, la visión de la ciudad triunfante tenía algo de mágico, algo de fantástico en su recuerdo. Veía de nuevo la sala del teatro, las calles hirvientes de carruajes y transeuntes, todas las ventanas iluminadas y se veía él mismo llegar hasta el hall de un palacete, entre tapicerías riquísimas y objetos de arte delicados.

—¡No me extraña ahora que se olviden de nosotros!

Aquel plural, aquel "nosotros", con que José Antonio comprendía a los provincianos, a los campesinos, le pareció a Anita solamente dual. Creyó que su hermano se refería a ellos solamente, al caso particular suyo, y sintió en el corazón un frío más horrible que el de la noche.

—Anita... ¡Somos muy desgraciados!—dijo él acercándosele, hundiendo la frente entre las manos.

—Habla, habla, José Antonio...

Y habló él, desesperadamente, esforzándose por no sollozar para no afligir a aquella pobre alma confidente, que tenía a su lado. Habló con tristeza, con aflicción, desconsoladamente. La lluvia se había descargado furiosa y el viento rechinaba en las arboledas despojadas de verdor.

—Fué una locura ir a Santiago... Yo me lo temía.

Y contó su visita a casa de Gracielita, su desencanto profundo, su desconocimiento, hasta su encuentro inesperado con Félix; sin indicar, naturalmente, el sitio.

—¿Le viste, pues? ¿le viste, entonces?

—Sí, le vi. Pero más vale que no le hubiera visto...

Ella no se atrevió a preguntarle por qué, a rogarle que se explicara. Presintió una desgracia muy grande, la más grande de todas, y no pudo contener un grito que le salía del alma.

—¡José Antonio!

—¡Anita!...

Se abrazaron. Mezcláronse sus lágrimas al juntarse sus rostros, y durante unos minutos no se oyó en la vasta y desierta sala más ruido que el de sus sollozos incontinentes... Afuera llovía brutalmente. Tronaba. Cárdenos relámpagos estriaban fugazmente el cielo envuelto en una sola inmensa nube. El viento pasaba chillando por los campos como una bestia enloquecida. En el cielo y en la tierra había tempestad.

IV

—¡Aló! ¡Aló! ¡José Antonio!

—¡Aló! ¿Con Joaquín?

—Sí, con él mismo. Acabo de llegar. ¿Cómo está Anita?

—Un poco resfriada. Efecto de la humedad del último aguacero. Pero no es cosa de cuidado.

—¿Y tu gente?

—Todos están muy bien. Lo mismo yo. Me hacía falta un viajecito a Santiago...

—Sin embargo, no has tardado mucho.

—¿Qué quieres! Algo me llamaba aquí...

—Eres un padrazo.

—Y un maridazo. Oye...

—Oigo.

—¿Está en cama Anita?

—Sí.

—¿De modo que tú no podrás venir?

—Imposible. Ven tú, no seas remolón.

—Tienes razón. Soy un torpe... Iré con el doctor.

—¿Qué dices?

—Sí, hombre, con Félix, que se ha venido conmigo.

José Antonio tembló, y el fono casi se le cayó de las manos.

—¿Félix se ha venido?

—Sí, ya te contará él mismo...

¿No te viste con él?

—Sí, pero ninguno de los dos estábamos en condiciones de hablar nada.

—Espéranos, entonces. Hasta luego.

—Saludos. Hasta luego.

José Antonio corrió a la alcoba de Anita, que tosía, atacada de una seria fluxión de pecho. Ella conoció al punto que alguna novedad le traía su hermano, y sonrió. El no pudo menos de sonreír también.

—Anita—le dijo—va a venir el doctor.

—¿Qué locura! ¿Para qué lo has llamado? Si esto no es nada.

—Anita, ¿me prometes ser muy valiente? ¿Te traigo un notición!

Ella palideció. El corazón le latió violentamente y la imagen de Félix pasó efímeramente ante sus ojos.

—¿Qué dices?

—Anita...

—Habla. Ya estoy serena.

—Adivina.

—No me atormentes, José Antonio. Dímelo pronto.

—Yo no he llamado doctor, Anita. Es que ha llegado uno a casa de Joaquín, y él lo va a traer... ¿No supones quién es ese doctor?

Ella no respondió; pero agradeció con una mirada de inmensa ternura a su hermano, no tanto la noticia como la delicadeza con que se la había dado.

—José Antonio, eres muy bueno... Pero dime: ¿qué hace Félix aquí? ¿Cómo ha venido?

—Ni yo mismo lo sé. Me lo ha dicho por teléfono Joaquín.

—Voy a levantarme. Ya estoy bien.

—Nó, nó, Anita. No harás esa locura.

—Pero, cómo... ¿Cómo voy a recibirlo así!

—Como reciben los enfermos a su médico.

—Entonces, hazme el favor. Que arreglen bien la pieza, que traigan flores...

Personalmente se ocupó en ello José Antonio. Y cuando Joaquín y Félix llegaron, una hora más tarde, la alcoba de Anita resplandecía de flores, entre las cuales se destacaba, hermosa con su cabellera rubia y su rostro empalidecido, el busto de la enferma. El joven médico se descubrió con más respeto que si entrara en un templo en el momento de la consagración. ¡No era el enamorado, era al médico, a quien se abra por primera vez la puerta de aquella alcoba de virgen, en donde cada objeto parecía tener algo del alma de la que la habitaba! Repuesto al cabo de unos segundos y viendo que se desvanecía de nuevo el rubor que había instantáneamente cubierto el rostro de Anita, pronunció, con voz que quiso hacer segura, la pregunta inevitable:

—¿A ver ese pulso?

Y las dos manos, la de ella y la de él temblaron visiblemente. Para disimular, Félix observó su reloj, y soltó al fin, suavemente aquella mano que hubiera querido retener hasta la eternidad entre las suyas.

—La voy a poner en un apuro—dijo.

—¿Por qué?

—Va a tener que mostrarme la lengua!

Todos rieron. A ella le hizo gracia también la cosa y rió con franqueza.

—Estamos salvados—agregó el joven doctor.—Ha abierto usted la boca y basta...

—Aunque le hubieran pagado—dijo José Antonio—no lo habría hecho...

Félix pasó a Anita su termómetro para que se tomase la temperatura y muy grave exigió a José Antonio que le hiciera minuciosamente la historia de la enfermedad desde su comienzo. ¡Ah, él habría deseado, para mayor seguridad de su diagnóstico, auscultar a la enferma; pero el enamorado venció al médico, y éste no

se atrevió siquiera a insinuar la conveniencia del procedimiento!

—Esto no será nada,—dijo,—creo que ahora andaré más acertado que en el caso de la anciana.

—Ahora tiene título, Félix—le dijo Anita, aludiendo a la ingenua observación de Eudocia.

Pero, a todo esto, nada parecía explicar la inesperada presencia del joven doctor en Painahuén; y José Antonio, mientras Félix prescribía el tratamiento, hablaba de ello en voz baja y rápidamente con Joaquín.

—Me ha dicho Félix que esa madrugada te fué a acompañar hasta el hotel...

—Tengo una vaga idea.

—Y que tú quedaste de esperarlo, para salir juntos y conversar largo y tendido.

—De eso sí que no me acuerdo.

—En el hotel, cuando fué a buscarme, se encontró conmigo y yo vi tal sinceridad en el dolor con que se impuso de tu partida que me franqué con él y le invité a venirse...

—¿Qué piensa ahora?

—¡Ah, cosas muy serias! Ya te lo diré él.

—Se quedarán a hacerme compañía,—dijo en voz alta José Antonio.—Es un deber de amigos no dejarme comer solo...

—Se quedará el doctor,—replicó Joaquín.—Yo tengo forzosamente que irme... ¡Hace cinco días que falto de casa, amigo!

José Antonio cedió. Joaquín se despidió, alegremente también. En aquella casa había enfermos, y sin embargo la felicidad no era un huésped que estorbara. Hasta la hora de la comida estuvieron Félix y José Antonio junto a Anita.

—¿De veras, no puedo levantarme, Félix?—le había dicho ella.

—De veras, Anita. Sería imprudente. Hay frío y humedad.

—¿Y hasta cuándo?

—Después que se tome mis remedios y yo vea su efecto, se lo podré decir. Tiene un poco de temperatura ahora. Pero eso pasará en seguida.

Cuando se hallaron solos los dos amigos, ocupando Félix junto a la mesa familiar el sitio que Anita dejara vacante, no hallaron de pronto qué decirse. Suele ocurrir así cuando se piensa en una misma cosa. Al fin, el doctor, comprendiendo que a él le correspondía iniciar las explicaciones, preguntó:

—¿Qué extraño les habrá parecido a ustedes mi venida de Santiago, nó?

—Una sorpresa, Félix.

—Estábamos tan perdidos aquella noche...

—Aquella mañana...

—Eso es, aquella mañana... No es raro que usted, después de dormirla, se haya olvidado de su compromiso. Yo tenía muchas, pero muchas cosas que decirle; pero, en el fondo de mi estado, comprendía que ni la hora ni el sitio eran propicios para confianzas de ninguna especie. Por eso le cité para el día siguiente, y...

—Ya me lo ha dicho Joaquín. Se encontró usted con que ya el pájaro había volado.

—¡Imagínese usted! Yo he sufrido mucho, amigo mío... Han pasado por mí, en estos meses, las cosas más grandes de mi vida. Sólo así puede explicarse mi silencio y la aparente indiferencia que me separaba de aquí. Oiga usted, y no sólo me disculpará, sino que tendrá lástima de mí. Usted habrá sabido que mi madre murió cuando yo era muy niño todavía. Yo no conservé de ella más que un vago recuerdo, mezclado al de ciertas fiestas de iglesia a que solía llevarme. Nunca se me ocurrió preguntar de qué había muerto y nadie me lo dijo. Pero un día, en el Manicomio, buscando datos auténticos para mi memoria de prueba, me encontré en los libros de la administración un nombre, el nombre de mi madre. Averigüé, compulsé fechas, hice recuerdos, consulté a algunos amigos de mi familia, y vine así a imponerme de que mi pobre madre había estado recluida en el establecimiento, por dos períodos distintos. Padece de neurastenia histérica, y estuvo dos veces con la razón perdida...

Félix calló, como si hacer aquellas revelaciones le fuera tan penoso como subir un camino de repecho.

—Y yo, querido amigo, que he sido neurasténico siempre, que he tenido estas "rarezas", que suelen hacer hablar a los demás, empecé a sentir en mí, más honda cada vez, la obsesión de que había heredado aquella tacha y que estaba fatalmente condenado a ser un huésped de la Casa de Orates. Al principio la actividad de mis trabajos, la fiebre nerviosa de rendir la prueba final para recibir mi título, me permitieron combatir aquella idea, que será todo lo absurdo que usted quiera, pero que pronto se hizo fija. Mientras más me esforzaba por destruirla, más se arraigaba en mí, hasta que tuve que ver a un especialista que *ensayó en mí todos sus tratamientos*. Yo pensaba en ustedes, pensaba en Anita, de cuyo afecto no podía dudar, y que, siendo tan buena, no debía compartir su vida conmigo, con un candidato probable a la locura... ¿Ha visto usted? Mi propios conocimientos

acerca de las enfermedades mentales me hacían mal. Yo he estado dentro de un círculo vicioso, cuyo centro era forzosamente la camisa de fuerza. Me examinaba perpetuamente a mí mismo, me atormentaba analizando mis actos, haciendo hincapié en detalles que antes me habían pasado inadvertidos, y concluía siempre por considerarme un ser de esos que nacen viciados y para quienes la vida no reserva más que la obscuridad de la locura... Y entonces, desesperado, me di a beber, a divertirme, a descargar-me de todo pensamiento entre el bullicio de las bacanales. Perdóneme, José Antonio. ¡He estado más enfermo y más en peligro de lo que usted puede suponer!

—No tengo nada que perdonarle, Félix. Mi deber es lamentar su desgracia. Porque era una desgracia esa...

—¡Un desastre! Pero, créamelo usted, nunca dejé de acordarme de Los Rosales. Despierto y dormido, solía verme galopando por un camino, en medio de los campos, en compañía de ustedes...

—¿Y ahora?

—Usted ha sido mi médico, José Antonio. He vuelto a vivir desde que lo vi a usted. Su presencia fué como un tónico eficaz para mi voluntad vacilante. He reaccionado. Me he sorprendido a mí mismo pensando cómo pude hacer una montaña de un grano de arena. El hecho de que mi madre haya padecido periódicamente de enajenación no significa nada. Yo había ya nacido para aquella época. Millones de millones de personas sanas, perfectamente constituidas, de nervios fuertes, son hijos de padres que han muerto locos, trágicamente. Eso lo sé desde la escuela, sólo que la obsesión era en mí tan tiránica que no me dejaba dar ningún valor a ese argumento.

—Ha debido usted sufrir mucho, Félix.

—¡Y tanto! La culpa la tienen los mismos libros, José Antonio. Es usted feliz, porque lee, pero nada más que lo suficiente, y en cambio trabaja mucho. Por mi parte, hace tres meses que no hojeo un diario, y eso me ha servido también maravillosamente.

—¿Se siente bien, pues?

—Sí, José Antonio, como antes, como siempre, y hasta se me ha quitado lo divagador... Quiero ser un hombre práctico. Casarme, enriquecerme, tener muchos hijos...

—¡Diablos!

—Y aquí viene lo más grave, José Antonio. Usted sabe que el Gobierno

me ha pensionado para Europa... Yo no quisiera irme solo...

—¡Félix!

—Quisiera irme con ella, José Antonio. Yo no tengo necesidad de la pensión oficial, pero comprendo que es necesario, para ejercer con acierto la profesión aquí, estar uno o dos años por allá. Sobre todo, que yo pienso establecerme en Santiago...

—Por mi parte, amigo, aunque la cosa parece un poco fuera de los usos corrientes, no tengo por qué oponerme.

—Gracias...

—Ni ella creo que tampoco se opondrá...

—¿Lo cree usted de veras? ¿No la ha hecho sufrir lo que para ella ha debido ser una inefable ingratitude?

—Ha llorado su poco, no crea usted que no. Pero ella tiene el consuelo de su fe, que la salva siempre...

—¡Oh, adorable criatura!

—No le diremos nada hasta que no se levante. ¿No le parece a usted?

—Me parece muy bien. ¿Quiere que pasemos a verla?

Habían terminado de comer y se dirigieron al dormitorio de la enferma. Félix le sirvió la poción que él mismo había recetado y le dijo algunas palabras alentadoras, que ella agradeció sonriendo.

—Ya sabe usted engañar, doctor...

—Como médico, sí, Anita. Pero ahora digo la verdad.

—Como médico y como amigo, también...

—No, no. Pregúntele usted a José Antonio.

—Suspendamos todo juicio, Anita, hasta que dejes la cama. Sería injusto condenar a Félix.

—Ya es muy tarde—dijo Félix—para que hayan tantas flores adentro... Hay que sacarlas.

—¿Con qué le puedo pagar tanta atención, doctor?

—Desde luego, no llamándome por mi título sino por mi nombre...

—Bueno. Pero eso es muy poco.

—Acepto una flor de estas que nos vamos a llevar afuera.

—Elija, y yo se la coloco en la solapa.

Félix eligió una violeta y se inclinó junto al lecho para que Anita cumpliera su deseo.

—Es una deshonra—dijo—para un médico del día estar recibiendo sus honorarios al contado...

—¡Ah!—exclamó José Antonio—no son más que anticipos.

Y salieron ambos llevándose al comedor todos los jarros y maceteros de flores.

Todavía estuvieron junto a la enferma una media hora. Después, Félix mismo, en actitud de médico que se siente dictador, manifestó que a Anita le era preciso descansar.

—Tiene que dormir, señorita. De otro modo la fiebre no se va...

—¡Oh, mañana voy a amanecer bien!

—Hasta para enfermarte tienes suerte... A mí no me quita nadie de la cabeza que tú sabías que Félix estaba en viaje para acá!

—¡José Antonio!...

—¿Cómo no se te había ocurrido enfermarte antes?

—Vamos, José Antonio, no sea malo. Recuerde que está enferma de verdad... Ya tendrá tiempo de hacerle todas las bromas que quiera.

Anita les despidió con una sonrisa. José Antonio, antes de salir, encendió la mariposa, para llevarse la lámpara que, a pesar de la pantalla, daba una luz excesivamente fuerte.

—Hasta mañana, Anita. Que duerma tranquila.

—Hasta mañana, doctor.

—¿Cómo?

—Hasta mañana, Félix.

De nuevo en la sala, como sintieran frío, José Antonio avivó el hogar de la chimenea y propuso a su amigo hacer preparar una ponchera.

—¿Quiere repetir lo de la otra noche? Una ponchera es demasiado.

—Doctor, esos son escrúpulos...

La ponchera vino, humeante y olorosa. Francisca tenía una gracia especial para esos preparados caseros. Los contertulios se animaron, se hicieron ciertas confianzas amigables, y, cuando menos podían darse cuenta de ello, se hallaban hablando de Graciela. Ante este nombre, adorado y temido, José Antonio calló. Y Félix, animado por los fragantes vapores del ponche, sintiendo un interés verdaderamente cordial por aquel hombre que, más que su amigo, era ya su hermano, fué extendiéndose en observaciones que el otro sorbía con avidez de sediento.

—Demasiado sé cuanto la quiere usted.

—¿No merece mi cariño?

—Sí, amigo mío. Desgraciadamente, lo que en usted es pasión profunda y acaso de por vida, ha sido en ella una vaga simpatía, un tibio afecto de amiga accidental, y nada más. Quizás soy cruel al decirle esto, pero ¿para qué habría yo de alimentar ilusiones que sé que serán vanas? Lo estimo a usted demasiado para eso...

José Antonio había inclinado la cabeza y púestose sombrero. Lo que estaba oyendo no tenía ninguna novedad

para él, y, sin embargo, se hubiera dicho que tragaba ascuas ardiendo.

—¿Usted ha hablado con ella?— preguntó.

—No, no la he visto desde hace mucho tiempo. Pero en el tren nos hemos venido hablando de esto mismo y Joaquín piensa como yo. Créame que él está arrepentido hasta cierto punto de la participación que le ha cabido... Graciela es una mujer inteligente, podría decirse una mujer superior, si la consideramos con el criterio usual.

—Es superior de todos modos, Félix. Es una criatura inalcanzable...

—Si fuera usted sólo quien lo estima así, no importaría. El que está enamorado hace siempre un ídolo de la persona en quien ha puesto los ojos. Pero ella misma parece tener de sí esa idea, y allí está el peligro. Mimada siempre, triunfadora siempre, Chela es inconscientemente orgullosa. ¿Mala? No, pero sí fría. Chela no sabe lo que es sufrimiento, no ha conocido nunca el dolor. La vida ha sido demasiado amable para con ella. Lo ha tenido y lo tiene todo: juventud, belleza, talento, distinción, fortuna... ¿Se fija usted? El homenaje de los hombres es para ella lo vulgar. Ha sido demasiado buena cuando, pudiendo divertirse con usted, seguir la comedia, ha preferido la franqueza. ¡Ah! no es con el homenaje, es con la habilidad como habrá de conquistarse ese corazón: ese orgullo no podrá ser vencido jamás sino por otro orgullo...

José Antonio tenía, ante esas palabras, la sensación de ir rotando por un enorme precipicio.

—Tiene usted razón, Félix—dijo— ya lo he pensado yo también. Pero yo soy como soy. Ella ha sido la primera mujer cuya presencia me ha conmovido, el primer amor de mi vida... Yo soy un campesino, no sé fingir y mi propio sentimiento me vendió. Y ahora es ya demasiado tarde!

—¿Quién sabe! Quién sabe lo que reserva el porvenir... Por lo pronto, hay que convencerse de que ambos, ella y usted, están colocados en muy distinta situación: para usted el verano pasado es ya toda su vida, mientras que para ella... para ella es el recuerdo amable y vago de unas cuantas escenas en que entonces participó con entusiasmo y que ahora deben parecerle de una cursilería aceptable sólo como pasatiempo...

—¡Ah, sí! Para ella venir un verano a Painahuén ha sido un mero accidente sin importancia. Otros veranos ha ido a otra parte; esta vez le tocó encontrar en una hacienda veci-

na un pobre diablo que se quedó prendado de ella... Nada más.

—¿Un pobre diablo, José Antonio? No hable así...

—Pueda ser que alguna vez, cuando de puro aburrída se ponga triste, recuerde vagamente mi nombre y piense que aquí en el fondo de los campos hay un muchacho que delira por ella... Sonreirá complacida, o no sonreirá. Mientras tanto, yo soy muy desgraciado y daría años de mi vida por arrancarme del corazón este amor inútil e insensato.

—Ni insensato ni inútil, José Antonio. En la vida no ocurre nada por que sí. Ese accidente de que usted habla, esa venida de ella a Painahuén, ha de tener forzosamente consecuencias... ¿Cuáles son esas? ¿Quién puede saberlo! Dejemos que la vida corra...

—Y que corra el ponche. ¡Salud!

—Salud.

Apuraron el último sorbo y se levantaron.

—Si a la enferma se le ofrece algo, no vacile en despertarme.

—Ojalá no haya necesidad. De todos modos, gracias.

—Hasta mañana temprano.

—Buenas noches, doctor.

Le dejó en su aposento y en puntillas para no hacer ruido, penetró al de Anita, creyéndola dormida. Ella musitó levemente:

—¿José Antonio?

—¿No has dormido nada?

—¿Pero he soñado mucho!

—Feliz tú. Duérmete...

—José Antonio, ¿te vas?

—Sí, nenita. Hasta mañana.

—¿Y no me dices nada? ¡Esperádotte a tí no me he dormido!

José Antonio se acercó al lecho y muy bajito, pegado al codo de su hermana, le dijo:

—Está loco por tí.

—¿Qué dices?

—Quiere casarse contigo antes de irse a Europa y llevarte en su compañía...

—Y tú ¿qué dices?

—Lo que digas tú.

—Eres mi ángel bueno. Déjame besarte.

La besó en la frente, y José Antonio salió radiante, olvidado de su propio dolor ante la felicidad de aquella a quien amaba tanto.

V

Anita estuvo muy mal. La influenza la retuvo en cama casi una semana. Pero no fueron vanos los cuidados que se le prodigaron porque, al fin, en un hermoso mediodía de sol pudo levantarse y salir al comedor. Joaquín y

Rosario habían venido dos veces a verla, y a menudo estaban preguntando por ella. Félix no la desamparó un momento. José Antonio esperaba sólo verla en pie para darle noticia de la adquisición del automóvil. Hizo sonar la bocina y ella, que no sabía nada, se extrañó de aquel sonido singular. Entorces él lo confesó todo, diciendo para disculparse ante sus ojos, que había procedido de acuerdo con Graciela.

—Bueno—dijo ella—pero no crea que yo vaya a subir...

—Ya le perderás el miedo.

Al día siguiente, como siguiera el tiempo apacible y la temperatura tibia, decidieron ir a Painahuén, a condición de regresar temprano. Vencida por las instancias de ambos jóvenes, ella se resignó a ocupar un asiento en el automóvil, y en seguida se familiarizó con él, encontrándolo muy agradable. Habían cerrado el toldo, para evitar el frío producido por la velocidad y el viaje no tuvo más inconvenientes que el de su brevedad. El chauffeur venido de la capital era un excelente mecánico, a quien, para maniobrar con seguridad, no hizo falta más que saber que la carretera era ancha y sin baches demasiado profundos.

Joaquín y Rosario preguntaron en broma si venían a dejar a Félix, quien se apresuró a contestar que su deber de médico le obligaba a regresar a Los Rosales.

—¿Con que su deber de médico, no?—preguntó la dueña de casa, fijando sus ojos maliciosos en Anita, que, pálida como estaba todavía, no pudo disimular el rubor que la encendió.

Los niños se volvieron locos con la máquina, tanto que Joaquín tuvo que resolverse a dar con ellos un paseo en "ese coche que andaba sin caballos". El mayor, creyendo que la fuerza motriz residía en el mecánico que manejaba el vehículo, declaró a su papá que él quería ser chauffeur.

A la tarde, en el momento de la despedida, llegó a Painahuén la correspondencia. Venía una carta para Félix. El la leyó rápidamente y se la guardó, sin poder disimular la emoción que le puso trémulas la mano y el acento.

—De un compañero...—dijo.

—¿Qué fue, Félix?—le preguntó Rosario.

—Tengo que irme. Antes de quince días es la partida a Europa...

Fue después de la comida, en la hora tibia y suave de la sobremesa, propicia a las largas y graves conversa-

ciones cuando Félix expuso sus propósitos. Anita que, desde la primera palabra, había adivinado a dónde iba, dejó su asiento y se entregó a inverosímiles ocupaciones por el aparador... Lo que ella quería era estar con la cara vuelta a la pared.

—Es contigo, Anita,—dij. José Antonio, sonriendo.—Ven acá...

Ella se sentó de nuevo y, para disimular su nerviosidad, tomó una flor del ramo que había sobre la mesa y se la llevó a los labios. Terminada su exposición, Félix aguardó.

—Es Anita, no soy yo quien debe responder.

Con miedo y con alegría, ella había pensado ya muchas veces en ese momento que llegaba por fin. Durante su enfermedad, entre la fiebre que le hacía latir las sienes y le ponía en la boca un sabor amargo, había meditado mucho acerca de la respuesta que debía dar. Y siempre, invariablemente, fué su resolución la misma que había adoptado la noche aquella en que José Antonio penetrara confidencialmente a su alcoba para decirle: "Está loco por tí..." Sin vacilar, pues, segura de sí misma, a pesar de la dulce emoción con que había oído la palabra de Félix, dijo dirigiéndose a él:

—Félix, ¿puedo confiar en su cariño?

Su voz era grave y su actitud casi solemne.

—Anita, esa pregunta...

—Necesito hacérsela, Félix.

—Anita, no se quiere más que una vez en la vida, y usted es mi primer amor.

—Entonces, le doy mi palabra...

—¡Oh, gracias!

—Le doy mi palabra al aguardar su regreso.

—¡Ah! ¿Quiere usted probarme?

¿Desconfía usted de mí?

—No, Félix, no. Todo lo contrario. Confío tanto que creo que un año de ausencia no hará variar absolutamente nuestros sentimientos.

Félix iba a insistir, a pedir explicaciones acerca de aquella prórroga que creía sin objeto y que destruía en cierto modo sus planes. Pero se fijó en José Antonio que, antes que él, acababa de adivinar el origen de la actitud de Anita y a cuyos ojos pugnaban por asomar las lágrimas. Entonces comprendió que Anita, a quien la felicidad no ponía egoísta, no quería abandonar a su hermano en circunstancias tan tristes, dejarle sólo en los momentos en que más necesitaba de cariño y de ternura a su alrededor. Recordó su torpe conducta en los meses anteriores y convi-

no en que no tenía derecho a exigir más. Inclino la cabeza, y dijo con voz entrecortada casi balbuceante.

—Es lo mismo, Anita. Le juro que en un año no haré nada que no sea digno de usted y de su amor...

Sonó en ese instante la campanilla del teléfono, y José Antonio acudió al aparato.

—¿Ha comprendido usted?—preguntó Anita a su novio.

—Sí, y aunque tenga que sentirlo, me resigno a ello. Esto me hace a usted más adorable todavía...

—Oh, Félix!

Callaron para no interrumpir la conversación a José Antonio. Joaquín había llamado, obedeciendo a una consigna convenida de antemano.

—¿Ya?—preguntaba.

—Ya,—respondió José Antonio.

—¿Mi enhorabuena y la de Rosario!

—Gracias.

—¿Será la cosa antes de la partida a Europa?

—No, hasta la vuelta.

Por las respuestas de José Antonio, los jóvenes habían adivinado quién era el interlocutor y de qué se trataba. Sonriéronse mutuamente, y Félix tomó a Anita una mano, que ella no retiró ya.

—Mañana se vienen a pasar el día aquí.

—¿Mañana?

—Sí, aquí se hará el cambio de argollas. Somos los padrinos de Félix.

—Ah...

Y volviéndose a la pareja, que estaba pendiente del teléfono, José Antonio dijo a Félix:

—¿Con que ya tenía usted todas sus medidas tomadas, mi querido señor?

Y a Anita:

—Dice Joaquín que Rosario quiere hablarte. Acércate.

Le pasó el fono, y quizás qué bromas fueron las que recibió de su amiga que, viéndose confusa, Anita dijo:

—¡Pícara! Hasta mañana.

Y cortó la comunicación.

—¿Qué te dijo?—le preguntó su hermano.

—Nada, travesuras.

Volvió a su asiento y por algunos segundos permaneció abstraída.

—Vamos a alegrarnos un poco, ¿no les parece?

—Este es un gran día y hay que celebrarlo.

José Antonio aparecía realmente contento. Pasaron al salón. Hizo que su hermana tocara y él cantó cosas alegres, tonadas de la tierra, coplas dicharacheras. Contó chascarrillos,

rememoró anécdotas de colegio, simi-
ló enojo con su amigo Félix decla-
rándole que él ignoraba hasta ese mo-
mento sus siniestras intenciones y que
si hubiera sospechado tal, se habría
cuidado muy bien de brindarle su ca-
sa y su amistad. Félix le siguió la
broma, pidiéndole permiso para tutear
a su novia.

—Nada más que para tutearla,
amigo!—le respondió él.

Se divirtieron hasta muy tarde.
Anita, como cuando pequeños ella y
su hermano, jugaban a las vintas con
las muñecas, hizo la dueña de casa.
Sirvió té, cantó zamacuecas parodian-
do la chillona voz de las mujeres del
pueblo, estuvo encantadora. Sólo
cuando el reloj dió las doce pararon
en recogerse. José Antonio fue el
primero en salir, no sin decirles desde
el umbral:

—¿Soy un buen hermano, eh? Pe-
ro si tardan más de cinco minutos, me
aparezco aquí con mi revólver...

—Félix, ¿no le parece a usted que
he obrado bien?

—Sí, Anita, ya se lo ha dicho. Aun-
que su decisión me perjudique, yo es-
toy de acuerdo con ella. José Antonio
es tan bueno y le quiere a usted tan-
to, que habría sido una crueldad de-
jarle solo...

—Yo sé que él va a tratar de hacer-
me desistir...

—Manténgase usted en su resolu-
ción. De aquí a un año, ¿quién sabe
lo que podrá ocurrir?

—¡Ah, si se cumplieran mis sue-
ños!...

—Ya me supongo cuáles son...

—Dígalos.

—Dígalos usted.

—Usted.

—Pero ¿por qué no hacemos uso
de la autorización de José Antonio?
¿Por qué no nos tuteamos?

—Dé usted el ejemplo...

—Dime tú ¿me quieres?

—Ya lo sabes. ¿Y tú?

—¡Yo te adoro!

—Hasta mañana, entonces,—dijo
ella levantándose y mirando el reloj.

—¿La mano nada más?—dijo él, to-
mando la que ella le tendía.

—Recuerda que la autorización no
ha llegado más allá...

—Hasta mañana, amor mío!

Dos días más tarde partía, por fin,
el joven doctor, a quien sus compañe-
ros de viaje y de estudios esperaban
ya con impaciencia, a juzgar por los
telegramas que habían empezado a
menudear. La mañana era fría y ne-
brosa. Entre la llovizna penetrante
y mojadora, se percibía confusamente

la silueta de los árboles desnudos. El
automóvil iba trazando en el camino,
al levantar con sus ruedas la tierra
humedecida, dos largas paralelas.
Anita no podía disimular su pena.
Todos estaban tristes...

La tarde víspera, no más, en casa
de Joaquín habían sido los expensa-
bles, una fiesta íntima, grata, de efu-
sión cordial, en que nadie ni nada se
veía demás. Y ya se abría para ambos
corazones el abismo de una ausencia
cuyo término se veía, pero muy a lo
lejos, tan borrosamente como aquellos
campos que entraba en la niebla! Fé-
lix, sintiéndose vacilar, habló a Anita
de desistir de su viaje a Europa, de
quedarse para siempre en aquel ama-
ble rincón de la tierra que ella hacía
más amable todavía. Le asaltaron no
sé qué extraños presentimientos. Pero
Anita le dió valor. Le comparó su si-
tuación con la de su hermano, ese po-
bre José Antonio, condenado a amar
sin esperanza, y le consoló con el
compromiso solemnemente contraído
de no dejar pasar día de correo sin
escribirse aunque fuesen cuatro le-
tras.

Camino de la estación, Anita que
veía a Félix ensimismado, le pregun-
tó, deseando aprovechar los últimos
momentos:

—¿Félix, en qué piensas?

Él, sin volver de su abstracción,
respondió:

—¿Qué cosa tan rara serían para
nosotros las mujeres si no necesitá-
semos de ellas!

Recibió ella con tal extrañeza esta
salida, que el joven doctor, alarmado,
se dió cuenta de que acababa de su-
frir una falla cerebral.

Embozados todos, se pasearon de
abajo a arriba por el andén, casi de-
sierto ahora. Joaquín iba a recordar
en voz alta las mañana de las otras
despedidas, tan distintas de ésta; pe-
ro advirtiendo el aire cansado y me-
lancólico de José Antonio, se retuvo.
Acaso el buen muchacho se hacía en
su mente las mismas comparaciones.

Anita se tomaba del brazo de su no-
vio, sintiendo que, a medida que se
acercaba el momento fatal, iban esca-
scándole las fuerzas. Se oyó, por fin,
el tren que se acercaba y se distinguió
el foco ardiente de su reverbero, in-
cendiando la atmósfera turbia en una
gran extensión. Félix, después de los
abrazos, subió de un salto a la plata-
forma y Anita permaneció a su lado,
comada de unas de las barandas de
hierro, que goteaban. Cuando se oyó,
estridente y cruel, el pitazo de la par-
tida, Félix se inclinó hacia su novia,
que lloraba ahora, sin disimulo posi-
ble ya, y la besó en la frente. José

Antonio la tomó en sus brazos, y el tren desapareció en la neblina...

—¡Adiós!

—¡Adiós!...

De aquel beso inocente, último y sentido adiós de una alma viajera a otra alma que se quedaba suspirando por ella, se habló mucho tiempo, y con escándalo en el pueblo. Los Rosales fueron el blanco de epigramas inmundos. Las niñas Morales, que nunca habían conseguido que Félix llegara por su casa, dijeron, limpiándose la boca, que a ellas nadie las vio nunca cambiarse un beso con ninguno de sus pretendientes...

La hipocresía, mala siempre, confundía en uno sólo el lenguaje del amor y el del pecado.

VI

Aquel invierno fué más bien benigno. Pasado agosto ya no volvió a volver y la primavera pareció anticiparse. Una mañana, Anita, que estaba en el corredor limpiando la jaula de los jilgueros, sintió alegres chirridos en lo alto.

—¡Las golondrinas!— dijo.—Comienzan a volver...

Y pensó en llamar a José Antonio; pero, temerosa de ponerle triste, prefirió callarse. Porque, a pesar del tiempo transcurrido, su hermano no curaba de su mal de amores y ella, que le notaba transformado, no hallaba qué hacer para alegrarle, para alegrarle de veras, para oírle reír con la risa franca y sanota de los buenos tiempos. Era un dolor tranquilo el suyo, pero era un dolor, y algo de él se comunicaba a toda la casa, a donde llegaban sólo de vez en cuando, como rayos de sol, las cartas de Europa.

Félix estudiaba con ahínco. Había ingresado, gracias a sus buenos antecedentes y a los empeños del Ministro de Chile, a la clínica de un famoso alienista de París y confiaba en que diez meses de trabajo persistente le bastarían para llenar el objeto que le llevó al Viejo Mundo. Anita celebraba continuas entrevistas con el calendario colgado a la pared y era su gran placer el de ir, cada mañana, arrancándole una nueva hoja. Las coleccionaba todas en su secreter, para probar al ausente, en su debida oportunidad, que ni un solo día había dejado de acordarse de él.

No había más novedad en Los Rosales. José Antonio salía, como de ordinario, diariamente, a recorrer los campos, a atender personalmente las faenas, la limpia de los viñedos, la poda de los árboles... Sólo cuando hacía muy mal tiempo se quedaba en ca-

sa, y entonces se entretenía en el cuidado de sus flores, y entre todas, de sus predilectas. En esta tarea le ayudaba Anita, con verdadero fervor, hasta ponerse toda rosada y sudorosa. José Antonio, que nunca fué muy parlanchín, se había puesto casi reconcentrado, y se contentaba con oír la interminable cháchara de su hermana, asintiendo, a lo más, con un gesto benévolo.

—Pero, hombre,—le decía ella,—¿te vas a volver estatua!

—Como tú hablas por los dos...—le respondía él, con seriedad cómica.

Y proseguía en su trabajo, destruyendo las linazas y los caracoles, vertiendo polvos insecticidas en las ramas que veía sospechosas, renovando los puntales que se habían podrido, removiendo la tierra endurecida o echándole su dosis de abono. Si en medio de la tristeza puede haber paz, paz era la que había por entonces en Los Rosales.

A veces Anita, siempre atenta a buscar a su hermano distracciones, le recordaba que hacía mucho tiempo no iban a Painahuén.

—¡Qué dirán... Son tan buenos!

José Antonio, complaciente, hacía venir el automóvil y la acompañaba a casa de Joaquín, en donde pasaban algunas horas muy agradables. Así pasó la primavera, y así llegó el verano. No se hablaba de la Golondrina, ni siquiera se aludía a ella. Un día leyó Anita en un diario de la capital que don Javier y su hija se habían dirigido a Europa, y José Antonio no pudo imponerse de la noticia porque ella la ocultó y rogó, además, a sus amigos de Painahuén, que no dijese nada. Pero fué inútil, porque dos meses más tarde Félix le escribía a José Antonio que se había encontrado con ella, en París, en una fiesta ofrecida a la colonia chilena en la Legación.

—¿Tú no sabías nada?—preguntó a su hermana.

Ella no pudo mentir y le confesó que todos lo sabían, pero que habían preferido ocultárselo. Este detalle molestó a José Antonio, hiriéndole en lo vivo de su dignidad de hombre. ¿Era, pues, un niño o un enfermo? Y se hizo más firme en él la resolución que adoptara a raíz de su conversación con Félix: sobreponerse a su dolor, echarse a la espalda el desengaño, para poder responder, si llegaba la ocasión, al orgullo con el orgullo... Desde entonces se le vio menos preocupado. Quedábase a veces abstraído, pero se reponía pronto, y su hermana le oía cantar coplas campesinas, o pronunciar discursos políticos, o correr a rasguear la guitarra. Al

llegar el verano, estaba tan cambiado de ánimos que se divirtió de veras. Una tarde llegó a casa contando no sé qué conquista veraniega hecha al pasar. Anita empezó a creer, con temor y con gusto, que su hermano había olvidado ya a la ingrata y se preparaba para abrir su alero a otra golondrina que no lo fuera tanto...

¿Estaba, sin embargo, en la verdad, Anita, al juzgar así por las apariencias? No. José Antonio sufría. Sufría intensa y profundamente, como había amado. Nada más terrible que esas tempestades morales en las naturales primitivas. José Antonio no se analizaba, no desmenuzaba su dolor. Sentíalo muy adentro morderle las entrañas, y hubiera deseado sacudirse de él como de un bicho molesto. Era orgulloso, además, y a la amargura de su desencanto uníase en él algo como un sentimiento de vergüenza ante la sola idea de haber hecho el ridículo. Las revelaciones de Félix habían quedado grabadas como a fuego en su corazón...

Una tarde, al volver del campo, se encontró con un sobre cerrado dirigido a él. Dentro apareció una postal ilustrada en colores que representaba un montón de calabazas, bajo una leyenda escrita con letra insegura y retorcida: "Recuerdos de la señorita Graciela". Enrojeció de ira. Instintivamente pensó en las muchachas del negocio adonde los jóvenes santiaguinos iban a matar los ocios veraniegos. Después dijo, ¡bah!; despedazó la tarjeta, se encogió de hombros y trató de disiparlo todo. Pero Anita, a la comida, lo notó un poco raro y distraído. Era que la espina, clavada al descuido, había penetrado muy hondo.

Puede decirse que en el trabajo, más que en cosa alguna, encontró José Antonio el lenitivo que necesitaba. Nunca fué perezoso, pero ahora desarrollaba una actividad febril. Interventía en todo. La atención de las faenas rurales le tenía siempre sobre su caballo o su automóvil. El rodeo de aquel año hizo resonar el nombre de Los Rosales por toda la región. Preocupóse por otra parte, José Antonio, de innovar en el régimen de vida de los inquilinos. Uno a uno fueron desapareciendo los tradicionales pero insalubres ranchos de barro y totora, para ceder su sitio a casitas de madera, claras y alegres. Marcos estaba, de asustado, que no cabía en su pellejo.

—Se van a dir, patrón, los inquil-

nos. No se van a hacer en las casas nuevas...

Pero, con asombro suyo, nadie se movió. Lo cual hacía sonreír al joven hacendado, recordándole que su padre se habría escandalizado de esas tentativas y que él mismo, poco tiempo atrás, habría tenido un gesto de extrañeza si alguien le hubiese dicho que los guasos podían vivir menos miserablemente.

En estas tareas, y en otras a que le obligaba su afán innovador, estimulado siempre, se absorbía su ánimo.

—A dónde vas a parar, hombre!—le decía Joaquín a menudo en són de broma.—Ya está bueno, ya está bueno...

Pero el joven no lo pensaba seguramente así y, fuerte con la confianza de su experiencia y de su capital, envalentonado aún con el rendimiento creciente de sus tierras, no se detenía. Sugestionado por la lectura de un artículo de una revista agrícola, instaló un vivero, luego se dedicó a ensayar la crianza de aves en grande escala y pensaba ya en adquirir ejemplares de potrillos de raza, halagado con la perspectiva de poseer un haras que llevase lejos el nombre de Los Rosales, cuando preocupaciones de otra índole le hicieron deferir este proyecto para mejor ocasión.

Asolaban por entonces la comarca las bestias carnívoras.

—Están cebadas, patrón,—le decía Marcos,—y hay que darles una batida.

El ganado menor sufría noche a noche pérdidas que no podían cubrir los pastores ni los perros. En los corrales reinaba una alarma continua. La misma benignidad de los inviernos anteriores parecía haber favorecido la reproducción de los carnívoros. A ciertas horas no era difícil oír el anllido estridente y fastidioso de las vulpejas. Se pensaba ya en organizar una batida, cuando el desaparecimiento de animales mayores, junto con aumentar la alarma, hizo brotar de todas las bocas la frase amenazante:

—¡El león!

Era preciso proceder, y se procedió. Antes de una semana ya se habían puesto de acuerdo todos los propietarios del contorno, y un domingo de madrugada se vió ascender hacia la montaña una cabalgata formidable. Anita había insistido con su hermano, en que no participase en la aventura. Tenía miedo, lo confesaba. Pero él la tranquilizó, asegurándole que el león, como fiera,

es un pobre diablo que no ataca nunca al hombre.

Además,—le dijo,—¿no sería vergonzoso que yo sólo me quedase en casa?

Anita inclinó la cabeza y asintió con todo. Se dejó conducir a Palnahué, y cuando Joaquín y José Antonio partieron seguidos de sus guasos y sus perros, pudieron verla orar en compañía de Rosario. Se abrazó a su hermano y se inundó de lágrimas la manta campesina que José Antonio llevaba terciada sobre el hombro.

—No seas tontita. Si esto no es más que una travesura.....

Un muchacho había divisado a la fiera la tarde anterior y no fué difícil percibir sus rastros en la tierra todavía húmeda. Los perros, Dardo entre ellos, olfateaban el suelo y erizaban el lomo, nerviosos, dando pequeños ladridos. Se podía ver allí la afición tradicional de nuestros campesinos a criar perros. No menos de cincuenta galepaban y trotaban entre las patas de los caballos! Formaba en la comitiva don Romo, un viejo leonero, con su fusil, su cuchillo y su pareja de mastines. Tenía sesenta años y hacía cuarenta, por lo menos, que se las había con "esas fiercitas", de las cuales recordaba mil historias pintorescas que le gustaba contar, entre pitillo y pitillo, en corro de compadres.

A juicio suyo, no se trataba de un león, sino de una familia entera. Lo afirmaba con aplomo, repitiendo argumentos de hombre conocedor, y parecía no andar equivocado, pues los rastros acusaban garras de diversos tamaños. De pronto se hizo el mortal tan espeso, desaparecieron de tal modo los caminos, que hubo necesidad de hacer alto. Dividióse la gente, por consejo de don Romo, debiendo tenerse la precaución de ir siempre hacia adelante estrechando distancias. Los perros quedaban encargados de dar la voz de alerta y tocar a reunión con sus ladridos. Era el principio de la batalla.....

Batalla que duró seis horas y que quedó definitivamente resuelta a favor de los asaltantes. La leona, porque era una hembra y sus cachorros los autores del daño,—fué sorprendida en su madriguera y acosada por los perros hasta que rindió la vida, no sin dejar tendidos a zarpazos a muchos de esos enconados enemigos. Dardo anduvo desgraciado. Azuzado por su amo, se puso demasiado al alcance de la fie-

ra, y una sola manotada lo dejó por tierra, con las patas al aire. José Antonio, ciego de ira, impaciente por la mala puntería de don Romo, le arrebató el fusil y, haciendo servir de mampuesto a su propio caballo, apuntó certeramente al corazón y disparó. La fiera dió un salto de costado y quedó inmóvil. Estaba muerta. El lazo de los campesinos dió cuenta de los cachorros, que chillaban mostrando los nacientes caninos y meneando la cola. Algunos perros se lanzaron enfurecidos sobre su presa inerme ahora, mientras que otros, espeluznados, ladraban desde lejos.

El regreso fué triunfal. Nadie osó disputar a José Antonio el honor de la victoria. Pero él se contentó con ordenar que no se dejase abandonado el cadáver de su fiel Dardo, y que se desollase allí mismo a la fiera muerta, para llevarse, a manera de trofeo, su magnífica piel. Estaba ya casi oscuro cuando descendieron al llano. Las haciendas estaban en fiesta y aquella noche en muchos humildes hogares se debió comentar, entre sorbos, la hazaña del patrón de Los Rosales. El, entre tanto, repitiendo mentalmente un nombre entre todos adorado, miraba las estrellas, impasible en el cielo lejano, ajeno a los dolores y a las alegrías de la tierra.....

VII

Del nuevo calendario tenía ya Anita reunidas unas sesenta hojas, cuando José Antonio y Joaquín recibieron de Félix sendas voluminosas cartas. No supo explicarse por qué su prometido no le escribía también a ella, y empezaba a creer en un extravío momentáneo del correo; pero la extraña actitud de su hermano que, después de leer la carta, se la guardó silencioso, la llenó de una inquietud inmensa. Estaban ambos en el corredor. Era una tarde plácida de fines de verano, sin viento, sin tierra; casi sin rumores. La fuente del patio, medio exhausta, canturreaba con la lánguida voz de un solo chorro de agua. José Antonio, que iba a entrar, se vió detenido por ella, que le tomó de un brazo:

—¡Hermano! ¿Por qué te vas? ¿Qué dico? ¿Está enfermo?

—No, Anita. Si estuviera enfermo, no habría podido escribirme....

—Pero ¿qué te dice? ¿por qué no me ha escrito a mí?

El, perplejo, confuso, pillado de sorpresa, no atinaba con una respuesta medianamente satisfactoria.

—Será un retardo—dijo—un extravío...

—Y la tuya, ¿no puedo leerla yo?

El, asustado, replicó vivamente:

—No, de ningún modo...

Y acosado por ella, que le hostigaba, afligida, afligido él mismo por aquel dolor que no podía evitar y que encontraba muy justificado, acabó por confesar que Félix estaba realmente algo delicado de salud, pero que no era cosa de cuidado.

—¿Qué es lo que tiene? ¿Me dirás al fin?

—Neurastenia, nada más. Tú sabes que nunca ha tenido los nervios muy resistentes ese muchacho... Los estudios, ¿sabes? Quería volver pronto. Pero ahora descansa, se ha ido al Mediodía...

Ella, entre tanto, lloraba. Lloraba, sin un sollozo, en una distensión de todos sus nervios hechos vibrar por la angustia de momentos antes.

—¿Ves?—le decía él—si no es el caso de afligirse...

—¿No me engañas, José Antonio? ¿Dices la verdad?

—Nunca te he mentado, Anita.

—Es que hay veces en que mentir es un deber.

Se había tranquilizado ya. Aún insistió con su hermano en que la dejase leer la carta; pero él se negó, arguyendo que cosas de hombre a hombre no debían conocerlas las mujeres. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo la comida fué una escena triste y casi penosa en Los Rosales. Se servían, a sorbos lentos, el café, cuando la campanilla del teléfono, repercutiendo con són de alarma en sus nervios agitados, les hizo saltar en su asiento. Joaquín les invitaba a pasar la noche con ellos. Había luna. Sería una velada agradable. No decía más. José Antonio aceptó, y Anita, poseída de presentimientos cuyo origen no atinaba a explicarse, no pudo siquiera terminarse su taza de café.

Rosario invitó a Anita a estarse en el corredor, a la luz de la luna, viendo jugar y correr a los niños, y los dos amigos se quedaron conferenciando adentro. Llegaba hasta ellas el rumor de sus voces; pero Anita, por más que ponía el oído, no alcanzaba a distinguir una sílaba. Rosario procuraba distraerla, haciéndola interesarse en la alegría de los chicos. Pero de pronto, la pobre niña no pudiendo resistir más, se echó en sus brazos, con un gran sollozo:

—Rosario, dígame lo que pasa ¡Se lo pido por Dios! Usted lo sabe...

Rosario se empeñó en tranquilizarla. Le aseguró formalmente que no sabía nada, nada más que lo que la propia Anita sabía ya: que Félix, víctima de cierto agotamiento nervioso, había tenido que interrumpir sus estudios para irse a pasar una temporada a la Costa Azul.

—Entonces ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué se han quedado ellos solos allí a dentro? ¡Ah! si no fuera más que eso, bien pudieran haberlo hablado delante de nosotras...

—Se equivoca, Anita. Ha sido yo la que la he invitado a salir...

—Precisamente, para evitarlo un sufrimiento.

Los dos amigos conversaban, entre tanto, comentando, con la seriedad que el caso exigía, las revelaciones del ausente, Félix se sentía de nuevo presa de la obsesión terrible que le había empujado al alcoholismo, a raíz de la terminación de sus estudios en Santiago. Por una circunstancia fatal, el alienista en cuya clínica trabajaba había conocido y tratado a su madre, y de sus propios labios oyó él la historia completa de la enfermedad que tanto temía. Joaquín estaba ya en antecedentes. Pero lo delicado, lo terrible, lo que había que ocultar forzosamente a Anita, era que Félix había, tenido ya un ataque de enajenación que se prolongó por más de un día, afortunadamente con síntomas pasivos. "En mi alma—decía—se ha hecho la noche por más de veinticuatro horas". Y hablaba de que él volvería sin tardanza, si no fuera porque temía una reincidencia del mal, y en ese caso, más valía estar en Europa, donde había más elementos para combatirlo.

—¿Qué se puede resolver?—decía José Antonio.

—Esperar, y nada más. ¿Qué se va a hacer? Es una desgracia muy grande, pero que está fuera del alcance de nuestra previsión.

—A Anita, ni una palabra, ¿no es verdad?

—Por nada del mundo. Le escribiremos a Félix dándole valor, tranquilizándole, recomendándole, sobre todo, mucha distracción y un completo descanso intelectual.

—Y que su correspondencia con Anita se limite a unas cuantas postales llenas de buenas noticias.

—Yo le escribiré a Javier, que está ahora por allá, para que no le pierda de vista.

Ellas, que entraban a la sazón, no pudieron sorprender nada de anormal en su actitud ni en su voz. Joaquín, para acabar de desvanecer toda mala idea en el espíritu de Anita, bromeó

a propósito de los niños, que se habían puesto a correr alrededor de la mesa, como si aún no hubieran jugado bastante.

—¿Qué hubo? ¿Se han divertido estos bribones?

—¡A acostarse, a acostarse!—les dijo Rosario.

A las dos de la mañana, todos dormían ya profundamente. Todos, menos Anita que no había querido siquiera desvestirse. A eso de las doce oyó que Rosario la hablaba a través de la pared.

—Anita. ¿Ya está en cama?

—Sí,—respondió,—voy a apagar la luz.

La apagó, en efecto, pero permaneció despierta, esperando en la sombra. Había concebido un proyecto, y su propio valor le daba ánimos para ponerlo en práctica. Cuando calculó que sólo ella velaba, se quitó el calzado y salió al corredor. La luna alumbraba apenas, obstruida su claridad por los árboles del huerto. Se deslizó pegada a la pared y llegó frente a la ventana del cuarto de José Antonio, que se había quedado con la luz encendida. Le vio sumido en un pesado sueño de campesino que se levanta al alba. Entonces empujó la puerta y, conteniendo la respiración, latándole los oídos, con la sensación de estar cometiendo un crimen, se dirigió hacia la silla en que su hermano había dejado su vestón y su chaleco. Hundió en uno y otro bolsillo la mano temblorosa, con los ojos fijos en el lecho, y extrajo la carta de Félix que José Antonio se había negado a mostrarle y comenzó a leer...

José Antonio se incorporó sobresaltado. El ruido sordo de un cuerpo que cae le había despertado y con mirada de espanto vio a su hermana tendida sobre la alfombra con la fatal carta en la mano y el rostro lleno de sangre. Saltó del lecho y la tomó en sus brazos, gritándole desesperadamente.

—¡Anita! ¡Hermana mía! ¿Qué has hecho? ¡Anita!

Y como no la viera volver en sí, loco de dolor, temiendo quién sabe qué, pidió socorro:

—¡Joaquín! ¡Rosario! ¡Vengan ustedes! ¡Joaquín!...

Sus gritos desolados resonaron en el silencio de la casa dormida, con angustia de alaridos, y fueron a perderse en la soledad de la alta noche. Anita, al caer como herida por un rayo, había dado con la frente en el borde de la mesa de noche, y la sangre seguía brotando incontinente... El le limpiaba el rostro con las sábanas, mientras repetía su llamamiento de afligido:

—¡Joaquín! ¡Rosario!... ¡Vengan aquí! ¡Les necesito!...

VIII

Inesperadamente llegó Carlos Larraeta a Painahuén y por él se supieron muchas cosas que, por uno u otro motivo, podían tener relación con Los Kosales. Aunque no lo confesara de plano, Carlos venía fugitivo. Había pasado por los mercados de Santiago y de Valparaíso una racha de agio y de especulación como no se había visto nunca. La Bolsa había tenido un movimiento colosal, una actividad de tal modo extraordinaria que hasta los más sensatos llegaron a creer en el "resurgimiento" de que todo el mundo se puso a hablar casi en seguida. Formábase diariamente sociedades anónimas de todo género, auríferas, ganaderas, salitreras, pescadoras, y se improvisaban fortunas de la noche a la mañana. En cada corredor había por lo menos un pichón de millonario y en aquel ir y venir, en aquel toletoleto formidable de papeles que representaban valores fabulosos, sólo los tontos podían quedarse a la luna. Era la pesca milagrosa, en pleno siglo veinte, y en las dos más grandes capitales de Chile.

Carlos, que nunca tuvo desmedida afición al dinero, pero que corrió siempre tras el azar de una carta o de un caballo, se vio envuelto en la vorágine del agio, y hubo momentos en que le pareció soñar viéndose convertido en uno de los potentados financieros del país. Pero, de repente, como era natural, y como lo dijeron algunos tímidos a quienes nadie hacía caso, sobrevino el crac. Fue el desastre, un desastre estupendo, que aventó muchas fortunas que parecían sólidas, que dió con algunos en la cárcel, con otros en el cementerio, y que empujó a los restantes más allá de las fronteras. De estos últimos era Carlos, que escapaba a horcajadas en un jirón de su patrimonio, mísero tablón en que pensaba trasponer el Atlántico.

Don Javier, que viajaba por Europa ciertas melancolías de hombre público, colocado a su pesar fuera del escenario, había sufrido también quebrantos bien considerables. Ilusionado por las noticias de su corresponsal y apoderado en Santiago, se había metido más allá de lo que la prudencia podía aconsejarle, y ahora tenía que regresar, como un general que acude a reforzar un ala de su ejército en peligro, a ponerse al frente de sus negocios para salvar el resto de su hermosa fortuna. El golpe se producía en los primeros momentos para el, preci-

samente cuando ya se daba como cierto que Graciela se casaría con el vizconde de Arno, título auténtico español, que en Europa como en Chile rondaba a su rededor. Se vió bien que el tal vizconde no era lerdo, y a fuer de diplomático había sabido muy bien salir airoso de tamaño trance, simulando un llamado urgente de su tía la marquesa.

Todo esto lo contaba Carlos con volubilidad, cual era su carácter, y enviando de vez en cuando displicentes bocanadas de humo a sus sueños de opulencia, tan inoportunamente desvanecidos. Joaquín y Rosario se quedaban extrañados de verle en aquella actitud de gran señor, cuando, evidentemente, no podía tenerlas todas consigo. ¡Sabe Dios qué enredos había dejado tras de sí!

—Aquí capeo el temporal—dijo—y en seguida pongo entre mi persona, y ciertos individuos a quienes no tengo ningún motivo para querer bien, toda la distancia de un océano... Estamos en el período crítico. Ya pasará todo.

Y todas las mañanas se lefa escrupulosamente los diarios, en los que, a dos columnas, con grandes títulos llamativos, se daba la campanada con la "debaque" bursátil, terrible despertar de esa pesadilla de especulación que acaba de pasar por el centro del país, dejándolo sumido en la ruina y en el desconcierto económicos. Carlos sonreía con una sonrisa nerviosa. Y como algunos diarios, más sensacionalistas o más independientes, empezaran a citar nombres, se puso serio. Y un día, casi clandestinamente, desapareció de Pinahuén.

Joaquín repitió a su amigo lo que creyó conveniente de las informaciones traídas por el flamante corredor. Demasiado se daba cuenta él de que había en Los Rosales mucha pena, y de que no era oportuno acarrearles más. Anita había estado muy delicada, después del accidente que su propia imprudencia le ocasionara. Sufría, sobre todo, la pobre niña, por el disgusto que había dado a José Antonio y en vano éste le repetía que no era nada, que no se preocupara de eso, porque siempre estaba rogándole que la perdonara y que nunca más volviera a proceder como lo hizo.

Finalizaba ya el otoño, y no habían vuelto a tener noticias del enfermo. Esto no hacía sino aumentar las inquietudes de sus amigos y de su prometida, que, a hurtadillas de José Antonio, lloraba mucho. El a quien no podía ocultarse su aflicción, llegó a hablarle de hacer llamar de la ciudad

a alguna de las viejas tías; pero ella, riéndose, le contestó que el remedio sería peor que la enfermedad. Devota como había sido siempre, se puso mística. Las velas ardían ante todas las imágenes de santos existentes en la casa, y desde el camino se oía a incienso y a cera bendita. Anita pasaba en el oratorio horas enteras.

A fines de junio llegaron las ansiadas cartas de la Costa Azul. Esta vez venía también una dirigida a Anita, pero José Antonio no quiso entregársela hasta no imponerse de la suya. Era una carta disparatada e incoherente. José Antonio, lo mismo que Joaquín, pensó que el pobre mozo marchaba decididamente hacia la locura. El problema era ahora dárselo a entender a Anita sin que ello importase una catástrofe para el organismo, ya delicado, de la joven. Pusieron a estudiar el punto, pero sin contar con la huésped: conversaban ambos en presencia de Rosario.—él había ido a Pinahuén sin decir nada a su hermana,—cuando desde Los Rosales llamaron por teléfono para decir alarmadísimos que la señorita estaba muy mal. A toda la velocidad de su automóvil regresó José Antonio, llevándose a sus amigos, y encontró la casa revuelta, y la servidumbre consternada. La alcoba de Anita transcendía a éter y a azahar y ella estaba en cama, con una gran fiebre. Había leído los diarios, que en la sección cablegráfica publicaban la noticia temida de todos: Félix se había vuelto loco.

Ella creyó morir. Tres veces hizo llamar confesor. José Antonio, errante por las habitaciones, estaba desconocido. Un inmenso dolor había entrado con el invierno a aquella residencia, de ordinario tan apacible y quieta. Afortunadamente, la enfermedad resistió, reaccionó la naturaleza en ella y no había pasado un mes cuando pudo levantarse muy débil todavía, y dar algunos pasos por la habitación. Había hecho promesa a la Virgen y su primer cuidado fué hacer llamar a una costurera para que le ayudase en la labor: por dos años no vestiría sino del color grato a la Señora del Carmelo. Rosario se ofreció espontáneamente aemplazar a la obrera, y Anita se lo agradeció, encontrando que aquel sacrificio de parte de su amiga completaría la ofrenda de su corazón.

Puede decirse que Anita debía su salvación a una frase. Por consolarla José Antonio le había observado una noche que velaba junto a ella, que no

tenía derecho a pensar en morirse, porque Félix no había muerto, y aún podía curar, recobrar la razón.

—Y además—agregó—tu deber como prometida suya, es estar a su lado, cuidarle, atenderle, hacerle menos penoso su tristísimo estado...

Desde entonces Anita puso toda su voluntad a sanar, y su orgánismo respondiendo a aquel llamamiento íntimo y persistente, empezó a rehacerse. Bien es cierto que aquella enfermedad—como lo observara el médico—era más del alma que del cuerpo y que ni el más sabio de los facultativos habría podido combatirla por otro medio que el que su cariño de hermano inspiró a José Antonio.

—¿Tú me dejarás, pues, partir, cuando yo te lo pida?—le había preguntado ella.

—Mi deber es el tuyo, Anita. Yo no tendría derecho a prohibírtelo...

Nada más supieron de Félix, aparte las noticias, secas y terminantes que los diarios registraron, a guisa de ilustración, durante algunos días. Félix padecía de manía de persecución y delirio de grandeza, se creía un nuevo redentor de la Humanidad y víctima, por consiguiente, de los poderosos de la tierra. Permanecía recluso en la Salpe trière, mientras su familia disponía lo necesario para reembarcarlo con destino a Chile. Nunca se le nombraba. En Los Rosales se hablaba de "él" y ya se sabía demasiado quién era.

—Cuando "él" llegue—decía—iré a encontrarle a bordo ¿no?

—Sí, Anita. Yo iré contigo...

O bien:

—Estas eran las rosas que le gustaban a "él". Yo me las llevaré. ¿no te parece?

—Cómo no, Anita.

—¡Ah! voy a conocer sus pensamientos...

—¿Sus pensamientos?

—Sí, los que "él" cuidaba en el Manicomio. Yo le ayudaré ahora a cuidarlos...

Mediaba ya el invierno. Las últimas golondrinas habían emigrado definitivamente hacia el norte y hacia la costa tras de climas más templados. Como siempre que no habían podido ir a Los Rosales, aquella noche Joaquín llamó por teléfono para preguntar por la salud de Anita. José Antonio creía que ya iba a despedirse y se preparaba para colgar el fono cuando su amigo le preguntó:

—¿Te acuerdas tú de un refrán que

—Sí. ¿Y qué hay con eso?

dice: una golondrina no hace verano?

—Que mañana vamos a ver cumplido ese refrán.

—¿Cómo? ¿Qué?...

—Mañana llega la Golondrina.

—¡Eres un gran truhan!

—Por mi honor. Te lo advierto para que te prepares.

—Gracias por la noticia. Aunque ya, como sabes...

—Sí, hombre, sí. ¡Hasta mañana!

A través de la distancia envió Joaquín una franca risotada, que desconcertó a José Antonio, pues se quedó sin saber, realmente, si se trataba de una broma. Anita, observando su perplejidad, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Ese loco de Joaquín que me ha dicho una cosa...

—¿Qué?

—No vayas a reírte. Que mañana habrá vuelto la Golondrina.

Anita se quedó seria. Después, se enrojeció, se demudó y los ojos le brillaron.

—Debe ser cierto,—dijo.—¡Están pasando tales cosas desde hace algún tiempo!

A José Antonio le habría sido difícil decir si la noticia le era agradable o no. Pero lo que hay de cierto es que la velada de esa noche en Los Rosales fué mucho menos triste que cuantas venían sucediéndose desde mucho tiempo atrás.

De pronto ella, que cosía sus vestidos de promesa, interrumpió la labor. Con la aguja sobre el labio, miró un instante hacia la ventana. Después dijo, encarándose con su hermano:

—Dime, José Antonio: ¿tú la quieres todavía?

Hacia largo rato que no hablaban de Graciela, pero él no tuvo que hacer el menor esfuerzo para adivinar a quién se refería su hermana.

—No sabría decirte,—contestó.

—Tú no me has mentido nunca, José Antonio. Dime la verdad.

—Anita...

—Pregúntaselo a tu corazón, y dímelo, yo necesito saberlo.

—¿Para qué?

—¡Ah! cosas mías... Pero dime, ¿la quieres todavía?

Y después de una pausa en que José Antonio pareció realmente interrogarse a sí mismo, respondió con voz confidencial:

—Sí, Anita, la quiero todavía. ¡La querré siempre!

TERCERA PARTE

Cautiva

I

Temprano preguntó Joaquín a Los Rosales si no querían acompañarles a la estación a recibir a la Golondrina, que llegaba esta vez del otro lado de los mares. José Antonio pretextó una diligencia urgentísima; pero rogó, en cambio, a Anita, que fuese. El ardía en deseos de ver a Graciela. Estaba seguro de que la encontraría más bella, y seguro también de que, en cuanto estuviese a su lado, ya él no volvería a ser dueño de sí mismo. Por esto, y en obediencia al plan de conducta que ya se había trazado, y que se obstaría en cumplir hasta lo último, montó a caballo y se encaminó al pueblo vecino, encargando a Anita saludase respetuosamente a la recién llegada y dijese a Joaquín que haría lo posible por alcanzar hasta Painahuén esa misma tarde. No fué. A medio día volvió de su diligencia y permaneció en casa, ansioso de ver llegar a su hermana que le traería noticias.

Anita no tenía, ciertamente, el ánimo para paseos; pero esperaba, por su parte, que Graciela le diese detalles para ella desconocidos acerca de la enfermedad de Félix, y había partido llevándose un gran ramo de violetas imperiales, de una variedad nueva que sólo aquel año había logrado tener José Antonio en su jardín.

Cuando escuchó venir el automóvil, el joven salió al camino y no fué poca su sorpresa al ver que venía completamente ocupado. Todos, a indicación de Graciela, habían querido acompañar a Anita.

—Acabo de llegar—se apresuró a decir José Antonio.—Si hubiera sido más temprano, de fijo que les encuentro en el camino...

Chela saltó del carruaje, y tendió al joven la mano, con franqueza, sin sombra de indecisión ni de jactancia.

—¿Cómo está, José Antonio!

—Señorita...

A él le latía el corazón; pero, con un poderoso esfuerzo de voluntad, aparecía sereno y sonriente.

—Usted no se digna ir a ver a las amigas que llegan. Tienen ellas que venir a buscarle...

—No se imagina usted cuánto he lamentado no poder ir...

Joaquín y Rosario descendían también, y saludaban.

—Anita—dijo el joven—aunque has pasado casi todo el día fuera, podrás decir si hay sitio en la mesa para tres personas más...

—¡No, no, de ningún modo!—replicó Graciela.—Si la humorada no era más que hasta llegar aquí... Ahora nos vamos. ¿No es verdad, Joaquín?

—Hay que irse, efectivamente.

—No puede ser, eso no puede ser—afirmaba Anita.

—Yo mando guardar el automóvil—insistía José Antonio.

—Una transacción, entonces—apuntó Rosario.

—Ya sé,—dijo su marido,—que se quede Graciela, y nos vamos nosotros.

—¿Por qué no se quedan todos?

—Eso no es posible, Anita, y por eso proponemos esa transacción.

—Si es así...

José Antonio se mantenía a la reserva. Graciela no dejó de observarlo, y manifestó que todos parecían de acuerdo en la solución menos el dueño de casa.

—El que calla otorga, señorita—replicó él.

Después de un rato de charla, Joaquín y Rosario se despidieron, y los jóvenes pasaron al comedor. Se habló sobre todo, de Félix. Era el único que faltaba de los cuatro que, la víspera de la partida a la capital, habían pasado horas tan hermosas y tan placidas en aquella misma casa, y le tenían presente por el recuerdo. La imagen y el nombre de Félix ponían una atmósfera de intimidad y de efusión en-

tre los tres, haciendo desaparecer el embarazo a que podía haber dado lugar lo repentino de la presencia de Graciela. Ella contó que había notado un poco raro a Félix, pero que no le llamó la atención este detalle, porque ya le conocía tanto y nunca le vio de otra manera, un poco divagador y filosófico.

—Me habló de Los Rosales—agregó, como si pesara las palabras—y me dijo unas cosas que no puedo repetir ahora, y que acaso no pueda repetir jamás.

Y terminó asegurando que en toda su opinión formada que Félix curaría, mediante un régimen apropiado, pues, como la de su madre, su locura parecía tener por origen cierta debilidad de los centros nerviosos. Anita, aunque ya le había oído las mismas expresiones, la escuchaba de nuevo con avidez, y apenas la vio callar le reiteró una petición que ya le hiciera, en casa de Joaquín, aquella tarde.

—Usted va a escribirles, ¿no? Yo no las conozco; pero ellas saben que Félix es mi novio, y que esperaba volver para presentarlas a ellas...

Se refería a la familia a cuyo lado había vivido Félix hasta el día de su partida a Europa: la abuela, unas tías y unas hermanas que sentían una ternura casi idolátrica por él.

—Sí, Anita, voy a escribirles en seguida. La voy a poner a usted por las nubes, como se merece. Les diré que es usted un dije, una monada, y que usted necesita saber todos los detalles de la enfermedad de Félix...

—¿Graciela, qué buena es usted! Ella sonrió con cierta filosofía. Golpeó el mantel con la servilleta, distraída, y dijo, sin levantar los ojos:

—¿También pensará lo mismo su señor hermano?

—Exactamente lo mismo, señorita, —respondió él, sin inmutarse.

A ella le había chocado ya aquel tratamiento cortés, que le parecía anacrónico, ahora que eran, podía decirse, viejos amigos. Pero no se atrevió a llamarle la atención y se propuso ver cómo y en qué circunstancias volvía José Antonio a dirigirse por su nombre o por el diminutivo de su nombre. El, encontrando que había sonado demasiado seca aquella frase, le añadió algún comentario.

—En nada—dijo—estamos jamás en desacuerdo Anita y yo.

Ella, interrumpiéndole casi, discreto.

—Anita me quiere...

—Y yo también.

Lo había dicho con tal naturalidad, con frialdad casi, que Graciela estuvo a punto de desconcertarse. Nó, no era

ese el José Antonio que ella había conocido, el que no atinaba a hablar en su presencia, y que, en una noche de una, bajo los árboles del jardín, le confesó llorando que la amaba... Nó, ese muchacho inteligente, pero algo rudo, se había ido para dejar lugar a este mozo serio y discreto que le decía quererla, con la sencillez con que se declara a un amigo que se le estima. ¿Había aprendido José Antonio a hacer la comedia de la vida social, o acaso no la amaba ya?

Cuando llegó el momento de partir, José Antonio salió a hablar con el chauffeur, y las dos jóvenes quedaron un instante solas.

—¿Cómo lo encuentra a mi hermano?

—No sabría decirle. No es el mismo.

—Es que ha sufrido mucho.

—¿Para bien o para mal?

—No sabría decirle yo tampoco.

José Antonio quiso darse el lujo de gobernar él mismo. Había aprendido a hacer proezas en su máquina, y por lo demás, conocía el camino como el corredor de su casa. Ya instalados, Graciela le recordó con coquetería que aquella adquisición era obra suya.

—Sí,—dijo Anita,—se pusieron de acuerdo para hacerme la jugada.

—¡Oh, sabe usted elegir, señorita!

—Al menos, automóviles.

—A esos me refería, no a otra cosa. Este me ha resultado un aparato de primer orden. No tengo queja de él. Ya ve usted, Anita, que era tan refractaria a los automóviles, hoy ya no quiere andar en coche... ni a caballo...

—Sí yo le decía, ¿recuerda, Anita?

—Es que he leído y he oído contar tantas desgracias que han pasado...

A aquella hora la carretera estaba desierta, y José Antonio creyó oportuno imprimir una buena velocidad a la máquina. En su asiento las mujeres se estrechaban, gozosas de ir en medio de la noche, zigzagueando por el camino, contra la tierra y contra el viento, en aquel magnífico faetón de metal y de caucho, que con su fanal deslumbrador parecía un gigantesco monstruo que tuviera un solo ojo inmenso en mitad de la frente.

—¿Qué tal la prueba?—preguntó José Antonio, cuando llegaron al fin.

—Admirable. He tenido un acierto que ya quisiera tener para todo...

—Me alegro mucho, señorita. Demás me parece decirle que está a su disposición, que es suyo...

—¡Vaya! Gracias...

Y acercándose a él mientras franqueaban la puerta, le inquirió:

—Al fin no lo bautizó usted.

¿él que había pensado más de una

vez en ello, repuso con un tono de sinceridad insospechable.

—¿Podrá usted creer que ha sido una distracción?

Dos veces habló José Antonio de retirarse, y las dos veces se opusieron a una Joaquín, Rosario y Graciela. Preciso es decir que, en el fondo, él no deseaba otra cosa que permanecer allí. Pero se sobreponía a su deseo y hasta se permitía manifestarse impaciente. Argüía que Anita estaba delicada aún y que el aire demasiado fresco de la noche podía sentarle mal. Picarescamente, Graciela le objetó:

—Bueno: transacción otra vez. Váyase usted y que se quede Anita.

Sin pizca de emoción, levantándose ya como para despedirse, él replicó:

—Como le parezca a Anita.

A Anita le pareció que había que irse, y se fueron. Ella ocupó el asiento delantero para poder conversar cómodamente.

—Dime, José Antonio. ¿Por qué estás así? ¿Cómo dijiste que la querías aún?

—¿Que si la quiero? La adoro más que nunca... Pero no quiero que vuelva a divertirse conmigo.

—José Antonio...

—Félix lo sabe, Anita. Ella es la única mujer por quien he llorado, pero esa es una lección que una vez aprendida ya no se vuelve a olvidar.

—Hoy me habló de tí.

—¿Qué te dijo?

—Que te encontraba distinto. Que no sabía lo que pasaba por tí.

—Bueno, bueno... Mira, Anita, hazme el favor, si me quieres, y quieres verme alguna vez felíz, no le digas nada de mí, contéstale con evasivas, dile que no sabes nada, que yo no te cuento nada... ¿eh?

—Bueno, José Antonio.

—Por nada de este mundo le vas a decir que yo me preocupo de ella. Ya ves; yo soy atento con ella todo lo que se puede ser, pero nada más.

El dolor había afinado y afirmado la voluntad en aquella naturaleza viril, quitándole lo poco que, según él, le quedaba todavía "de niño". Nunca había él simulado sentimientos; pero ahora se sentía capaz de ser un perfecto cómico, de llegar hasta el sacrificio a trueque de hacer comprender a aquel adorable ser, que ya no era para él la misma persona y que si sentía el ansia del homenaje a su belleza, bien podría ir a buscarlos a otro sitio. Hacía tantos meses que venía engañándolos a todos, hasta a su propia hermana, que no le fué difícil llevar la simulación un poquito más allá y clavar, al fin, la daga en el corazón de Graciela.

No podía él ignorar que se las había con un adversario hábil que en cuanto sospechase la falsedad de su actitud, volvería a cobrar sus antiguas posiciones. Pero tampoco ignoraba que era aquella para él una partida decisiva en la que, batiéndose a la desesperada, tenía que jugar el todo por el todo: si no lograba entonces aprisionar a la vagabunda golondrina, ya se habría ido definitivamente de sus manos...

—¿Cuándo vuelven?—había dicho ella, en el momento de despedirlos.

—Anita, cuando guste.

—¿Quieres que venga mañana?

—O pasado, o cuando quieras, Anita. Si a la señorita Graciela le agrada tu compañía...

—Pero ¿usted no viene, José Antonio?

—Haré lo posible, señorita. Nada sería más grato para mí. Pero no estoy seguro.

Fué, sin embargo, acompañando a su hermana; pero ahora no alternaba con ellas, como entonces, sino que las dejó en la sala con Rosario, y hablando de negocios, se dirigió del brazo de Joaquín hacia el corredor.

—Te conozco el juego, picaronazo —le dijo su amigo, palmoteándole el muslo.

—¿El juego?

—No te hagas el zorro rengo! Y no me parece mal la táctica que desarrollas...

—Explicáte, porque no te entiendo.

—Casi estoy por decirte que eres un mal amigo. ¿A qué viene seguir la comedia si ya estamos entre bastidores?

José Antonio no creyó prudente empecinarse, y confesó. Confesó que, en efecto, su dignidad, su mismo amor, su porvenir, le exigían adoptar ese procedimiento.

—Ya sabes demasiado bien lo que pasó. Yo era un niño en materia de amores. La vi y me enamoré como en las novelas, locamente, desesperadamente. Y ocurrió lo que era justo que ocurriera. Hastiada de homenajes brillantes, ¿qué podía importarle el homenaje de un corazón de campesino, sin más valor que su salvaje pureza? Mientras que ahora...

José Antonio se calló y tuvo un gesto de represalia. Sa hallaba capaz de todo, y le pedía a él, a Joaquín, y a su mujer, que le ayudaran. Porque, eso sí, aunque no consiguiera hacerse amar, conseguiría por lo menos que Graciela no se fuese riendo de él...

—¡Bravo, muchacho! Así me gusta...

—Y dime, ¿por qué ha venido en

esta época al campo? ¿a qué se debe su viaje?

—Sabes de los quebrantos de fortuna de don Javier, que ha estado a punto de quedar en la calle.

—Sí.

—Don Javier no quiere que Graciela se imponga de ciertos detalles dolorosos que podrían producirse...

—Sí.

—La salud de Chela tampoco es buena ahora. Aquí la haremos reponerse. ¿No lo has notado tú?

—Sí, sí...

—Además, Graciela, que es una mujer sin disputa inteligente, ha debido sufrir con lo de ese imbécil de vizconde...

—Ya estaban comprometidos, ¿no?

—Tanto como eso, no. Pero ella asediada por sus relaciones y deslumbrada acaso por los pergaminos, parecía dispuesta ya a llegar al compromiso...

—Sí.

—En este momento te estás vendiendo, José Antonio. Te lo advierto para que nunca pongas esa cara cuando estés delante de ella.

El sonrió, como sonreímos cuando nos escuece una herida, para engañar el dolor.

—¿Te acuerdas.—dijo—de la noche que tú llegaste al hotel y yo soñaba?

—Sí, me dijiste: "Señor vizconde de Arno, ¡sois un mal caballero!"

—Soñaba con él; yo era Fausto, Graciela Margarita y él Mefistófeles; ¡Imagnate!

—Bueno, pues, yo haré de Mefistófeles ahora. Anda, vé, háblala, y ríndele a tus pies!...

Solo un momento estuvo José Antonio en el salón, y no habló sino de cosas triviales y sin interés particular para nadie. Al despedirse, Anita, alocionada de antemano, invitó a Graciela a Los Rosales para el día siguiente.

—Qué dice el dueño de casa,—objetó ella.

—Ya sabe usted, señorita. Mi hermana y yo, siempre de acuerdo.

Así conseguía que ella fuera a Los Rosales, sin que él apareciese teniendo en ello el menor interés.

II

Era invierno y el campo estaba triste. Sucediábase casi sin interrupción los días de tiempo acuoso, de niebla, de llovizna. Los caminos estaban encharcados y sólo el cumplimiento de alguna obligación podía hacerlos transitables. La tierra, como las mujeres, se pone fea en el período de la fecun-

dación. Pero, aunque sea verdad que una golondrina no hace verano, aquella dulce Golondrina de la ciudad, aquella Graciela que aparecía por la provincia en pleno invierno con todo el prestigio de su juventud y de su casta, era un rayo de sol hecho mujer, un anticipo cierto de la primavera. Florecían para ella Los Rosales, y los campesinos, al verla pasar triunfante en su belleza y en su lujo, alzaban las manos con un gesto inconsciente de bendición: daban gracias a Dios, que aún no había proscrito de la vida la alegría, ni la negaba a sus miradas de adoración y de humildad.

Nada sabían ellos del proceso íntimo de sus vinculaciones con Los Rosales. Pero, así que la vieron volver y pasar siempre por el camino que unía a los dos fundos, y alternar siempre con la señorita Anita, dijeron que era la novia del patrón, idearon el idilio y lo hicieron remiatar, naturalmente, en boda. No pocos comentarios rodaban entre el poboerío de las haciendas. Su instinto les decía que aquel regreso de la Golondrina era buscando la pareja para formar el nido. Y como la veían buena y afable, como venía a aligerarles la visión penosa de sus horizontes campesinos siempre iguales, grises siempre, se alegraba: de la suerte del patrón, que era todo un hombre también y que necesitaba, para completar su vida, de una compañera así. Francisca, munida de su autorización de vieja sirviente, se encarró un día con Anita para preguntarle por la fecha cierta del matrimonio.

—Mujer,—le contestó ella,—si no hay nada de eso...

La buena vieja sonrió con incredulidad, mostrando las encías desiertas.

—No puee ser, señorita. Si too el mundo lo asegura.

—Pero ¿no sabes lo que es la gente? Yo misma me alegraría mucho si eso llegase a suceder, pero te garantizo que todavía no hay nada...

Francisca se retiró moviendo flosóficamente la cabeza. El ruido de sus chancletas parecía poner un comentario irónico a las palabras que acababa de oír. Cuando volvió José Antonio de sus faenas, Anita le contó su conversación con la sirviente, y el joven, con una leve sonrisa bajo el bigotillo conquistador, repuso solamente:

—El vulgo suele acertar... Pero, por esta vez, lo veo difícil.

Aquel día era el fijado por Graciela para hacerles una visita; pero como amaneciera el día muy lluvioso, ella se excusó por el teléfono, diciéndoles que si el tiempo mejoraba, si el cielo

se abría, no les libraría de su odiosa presencia. Era ya más de medio día, y seguía el horizonte cerrado y cayendo sobre los campos una de esas lluvias finas, espolvoreadas, que flotan y vuelan y contra las cuales no hay paraguas posible. Anita había hecho encender la chimenea y Francisca, recordando sus buenos tiempos, había preparado unos buñuelos en almíbar, que los jóvenes encontraron deliciosos.

—El tiempo me ha arruinado el programa,—exclamó José Antonio,—mirando hacia afuera por la ventana y tamboreando en los vidrios con las yemas.

Lo sentía de veras, y allí, en intimidad con aquel ser a quien no ocultó nunca sus pensamientos, no se daba el trabajo de disimular. Sus ojos melancólicos seguían la franja tortuosa del camino, hasta donde la perspectiva lo cerraba, y el resto del viaje lo hacía su imaginación galopando bajo la lluvia menuda hasta la puerta de una casa de campo en donde acaso se le estaría esperando... ¿Por qué no?

Anita tuvo un pensamiento feliz.

—Ya parece que Chela no vendrá,—dijo.—¿Enviémosle un mensaje?

—Siempre que sea a tu hombre...

—Qué terco eres.

—No me comprendes, Anita: no es terquedad, es diplomacia. Ya verás bueno... Y ¿cuál sería ese mensaje?

—Un ramo de violetas de esas imperiales, que están tan lindas.

—No me parece mal. Así la obligamos a que se acuerde de nosotros.

Dirigieronse al jardín, pero estaba todo tan húmedo que tuvieron que calzarse los impermeables y los chancos de goma. Anita tenía ya formado un gran ramo de violetas de un azul levemente morado, cuando su hermano la llamó:

—Anita, ven. Ven a ver...

En una estufa acababa de abrir una magnífica rosa granate vetada de crema. ¡Su rosa! Parecía ofrecerse como se ofrece una estatua, pura en la desnudez de sus encantos.

—Qué preciosidad.

—¿Se la mandamos?

—¿Y por qué no vamos nosotros a dejársela?

—Eso no puede ser...

Llegó en aquel instante a sus oídos el timbre trémulo y alarmante de la campanilla del teléfono, y José Antonio acudió al aparato... Era ella.

—Todo el día hemos estado esperándola...

Ella se disculpaba con el estado de la atmósfera.

—En este momento nos preparábamos para enviarle un mensaje... Co-

sas de Anita, ¿sabe usted?

—¿Un mensaje?

—Sí, un ramo de violetas dobles, de esas que tanto le han llamado la atención a usted... Pero aquí está Anita. ¿Quiere hablar con ella?

—Me es igualmente grato con usted.

—Gracias.

—Dígame, José Antonio, ¿por qué no vienen ustedes mismos a dejar ese mensaje? En el automóvil están aquí de un vuelo.

—No tenemos la menor idea de salir. Este tiempo es una cosa horrenda. Pero si Anita quiere...

—Anita querrá si quiere usted. Decida.

El vacilaba. En voz alta preguntó, para que "ella" oyera desde allá, "¿vamos, Anita?" La dulce niña se apresuró a responder afirmativamente, como si ella fuera, y no su hermano, el principal interesado. Y el viaje quedó decidido...

—¿Por qué no le llevas la rosa?—dijo Anita a su hermano, en los momentos de emprender la marcha.

—Déjala, está bien allí. Tú vas a referirte a ella, delante de Graciela, y lo demás lo dejas por mi cuenta...

Ocurrió como él se lo había imaginado. Anita contó, como una novedad dentro de la estación, que en casa había abierto una magnífica rosa granate, de una especie que no florece antes de fines de primavera. Graciela, que acababa de prenderse al pecho un ramillete de violetas, no pudo sofocar un leve suspiro.

José Antonio, que con el oído alerta aguardaba ese momento, se volvió para preguntarle:

—¿Le interesaría a usted?

—Lo decía por el juego que habría hecho el granate con el violeta...

—Ah,—exclamó él, con visible desganó.

—Por qué lo preguntaba usted? ¿No se puede saber?

—Porque nada sería más fácil que ir a traerla. La verdad, yo no me atrevo...

Hablaba sin afectación, muy serio, como si realmente creyera que Graciela podía tomar a mal semejante distinción.

—Sería demasiada molestia talvez...

—Puedo asegurarle que ninguna.

No hablaron más de la rosa. Pero minutos después, Graciela y Anita salían de la sala de recibio en que se hallaban todos y se dirigían al dormitorio de la primera. Con emoción que ya no tenía ningún interés en ocultar, Graciela tomó su secreter, lo abrió y poniendo ante los ojos maravillados

de Anita, entre otras reliquias, un montón de flores secas, descoloridas ya:

—Dígale usted a su señor hermano que no sea ingrato,—le dijo.—Estas son todas las rosas, de la cosecha del último verano...

Anita estaba tan conmovida como si fuera ella misma a quien se hacía objeto de esa deferencia, que su hermano ni imaginaba talvez. Con todo, no olvidó Anita las recomendaciones de José Antonio y, pudiendo haberse franqueado, pues la oportunidad era propicia, nada dijo que pudiera hacer sospechar a su amiga el verdadero estado de los sentimientos del joven. En cuanto a Graciela, ni siquiera se daba cuenta de hallarse en una de esas situaciones que su cultura y su trato social la hicieron siempre considerar ridículas o por lo menos cursis.

—Ah, él no ha podido suponer jamás,—dijo Anita,—que sus flores iban a ser guardadas como se guarda un tesoro...

Graciela cerró el secreter, y repuesta ya, no queriendo tampoco dar al incidente una importancia excesiva, pasó a otra cosa y contó a Anita que la víspera había escrito por fin una larga carta a la familia de Félix. Y hablaron una vez más del pobre enfermo, encantada Anita de que su amiga, a quien se creía tan enamorada de sí misma, prestara una atención tan cordial, tan efusiva, a su dolor. Ya por el camino de las confidencias, Graciela hizo también las suyas y expuso melancólica su vida, contó su penita oculta y convenció a Anita de que no era oro todo lo que relucía en esas existencias brillantes que daban derecho a tantas para ponerse envidiosas. Se refirió a las horas vacías, a los días que no hay con qué llenar, a la sed de ideal de los corazones que no encuentran delante de sí más que el sordido interés sensual o material y que languidecen en un desencanto prematuro.

—¿No amaba, pues, usted a...?

Anita no se atrevió a terminar la pregunta, pero Graciela, adivinando demasiado a quien iba a nombrar, le dijo:

—Al vizconde de Arho. Era un hombre fino, distinguido, irreprochable. Pueda ser que, por aburrimiento, hubiese llegado a casarme con él... Se tiene a aquellas alturas un concepto *tax especial* de la vida. *Tax especial*... y tan falso,—terminó.

Gritos sonoros las llamaron desde el corredor. Joaquín, en són de dueño de casa, voceaba:

—Se prohíben los conciliábulos aquí. Al chocolate!

Mientras se servían la espumante bebida, deliciosa siempre, pero más deliciosa en aquel día frígido y húmedo, ante las lágrimas del cielo que corrían a lo largo de los vidrios, junto al fuego del hogar, Anita había tomado su partido, y habló valientemente:

—Vamos a ver, una humorada. ¿Quién es capaz de acompañarnos a casa?

—Pero, niña, ¿con qué objeto? replicó Rosario.

Rosario se había puesto remolona como todas las mujeres que han sido muchas veces madre y han aprendido a apreciar el valor de la vida conyugal. Había engordado demasiado, por otra parte, y para ella, salir inopinadamente de casa, significaba una locura sin nombre.

—Desde luego, hay un objeto—repuso Anita, resuelta a triunfar de todos los obstáculos.

—¿Cuál? Dílo...

—Que Graciela se traiga la rosa que le teníamos destinada...

Todos, con excepción de ella y de Graciela, sonrieron con malicia. Anita empezaba a desconcertarse.

—Tarde piace, hermana,—le dijo José Antonio y miró a Rosario, que ya se levantaba.

Todos siguieron con la vista sus movimientos. Del aparador extrajo Rosario un vaso, que exhibió ante todos, y en él aparecía, radiosa como una llama que se hubiese cristalizado, opulenta, deslumbradora, la gran rosa granate. Todo lo comprendieron entonces ellas, y Graciela pagó a José Antonio aquella gentileza con la más encantadora de sus sonrisas. Temblábale la mano, acaso a pesar suyo, cuando clavó la flor entre las violetas del ramillete que llevaba al pecho. Ella habría deseado inventar una salida ingenua, dar con la frase ligera y voluble que, en otro tiempo, no tardaba en asomar a sus labios; pero todos sus esfuerzos en ese sentido fueron vanos. Y es que ya su corazón no estaba libre ni podía por consiguiente, su palabra, responder en todo instante al llamamiento de su voluntad.

—¿Insiste usted, Anita, en que la acompañemos?—le preguntó Joaquín.

—Insisto—dijo ella—porque no está cumplido más que uno de los objetos del viaje...

—¿Hay otros, pues?

—Sí.

—Cuáles, por ejemplo.

—El más sencillo de todos: darnos a nosotros un gusto.

—Esta Anita, No tiene precio para abogada de causas perdidas...

—Perdidas, nó, ganadas—objetó

Graciela.—Porque yo, por lo menos, voy con ellos...

—Eso ya se sabía—exclamó Joaquín.

—No les acompañaré hasta Los Rosales, agregó ella, sin desconcertarse, —pero daremos una vuelta en automóvil, y será lo mismo... ¿No se oponen usted?

Y miró fijamente a José Antonio.

—¿Yo, oponerme? Qué ocurrencia.

Se hubiera dicho que el día no aguardaba más que oír esto para abrirse. Cesó de espolvorear la lluvia. En las alturas sopló un viento que hizo desgreñarse las nubes y un rayo de sol, de sol de tarde, refractando gloriosamente en los vidrios todavía húmedos, invadió el aposento.

—Salud,—le dijo Graciela, con entusiasmo.

Y el rayo de sol desapareció, obstaculizado por alguna nube inoportuna. Iba ya a subir al automóvil, cuando desde la puerta Joaquín les llamó la atención con un grito:

—Miren, miren!

Hacia el lado de la cordillera, manchaba el cielo un prisma gigantesco.

—El arco iris!

—No se vayan todavía,—les pidió Rosario, a cuyo lado los niños, gozosos, se preparaban a disfrutar de un espectáculo que les parecía maravilloso.

Aguardaron unos minutos más, y el arco iris, nítido, distintamente trazado a ras del firmamento, les ofreció el encanto de sus siete franjas de colores.

—Qué lindo. Qué lindo!

El automóvil avanzó como si pasara bajo un arco de triunfo...

III

Siguiéronse varios días de lluvia, continua, y la comunicación entre Los Rosales y Painahuén se redujo a la que podía brindarles el teléfono. José Antonio, aunque no saliera de casa sino lo estrictamente necesario, se negaba a menudo, encargando a Anita decir que estaba afuera. No podía ocultársele cuánto había ganado en el afecto de Graciela, pero no estaba seguro todavía de que una nueva separación, un nuevo alejamiento de los dominios campesinos en que él era amo y señor, no tuviera las mismas penosas consecuencias de antes. Y por eso persistía en mantenerse a la defensiva, preparándose contra cualquier evento.

Sentado, casi tendido, en el sofá de la sala, fumándose un cigarrillo, asistía a los diálogos que sostenía su hermana, tres y hasta cuatro veces al día,

por teléfono. Por las respuestas y las réplicas de Anita adivinaba él sin gran trabajo la parte de conversación que correspondía a Graciela, quien, sin sospechar que él estaba a un paso del aparato, hablaba con toda la llaneza que acostumbraba siempre con su joven amiga de Los Rosales. Su posición estratégica era envidiable y él se hallaba resuelto a sacar de ella todo el provecho posible.

Por fin, una mañana el cielo se presentó claro y el sol, radiante como si gozara de poder atravesar con su luz una atmósfera transparente, prometía un día encantador. Muy temprano comenzó a funcionar el teléfono. Chela anunció que tenía muchas y muy buenas cosas que contar y que en seguida se pondría en marcha para Los Rosales, a cumplir con un compromiso que sólo motivos ajenos a su voluntad mantenían pendientes. Galantemente José Antonio le ofreció mandarle su automóvil, y ella aceptó.

—¿Será mucha exigencia pedirle que venga Anita?

—Yo creo que no. Si ella quiere...

—Pero, una cosa, José Antonio. Tiene usted que destinar a la visita todo su día... Ya sé que se ha puesto usted muy salidor, pero hoy tendrá que hacer una excepción.

—Hoy será un día extraordinario.

Anita fué a buscar a su amiga a Painahuén. De regreso, durante el trayecto, le contó Graciela que la familia de Félix le había contestado una larga carta, llena de expresiones cariñosas para la prometida de ese pobre niño. Para evitarse palabras, y cierta de que Anita agradecería más una impresión directa, le entregó la carta, que la gentil criatura leyó con emoción, sin poder contener las lágrimas cada vez que daba con ciertas referencias demasiado tiernas para el enfermo. Dos veces la recorrió, como si quisiera dejársela grabada en la memoria, y al terminar, dijo a su amiga suspirando:

—Me queda poco tiempo en Los Rosales.

—¿Por qué?

—Ya sabe usted que José Antonio me ha autorizado para ir a cuidarle...

—Ah, de veras... Y si ya se ha embarcado, antes de mucho tiempo estará en Chile.

—Si no ocurre ningún accidente.

—Dios no ha de querer que ocurra. Anita. Por lo pronto ya cuenta usted con las simpatías de toda la familia...

—No sé por qué me dice el corazón que cuando me vea sanará.

—Ay, ojalá... La ha querido a usted tanto!

Guardaron silencio. Ambas pensaban, ambas divagaban. El día estaba hermoso, la mañana casi tibia, el cielo azul, la cordillera blanca de nieve. Pero a ninguna de las dos las atraía el paisaje, hundidas como iban en meditaciones que tenían mucho de recuerdo y mucho de ilusión. Las desinteresaba el espectáculo de la vida exterior, y miraban hacia adentro, hacia lo íntimo de cada una...

José Antonio las aguardaba de pie en el umbral.

—Buenos días, señorita.

—José Antonio... Ha hecho usted por mí el sacrificio de quedarse en casa.

—No, señorita, tratándose de usted no es sacrificio.

Ella había acabado por reparar en que él persistía en llamarla "señorita", y aquel tratamiento, tan cortés, la molestaba.

—No me diga "señorita", José Antonio, porque me obligará a llamarle a usted "señor"... Ni que nos hubiéramos conocido sólo ahora.

El inclinó la cabeza, dando a entender que había procedido así en la inseguridad en que estaba respecto al tratamiento que a ella le agradaría más.

—Es mejor pecar de corto que de largo... murmuró a tiempo que penetraban a la sala.

Se había impuesto tal voluntad de dominarse, que pudo seguir desempeñando su papel. Hizo el dueño de casa con cortesía, con afabilidad, pero nada en él revelaba otra cosa que una atención muy natural en una persona culta para con quien viene a honrarle con su visita. Graciela acabó por convenir en que el gesto de la otra tarde, la sorpresa de la rosa no había sido un rasgo de enamorado sino una simple y delicada fineza de amigo.

—¿Y cuáles son esas noticias, señorita... digo, Graciela? También los hombres tenemos derecho a ser curiosos...

—Buenas y malas, señor... digo, José Antonio. Félix se viene ya para Chile, es decir, lo traen... Y eso significa que tendrá usted que quedarse solo.

Anita miraba con dolorosa ternura a su hermano. El dijo:

—Lo siento, como lo sentirá Anita. Pero el deber no es más que uno... Y el de Anita está al lado de su enfermo.

—José Antonio...

—Pero preguntó él—¿está mejor ese niño? ¿Dan esperanzas?

—Sí, su familia ha recibido buenos

informes. Ya ha pasado el período del delirio...

No dejó de comprender José Antonio cuánto sufría Anita con esos detalles, y desvió el rumbo de la conversación, inquiriendo otras noticias.

—Ah, ¿no saben? Tenemos casamientos...

—¿Quiénes?

—Mi prima Rebeca.

—¿Su prima? ¿Se casa su prima?

—¿Con quién?

—Adivinen ustedes. A la una...

José Antonio dijo, por decir algo, como quien da paso a una humorada:

—Con Miguel.

—Usted lo sabía!

—Le juro que no. Si todavía me parece imposible...

Anita se había interesado en el caso

—¿Con Miguel?—preguntó.

—Con él mismo. Son esas cosas que sólo pasan en Santiago. Al muchacho, que ya es diputado, le dijeron: "Es necesario que te cases". Y él asintió. "Cásate con Fulana", le agregaron. Y él, que no ha dado al matrimonio mayor importancia que a su diputación, respondió: "Bueno". Se irán a Europa a pasar la luna de miel y después... quién sabe lo que podrá pasar.

—Sabrosa está la crónica, Graciela. ¿Hay más?

—Papá me ha escrito cuatro letras. Como siempre, el Ministerio está en el aire. Pero esta vez parece que cae definitivamente y que papá será encargado de organizar el nuevo Gabinete.

—¿Cómo?—dijo José Antonio, que no había sido nunca muy afecto a la política, pero a quien algo se le alcanzaba de las ideas imperantes.—¿No está actualmente la alianza en el Gobierno?

—Creo que sí.

—No comprendo, entonces... Don Javier es de los liberales de buena cepa, de los teñidos.

—Yo no sé qué será papá. El caso es que se ha formado una nueva combinación de la que forman parte qué sé yo qué partidos y en la que le ha correspondido a papá todo el manejo. Pero en fin, estas son pesadeces... ¿Hablemos de otra cosa?

Hablaron, en efecto, de muchas otras cosas menos insubstanciales que la política al día. Como el tiempo siguiera hermoso, Anita, que ardía en deseos de procurar un acercamiento entre aquellos dos corazones que no esperaban más que una palabra para empezar a entenderse, les hizo de pronto una proposición.

—Voy a decirles una cosa, pero los

dos tienen que comprometerse de antemano a decir que sí.

—Pero, Anita.

—Si no es nada malo...

—¿Pero yo iba a proponerles algo malo? Gracias.

—Perdona. ¿Qué ibas a proponer?

—¿Aceptan de antemano?

Hubo una pausa: Anita insistió.

—¿Acepta usted, Graciela?

—Sí,—dijo ella, decidiéndose a todo.

—Ya no hay manera de ser cobarde José Antonio. Dí que sí.

—Aceptado.

—Bueno. Mientras yo me ocupo del amuerzo, ustedes se van a pasear en automóvil...

Y sin darles tiempo para protestar, agregó, mirando el reloj:

—Tienen hora y media por delante. Ya está. Se fueron...

—Te has puesto mala, Anita...

—Hay que ser de palabra, José Antonio.

Venían ya de vuelta y apenas habían cambiado unas cuantas frases sueltas, a propósito del día, que estaba realmente delicioso, o del paisaje que se presentaba admirable en la claridad de la mañana. No hacía frío, soplaban una brisilla suave y el sol comunicaba a la tierra un bienestar como de convalecencia. Abríase el camino, por entre los potreros, muy húmedo todavía y lo que era peor, atravesado de charcos. Los árboles brillaban al sol, dejando caer por las puntas de las ramas gotas lentas y tardías. Al fondo, más allá de la montaña blanca, blancos también, los cúmulos competían en limpieza con el azul del cielo. Silenciosamente, por el cajón del valle, arrastraba el estero su caudal de aguas rojizas.

—¿Más ligero? ¿más ligero?—había preguntado de cuando en cuando José Antonio.

—Nó, nó, basta—contestaba ella, que no veía la necesidad de ir muy a prisa.

Pero él tenía el demonio de la velocidad en el cuerpo, y sin que Chela lo observara, iba paulatinamente aumentando aquella. El paisaje desfilaba, locamente, a ambos lados. Ella no veía ya nada, y sintió la necesidad de apearse al cuerpo de su compañero que, con los ojos fijos en el camino, parecía no advertirla ya.

El automóvil volaba. Magnífico 40 H P., orgullo de su dueño, respondía fielmente a las incitaciones de aquella mano que le era tan conocida! Como era temprano aún, pocos se aventuraban por la carretera, y el tránsito no ofrecía peligro alguno.

Una que otra vez hubo necesidad de apelar a la bocina.

Bien pronto dejaron los dominios de la hacienda y se hallaron en el fondo mismo del valle. El camino seguía allá, orillando el collado, entre la línea férrea y el estero que venía hecho un brazo de mar. Las aguas turbias de color de greda, espumajaban dejando aparecer, de cuando en cuando, trozos de árboles, haces de plantas acuáticas, toda una vegetación subrepticia barrida por la corriente.

—¿Seguimos?—preguntó José Antonio.

—Mejor es que volvamos—dijo ella, observando que ya no era el mismo de antes el aspecto de la atmósfera.

El tiempo, en efecto, cambiaba. Comenzó a soplar el viento del norte y el cielo se cubrió en un instante de nubarrones oscuros. Iba a reanudarse la lluvia. Sonó un trueno lejano, luego otro. Gruesos goterones repicaron en el automóvil.

—Esto no es nada,—dijo él.

E hizo detenerse a la máquina para calarse los impermeables y la careta con ojos de cristal. Desplegaron también el toldo; y ya era tiempo porque, apenas habían partido, el agua cayó torrencialmente. La lluvia se había formalizado.

—Volvamos, volvamos...—decía Graciela.

José Antonio se decidió a volver, y sólo entonces pudo darse cuenta de la enorme distancia recorrida. Ni ella ni él habían sentido pasar, uno tras otro, los minutos, al compás de su marcha.

—La cuestión es llegar al puente—dijo él.—De allí, se puede decir que no hay más que un paso a Los Rosales.

Pero el puente estaba lejos, sin duda, porque aunque las ruedas chirreaban en la tierra fangosa y se comprendía que el automóvil iba azotando el agua, no se veía hacia adelante más que el camino, solitario, serpenteando paralelamente al estero y a la línea férrea abierta sobre el faldeo. De pronto, gritos lejanos, clamores extraños de voces humanas llegaron vagamente a los oídos de la pareja, dominando fuertemente el estruendo de la tempestad y la trepidación del automóvil. Se detuvieron para prestar atención.

—Que baja el estero! Que se viene el estero!...

Al otro lado del valle, en el faldeo opuesto, gentes desavoridas corrían, subían, se dispersaban, echando miradas hacia atrás, en dirección del estero. José Antonio lo comprendió todo al momento. Ahora que el automóvil no funcionaba, podía sentirse distinta-

mente el rumor de la avenida, un rumor sordo, monótono, pero cada vez más penetrante: el estero que se desbordaba, por fin, echando sobre el valle su carga de millones de metros cúbicos de agua con una violencia de veinte cataratas. Sin decir una palabra, cogió la manivela y el automóvil partió de nuevo; pero esta vez desatentado ya, puesto en ese minuto supremo en que se juega la vida, a la desesperada.

Graciela comprendió también la situación. Comprendió que no había tiempo para bajarse de la máquina y buscar la salvación en la fuga, porque siempre el agua avanzaría con mayor rapidez. El éxito de la aventura estaba, pues, en llegar al puente y atravesarlo antes que el agua azotase contra él, quizás para destruirlo. Y ahora no tenía miedo a la velocidad, no la sentía ya, hubiera deseado que el automóvil volara. No se atrevía a mirar, no quería siquiera pensar. Encogida, estrujando entre sus manos trémulas las violetas que le obsequiara Anita a la partida, ella, en el fondo de todo su terror, se daba tiempo aún para admirar a su compañero, tan sereno, tan dueño de sí, aún en aquella circunstancia trágica.

Pero el puente no se veía aún y a Chela parecía sentir, más recio que el estrépito de la lluvia y el jaleo de la máquina, el rumor de la avenida, ronco, amenazante, como el rugido de una fiera gigantesca. Le parecía aquello una pesadilla, de la cual iba a despertar de un momento a otro.

De pronto notó que el automóvil cambiaba bruscamente de rumbo. Sintió también que algo retumbaba bajo de ella. Entonces tuvo valor para mirar hacia adelante. Acababan de entrar al puente. Dió un suspiro de alivio. El puente, que terminaba al pie del cerro, desembocaba en el camino y el camino subía en línea recta, diez, veinte, talvez cincuenta metros. Era la salvación en efecto. Sin embargo, José Antonio no disminuía la velocidad de la carrera. Por el contrario, inclinado, inmóvil, parecía querer imprimir con su propio cuerpo mayor velocidad al aparato, que rodaba como nunca había rodado desde que saliera de la fábrica.

Chela dió un grito de espanto, saltó en su asiento y cedió a la tentación de mirar hacia atrás por la ventanilla circular. Había sentido un ruido formidable, un estruendo de catástrofe, y creyó que sería arrastrado en él. El estero, dejándose caer contra el puente con su enorme volumen de aguas, piedras y troncos, lo había derribado

y se lo llevaba consigo, como si fuera cosa de juguete, deshecho, destartado, los machones al aire... Pero ellos estaban ya en salvo, en lo alto del camino. José Antonio, deteniendo la máquina, se había descubierto el rostro. Estaba pálido y sudoroso. Ella se descubrió también.

—Ya no hay cuidado, amiga mía, —gritó él con un temblor nervioso en la voz.—Ya estamos del otro lado.

Ella sintió impulsos de abrazarse a él, de besarle en la boca con un beso muy largo, muy cálido, en que pondría toda la gratitud de una mujer enamorada. Ese era el hombre, el triunfador, tal como ella le soñaba, capaz de encarar el peligro y de vencerlo! El amor golpeaba desde hacía tiempo en aquel corazón, y la admiración acababa de abrirle de par en par las puertas.

—Estoy pensando, José Antonio— dijo por fin— estoy pensando con qué premiar su hazaña...

—¿Se burla usted?

—No, no, por Dios. No es cosa de burlarse ahora...

—Pues, amiga mía, si hay alguna hazaña, es de la máquina. Y vamos a premiarla ahora mismo...

—¿Cómo?

—Creo que se lo ha merecido.

Y del depósito de los repuestos, sacó José Antonio una placa de bronce, que en dobles mayúsculas decía: "Golondrina".

—Es usted rencoroso, José Antonio.

—No, es que se me había ordenado que esperase, y esperaba...

El automóvil, rudo corcel mecánico, parecía dispuesto a proseguir la marcha. Y abajo el estero, era como un monstruo que rabiara de impotencia ante la presa que se le escapó de entre las garras.

La tempestad seguía, y José Antonio, temiendo que su compañera sufriese demasiado la violencia de las emociones porque acababan ambos de pasar, le propuso reanudar la marcha.

—Ahora sí, ¿volvemos?

—Ya es tiempo, me parece.

Había en la voz de Graciela un temblor extraño y cualquiera habría notado fácilmente que le costaba articular las palabras, como si ellas se negasen a ser moduladas. ¿Eran todavía los efectos de su terror de un momento antes? Ni ella misma habría podido asegurarlo. Pero experimentaba ahora una sensación nueva de miedo, de placer, de angustia casi; al sentir tan cerca del suyo el cuerpo de su amigo y al verse sola con él en mitad

de los campos desolados por el invierno.

—Ya es tiempo de que lo bauticemos, ¿no le parece?—preguntó José Antonio, sin dejar de mirar hacia adelante.

—Sí, demasiado. ¿Cuándo lo podríamos hacer?

—Fije usted misma la fecha.

—Gracias. Ya se la daré.

Y callaron de nuevo, penetrados uno del otro, sintiéndose satisfechos, plenamente henchidos sus corazones con la delicia de ir muy juntos y muy solos. Llovía siempre, y la lluvia era, al salpicarles el rostro, embriagador rocío.

IV

—Pero si vienen empapados,—fue la frase con que los recibió Anita.

—Los impermeables sí, pero nosotros no.

—¿Traerán mucho apetito? El permiso fue por hora y media, y hace más de dos horas que andan fuera.

—Eso quiere decir que lo hemos pasado bien,—observó el joven.

—Ya me lo suponía.

José Antonio llamó al chauffeur para decirle que tuviese el automóvil listo por lo que pudiera ofrecerse, e hizo llamar a Marcos. El viejo servidor le dió noticias alarmantes respecto de la catástrofe, tanto que el joven se resolvió a partir de nuevo. Entendía él en toda forma sus deberes de gran terrateniente: era el señor en sus dominios, pero, llegado el caso, tenía que ser también su providencia.

—Que me ensillen el "Mulato".

—¿Vas a salir?

—Sí, Anita. No sé cómo estará esa pobre gente... Hay que ir a ver.

—¿Almorzarás primero?

—No, Anita. Mientras yo me llevo una cucharada a la boca, puede estar alguien muriéndose...

—¿Te esperamos?

—Menos todavía. Almuercen ustedes no más. Yo lo haré cuando vuelva...

Y dirigiéndose a Chela, que no había querido participar en el diálogo, le dijo:

—Ya ve, Graciela. Hay alguien que se opone a que pase en mi casa... Y en qué día! Pero me comprometo regresar cuanto antes.

—Lo único que siento es no acompañarlo...

—Gracias.

Cuando volvió de su pieza, ya preparado para los trabajos que acaso le tocaría desempeñar, ya estaban listos los caballos. Se despidió rápidamente, diciendo "sí" a todas las advertencias que le hacía su hermana y a galope

tendido tomaron él y Marcos el camino del estero. Un cuarto de hora después volvía el mayordomo a decir, de orden del patrón, que se pusiera en marcha el automóvil, y a llevarse algunos lazos. Ellas, que se habían ya sentado a la mesa, le exigieron detalles.

—El estero, patroncita, que ha hecha las mil y unas bellaquerías... Está aquello que da pena verlo.

Pidió disculpas, porque el patrón lo mandaba muy apurado, y partió de nuevo. Aquel peligro lejano puso una nota triste en el almuerzo. Anita sabía que su hermano no era un loco, pero sabía también que era valeroso y que por salvar la vida a un semejante, arriesgaría muchas veces la suya. Graciela, aún sintiendo mucho la ausencia de José Antonio en los momentos en que más vivamente deseaba tenerlo a su lado, se complacía en la actitud del joven y veía su figura rodeada de cierto prestigio de heroicidad. Había que ser bueno y noble para lanzarse así, a campo raso, bajo la inclemencia de los elementos, sin otra norma que la de un deber muy discutible, en circunstancias que llevaba el estómago vacío, y que se ofrecía por delante la perspectiva de un día excepcional...

Ausente y todo, José Antonio estaba presente en el pensamiento de las dos amigas. No se habló sino de él o a propósito de él, y hubo un momento en que Chela, a pesar de haberse resuelto lo contrario, no pudo seguir callando la aventura de la mañana y la narró a Anita con tono de admiración y gestos de entusiasmo, considerando que había sido una escapada, sí, pero debida sólo a la pericia y a la presencia de ánimo de José Antonio. En vez de tranquilizarla, esta relación puso a Anita más inquieta todavía. Aquel estero le daba miedo, aquel estero que se había llevado como una pluma un puente por donde pasaba el tren...

Graciela tuvo que entrar a obrar en su ánimo, y para alejar de ella el temor, no halló mejor medio que el de exaltar las cualidades de José Antonio, convenciendo la de qué a un hombre así no podía ocurrirle nada. El peligro, según ella, no existía más que para los tímidos. Y volvía a recordar la aventura del automóvil, y decía a Anita que si José Antonio, por ejemplo, se hubiera turbado y perdido el tino, la avenida le habría indefectiblemente arrastrado. Tan lejos llegó en su alegato que de repente Anita se puso a mirarla, sorprendida pensando no sin razón que si su amiga hacía el elogio de José Antonio, no era tanto por infundirle valor a ella

como por dar expansión a sentimientos que en su propio corazón despertaban vigorosos. La dejó hablar, encantada, y aprovechó una pausa de Graciela para preguntarle con toda sencillez:

—Y entonces ¿por qué no lo quiere usted?

Era tan a fondo el golpe y estaba dirigido por una mano tan blanca y tan fina, que Graciela, confusa, enrojeció como habría podido hacerlo una colegiala. Miró a Anita al fondo de los ojos y viendo un puntillo de malicia en ellos, se echó en sus brazos y la besó ruidosamente en las mejillas:

—Anita, Anita. Se ha puesto usted muy mala...

Como mejorara el día, salieron a saludar al sol, que pintaba ya sobre la tierra recién empapada, decoraciones admirables. Estuvieron en la glorieta, pasearon por entre los cuarteles del jardín, en donde se veían como en exhibición las cosmías, las achiras, las fucsias, y otras flores de esas que parecen reservar para el invierno el encanto de su vibrante colorido. Desde su sitio, los lirios y los juncos, melancólicos en su matiz suave y desleído, incensaban el aire. Y las violetas, como si supieran cuánto se las amaba por aquellas que venían a hacerles compañía, sacaban las corolas de entre la maraña de las hojas acorazonadas, prestas al dulce sacrificio de morir sobre un corpiño.

Algunos maceteros de claveles estaban en plena floración. Chela habría tomado uno, uno muy rojo y opulento que parecía no desear otra cosa; pero se contuvo, y Anita, que observó su ademán, le dijo:

—Hace usted muy bien en dejarlo, porque los demás se morirían de celos...

Las rosas, precoces siempre, amenazaban invadir todo un lado del jardín. Aún estaban casi todas en botón, pero las había en tal número, que ellos no pudieron menos de sonreír imaginándose cómo estaría de cuajado el rosa, cuando por fin estriaran todas... Qué milagro de color, qué variedad inefable de matices sobre el verde de las hojas, desde el blanco puro hasta el rubí profundo, pasando por todas las gradaciones y desviaciones del rosa y del amarillo!

—Está hermoso, muy hermoso el jardín...

—¿Le gusta de veras?

—Creo que no me aburriría nunca de vivir aquí.

—Chela...

—¿Qué?

—Eso que acaba usted de decir es una cosa muy grave.

—Bien sé lo que digo.

—¿Y si yo se lo repitiese a José Antonio?

—No, no hará usted eso... ¿No ha dicho usted misma que es una cosa muy grave? Quede esto entre nosotros... Al fin ¿qué interés podría tener para él?

—¿Le parece a usted que nó?

—Casi lo aseguraría.

Anita iba a hablar, pero recordó las indicaciones de su hermano y temió con una indiscreción desbaratar todos sus proyectos.

—Chela,—dijo entonces, como abstraída, dejando caer las palabras con una lentitud soñadora,—yo no sé cuáles sean los pensamientos de mi hermano. Sólo conozco los míos...

—¿Y cuáles son?

—¿No se enoja usted?

—Anita...

—Que yo sufriría mucho si tuviese que dejarle solo para irme al lado de mi enfermo, y que...

Se interrumpió. Chela adivinó la frase que había quedado pendiente de sus labios. Y le dijo:

—Ya sé, Anita, lo que va usted a decirme. Pero, ya ve usted.

—¿Qué?

—¿Puede usted decir que José Antonio sea el mismo que yo conocí?

Como Anita callara, Graciela agregó todavía:

—Y sin embargo, al tomar el tren para venir ahora a Painahuén, yo traía casi la seguridad de que no volvería a Santiago...

—¿Cómo?—interrumpió Anita, con los ojos radiantes.

—Sino en la compañía de usted.

—¿De mí?

—Y de él...

Había pronunciado estas palabras con voz apenas perceptible, inclinando la barba contra el pecho. Estaban ya en el corredor. Habían ido a coger flores, todas las que pudieran, y ella no tenía, sin embargo en la mano, más que una violeta con la cual jugaba llevándosela a los labios. Anita, demudada, casi fuera de sí, se había acercado a ella buscándole los ojos con los ojos. Y como Graciela pernaciera cabizbaja, le tomó con las suyas ambas manos y le devolvió el beso de momentos antes.

—No soy tan mala, Chela, no soy tan mala como creía usted!

Serían las cuatro cuando llegó José Antonio, empapado, embarrado, imposible de hambre y de cansancio.

—No puedo más, dijo.

Y se dirigió a su pieza. Había vuel-

to a descomponerse el tiempo, pero no podía. Algo pesado se cernía en el aire. La luz se hacía tan débil, que hubo necesidad de encender las lámparas.

Mientras le acompañaban, gozosas de verle engullir con apetito de fraile o de soldado, ellas exigieron a José Antonio una relación completa de lo ocurrido. El trataba de quitarle toda importancia a la cuestión. Manifestó en pocas palabras lo mismo que había dicho el mayordomo, agregando que, por desgracia, se contaban entre las víctimas algunos ahogados.

—Pobres!

—Se ha hecho lo que se ha podido. Ya no queda nada que hacer, sino esperar que las aguas bajen... Ah, y antes que me olvide, Anita, junta todo lo que tengamos en ropa y en trapos. Hay que vestir a mucha gente que ha quedado sin casa.

—Cómo no, José Antonio.

Graciela oía, penetrada intensamente acaso por la primera vez en su vida, del dolor de toda aquella mísera porción de humanidad que todo lo espera de la naturaleza, y a quien la naturaleza castiga tan cruelmente. Ella no había pasado nunca un invierno en el campo, y no se imaginaba que pudiera ser tan penoso. Cuán caras solían costar las alegrías que los ricos venían a buscar allí, en los meses bullangueros del verano! La uva que coquetonamente aprieta una mujer entre sus labios, para gozar de su frescura, podía ser el precio de la vida de un hombre. El pan, que despreciamos a veces por una golosina, era de ese trigo que se llevaba ahora el estero embravecido junto con la esperanza de muchísimos hogares campesinos.

—¿No has hablado con Joaquín?— preguntó José Antonio.

Sólo entonces se dieron ellas cuenta de que no se habían acordado para nada de los amigos de Painahuén.

—No ha sonado el teléfono en toda la tarde...

—Es raro. Seguramente está interrumpida la línea. Algún poste caído, los alambres rotos...

Se dirigió al aparato y llamó, pero inútilmente. No le contestaron. Habría que esperar un día, acaso dos, hasta que arreglaran la línea.

—Y usted, Graciela, ¿se va ahora?

—¿Le estaba ya?—replicó ella, con un tono grave y triste, que extrañó a José Antonio.

—Al decirlo, creía anticiparme a su deseo.

—Siempre usted galante.

José Antonio había terminado su

tardeo almuerzo y Anita propuso que el té lo tomaran juntos en la sala.

—Un five o'clock tea... No me parece mal.

—Está usted prisionera en Los Rosales, Graciela—dijo José Antonio, apenas estuvieron instalados en el otro aposento.

—¿Por qué? Ya sabe usted que a las golondrinas no se las puede enjaular.

Era la primera vez, después del verano, que ella hacía alusión a aquel apodo, tan dulce y amable en otro tiempo, y el joven sintió un estremecimiento no fácil de reprimir.

—Lo digo—explicó—porque si el estero ha bajado, es seguro que el camino a Painahuén está destruido.... De aquí a dos días se podrá pasar, pero a caballo.

—¿De modo, José Antonio, que cuando usted me preguntaba si me iría hoy, lo hacía por probarme?

—No, Graciela, era sólo por tener un pretexto para decirle esta: que tenía usted por cárcel Los Rosales.

—Cárcel cuyas puertas tendré que romper muy pronto...

—¿Por qué?

—Papá me ha escrito ordenándome que apresure mi viaje.

El sintió, como el poeta, frío en las entrañas. Pero logró disimular y dijo en tono galante:

—Entonces la avenida del estero ha sido una cosa providencial...

Graciela miró a Anita, pero ella estaba ya vuelta de otro lado y se dirigía al piano. Levemente, como quien juega distraída con las teclas, empezó a tocar el acompañamiento de algunas canciones favoritas de su hermano.

—Cante, José Antonio.

—¿Para qué? No podría.

—¿Que no podría?

—Desde aquella fecha no he vuelto a cantar, y todo se me ha ido olvidando...

—Muy pronto olvida usted!

—¿Y usted me lo dice?

—Yo no he olvidado nada. Le dije que la Golondrina volvería, y aquí la tiene usted.

—¿Por qué tardó tanto?

—Es posible que haya equivocado el camino; pero al fin lo encontré.

—Graciela!

El joven había dejado escapar en este nombre toda su pasión, reconcentrada hasta entonces por un enorme esfuerzo de voluntad, siempre en tensión. Desvió, pues, la vista para disimular y se refirió a las golondrinas de Becquer, cuyos acordes atacaba en ese momento Anita con tanto sentimiento que el piano parecía tomar todas las inflexiones de la voz humana.

—Cántelas usted, yo se lo ruego.
Y suave, primero, como si recitara, y más vibrante y claro cada vez, José Antonio fué modulando todas las estrofas de esa rima que, a pesar de la cursilería de tantas generaciones, sigue siendo sentida.

Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar...

Transportada, feliz, Graciela, se olvidaba de todo. Oía, como si hubiesen sido hechos para ella, aquellos versos en que el alma atormentada de un grande y doloroso poeta había expresado tan melancólicamente su desesperanza:

... como yo te he querido, desengañate, así no te querrán.

Y comprendía al fin que sólo en el amor, en la recíproca comprensión que nace de la comunión de los afectos más íntimos, podía residir la paz que en vano buscaba su corazón, despertado en buena hora a la verdadera vida. Qué le importaba ya todo su pasado! Qué valía la comedia del mundo! Para qué servía toda esa falsedad distinguida en medio de la cual había vivido siempre y que no permite tomar en serio nada de lo que se está diciendo o escuchando! Nó, nó, la vida que concebía ahora, todo su porvenir estaban allí en el encanto de aquel rincón agreste, tan amable como las almas que lo habitaban y embellecían. Cómo pudo pensar que era ridículo y fastidioso vivir así! Qué dulzura en esa paz! Qué poesía en la vasta noche poblada de ruido y de misterio! La gran ciudad quedaba perdida allá a lo lejos, muy lejos, con toda su inútil y peligrosa magnificencia, que no la envolvería ya nunca, nunca...

A medida que avanzaba la noche y la temperatura descendía, José Antonio, que ya en la mesa había hablado de tener mucho frío, iba sintiendo que se acentuaba el malestar de su organismo. No atinaba con el origen de ciertos escalofríos que le sobrevenían a lo mejor y de las oleadas de sangre que le encendían el rostro haciéndole latir las sienes. Le parecía tener brasas ardientes bajo los párpados, que juntaba a menudo. Zumbábanle los oídos, y poco a poco iba perdiendo la visión precisa del ambiente. Anita que le observaba con cuidado, le preguntó qué le pasaba.

—No sé, no sé... Acaso la mojada en el estero me haya sentado mal.

—¿La mojada?

Entonces él se vió obligado a confesar que había tenido que estar dos horas con el agua casi a la cintura. Graciela intervino entonces para indicar a José Antonio la conveniencia de acostarse. El se negó, y pudo, con evidente esfuerzo, permanecer en la sala algunos momentos más. Pero llegó el instante en que el desorden de su organismo se hizo superior a su voluntad, y tuvo que ceder. La cabeza le ardía, temblábanle las manos, tenía la boca seca y amarga y los pies helados. Apenas se halló bajo las frazadas, le acometieron temblores tan fuertes que su recio catre de bronce crujió como una cuna. Anita le hizo apurar dos tazas de infusión de violeta y tilo y le abrigó muy bien, negándose a salir de la pieza mientras no le vió relativamente tranquilo.

—No te inquietes, hermana. Esto no será nada...

—Te vas a estar quietecito, ¿no? Tienes que transpirar.

En la mirada de Graciela halló ella un pregunta tan ansiosa, que no esperó que hablara para decirle que su hermano estaba delicado, con una fiebre muy alta, pero que no parecía tratarse de nada muy grave.

—Con razón tuve miedo yo cuando le ví marchar hacia el estero...

—¿Se ha dormido?

—Nó, pero no tiene escalofríos ya. Y en cuanto empiece a transpirar, la fiebre habrá cedido.

Velaron ambas hasta muy tarde, y rendidas al cabo, se fueron a dormir. Y se durmieron, pero con la oración en los labios. Al día siguiente amaneció claro, francamente primaveral. El temporal se había alejado definitivamente. Pero José Antonio, enfermo siempre, no pudo abandonar el lecho y Anita se apresuró a enviar a Marcos con la novedad a Painahuén.

V

Desde el primer momento comprendió Joaquín que no se trataba de una indisposición ligera y que había necesidad de llamar médico. Como el servicio del teléfono continuara interrumpido, despachó a Marcos a la ciudad, ordenándole que llevara además un buen caballo, pues los caminos se hallaban aún intransitables para coche. Como todo jefe de familia, Joaquín tenía su médico de confianza a quien recurrir en todo apuro.

—¿Crees que sea algo muy grave? —le preguntó José Antonio, mientras su amigo le tomaba el pulso.

—Grave no, hasta este momento. Pero me temo mucho que no se te pa-

¡ fiebre así no más. Estás ardiendo.

—Siento una gran opresión al pecho y a ratos una puntada que se fija aquí al costado izquierdo, y me impide respirar...

—No hables, más bien. ¿Sientes mal gusto en la boca?

—Y una sed inmensa.

—Tienes la lengua sucia.

—Anoche me he quedado dormido una que otra vez y siempre he soñado bebiendo agua, enormes cantidades de agua...

Anita, que había salido a preparar una limonada, volvió en ese instante y mientras servía a su hermano la bebida, se puso a regañarle amistosamente, reprochándole el no quererla a ella puesto que se exponía así.

—Figúrese, Joaquín, que se ha estado dos horas en el agua...

—Pero, amigo.

—¿Y qué se le iba a hacer? Había que dar el ejemplo...

—Y Graciela, ¿por qué no entra?

—preguntó Joaquín.

Anita, dirigiéndose al enfermo, explicó:

—Temía disgustarte.

—¿A mí? ¿Por qué?...

Joaquín, que había ganado la puerta, volvió a entrar con Graciela de la mano.

—Esta señorita debe tenerle miedo a la infección.

—Joaquín...

—Aquí tiene usted, Chela, al valiente, al invencible...

Anita se acordó de que quedaban aún algunas obleas de las que le había administrado Félix y, creyendo reconocer en José Antonio síntomas iguales a los de su enfermedad, le exigió que las fuera tomando, en la misma dosis indicada para ella, mientras llegaba el médico. El febrífugo produjo su efecto, pues media hora después José Antonio se sentía más despejado y Joaquín advirtió que el pulso le latía con mucho menor celeridad. Pero la puntada al costado se hacía más insistente y aguda cada vez, y el enfermo no podía ya moverse sin evitar una contracción de dolor en el rostro. Se andaba ya en puntillas y se hablaba en voz baja...

Al medio día llegó el médico, y, como ya por carta le hubiese dado Joaquín su parecer respecto a la naturaleza de la enfermedad, traía unas cuantas drogas de uso corriente. Quedaron solos los tres hombres en el dormitorio del paciente. El doctor, que era uno de esos hombres imperterbables que ven caer una casa y no echan a correr mientras no se convencen de que es más conveniente que quedarse inmóviles, examinó cuidadosamente a José Antonio, le auscultó,

le observó el interior de la boca, y acabó por hacer un ¡hum! que lo mismo podía interpretarse favorable o desfavorablemente. Había advertido la dificultad con que el enfermo se incorporó para dejarse auscultar y su imposibilidad de respirar fuerte.

—¿Habrá mostaza? Vamos, por lo pronto, a aplicarle unos sinapismos.

Anita misma los preparó en un segundo, mientras Graciela seguía con ojos encantados el movimiento de sus manos de hada. El doctor los aplicó al enfermo, sobre el sitio preciso del dolor, y observando que surtían, al fin, el efecto deseado, se puso a escribir. Hizo preparar una infusión sudorífica, a la que agregó porciones de diversas tinturas que trafa y sirviendo a José Antonio una cucharada, recomendó que le diesen una igual cada dos horas. Se quedó a almorzar en Los Rosales, haciéndose ojos de la belleza de aquel retiro rústico, y se despidió recomendando que no tuviesen reparo en hacerle llamar, si necesitaban de sus servicios, aunque fuese de noche.

—Vamos a hacerle acompañar, doctor.

—Sí les parece...

Graciela habló en voz baja con Anita, y ambas, rogando al doctor que se aguardase unos segundos, salieron al jardín. Joaquín aprovechó aquel momento para preguntarle por su diagnóstico.

—Pleuresía,—dijo él.

—¿Es de cuidado?

—Según... Por ahora es sencilla, no afecta más que el lado izquierdo. Pero pueden sobrevenir complicaciones, hacerse doble... Las señoritas ¿son sus hermanas, verdad?

—Una, la más pequeña. La otra...

Ocurriósele a Joaquín anticipar acontecimientos que ya daba por realizados, y sin titubear, agregó:

—La otra es su prometida.

—Diablos,—exclamó el doctor.

—Imagínese usted si se habrá ganado gratitudes cuando logre poner fuera de cuidados a mi amigo.

—El moco es robusto, y creo que resistirá. Hay que andar con mucho tiento...

—Lo cuidarán ellas mismas.

—Entonces, decididamente, no se nos mire...

Entraban ellas en ese instante, trayendo cada una un gran ramo de flores.

—¿Qué hermosura!—dijo el médico.

—Son para usted, doctor. Marcos se las llevará.

—Oh, cuántas gracias. ¿Qué contentos se van a poner en casa! Por allá están muy atrasadas las flores toda-

vía... Con razón tienen tanta fama Los Rosales.

Y al decir esto, el buen viejo acariaba como un padre, con sus dedos sensiblemente trémulos, las corolas llameantes y olorosas.

Hasta la tarde no se fué Joaquín, algo más tranquilo, porque ya se había restablecido la comunicación telefónica. La temperatura del enfermo, observada a cada media hora, según prescripción del médico, tan pronto bajaba como subía. A la noche la fiebre era tan alta que José Antonio comenzó a desvariar, y Anita, al oírle decir cosas incoherentes, se sobrecogió de espanto. Se acordó instintivamente de su otro enfermo, de Félix, a quien, delirante también, traían ahora de Europa, muerto en vila, sepultado vivo... Llamó a Graciela, que tembló asimismo, sin saber qué hacer. Tomadas de la mano, en mitad de la pieza, clavaban los abiertos ojos, con aire interrogativo, en el lecho del paciente, sin atinar siquiera a llegarse hasta el teléfono para hablar a Joaquín. Pero como José Antonio, sosegado al fin, aliviado de la fiebre que pasaba como un simoun interior, se quedara hundido en un suave sopor, se fueron a la alcoba de Anita y orador ambas, con todo el fervor de sus almas profundamente creyentes, pidiendo a la Virgen intercediera ante el Señor para que alejara las desgracias que se habían dejado venir sobre Los Rosales.

VI

El dolor, como siempre, fué fecundo. Todo cuanto podía separar esas dos almas—la de Graciela y la de Anita—desapareció barrido por la ráfaga de angustia que revolvió el interior siempre apacible del viejo caserón de Los Rosales. No hubo ya consideración que detuviese las confidencias, y ambas se hablaron largamente, comunicándose todo, con esa ansia que sentimos de hacer a un corazón amigo partícipe de las penas que nos están devorando. Entonces fué cuando Anita pudo comprender hasta qué punto era hermosa el alma de su amiga y con qué crueldad había procedido ella, meses atrás, si se hubiese atrevido a condenarla.

—¿No ha notado usted algo cambiado el fondo?—le preguntó una vez en que velaban, como tantas, al pie del lecho del enfermo.

—Sí, desde el primer momento.

—Era el consuelo de ese pobre niño... Y quién sabe, quién sabe si allá

en el fondo de su corazón confiaba en el regreso de usted!

—Así me lo ha dicho...

—Sí. La mañana en que anduvimos juntos... ¿No se imagina qué alegría me dió cuando lo supe!

—Diga, Graciela, ¿se acordó usted alguna vez de Los Rosales?

—¡Tantas veces! No lo dude usted... Quizás no nací yo para la vida que llevaba... Recuerdo que muchas veces, viajando en tren por las provincias francesas, en medio de esos campos tan cuilados, me asaltaba la visión de Los Rosales y hubiera deseado venirme, pero inmediatamente... La veía a usted, tan empeñosa y trabajadora siempre, en medio de las flores, dándole de comer a sus pájaros... Y a él lo veía visitando sus posesiones, interesándose por todo...

—No es un reproche, amiga mía—dijo Anita entonces interrumpiendo a su amiga.—Pero, ¿nunca se le ocurrió enviarnos siquiera una postal.

Chela se puso seria, y suspiró.

—Yo no ignoraba—dijo lentamente—lo que ocurría aquí... Sabía que sin querer, con la inconsciencia del niño que dispara un arma, había hecho un gran daño. Cref que ustedes... Cref que mi recuerdo no les era grato.

—¿Supo usted lo que ocurrió con lo de Félix?...

—Sí, lo supe también, por Joaquín, que le escribió a Papá. No sentí nunca un dolor más grande mientras anduve por allá...

Anita había inclinado la cabeza y permaneció pensativa. La imagen de Félix, vuelto loco, cuidado por manos mercenarias, inválido ya para el sentimiento y para la vida, surgió en su pensamiento. Y le pareció como que una fiera invisible le diera un zarpa-zo en pleno corazón.

Habían conversado cuchicheando para no turbar el fatigoso sueño del enfermo. En ese instante José Antonio, sin cambiar de postura, se llevaba las manos a la cabeza y dejaba ver en su semblante el gesto de un dolor horrible. Ellas se pusieron en pie.

—Me golpean... Me golpean aquí... murmuró él, fijos en la pared fronterera del lecho, los ojos agrandados por la fiebre.

Anita humedeció sus labios con un trozo de hielo, que el enfermo sorbió con delicia. Graciela se apresuró a cambiarle la compresa con que el doctor había ordenado rodearle el cráneo.

—¿No hablemos, mejor?

—Callémonos.

Eran las nueve de la noche. La casa hallábase sumida en el más pro-

fundo silencio. Hacía una media hora que Joaquín se había marchado y el doctor, reconociendo en el enfermo síntomas favorables, dormitaba en su cuarto. La lamparilla nocturna derramaba por la habitación una claridad como de duelo.

—Anita... —llamó Graciela.

—¿Qué?

—¿Por qué no quitamos esa piel de ahí? ¿Me da miedo!

A los pies de la cama de José Antonio la piel de la leona que el joven había muerto la temporada anterior, tomaba en realidad un aspecto amenazante, con sus patas abiertas y su cabeza que mostraba toda la dentadura en són de ataque y los ojos de vidrio que chispeaban a la luz. Anita tuvo miedo también, un miedo supersticioso, superior a su voluntad y a su poder de reflexión. Entre ambas arrastraron fuera aquel trofeo glorioso, que había tenido el extraño influjo de llenarlas de presentimientos insensatos...

—Era un animal muy dañino... Lo mató José Antonio de un balazo.

—¿Sí? No lo sabía.

—Fue una gran cacería... Se habló mucho de eso por aquí.

Volvieron a callar. Anita convirtió su pensamiento en Félix, para quien ella no sería ya nada, ni nada representaría, mientras Chela, evocando su vida magnífica de los años últimos, veía en su imaginación a José Antonio como a un príncipe de leyenda, montaña arriba, seguido de sus caballeros y sus perros, persiguiendo a la fiera peligrosa y ultimándola del primer disparo. El reloj dió las diez. Sus campanadas vibrantes repercutieron en el vasto silencio. De muy lejos llegó el canto de un gallo.

—Vaya a acostarse, Anita.

—No, Graciela, ahora me toca a mí. Anoche se quedó usted. ¿Recuerda?

—La acompañé entonces hasta las doce...

—Cuidese, Graciela, cuidese.

—¿Por qué lo dice?

—Mi hermano va a sanar pronto, y es necesario que no la encuentre fea!

Graciela sonrió, agradeciendo la fineza. ¡Horrible, horrible! Preferiría quedar, a cambio de la salud de aquel que tanto había sufrido por amarla a ella!

Pasaron siete días de verdadera y temible crisis para el organismo de José Antonio. Fue una ruda batalla entre la vida y la muerte. Pocas veces más hondas y mayores ansiedades han presidido las largas veladas junto a la cabecera de un enfermo. El automóvil prestó servicios inapreciables.

porque, ya buenos los caminos, estuvo en un perpetuo ir y venir de Los Rosales a Painahuén y a la ciudad. El doctor hubo de instalarse definitivamente en casa del enfermo, cuya fiebre se mantenía alta y sólo con leves intermitencias de descensos. ¡Qué desolación en aquella residencia, de ordinario tan apacible y riente! Anita y Graciela no tenían ya lágrimas. La vieja Francisca, como esos perros demasiado adhesivos, se obstinaba en permanecer lo más cerca posible del patroncito, "a quien había visto nacer con esos ojos que se comería la tierra". Joaquín se fastidiaba, porque con su eterno y filosófico lloriquear, no hacía más que afligir a las jóvenes.

—Vete, vete a la cocina, mujer.

Ella se iba, limpiándose los párpados con la punta del delantal; pero, apenas pasaba un minuto, se la veía de nuevo asomar por la puerta preguntando cómo seguía el patroncito. Marcos manifestaba su pena y su afecto repitiendo a Anita que no tuviera cuidado por los intereses del patrón, que él se los sabría atender "mesmamente como si fueran propios". Rosario, obligada a permanecer en casa para no dejar solos a los chicos, —siempre "trajediosos", —se desquitaba con el teléfono, y Joaquín no se iba a Painahuén hasta muy tarde para regresar en las primeras horas de la mañana. En cuanto a Anita y Graciela, puestas en tierna competencia, turnábanse para velar al enfermo, y así, cuando él volvía de los desvaríos de su fiebre, encontraba los ojos de la una o de la otra fijos en los suyos, y sonreía... Sonreía para volver a cerrarlos y soñar sabiendo Dios qué dulces sueños...

Una noche pareció ponerse tan grave, que Anita, apretándose el pecho porque la angustia la ahogaba, habló a Chela de hacer llamar al confesor. Chela sintió que le invadía el cuerpo un frío desconocido y palideció terriblemente. ¿Era, pues, el fin, el fin espantoso que llegaba? Comunicaron sus pensamientos a Joaquín, y él, muy serio, aunque en materia de religión tenía una despreocupación de colegial, les replicó que había que esperar a que el enfermo recobrase el conocimiento.

—¿Cómo se ha de confesar así?

Ellas inclinaron la cabeza, resignadas, y musitaron levemente una plegaria, mientras Joaquín, impresionado a su vez, iba a preguntar al doctor si sería ya tiempo de celebrar junta de médicos.

—Esperaremos hasta mañana, amigo. Todavía no me doy por vencido.

Hizo bien en esperar, porque ya al día siguiente el enfermo mostraba síntomas evidentes de mejoría. El mal declinaba visiblemente. Amanecía. Por la ventana, venciendo trabajosamente el espesor de las cortinas, penetraba una leve claridad azulada, que se confundía en el aposento con el pálido resplandor de la lamparilla de noche. José Antonio que, por fin, había podido disfrutar de un sueño medianamente tranquilo, abrió los ojos y se extrañó él mismo de no sentir ningún molesto ardor bajo los párpados. Recorrió con la vista la habitación en penumbra, y al pie del lecho, en un sillón, envuelta en pieles, advirtió la silueta de una mujer. ¿Quién sería? ¿Su hermana... o ella? Aguardó a que se hiciera más fuerte y distinta la difusa claridad del cuarto, y poco a poco empezó a reconocer a la que le estaba haciendo compañía. Era Graciela, sí, la distinguía bien ahora. Fatigada talvez, había reclinado la cabeza sobre un hombro, y dormía... Cómo hubiera deseado José Antonio que penetrara a raudales la luz, que se hiciera de día, para poder contemplarla a su sabor, sin que ella lo viese. Se creyó con fuerzas para encender la bugía que divisó sobre la cómoda, junto a la lamparilla, e hizo ademán de incorporarse. Bastó este ruido para que su adorable enfermera, cuyos oídos se habían afinado ya en el cumplimiento de su oficio, despertase para dirigirse a él.

—¿Qué hace, José Antonio?

—Hoy he amanecido bien, Graciela. Tan bien.

Ella le conoció, en efecto, en el acento de la voz, que no era ya el enfermo de la víspera, y le dió un vuelco al corazón.

—Sí, José Antonio. Está usted mejor... Dios ha querido oírnos. Pero no haga usted locuras.

—Cómo iba a morirme yo, con tales enfermeras,—murmuró José Antonio, dominando secretos ímpetus de tomar aquellas manos divinas y de besarlas entre lágrimas.—Pero, dígame, ¿para qué se ha molestado usted? Cuántas malas noches habrá pasado por mí!

—No hable, José Antonio, se lo ruego, hasta que no venga el doctor.

Hubo una pausa, que fué un silencio profundo.

—Graciela...—dijo el joven.

—¿Qué?

—¿Quiere pasarme un poco de agua? Creo que me bebería la fuente del jardín.

—Voy a entibiársela un poquito, un poquito no más...

Se levantó vivamente. Se había hecho muy práctica en el manejo de los anafes y de todos esos utensilios caseros que hasta entonces no conoció más que de vista. José Antonio, para quien la salud volvía de la mano con la felicidad, la veía ir y venir sin vacilaciones ni torpezas. El pobre muchacho encontraba otra Graciela en esa joven que silenciosa y quedamente tomaba los fósforos, los frascos, los tuestos, y realizaba con tal facilidad todos esos pequeños menesteres para los cuales, aunque parezca mentira, hay que haber nacido. Mil veces bendijo su enfermedad, que le brindaba la dicha de ser atendido en semejante forma. Sintió que subían desde el fondo de su alma, en cálidas oleadas, la gratitud y la ternura, y que a su influjo acudía el llanto a sus ojos. Lloró entonces sin reserva, pero en silencio, escondido el rostro en los cobertores. Graciela, entre tanto, había puesto la jarra a la llama del alcohol y, pasados algunos minutos, se acercó al enfermo y le sirvió agua. Se había hecho de día, y el aposento, claro y casi alegre, no parecía el de un enfermo. José Antonio podía ya disfrutar a sus anchas del espectáculo con que soñó al despertar... Antes de apurar el primer sorbo.

—¿Sabes?—le dijo.—Me acuerdo de la Samaritana...

Ella sonrió enternecida. No sentía ya el malestar de la trasnochada, y dijo a José Antonio, mientras recibía el vaso:

—Hoy ha vuelto la alegría a Los Rosales!

Cuando llegó Joaquín, ya estaban junto al enfermo,—que empezaba a ser convaleciente,—el doctor y Anita. Graciela había tenido que ceder a sus ruegos, y a los de José Antonio, especialmente, y dormía al fin, con el sueño del viajero que encuentra el abrigo reparador después de larga jornada. Pero, antes de ir a recogerse, se había acercado al teléfono para comunicar de viva voz la gran nueva a Painahuén.

El eterno optimista, que era Joaquín, había vuelto a aparecer en él apenas pudo convencerse de que su amigo, por aquella vez al menos, no había de ser pasto de la tierra. Y como no hay nada más contagioso que la alegría, la tristeza y la pesadumbre volaron aquel mismo día de la casa de Los Rosales, no hubo ya lágrimas y las risas comenzaron a dejarse oír. No está más claro el cielo cuando la

tempestad ha pasado. Hubo un momento en que desde el comedor se percibieron los cantos que tarareaba Francisca con su boca sin dientes. Marcos logró una audiencia para "tratar de intereses" y tuvo una conferencia de dos horas con el patrón.

A la tarde, a tiempo de retirarse, Joaquín dijo a Chela, tratando de quitar a la frase hasta la menor entonación de malicia:

—Graciela, el camino a Painahuén está espléndido. Nos podemos ir en automóvil...

Ella, cogida de sorpresa, miró al doctor como quien, rodando por un barranco, se agarra a un yerbajo de los que brotan en las hendiduras de las piedras. Y el excelente sujeto, dándose cuenta exacta de la situación y conociendo el valor de sus palabras, repuso:

—No es tiempo todavía que las enfermeras dejen al enfermo. Lo mejor es que él mismo les indique cuando esté fuera de peligro...

—No puede ser—dijo Joaquín, infatigable.—Se correría el riesgo de que José Antonio se declarara enfermo para toda la vida...

VII

Estaban los tres en el corredor. Era el tercer día que se levantaba José Antonio, aprovechando la primavera que se venía definitivamente. Septiembre llegaba y con él todo lo que la naturaleza tiene de alegre, de juvenil, de delicioso. El, junto a ella, y a su hermana, mirándose las manos muy pálidas que el sol hacía transparentes, se sentía renacer al compás de la vida que fluye del aire, de los árboles, de las flores, de la tierra toda. Graciela había vuelto a Painahuén, pues nada podía ya, aparentemente retenerla en Los Rosales, y si ahora estaba allí era porque aquel día debía celebrarse el bautizo del automóvil, gran preocupación de José Antonio desde que dejó la cama. En la delantera de la máquina reciamente atornillada, había hecho ya colocar la placa, cubriéndola con un lienzo blanco.

Hallábase un poco débil todavía. La fiebre le había quemado mucha sangre, y tendría que pasar algún tiempo antes que volviese a ser el José Antonio de otros días. Pero Graciela lo hallaba más interesante ahora, más blanco, con no sé qué de vagamente romántico en aquel rostro delgado que se volvía todo ojos. Sobre la palidez del cutis, los ojos de José Antonio, grandes y oscuros, tenían una expresión irresistible. El también,

desde que la vio otra vez, halló en ella un encanto nuevo, otra manera, más grave y más dulce, de atraer. Le pareció que había desaparecido el aire imperativo de su fisonomía para ceder su puesto a uno como cansancio melancólico que nacía en la curva de la frente para morir en el rictus de los labios.

Recordaba él sus pesadas horas de delirio y vagamente, como se evocan las cosas de los sueños, veía deslizarse en la penumbra del aposento dos silenciosas siluetas de mujer. Las oía cuchichear, las miraba de pie junto a su lecho y separarse en seguida... ¿Después? Después sentía el fresco contacto de dedos delicados que le acariciaban la frente y le alisaban los cabellos y hasta, si no era insensata creación de su fiebre, el roce de unos labios, el resquemor de unas lágrimas, y el perfume inconfundible de un cuerpo femenino. ¿Quién le besaba? ¿Quién lloraba por él? ¿De quién era ese ambiente exquisito que ahora, ya casi sano, le perseguía aún como una obsesión? ¿Anita? ¿Graciela?... ¿Quién podía saberlo!

Las miraba a las dos, Anita, desde que vio a la salud gloriosa y coronada de luz, penetrar al aposento de su hermano, había vuelto todo su pensamiento hacia el amado ausente, y su única pena era tener que irse, sabiendo que José Antonio había de volver solo a Los Rosales. Criatura de dolor y de piedad, la terrible tormenta moral que la venía sacudiendo desde tanto tiempo atrás, no lograba abatirla ni quebrantarla; ya pensaba ella, dentro de su cristiano concepto de las cosas, que había nacido para sufrir, que estaba en los designios de la Providencia hacer probar a su alma todas las torturas. Graciela, por su parte, que antes que con nadie se había confesado consigo misma y que acababa de decir: "¡entra!", al amor que llegaba a su corazón batiendo palmas, no había padecido menos. ¿Qué amargas lágrimas vertió, mientras velaba al enfermo allá en las altas horas de la noche. Reinaba afuera una paz sombría y adentro no se oía más que el tic-tac del reloj, que, desde la pared de la sala, iba contando los minutos... Estaba sola, en un rincón del campo, con aquel ser amado que la muerte quería arrebatarse. ¿Por qué, cuando él, trémulo, lloroso, casi de rodillas, le pidió que se quedara, ella se empeñó en partir? Y evocaba de un golpe la vida brillante pero vacía, fastuosa pero monótona, que había hecho en Santiago y en las capitales europeas, mientras acá, en el dulce retiro de Los Rosales, ese muchacho pesaba de

amor por ella, bendiciendo talvez su ingratitude. Y ahora, ¿la querría siempre José Antonio? ¿Sería un impulso de su orgullo de hombre el que lo hacía manifestar desprecio, o sería que en realidad el amor se había hecho amistad en su corazón?

Asaltada de siniestros presentimientos, su imaginación la llevaba al campo donde nos son permitidas todas las locuras. Y pensaba que si llegase a morir—y un estremecimiento de angustia la sacudía—no volvería ya a abrir su corazón a un nuevo afecto. Llevaría luto por toda su vida... Y hasta pensaba en enclaustrarse y se decía que eso era lo mejor: olvidarse del mundo, orar, meditar, no pensar sino en Dios y en él...

Viéndolas pensativas a su lado, en aquella mañana tan clara y alegre, José Antonio recordó las palabras que le había dicho Félix, en una noche memorable.

—Ah, el pobre loco tenía razón—pensó—Graciela está transfigurada, y es que ha sufrido al fin, es que ha conocido el dolor...

De pronto se miraron los tres y pusieron el oído alerta. Sentíase allá arriba un loco latir de alas y un chirriar desenfadado. Una bandada de golondrinas pasó, con rápido volar, dibujando fugazmente en el fondo azul del cielo su manchita oscura.

—Ya vuelven,—dijeron los tres casi al mismo tiempo, con igual contento.

Y como si hubiese adivinado la satisfacción que su presencia causaba, una golondrina llegó como un dardo a clavarse en la cornisa del corredor, y se metió por una rendija. Regresaba a su casita de paja donde había amado y empollado en la primavera anterior... José Antonio preguntó:

—¿Volverán?...

—Ya han vuelto—respondió Graciela.

Y se hizo un silencio para todos amable. Arriba seguía el revuelo y el trinar de las golondrinas, mensajeras de la bella estación.

—¿Subamos al mirador, a ver si vienen?—propuso Anita.

—Subamos.

Desde los corredores del mirador que daba hacia los cuatro vientos, como un torreón, recorrieron con la vista el paisaje, que decoraba el sol. Se adivinaba el renacer primaveral en la profusión del verde en donde se veía brillar como rosadas islas, la mancha de los duraznos florecidos.

—Esto no es Santiago, pero también es bonito,—dijo José Antonio.

—¿Me cree usted una santiaguina empedernida? Se equivoca...

—Es que es lindo Santiago. No se puede negar.

—¿Viviría usted allí?

—Eso, según...

—¿Pone usted condiciones?

—Y dígame, ¿usted viviría aquí?

—Eso, según...

—También las pone usted!

Se miraron a los ojos, sonriendo.

Ninguno de los dos, a pesar de que ambos tenían un mundo de cosas que decirse, se atrevieron a decir una palabra más. José Antonio, fijando la vista en un punto determinado del horizonte, pronunció entonces el nombre de su amiga.

—Graciela.

—¿Qué?

—¿Podría usted reconocer el punto donde tuve yo la suerte de verla por primera vez?

—Donde los dos tuvimos la suerte de vernos, dirá usted.

—Como quiera. Pero ¿podría usted señalar ese sitio desde aquí?

—Se ve?

—Sí, alcanza a verse...

—No lo distingo...

—Mire en dirección de mi mano...

Allá va el camino... se tiende a la derecha... ¿ve usted ese potrero? Hay unos álamos carolinus allí...

Su índice extendido recorría la perspectiva como un mapa. Chela se había acercado y su brazo rozaba el de su amigo. Él sintió en la mejilla el soplo cálido de su aliento y la leve caricia de sus cabellos.

—¿Ve?—dijo con la voz ahogada por la emoción.

Y su mano se estremecía visiblemente.

—No me hace falta—respondió ella, casi confidencialmente.—¿Me basta con saber que usted ha vuelto a pasar más de una vez por allí pensando en la Golondrina!

El la miró, agradecido, al fondo de los ojos, e inclinó la cabeza con el miedo cierto de desvanecerse.

Anita, que con los gemelos había estado escudriñando el camino, exclamó de pronto, dando un salto:

—Allá vienen. Ellos son!

Y pasó los gemelos a Graciela, que reconoció, en efecto, el coche de la familia de Joaquín, avanzando a lo lejos por la carretera.

Joaquín traía las últimas novedades. Fermín, a quien viera de algún tiempo a esta parte muy preocupado, les había dado una sorpresa casándose con una de las niñas Morales, con la mejorcita, y andaba ahora de juerga.

Lo curioso era que, aunque Fermín estuviese lejos de ser un Adonis, la otra hermana, la menor, despechada, había abandonado el hogar. Estaba convencida de que si Fermín había comenzado a frecuentar la casa, era por ella...

—Esto ha agitado la fiesta de la boda—terminó Joaquín—que se anunciaba en grande... La mayor de las Morales, y el mismo Fermín, andan desesperados... Estas son las novedades de cerca. Hay otras de más lejos..

—¿De dónde?—dijo Anita, con émpensamiento en Félix.

—He recibido carta de Javier. El vapor en que viene Félix ha salido ya de Buenos Aires... Carlos, que se había ido a Europa...

—¿Asomó, al fin, la cabeza?—preguntó Graciela.

—Tuvo un duelo con un conde ruso, por reyertas surgidas alrededor del tapete en Monte Carlo, y lo dejó mal herido...

—Ah, niño loco. Y de él mismo ¿qué dice papá?

—Que está bien, pero que no se acostumbra solo... Cualquiera día llega por aquí a llevarse la.

—Se va otra vez la Golondrina—pensó José Antonio.

Y se sintió invadido de una vaga tristeza, que se disipó como una niebla cuando vio que, al oír la última frase de Joaquín, Chela se había puesto pensativa...

El viejo doctor, que había sido invitado especialmente, llegó cuando ya todos estaban a la mesa.

—Excúsenme, excúsenme—dijo, al ver que todos se preparaban para hacerle cargos por su tardanza.

Y explicó que había tenido que intervenir en un suceso trágico, en su calidad de médico legista: constatar la muerte de un suicida.

—¿Quién se mató?

—Un muchacho, hijo del administrador de una de las haciendas vecinas.

—¿Cómo?...—dijeron varias voces, respondiendo a la alarma que comenzó a agitar sus espíritus.

El médico, algo extrañado de tanta inquietud ante un caso tan vulgar, agregó con indiferencia:

—Creo que se llamaba Genaro. Era un mozo lleno de vida, estudiante todavía...

Todos le exigieron detalles: hora, sitio, antecedentes.

—¿Le conocían ustedes?

—Sí, sí, mucho, de vista.

—Pues parece que el muchacho estaba algo desbornillado. Escribió una carta declarando que se mataría de su

propia voluntad y pidiendo que no culparan a nadie de su muerte.

—Lo de siempre.

—Se levantó de madrugada, se tendió bajo un sauce y se disparó un tiro en las sienes.

—¡Horror!

—Allí le hallaron, ya cadáver, y avisaron a la policía. Después me tocó ir a mí para extender el certificado respectivo.

El trágico fin del poeta rústico, que ponía un desenlace tan inesperado a su idilio con la aristocrática santiaguina, fué la nota triste del día. Todos se dieron cuenta del proceso que llevó a aquel desgraciado a los extremos del suicidio: lector de novelas, tipo ultraromántico, leyó acaso en los cuartos la noticia del matrimonio de Rebecca, y medítatamente, invocando a Werther a tantos otros gloriosos suicidas de la literatura, resolvió eliminarse...

El caso era triste, pero no como para hacer mala sombra en un día tan hermoso. El doctor derramó sobre la mesa unas cuantas narigadas de su filosofía bonachonamente optimista, y el espectro del suicida se desvaneció en la claridad radiante del mediodía, entre el olor de las flores que invadían la casa. Y a la hora convenida, se inició la ceremonia del bautizo. La fiesta, íntima y verdaderamente familiar, tuvo un éxito mayor que el esperado. No hubo discursos (no estaba don Javier), el rasgo más bello fué el de Graciela, cuando, arrancando el lienzo que cubría la placa, rompió sobre ella el cuello de una botella de champaña y fué derramando el espumoso líquido por toda la máquina.

—Bien te mereces este premio—le decía—porque te has portado muy bien.

—En una casa tan cristiana,—observó Joaquín,—no podía ser more ni siquiera el automóvil...

Se sirvió un magnífico lunch en el mismo carruaje, bajo el garage que José Antonio había hecho adornar con banderas y guirnaldas, y al caer tarde, los huéspedes, con excepción de Graciela, se prepararon a marcharse.

—¿Graciela se queda?—dijo Rosario.

Y ella, señalando el automóvil, que iba totalmente ocupado, replicó:

—No hay lugar para mí. Me irán a dejar más tarde...

—Habrá que ver eso—exclamó Joaquín.

Los niños, felices de viajar en aquel coche tan extraño y tan ligero, palmeaban y gritaban.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego...

Ya el automóvil se había empequeñecido en la distancia, y aún se percibía el rumor de sus voces y sus palmas das de júbilo.

Al verse solos los tres, Anita y Graciela se miraron a los ojos.

—¿Ya?—dijo la primera.

—Ya. Habla tú.

—¿Con que ya hay tuteo?—reparó no sin cierta alegría José Antonio. Quiere decir que Anita tiene privilegios sobre mí... Pero ¿de qué se trata?

Graciela, entonces, gravemente, tomó la palabra y señalando un montón de luces que había empezado a arder, pequeña y terrestre constelación, en la cumbre de un cerro lejano, dijo:

—Amigo mío; hemos hecho una promesa y usted va a ayudarnos a cumplirla.

—Con todo gusto. ¿Cuál es ella?

—Irnos los tres un día desde aquí mismo a pie a dejarle flores a la Virgen.

—Flores y velas,—corrigió Anita.

—¿Con que estaban endeudadas con el cielo? A pagar, pues, y cuanto antes...

—¿Cuándo te parece?

—¿Mañana mismo?

—Eso es, mañana mismo... exclamó Graciela encantada, mientras Anita se abrazaba a su hermano.

Y entraron aliviados ya de toda preocupación.

Estaba tan oscura la sala, que Anita quiso encender la luz; pero José Antonio le dijo:

—Déjalo, Anita. Está mejor así...

Y luego, yo tengo que acostarme en seguida.

—Tienes razón.

Separó la cortina de la ventana y una última pincelada de luz bañó los vidrios y se espolvoreó en la penumbra de la habitación. Había en el ambiente un delicado aroma de lirios y violetas.

José Antonio y Chela que no ignoraban ya ni podían ignorar lo que cada cual guardaba en su corazón, comprendieron que había llegado el minuto supremo de las aclaraciones. Durante toda aquella convalecencia, que la proximidad misma de la amada parecía hacer más rápida y decisiva, se habían esquivado mutuamente, no sabrían ellos mismos decir por qué. José Antonio volvía a ser el de la primera época; pero con una ventaja inmensa, porque ella no era ya la misma Graciela... El no temía mostrarse balbuceante y torpe, porque adivinaba que ella no estaba en condiciones de apreciar el valor de las pala-

bras. Y ambos se eludían, sabiendo de antemano que acabarían por encontrarse, temiendo y esperando al mismo tiempo ese minuto delicioso en que él haría la eterna pregunta y ella le daría la respuesta eterna. A Anita no se le ocultaba nada de este mudo y delicioso poema, cuya última estrofa pendía ya de los labios de quienes, día a día, hora a hora, lo estaban escribiendo... Y sonreía.

—Anita—le dijo José Antonio—a tiempo de sentarse—ya ves lo que dice Joaquín. Hay que irse preparando para partir...

—No te apures. Todavía no es hora... Yo te avisaré.

—El vapor salió ya de Buenos Aires, y antes de quince días estará en Valparaíso...

—Te digo que yo te avisaré cuando sea tiempo...

Se dirigió al piano, como de costumbre, y se puso como a jugar con las teclas, distraídamente. Pero seguramente había intención en su juego, pues del piano comenzaron a salir las notas y acordes muy conocidos de todos...

Pasó así un minuto, y dos, y cinco. La claridad se hacía más débil cada vez, y ya sólo empezaba a distinguirse el contorno de las cosas. José Antonio miraba a Graciela y ella tenía que voivir la vista, porque aquellos ojos la turbaban hasta lo infinito, como si la acariciaran. Al fin él dijo, bajo, muy bajito, inclinándose hacia ella:

—Graciela...

Ella se estremeció. Le había visto decidido, por fin, y llegaba para ella la hora, la hora suprema y única de rendir su corazón:

—¿Me oye usted?—insistió él.

—Está usted muy lejos...

El acercó su silla. Las notas sollozaban al acompañamiento de las estrofas que cantó José Antonio, a la luz de las estrellas, en la imperial de un carro...

Bajo la sombra inmensa
de tus oscuras alas
cómo latir se siente
la atmósfera del alma...

—¿Se acuerda usted de eso?

—Nunca me he olvidado.

Volvieron a callar. Y el piano, lentamente, pianísimamente, parecía decir:

El rayo de la estrella,
la brisa que nos habla
con esa voz doliente
de la última esperanza...

—La última esperanza! Yo nunca la perdí...

—Hizo bien, José Antonio...

—¿Sí?

—Sí.

Le había tomado las manos, y ella no pensó retirarlas ya, pero tampoco tenía para qué. Bastábales con sentirse, con traspasarse en la sombra el aliento de sus vidas encadenadas para siempre.

—Qué suavidad de manos!

—No, José Antonio, no están suaves ya... ni me importa. Son mi orgullo ahora.

—Y mi felicidad!

Lloraba el piano:

Oh, si esas dulces notas,
del cielo despeñadas...

—Graciela... mi Golondrina...

—De invierno...

—Sí, porque ha venido cuando hacía más falta...

—Ha cumplido su promesa.

—Pero, ¿no se irá ya más? ¿Se quedará aquí la Golondrina?

—¿Para qué lo pregunta? Demasiado lo sabe ya...

—¿Sí?

—Sí.

El se había inclinado y besaba de gratitud aquellas manos tan lindas que, por cuidarle a él, se habían estropeado.

—Gracias, gracias...—decía llorando, como en otro tiempo en el escaño de un jardín.

También ella se había inclinado, y sus cabellos rozaron la frente del amado. Entonces, instintivamente, se estrecharon atraídos por no sé qué fuerza misteriosa, y se unieron sus labios en un beso ardiente y casto, de esos que se dan pero que no se sienten. El piano no se oía ya. Anita había desaparecido. Salieron a buscarla y la hallaron de rodillas ante la imagen de la Virgen...

—Anita...

Ella se volvió hacia su hermano, tranquila, radiante.

—Ahora, sí, José Antonio, ahora sí que ya puedo irme... Ya no hago falta aquí.

Graciela se fué hacia ella y la abrazó con efusión.

Se oyó la campanilla del teléfono como la voz de un amigo que quiere participar en una fiesta. Era, realmente, un amigo: era Joaquín que necesitaba ciertos datos.

—¿Ya?

Y Anita que había tomado el fono respondió:

—Ya.

—¿Está ahí Graciela?

—Sí.

—Dígale que se acerque al teléfono, que Rosario quiere hablarla.

Ella pasó el fono a Graciela.

—Te va a hacer la misma broma que me hizo a mí, seguramente...

—Entonces no.

José Antonio tomó el fono y se lo llevó al oído.

—¿Graciela?

A instancias de José Antonio, ella dijo "sí" junto a la bocina y él se puso a escuchar. Con su voz natural, replicó después, riendo sin reparo.

—Bueno, Rosario, bueno. Lo tendré muy presente!

—Ah, pícaro,—gritó allá Rosario.

Pero José Antonio había cortado la comunicación. Al volverse, vió a las dos jóvenes comentando el chasco que acababan de dar a la buena de Rosario.

—Anita,—le dijo,—¿me das permiso para tutear a Graciela?

Ella, recordando la pregunta igual de Félix, en la noche memorable de sus esponsales, respondió:

—Bueno. Pero nada más que para tutearla...

—Tontilla—le dijo Graciela.

Y José Antonio, que conservaba fresco aún en los labios el sabor del beso con que acababa de sellar su amoroso pacto de alianza, miró a su novia que, vencida de nuevo y definitivamente, bajó la vista ante la llamada de pasión, de ternura y de deseo que sorprendió en los ojos del amado.

José Antonio se olvidó completamente de que había prometido recogerse temprano. Por lo demás, nadie tuvo la precaución de recordárselo, y aunque alguien lo hubiese hecho, no habría llegado tampoco a nada práctico. Hasta muy tarde ardió la chimenea en el salón. El piano y el reloj fueron los gratos cómplices de aquella conspiración que tres bellos corazones tramaban contra la infelicidad de la vida... Por prudencia no se abrieron las ventanas. Pero las violetas y los lirios que, humildes testigos de la deliciosa escena, languidecían en sus vasos, hablaban del campo, de la tierra, de su bondad fecunda y generosa. Y las estrellas innumerables que se veían parpadear a través de los vidrios, en el cielo límpido y profundo, hablaban del infinito extendido sobre los sueños de los hombres.

FIN DE LA TERCERA PARTE

EPILOGO

Pasado algún tiempo, en una de esas lindas mañanitas de octubre, que son en Santiago una delicia, don Javier, que se había dirigido al Parque Cousiño a rumiar su discurso de interpelación al Gobierno por su política salitrera, que calificaba de descabellada y dañosa a los intereses del país, se encontró en una de las avenidas con el carruaje de la familia de Félix, a quien acompañaba Anita, ideal enfermera. El gran político se sintió enternecido por aquella escena, y mientras se dirigía a la pareja, divagaba acerca de la virtud de la mujer chilena, pensando ya en aprovechar este tópico en alguna ocasión.

Félix estaba mejor. No era una cabeza fuerte, ciertamente, pero ya no deliraba, y paulatinamente iba recorriendo la noción normal de la vida exterior, perdida durante meses para él. Reconoció a don Javier, y le dijo, mostrándole a Anita:

—Ana Karenine. ¿No la conoce usted?

Ella sonrió con tristeza. Aquel sobrenombre que Félix le dió desde el primer instante en que volviera a verla, en Valparaíso, a bordo mismo del vapor que lo condujo a Chile, era el último resto de la perturbación mental de su novio. Don Javier conversó algunos minutos con ellos y se alejó, deseándoles felicidades, muchas felicidades...

Había algo de melancólico en la figura de aquel hombre que llegaba, gloriosamente, a su crepúsculo. El casamiento de su hijo le había dejado solo, y él, incapaz de resistir la soledad, se había ido a vivir en casa de la señora Irene. Pocas cosas en la vida le habían sido tan penosas como separarse de la regalona. Pero, ¿cómo negarse a este último capricho de esa cabecita encantadora cuando le dijo que se casaba sólo por verle a él si era capaz de hacer un buen suegro? Por lo demás, había en él un filósofo, y no dejó de considerar que, al unirse a José Antonio, Graciela cumplía su destino.

—¿Y Graciela?—le había preguntado Anita.—Ya sé que se esperan novedades de un momento a otro...

—Sí, sí, así he sabido. Parece que esos muchachos han resuelto el problema de la vida. ¿No se escriben?

—Lo más a menudo.

—¿Y no piensa usted ir por allá?

—En cuanto se pueda, sí.

Ella esperaba sólo que los médicos dieran su autorización para llevarse a Félix a Los Rosales, donde algo le in-

sinuaba a ella que la mejoría del enfermo había de ser rápida y segura. Por lo pronto, Félix había dejado el Manicomio y se hallaba libre de toda odiosa reclusión.

—Oh, el aire libre,—exclamó el gran político.—La vuelta a la naturaleza hace verdaderos milagros...

Apenas se vió solo otra vez, don Javier volvió a sus preocupaciones habituales. Desde la fecha de su actuación como jefe de Gabinete, se habían sucedido diversos cambios de situación. El sistema de los Ministerios rotativos seguía en auge. La coalición había sido rota, en vísperas de la lucha electoral del año anterior y don Javier, con el grueso de su partido, con lo más granado y prestigioso, entró a figurar expectablemente en las filas de la alianza, de cuyas manos habría de salir, forzosamente, el porvenir de la República. Aquel gesto tuvo repercusión en todo el país, y don Javier, que a la sazón se hallaba fuera del Parlamento, quedó en magníficas condiciones para optar a una senaduría. Como hay hombres que hasta para morir son oportunos, vacó en esa precisa ocasión un cargo de consejero de Estado y él, impuesto, podría decirse, por la opinión pública, fué el designado para ocuparlo. Por otra parte, con la habilidad y el tino que nadie podía desconocerle, había logrado reconstituir su fortuna, tan seriamente amenazada. Sus influencias en las altas esferas gubernativas le sirvieron a maravilla para evitar el naufragio de sus intereses, aunque no sin grave riesgo. Y, gracias en parte a la ayuda de Joaquín y de José Antonio, que desarrollaron una actividad fácil de explicarse, don Javier logró ver cumplidos los sueños que acariciara vagamente durante las siestas de un verano inolvidable.

Almorzó en el club, a donde fueron a entrevistarle dos o tres periodistas, asegurándole que su discurso de interpelación era la nota del día. El grande hombre saboreaba anticipadamente el triunfo. Había mar de fondo en la política. Desaciertos ministeriales habían desprestigiado a la alianza, y se adivinaba en el aire una tormenta que haría cambiar de aspecto el horizonte. Don Javier, cuya hoja de servicios era limpia como una hostia consagrada, rompía su fuego contra la inmoralesidad y el desorden imperantes. "La más hermosa tradición de la República—decía—es la virtud de sus hombres de Estado: mantengamos esa honrosa tradición". Se acarició, pestañeando, las profusas patillas

completamente blancas ya, cambió frases sueltas con algunos amigos que almorzaban también en el club, bajó con pausa los escalones de mármol y dijo al lacayo, que se había apresurado a abrir la portezuela del coche:

—Al Congreso.

Sólo encontró en la antesala algunos colegas, un poco retrasados, como él, que le apretaron la mano con admirativa fruición. Recibió de manos del ujier un telegrama, que abrió sin prisa. Era de Joaquín, atento siempre, y decía lo siguiente: "Es Ud. abuelo. Chela le ha dado un príncipe hermoso como un sol". Sonrió el senador, visiblemente emocionado, con ternura paternal, y se dispuso a contestar. Pero no daba con la fórmula original, concisa y elocuente que llevara allá, al dulce retiro de Los Rosales, la expresión de su alegría. Venció en él el político, y escribió por fin: "Salud al futuro ciudadano". Aquel vástago, sangre de su sangre, que brotaba a lo lejos, era el porvenir que se anunciaba. Había en él un símbolo, como que representaba la eterna y necesaria alianza entre la ciudad y el campo. De Graciela, su hija, tendría

aquel niño las exquisiteces, la gracia espiritual, todos los refinamientos de la cultura aristocrática; de José Antonio el temperamento, la salud, la energía, el carácter, todo lo que da la tierra en la libre espontaneidad de su renovación incontenible. El, su raza, que tenía próceres y patrios en su árbol genealógico, cuyo entroncamiento venía de los conquistadores, no morirían con él, porque aquel niño, que sería fuerte e inteligente, perpetuaría en lo porvenir su propia acción. Estaba satisfecho de su vida, que había sido fecunda y útil. Despachó el telegrama, carraspeó solemnemente y con paso firme, seguro de su éxito, penetró al recinto de la Cámara,—en donde a la luz artificial brillaban docenas calvas y graves espejuelos,—a tiempo que el presidente, agitando la campanilla, pronunciaba la frase sacramental:

—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

FIN DE LA NOVELA

Buenos Aires, septiembre-octubre de 1911.

